

EL TRISTE FIN DE
POLICARPO QUARESMA

Le grand inconvénient de la vie réelle et ce qui la rend insupportable à l'homme supérieur, c'est que, si l'on y transporte les principes de l'idéal, les qualités deviennent des défauts, si bien que fort souvent l'homme accompli y réussit moins bien que celui qui a pour mobiles l'égoïsme ou la routine vulgaire.

Renan, *Marco-Aurelio*

PRIMERA PARTE

*A João Luis Ferreira,
Ingeniero civil.*

I

LA LECCION DE VIOLON

COMO ERA SU hábito, Policarpo Quaresma, más conocido por Mayor Quaresma, golpeó en la casa a las cuatro y quince de la tarde. Hacía más de veinte años que esto sucedía. Saliendo del Arsenal de Guerra, donde era subsecretario, picoteaba por las confiterías algunas frutas, compraba un queso, a veces, y siempre, el pan de la panadería francesa.

No gastaba en esos paseos ni media hora, de manera que a las tres y cuarenta, por así decir, tomaba el tranvía sin errar ni un minuto, e iba a pisar el umbral de su casa, en una calle alejada de São Januário, exactamente a las cuatro y quince, como si fuese la aparición de un astro, un eclipse, en fin, un fenómeno matemáticamente determinado, previsto y predicho.

La vecindad ya le conocía los hábitos, y mucho más en la casa del capitán Claudio, donde era costumbre comer más o menos a las cuatro y media, en seguida que lo veían pasar, cuando la señora de la casa le gritaba a la criada: "Alice, mira que ya es la hora; el mayor Quaresma ya pasó".

Y así era todos los días, desde hacía treinta años. Viviendo en casa propia y teniendo otras entradas además de su sueldo, el mayor Quaresma podía llevar un tren de vida superior a sus recursos burocráticos, gozando de consideración y respeto de hombre pudiente por parte de la vecindad.

No recibía a nadie, vivía en un aislamiento monacal, aunque era cortés con los vecinos que lo juzgaban raro y misántropo. Si no tenía amigos por los alrededores, tampoco tenía enemigos, y la única antipatía que mereció había sido la del doctor Segadas, un afamado clínico en el lugar, que no podía admitir que Quaresma tuviese libros: "Si no es diplomado en nada, ¿para qué? ¡Pedantería nomás!".

El subsecretario no mostraba los libros a nadie, pero sucedía que cuando se abrían las ventanas de la sala de su biblioteca, desde la calle podían verse los estantes repletos de arriba abajo.

Esos eran sus hábitos; últimamente, sin embargo, habían cambiado un poco; y eso provocaba comentarios en el barrio. Además del compadre y de la hija, las únicas personas que lo visitaban hasta entonces, en los últimos días era visto entrar en su casa, tres veces por semana y en días marcados, un señor bajo, delgado, pálido, con un violón envuelto en una bolsa de gamuza. ¡Un violón en casa tan respetable! ¿Qué sería eso?

Esa misma tarde una de las más lindas vecinas del mayor invitó a una amiga suya, y ambas pasaron bastante tiempo perdido de aquí para allá, paseando, estirando la cabeza cuando pasaban frente a la ventana abierta del raro subsecretario.

El espionaje no fue inútil. Sentado en el sofá, teniendo a su lado al sujeto en cuestión, empuñando el instrumento en posición de tocar, el mayor escuchaba atentamente: "Mire, mayor, así". Y las cuerdas vibraban perezosamente en la nota herida; en seguida, el maestro aducía: "Es *re*, ¿aprendió?".

Pero no fue necesario publicar la noticia; la vecindad entendió en seguida que el mayor estaba aprendiendo a tocar el violón. ¡Qué cosa! ¡Un hombre tan serio metido en cosas tan poco serias!

Una tarde de sol —sol de marzo, fuerte e implacable— cerca de las cuatro, las ventanas de una desierta calle de São Januário, se poblaron rápida y repentinamente, de uno y otro lado. ¡Hasta en la casa del general vinieron jovencitas a la ventana! ¿Qué era? ¿Un batallón? ¿Un incendio? Nada de eso: el mayor Quaresma, con la cabeza baja, con pequeños pasos de buey de carro, subía la calle, llevando debajo del brazo un impúdico violón.

Es verdad que la guitarra venía decentemente envuelta en papel, pero el vestuario no escondía enteramente sus formas. A la vista de hecho tan escandaloso, la consideración y el respeto que el mayor Policarpo Quaresma merecía en los alrededores de su casa, disminuyeron un poco. Estaba perdido, loco, decían. El, sin embargo, continuó serenamente sus estudios, inclusive porque ni percibió esa disminución.

Quaresma era un hombre pequeño, delgado, que usaba *pince-nez*, miraba siempre para abajo, pero que cuando miraba a alguien o algo, sus ojos tomaban detrás de los lentes un fuerte brillo penetrante; era como si él quisiera ir hasta el alma de la persona o de la cosa que miraba.

Pero a pesar de eso casi siempre los traía bajos, como si se guiara por la punta de la barbita aguzada que le adornaba el mentón. Siempre vestía de frac negro, azul o gris, de paño a rayas; pero casi siempre de frac, y era raro que no se cubriera con una galera de alas cortas y muy alta, hecha según un figurín antiguo cuya época conocía con precisión.

Aquella mañana, cuando entró en la casa, fue la hermana quien le abrió la puerta preguntando:

—¿Ya comiste?

—Todavía no. Espera un poco, que Ricardo viene a cenar con nosotros hoy.

—Policarpo, debes tener más juicio. Un hombre de edad, de posición, respetable como tú, no puede andar mezclado a ese serenatero, casi un tonto, ¡eso no está bien!

El mayor dejó la sombrilla —una antigua sombrilla con el asta enteramente de madera y el cabo con adornos de madreperla— y respondió:

—Estás muy engañada, hermana. Es un prejuicio suponer que todos los que tocan el violón son unos desubicados. La *modinha* es la más genuina expresión de la poesía nacional, y el violón es el instrumento que requiere. Somos nosotros los que hemos abandonado el género, pero él ya tuvo sus honores en Lisboa, el siglo pasado, cuando el padre Caldas la interpretaba ante un auditorio de hidalgas. Beckford, un inglés notable, lo elogia mucho.

—Pero eso fue en otro tiempo; ahora...

—¿Qué tiene eso de malo, Adelaide? Conviene que nosotros no dejemos morir nuestras tradiciones, las costumbres genuinamente nacionales...

—Bien, Policarpo, yo no quiero contrariarte; continúa nomás con tus manías.

El mayor penetró en un aposento cercano, mientras su hermana seguía al interior de la casa. Quaresma se desvistió, se lavó, se puso la ropa de entrecasa, fue hasta la biblioteca y allí sentóse en un sillón-hamaca, descansando.

Era una vasta sala, con ventanas hacia un calle lateral, toda cubierta por estantes de hierro.

Había cerca de diez, con cuatro anaqueles, además de los más pequeños con los libros de mayor valor. Quien examinara detenidamente aquella gran colección de libros se asustaría al percibir el espíritu que pretendía su reunión allí.

De ficción, solamente había autores nacionales o tenidos como tales: Bento de Teixeira, el de *Prosopopéia*; Gregorio de Matos, Basilio da Gama, Santa Rita Durão, todo José de Alencar, Macedo, todo Gonçalves Dias, además de muchos otros. Se podía garantizar que no faltaba en los estantes del mayor ningún autor nacional o nacionalizado, desde el ochenta para acá.

En Historia del Brasil, estaba bien surtida: los cronistas, Gabriel Soares; Gandavo; Rocha Pita, Fray Vicente do Salvador, Armitage, Aires do Casal, Pereira da Silva, Handelman (*Geschichte von Brasilien*), Melo Moraes, Capistrano de Abreu Southey, Varnhagen, además de otros más raros o menos famosos. En cuanto a lo tocante a viajes y exploraciones, ¡qué riqueza! Allí estaban Hans Staden, Jean de Léry, Saint-Hilaire, Martius, el Príncipe de Neuwied, John Mawe, von Eschwege, Agassiz, Couto de Magalhães, y si se encontraban Darwin, Freycinet, Cook, Bougainville y hasta el famoso Pigafetta, cronista del viaje de Magallanes, es porque todos esos últimos viajeros habían tocado el Brasil, resumida o ampliamente.

Además de éstos, libros subsidiarios tales como: diccionarios, manuales, enciclopedias, compendios, en varios idiomas.

Veíase así que su predilección por la poesía de Pôrto Alegre y Magalhães no le venía de una irremediable ignorancia de las lenguas literarias en Europa; por el contrario, el mayor conocía más que pasablemente el francés, inglés y alemán, y si no hablaba estos idiomas, los leía y traducía correctamente. La razón tenía que ser buscada en una particular disposición de su espíritu, en el fuerte sentimiento que guiaba su vida. Policarpo era un patriota. Desde joven, allá por los veinte años, el amor a la patria lo había dominado por entero. No el sentimiento común, insustancial y vacío; sino un

amor serio, grave y absorbente. Nada de ambiciones políticas ni administrativas; lo que Quaresma pensó, o mejor dicho, lo que el patriotismo le hizo pensar, fue un conocimiento entero del Brasil, llevándolo a las meditaciones sobre sus recursos para recién después señalar los remedios, las medidas progresistas, con pleno conocimiento de causa.

No se sabía bien dónde había nacido, pero seguramente no había sido en San Pablo, en Rio Grande do Sul, ni en Pará. Se equivocaba quien quisiera rastrear en él algún regionalismo; Quaresma era por encima de todo brasileño. No tenía predilección por ésta o aquella parte de su país, tanto es así que lo que lo hacía vibrar de pasión no eran las pampas del sur con su ganado, ni era el café de San Pablo, ni tampoco el oro y los diamantes de Minas Gerais, ni era la belleza de la bahía de Guanabara, tampoco las alturas de Paulo Alfonso, ni el estro de Gonçalves Dias o el ímpetu de Andrade Neves; era todo esto junto, fundido, reunido bajo la bandera estrellada de la Cruz.

Al llegar a los dieciocho años quiso ser militar; pero la Junta de Salud lo juzgó incapaz. Se disgustó mucho, sufrió, pero nunca maldijo a la patria. El ministerio era liberal, entonces él se hizo conservador y continuó amando más que nunca a "la tierra que lo viera nacer". Imposibilitado de evolucionar bajo los entorchados del ejército, buscó el lado administrativo, y de entre todas sus ramas escogió la militar.

Allí era donde estaba bien. En medio de soldados, de cañones, de veteranos, de papeles oliendo a pólvora, de nombres de fusiles y términos técnicos de artillería, aspiraba diariamente aquel hálito de guerra, de bravura, de victoria, de triunfo, que es el mismo hálito de la patria.

Durante los ocios burocráticos estudió, pero estudió a la patria, en sus riquezas naturales y en su historia, en su geografía, en su literatura y en su política. Quaresma sabía las especies de minerales, vegetales y animales que el Brasil poseía; conocía el valor del oro, de los diamantes exportados desde Minas Gerais, las guerras holandesas, las batallas del Paraguay, las nacientes y los cursos de todos los ríos. Defendía ácidamente y con pasión la preeminencia del Amazonas sobre todos los demás ríos del mundo. Para eso, iba hasta el crimen de amputar algunos kilómetros al Nilo, y era con este rival de "su" río con el que más se molestaba. ¡Ay de quien lo citara en su presencia! En general calmo y delicado, el mayor se ponía agitado y desconsiderado cuando se discutía la extensión del Amazonas frente a la del Nilo.

Desde hacía un año a esta parte se dedicaba al tupí-guaraní. Todas las mañanas, antes que la "Aurora", con sus dedos rosados, abriera camino al rubio "Febo", él se atragantaba hasta la hora del almuerzo con el *Arte y diccionario de la lengua guaraní o más bien tupí*, de Montoya, y estudiaba la jerga mestiza con ahínco y pasión. En la oficina, los pequeños empleados, amanuenses y escribientes, enterados de sus estudios del idioma tupiniquim, comenzaron a llamarlo Ubirajara. Cierta vez, el escribiente Azevedo, al firmar su horario de entrada, distraído, sin reparar en quién estaba a sus espaldas, dijo en tono chacotero: "¿Viste que hoy el Ubirajara está demorado?".

Quaresma estaba bien considerado en el arsenal: su edad, su ilustración, la modestia y honestidad de su vivir, le ganaban el respeto de todos. Sintiendo que el apodo le estaba dirigido, no por eso perdió la dignidad, ni prorrumpió

en denuestos e insultos. Se irguió, se acomodó el *pince-nez*, levantó el dedo índice en el aire, y respondió:

—Señor Azevedo, no sea imprudente. No quiera llevar al ridículo a aquellos que trabajan en silencio, por la grandeza y la emancipación de la patria.

Ese día el mayor conversó poco. Era costumbre suya, a la hora del café, cuando los empleados dejaban sus lugares, transmitir a los compañeros el fruto de sus estudios, los descubrimientos que hacía en su gabinete de trabajo, sobre las riquezas nacionales. Un día era el petróleo, que en alguna parte había leído se había encontrado en Bahía; otra vez, era un ejemplar raro de un árbol de caucho que crecía en el río Pardo, en Mato Grosso; otra, era un sabio, una notabilidad, cuya bisabuela era brasileña; y cuando no había descubrimientos para traer, se dedicaba a contar el curso de los ríos, su extensión navegable, las mejoras insignificantes de que carecían para prestarse a un franco recorrido desde su desembocadura hasta las nacientes. El amaba sobre todo los ríos; las montañas le eran indiferentes. Pequeñas, quizá...

Los colegas lo escuchaban respetuosamente y nadie, a no ser ese tal Azevedo, se animaba frente a él a hacerle la menor objeción, decir una broma. Al volverle las espaldas, sin embargo, se vengaban del aburrimiento cubriéndolo de burlas: "¡Este Quaresma! ¡Qué aburrido! Piensa que somos chicos de calesita... ¡Vaya! No tiene otro tema de conversación".

Y de ese modo él iba llevando su vida, mitad en la oficina, sin ser comprendido, y la otra mitad en casa, también sin ser comprendido. El día en que lo llamaron Ubirajara, Quaresma estuvo reservado, taciturno, mudo, y sólo habló cuando lavándose las manos en una habitación próxima a la secretaría, preparándose a salir, alguien dijo: "¡Ay, Dios mío! ¡Cuándo podré ir a Europa!". El mayor no se contuvo: levantó la mirada, se arregló los anteojos, y dijo fraternal y persuasivamente: "¡Ingrato! ¡Tienes una tierra tan bella, tan rica, y quieres visitar la de los otros! Yo, si algún día pudiera, recorrería la mía desde el principio al fin".

El otro objetó que por estos lados sólo había fiebres y mosquitos; el mayor le contestó con estadísticas y hasta probó exuberantemente que el Amazonas tenía uno de los mejores climas de la tierra. Era un clima calumniado por los viciosos, que de allí venían enfermos...

Así era el mayor Policarpo Quaresma que acababa de llegar a su casa, a las cuatro y quince de la tarde, sin errar ni un minuto, como todas las tardes excepto los domingos, exactamente, a la manera de la aparición de un astro o de un eclipse.

Por lo demás era un hombre como todos los otros, a no ser aquellos que tienen ambiciones políticas o de fortuna, que Quaresma no poseía ni en el más ínfimo grado.

Sentado en el sillón-hamaca, bien en el centro de su biblioteca, el mayor abrió un libro y se puso a leerlo mientras esperaba a su invitado. Era del viejo Rocha Pita, el entusiasta y gongorino Rocha Pita de la *Historia de la América Portuguesa*. Quaresma estaba leyendo aquel famoso párrafo: "En ninguna otra región se muestra el cielo más sereno, ni madrugada más bella la aurora; el sol en ningún otro hemisferio tiene los rayos más dorados...",

pero no pudo llegar al final. Golpeaban a la puerta. Fue a abrirla personalmente.

—¿Me retrasé, mayor? —preguntó el visitante.

—No. Llegaste a horario.

Acababa de entrar en casa del mayor Quaresma el señor *Ricardo Coração dos Outros*,¹ hombre célebre por su habilidad para cantar *modinhas* y tocar el violón. Al comienzo, su fama había estado limitada a un pequeño suburbio de la ciudad, en cuyos saraos él y su violón figuraban como Paganini y su instrumento en fiestas de duques; pero de a poco, con el tiempo, fue tomando todos los suburbios creciendo, solidificándose hasta ser considerado como cosa propia de ellos. No se juzgue, sin embargo, que Ricardo era un cantor de *modinhas* cualquiera, un simple. No; Ricardo Coração dos Outros era un artista que frecuentaba y honraba a las mejores familias de los barrios de Méier, Piedade y Riachuelo. Era rara la noche en que no recibiera una invitación. Ya fuera en la casa del teniente Marques, del doctor Bulhões o de don Castro, su presencia era siempre requerida, instada y apreciada. El doctor Bulhões tenía una admiración especial, casi un delirio, por Ricardo, y cuando el trovador cantaba quedaba en éxtasis. "Me gusta mucho el canto", dijo en cierta oportunidad, "pero solamente dos personas me satisfacen: Tamagno y Ricardo". Ese doctor tenía gran reputación en los suburbios, no como médico, ya que no recetaba ni siquiera aceite de ricino, sino como entendido en legislación telegráfica, ya que era jefe de la sección correspondiente de la Secretaría de Telégrafos.

De esa manera, Ricardo Coração dos Outros gozaba de la estima general de la sociedad suburbana. Es una alta sociedad, muy especial, y que es elevada sólo en los suburbios. En general se compone de funcionarios públicos, de pequeños negociantes, de médicos con alguna buena clientela, de tenientes de diferentes milicias, clase que llena las calles agujereadas de aquellas distantes regiones, así como en las fiestas y los bailes, con más fuerza que la burguesía de Petrópolis y Botafogo. Esto pasa solamente allá, en los bailes, en las fiestas y en las calles, donde si alguno de sus representantes ve a un tipo más o menos, lo mira de la cabeza a los pies, demoradamente, como quien dice: "aparécete por casa, que te daré un plato de comida". Porque el orgullo de la aristocracia suburbana está en tener todo el día almuerzo y cena, mucho *feijão*,² mucho charque, mucho guiso con caldo; ahí, juzga ella, está la piedra de toque de la nobleza, de la gran línea, de la distinción.

Fuera de los suburbios, en la calle de Ouvidor, en los teatros, en las grandes fiestas centrales, esta gente pequeña se apaga, desaparece, llegando sus mujeres y sus hijas hasta a perder la belleza con que deslumbran casi diariamente a los lindos caballeros de los interminables bailes diarios de aquellos alrededores.

Ricardo, después de ser poeta y cantor de esa curiosa aristocracia, se desbordó, pasó la ciudad propiamente dicha. Su fama ya llegaba a São Cristóvão

¹ *Ricardo Coração dos Outros*: Ricardo Corazón de los Otros.

² *Feijão*: poroto negro, muy usado en la cocina brasileña.

y en breve (él así lo esperaba) Botafogo lo invitaría, pues ya los diarios publicaban su nombre y discutían el alcance de su obra y de su poesía...

Pero ¿qué venía a hacer él allí, a la casa de una persona de tan altos propósitos y de tan severos hábitos? No es difícil atinar. Seguramente no venía a auxiliar al mayor en sus estudios de geología, de poética, de mineralogía e historia brasileñas.

Como bien supuso el vecindario, Coração dos Outros venía allí tan solamente a enseñar al mayor a cantar *modinhas*, y a tocar el violón. Nada más, y todo así de simple.

De acuerdo con su pasión dominante, Quaresma estuvo largo tiempo meditando cuál sería la expresión poético-musical característica del alma nacional. Consultó a historiadores, cronistas y filósofos, y adquirió la certeza de que era la *modinha* acompañada por el violón. Seguro de esa verdad, no tuvo dudas: trató de aprender el instrumento genuinamente brasileño y entrar en los secretos de la *modinha*. Estaba en eso, convencido, pero trató de saber quién era el primer ejecutante y cantor de la ciudad, y comenzó a tomar lecciones con él. Su fin era disciplinar la *modinha* y extraer de ella un fuerte, original, motivo artístico.

Ricardo venía justamente a darle su lección, pero antes de eso, y por especial invitación del alumno, iba a compartir su cena; fue por eso que el famoso trovador llegó más temprano a la casa del subsecretario.

—¿Ya sabe dar el *re* sostenido, mayor? —le preguntó en seguida de sentarse.

—Sí.

—Vamos a ver.

Diciendo esto fue a desencapotar a su sagrado violón; pero no hubo tiempo. Doña Adelaide, hermana de Quaresma, entró y los invitó a la cena. La sopa ya se estaba enfriando en la mesa, ¡que fueran ya mismo!

—El señor Ricardo ha de disculpar —dijo la vieja señora— la pobreza de nuestra cena. Yo le quise hacer un pollo con *petit-pois*, pero Policarpo no me dejó. Me dijo que el *petit-pois* es extranjero, y que yo lo sustituyera por *quando*. ¿Dónde se ha visto pollo con *quando*?¹

Coração dos Outros aventuró que a lo mejor era agradable, que sería una novedad y que no era malo probarlo.

—Es una manía de su amigo, señor Ricardo, esa de querer cosas nacionales; ¡hay que ingerir cada cosa horrible!

—¡Qué esperanza, Adelaide, lo que pasa es que tú tienes tus ojerizas! Nuestra tierra, que tiene todos los climas del mundo, es capaz de producir todo lo que es necesario para el estómago más exigente. Sólo que a ti te ha dado por rechazarlas.

—Ejemplo: la manteca, que en seguida se pone rancia.

—Porque es de leche, si fuera como esas extranjeras, fabricadas con grasa de cañerías, quizá no se arruinaría... ¡Esto esto, Ricardo! No quieren nada de nuestra tierra...

—En general es así —dijo aquél.

¹ *Quando* o *andu*: fruto del árbol de igual nombre de la familia de las leguminosas.

—Pero es un error... No protegen las industrias nacionales... Eso no es para mí: yo uso todo nacional, nada extranjero. Me visto con tela nacional, calzo botas nacionales, y todo así.

Sentáronse a la mesa. Quaresma tomó una pequeña botella de cristal y sirvió dos copitas de aguardiente.

—Esto forma parte del programa nacional —dijo la hermana, sonriendo.

—Seguramente, y es un magnífico aperitivo. Esos "vermouths" que hay por ahí son verdaderas drogas. Esto es alcohol puro, bueno, de caña, no de papas o de maíz...

Ricardo tomó la copa con delicadeza y respeto, la llevó a los labios y fue como si todo él bebiera el licor nacional.

—Está bueno, ¿no? —indagó el mayor.

—Magnífico —dijo Ricardo, haciendo restallar los labios.

—Es de Angra. Ahora vas a ver qué magnífico vino de Rio Grande tenemos... ¡Qué Borgoña! ¡Qué Burdeos! En el sur tenemos mucho mejores...

Y la cena corrió así, en ese tono. Quaresma exaltando a los productos nacionales: la grasa, el tocino y el arroz; la hermana haciendo pequeñas objeciones, y Ricardo diciendo: "así es, sin duda", haciendo rodar en las órbitas los ojos pequeños, frunciendo la frente diminuta que desaparecía entre el pelo áspero, forzando mucho su fisonomía menuda y dura para que adquiriera una expresión sincera de delicadeza y satisfacción.

Al acabar la cena fueron a ver el jardín. Era una maravilla; no tenía ni una flor... Porque no se podía tomar por tales a unos miserables "besos-de-fraile", "palmas-de-santa-rita", "quaresmas" barrocas, "manacás" melancólicos, y otros bellos ejemplares de nuestros campos y prados. Como en todo lo demás, el mayor era en jardinería esencialmente nacional. Nada de rosas, de crisantemos, de magnolias, que eran flores exóticas: nuestra tierra tiene otras más bellas, más expresivas, más olorosas, como aquellas que él tenía allí.

Ricardo una vez estuvo de acuerdo y los dos entraron en la sala, cuando el crepúsculo venía lentamente, muy perezoso y lento, como si fuera un largo adiós nostálgico del sol a la tierra, poniendo en las cosas su poesía doliente y su poder de absorción.

Apenas se encendió el gas, el maestro de violón empuñó el instrumento, apretó las clavijas, recorrió la escala y se inclinó hacia él como si quisiera besarlo. Hizo algunos acordes, como para probar; se dirigió hacia su discípulo, que ya estaba en posición:

—Vamos a ver. Haga la escala, mayor.

Quaresma preparó los dedos, afinó el violón, pero no había en su ejecución ni la firmeza ni la galanura con que el maestro hacía lo mismo.

—Mire, mayor, así es mejor.

Y mostraba la posición del instrumento, yendo del pecho al brazo izquierdo extendido, suavemente asegurado por el brazo derecho; y en seguida agregó:

—Mayor, el violón es el instrumento de la pasión. Precisa de un pecho para hablar... Es necesario acercarlo más pero apretarlo con suavidad y amor, como si fuese la amada, la novia, para que diga lo que sentimos...

Delante del violón, Ricardo se volvió locuaz, lleno de sentencias, todo él temblando de pasión por el instrumento despreciado.

La lección duró unos cincuenta minutos. El mayor sentíase cansado y pidió que el maestro cantara. Era la primera vez que Quaresma le hacía ese pedido; aunque lisonjeado, quiso su vanidad profesional que él al principio se negara:

—¡Oh! No tengo nada nuevo, ninguna composición mía.

Doña Adelaide entonces solicitó:

—Cante una de otro autor.

—¡Oh, por Dios, señora mía! Yo solamente canto las mías. Bilac, ¿lo conocen?, quiso hacerme una *modinha*, que no acepté, diciéndole, “usted no entiende de violón, Bilac. El asunto no es escribir unos versos buenos que digan cosas lindas; lo esencial es encontrar las palabras que el violón pide y desea. Por ejemplo: si yo dijera, como en un comienzo quise, en “El pie”, una *modinha* mía: “tu pie es una hoja de trébol”, eso no iba con el violón. ¿Quieren ustedes verlo?”

Y ensayó en voz baja, acompañado por el instrumento: “tu - pie - es - una - hoja - de - trébol”.

—Vean —continuó él— cómo no va. Y en cambio reparen ahora: “tu - pie - es - una - rosa - de - mirra”. Es otra cosa, ¿no les parece?

—No hay duda —dijo la hermana de Quaresma.

—Canta esa —lo invitó el mayor.

—No —objetó Ricardo—. Es antigua, voy a cantar “Promesa”, ¿la conocen?

—No —dijeron los dos hermanos.

—Oh, anda por ahí como las “Palomas”, de Raimundo.

—Cántela, señor Ricardo —pidió doña Adelaide.

Ricardo Coração dos Outros afinó por fin una vez más el violón y comenzó con voz débil:

*Prometo pelo Santíssimo Sacramento
que serei tua paixão...**

—Vayan viendo —dijo en un intervalo—, ¡cuánta imagen, cuánta poesía!

Y continuó. Las ventanas estaban abiertas. Muchachas y jóvenes comenzaron a amontonarse en la vereda para escuchar al trovador. Al sentir que la calle se interesaba, Coração dos Outros fue perfeccionando su dicción, tomando un aire feroz que él suponía ser de ternura y entusiasmo; y cuando terminó, los aplausos resonaron afuera y una niña entró buscando a doña Adelaide.

—Siéntate, Ismênia —dijo ella.

—La demora es poca.

Ricardo se desplomó en la silla, miró un poco a la muchacha y continuó

* “Prometo por el Santísimo Sacramento / que seré tu pasión...”

disertando sobre la *modinha*. Aprovechando una pausa, la hermana de Quaresma preguntó a la muchacha:

—Entonces, ¿cuándo te casas?

Era la pregunta que siempre se le hacía. Ella entonces doblaba del lado derecho su triste cabecita coronada de magníficos cabellos castaños, con tonos de oro, y respondía:

—No sé... Cavalcânti se gradúa a fin de año y entonces fijaremos fecha.

Esto era dicho en forma arrastrada, con una pereza que impresionaba.

No era fea la jovencita, hija del general y vecina de Quaresma. Hasta era muy simpática, con su fisonomía de pequeños trazos mal dibujados y cubiertos de tintes de bondad.

Su noviazgo duraba desde hacía años; el novio, ese tal Cavalcânti, estudiaba para dentista, un curso de dos años pero que él arrastraba desde hacía cuatro, e Ismênia tenía siempre que responder a la famosa pregunta: "Entonces, ¿cuándo te casas", diciendo: "No sé... Cavalcânti se gradúa a fin de año y...".

Intimamente ella no se incomodaba por eso. Para ella, en la vida sólo había una cosa importante: casarse; pero no tenía prisa, ella no pedía nada. Ya había conseguido un novio y el resto era cuestión de tiempo...

Después de responder a doña Adelaide, explicó el motivo de la visita.

Había venido, en nombre del padre, a invitar a Ricardo Coração dos Outros a cantar en la casa de ella.

—Papá —dijo Ismênia— gusta mucho de las *modinhas*... Es del Norte; usted sabe, doña Adelaide, que la gente del Norte las apreciaba mucho. Vengan.

Y todos fueron para allá.

II

RADICALES REFORMAS

HACÍA COMO DIEZ días que el mayor Quaresma no salía de casa. En su cordial y sosegada casa de São Cristovão, llenaba sus días de la forma más útil y agradable a las necesidades de su espíritu y de su temperamento. De mañana, después de la *toilette* y del café, sentábase en el diván de la sala principal y leía los diarios. Leía varios, porque siempre esperaba encontrar en uno o en otro una noticia curiosa, la sugerencia de una idea útil a su querida patria. Sus hábitos burocráticos lo hacían almorzar temprano; y aunque estuviera de vacaciones, para no perderlos, continuaba tomando la primera comida a las nueve y media de la mañana.

Acabado el almuerzo, daba unas vueltas por la chacra, en la que predominaban los frutos nacionales, recibiendo la *pitanga* y el *cambuin* los más cuidadosos tratamientos aconsejados por la pomología, como si fuesen cerezas o higos.

El paseo era lento y filosófico. Conversando con el negro Anastácio, que le servía desde hacía treinta años, sobre cosas antiguas —el casamiento de las princesas, la quiebra de Souto y otras—, el mayor continuaba con el pensamiento preso a los problemas que lo preocupaban últimamente. Después de una hora más o menos, volvía a la biblioteca y se sumergía en las revistas del Instituto Histórico, en Fernão Cardim, en las cartas de Nóbrega, en los anales de la Biblioteca, en von den Stein, y tomaba notas sobre notas, guardándolas en una pequeña carpeta al lado. Estudiaba a los indios. No está bien decir que estudiaba, porque ya lo había hecho en otros tiempos, no solamente en lo tocante a la lengua, que ya casi hablaba, como también los simples aspectos etnográficos y antropológicos. Recordaba (es mejor decir así), afirmaba ciertas nociones de sus estudios anteriores, ya que estaba organizando un sistema de ceremonias y fiestas que se basaban en las costumbres

de nuestros indígenas, y que intentaban cubrir todas las relaciones sociales.

Para mejor comprender el motivo de eso, es necesario no olvidar que el mayor, después de treinta años de meditación patriótica, de estudios y reflexiones, llegaba ahora al período de la fructificación. La convicción que siempre había tenido de que el Brasil era el primer país del mundo, y su gran amor a la patria, eran ahora activos y lo impelían a grandes empresas. Sentía dentro de sí imperiosos impulsos de actuar, de obrar y de concentrar sus ideas. Eran pequeñas mejoras, simples toques, porque en sí misma (esa era su opinión), la gran patria de la Cruz del Sur sólo necesitaba de tiempo para ser superior a Inglaterra.

Tenía todos los climas, todos los frutos, todos los minerales y animales útiles, las mejores tierras de cultivo, la gente más valiente, la más hospitalaria, la más inteligente y dulce del mundo, entonces, ¿qué más precisaba? Tiempo y un poco de originalidad. Por lo tanto, ya no fluctuaban dudas en su espíritu, pero en lo que se refería a originalidad de costumbres y usos, ellas no se habían disipado, sino que se habían transformado seguramente después de tomar parte en la locura de "Tangolomango", una fiesta que el general había dado en su casa.

Lo cierto es que la visita de Ricardo y de su violón al bravo militar vino a despertar en el general y en la familia un gusto por los festejos, cantigas y hábitos genuinamente nacionales, como se dice por ahí. Hubo en todos el deseo de sentir, de soñar, de hacer poesía a la manera popular de los viejos tiempos. Albernaz, el general, recordaba haber visto tales ceremonias en su infancia; Doña Maricota, su mujer, aún recordaba unos versos de Reyes; y sus hijos, cinco muchachas y un joven, vieron en la causa un pretexto para fiestas, y por lo tanto aplaudieron el entusiasmo de sus progenitores. La *modinha* era poca cosa; sus espíritus pedían cosas más plebeyas, más características y extravagantes.

Quaresma quedó encantado cuando Albernaz habló de organizar una *chegança*,¹ a la moda del Norte, en ocasión del aniversario de su alistamiento militar. En casa del general era así: cualquier aniversario tenía su fiesta, de manera que había unas treinta por año, no contando los domingos, días feriados y santificados en que también se bailaba.

Hasta entonces el mayor había pensado poco en eso de fiestas y danzas tradicionales, sin embargo en seguida vio la significación altamente patriótica del intento. Aprobó, y animó al vecino. Pero ¿quién habría de ensayar, de dar los versos y la música? Alguien recordó a la tía María Rita, una negra vieja que vivía en Benfica, antigua lavandera de la familia Albernaz. Allí fueron los dos, el general Albernaz y el mayor Quaresma, alegres, presurosos, en una linda y cristalina tarde de abril.

El general no tenía nada de marcial, ni siquiera el uniforme que quizá ni poseyera. Durante toda su carrera militar no vio una sola batalla, no había tenido un comando, no había hecho nada que tuviese relación con su profesión y su curso de artillero. Siempre había sido ayudante de órdenes, asis-

¹ *Chegança*: festejo popular que en ciertas regiones del Brasil se realiza cerca de Navidad.

tente, encargado de esto o aquello, escribiente, administrador de materiales, y era secretario del Consejo Supremo Militar cuando llegó a general. Sus hábitos eran los de un buen jefe de sección y su inteligencia no era muy diferente a sus hábitos. Nada entendía de guerras, de estrategias, de táctica o de historia militar; su sabiduría al respecto estaba reducida a las batallas del Paraguay, para él la mayor y la más extraordinaria guerra de todos los tiempos.

El altisonante título de general, que evocaba hazañas sobrehumanas de los Césares, los Turennos y los Gustavos Adolfo, sentaba mal a aquel hombre plácido, mediocre, bonachón, cuya única preocupación era casar a sus cinco hijos y conseguir influencias para que su hijo aprobara los exámenes del Colegio Militar. Sin embargo, no era conveniente que se dudara de sus aptitudes guerreras. El mismo, dándose cuenta de su aire muy civil, de tanto en tanto contaba un episodio de guerra, una anécdota militar. "Fue en Lomas Valentinas", decía... Si alguien preguntaba: "Usted, general, ¿asistió a la batalla?", él respondía en seguida: "No pude. Me enfermé y regresé al Brasil en las vísperas. Pero supe por Camisão, por Venâncio, que la cosa estuvo negra".

El tranvía que los llevaba hasta lo de la vieja María Rita, recorría uno de los trechos más interesantes de la ciudad. Iba por el Pedregulho, una vieja puerta de la ciudad, antiguo término de un gran pasaje abierto en el bosque y que iba hasta Minas, se abría hacia San Pablo y entraba en comunicación con la parroquia de Santa Cruz.

Por ahí y sobre el lomo de las bestias llegaban a Río el oro y los diamantes de Minas, y últimamente los llamados productos del país. No habían pasado aún cien años de cuando los carruajes del rey Don João VI, pesados como barcos, se balanceaban sobre las cuatro ruedas muy separadas, pasando por allí para llegar a la lejana Santa Cruz. No puede creerse que la cosa fuera muy imponente; la Corte andaba en apuros de dinero y el rey era muy descuidado. No obstante los soldados remendados, tristemente montados en desanimados "pangarés", aquello debe haber tenido su grandeza, no por el rey, sino por las humillantes marcas de respeto que todos tenían que dar a su lamentable majestad.

Entre nosotros todo es inconsistente, provisorio, no dura. No había allí nada que recordara ese pasado. Las casas viejas, con grandes ventanas casi cuadradas, y vidrieras de pequeños vidrios, eran de hacía pocos años, menos de cincuenta.

Quaresma y Albernaz cruzaron todo eso sin reminiscencias y fueron hasta el punto de descenso. Pero antes recorrieron la zona del turf, una pequeña porción de la ciudad donde se amontonan cocheras y studs de animales de carrera, con grandes herraduras, cabezas de caballos, panoplias de látigos y otros emblemas hípicas en los pilares de los portones, en las puertas, por todas partes donde tales distintivos queden bien y se ofrezcan a la vista.

La casa de la vieja negra estaba más allá de la parada, para el lado del ferrocarril Leopoldina. Para allí fueron. Pasaron por la estación. Sobre un ancho terraplén, negro de carbón de piedra, los montones de leña y las inmensas pilas de bolsas de carbón vegetal se acumulaban; más adelante

había un depósito de locomotoras, y sobre los rieles maniobraban algunas y otras resoplaban bajo presión.

Finalmente tomaron el sendero que conducía a la casa de María Rita. El tiempo había estado seco y por eso se podía andar por él. Más allá del camino, se extendía la vasta región de los terrenos pantanosos, una zona inmensa, triste y fea, que va hasta el fondo de la bahía y, en el horizonte, muere al pie de las montañas azules de Petrópolis. Llegaron a la casa de la vieja. Era baja, pintada a la cal y cubierta con pesadas tejas portuguesas. Estaba un poco alejada del camino. A la derecha había un basural: restos de comida, trapos, conchas de mariscos, pedazos de loza casera, un material como para hacer el placer de un arqueólogo del futuro remoto; a la izquierda crecía un árbol de mamón, y bien junto a la cerca, del mismo lado, había una planta de ruda. Una negrita joven apareció en la ventana abierta.

—¿Qué desean?

Dijeron lo que deseaban y se aproximaron. La muchacha gritó hacia el interior de la casa:

—Abuela, aquí hay dos “mozos” que quieren hablar con usted. Entren, por favor —dijo ella después, dirigiéndose al general y a su compañero.

La sala era pequeña y de tejas sin argamasa. Por las paredes, viejos cromos de hojitas, estampitas de santos, recortes de ilustraciones de diarios, se mezclaban y subían por ellas hasta dos tercios de altura. Al lado de una Virgen de la Penha, había un retrato de Vitor Emanuel con enormes bigotes en desorden; desde una hoja impresa, una cabeza de mujer en posición de soñar, parecía mirar a un San Juan Bautista a su lado. En lo alto de la puerta que llevaba al interior de la casa, una luminaria, en una rinconera, llenaba de luces a una Concepción de loza.

La vieja no tardó en venir. Entró en camisa adornada con puntillas, mostrando el pecho descarnado sobre el que se apoyaba un collar de dos vueltas. Rengueaba de un pie y parecía querer ayudar la marcha apoyándose la mano izquierda en la pierna correspondiente.

—Buenas tardes, tía María Rita —dijo el general.

Ella respondió, pero sin dar muestras de haber reconocido a quien le hablaba. El general insistió:

—¿Ya no me conoce? Soy el general, el coronel Albernaz.

—¡Ah! ¡Señor coronel!... ¡Hace tanto tiempo! ¿Cómo está doña Maricota?

—Anda bien. Mi vieja, nosotros queríamos que usted nos enseñara unas cantigas.

—¡Quién soy yo para eso, *ioiô*! ¹

—Vamos, vamos, tía María Rita... usted no pierde nada... no sabe el “Bumbameu-boi”? ²

—Qué va, *ioiô*, ya me olvidé.

—¿Y el “Boi Espácio”?

¹ *Ioio*: tratamiento que los esclavos daban a los señores.

² “*Bumba-meu-boi*”: diversión popular de origen folklórico y significación dramática propia del Nordeste del país.

—Cosa vieja, del tiempo de la esclavitud... ¿Para qué usted quiere saber de todo eso?

Ella hablaba arrastrando las sílabas, con una dulce sonrisa y una mirada vaga.

—Es para una fiesta... ¿Cuál es la que usted sabe?

La nieta, que hasta entonces había escuchado en silencio la conversación, se animó a decir algo, dejando aparecer rápidamente la hilera reluciente de sus dientes inmaculados:

—Abuela ya no se acuerda.

El general, al que la vieja llamaba coronel por haberlo conocido cuando tenía ese grado, no atendió a la observación de la muchacha e insistió:

—¡Qué va a olvidarse! Debe acordarse de alguna todavía, ¿no es cierto, tía?

—Sólo sé "Bicho Tutu" —dijo la vieja.

—¡Cántela!

—¡Pero, *ioiô* la sabe! Sí que la sabe.

—No la sé, cántela. Si la supiera no habría venido hasta aquí. Pregúntele a mi amigo, el mayor Policarpo, si la sé.

Quaresma hizo una señal afirmativa con la cabeza y la negra vieja, tal vez con muchas nostalgias por el tiempo en que era esclava y ama de leche de alguna gran casa, importante y rica, levantó la cabeza como para recordar mejor, y entonó:

*E vêm tutu
Por detrás do murundu
Pra cume sinbozinho
Cum bucado de angü.**

—¡Caramba! —dijo el general con enfado— eso es algo antiguo, para acunar niños. ¿No sabe otra?

—No, *sinhô*.¹ Ya me olvidé.

Los dos salieron tristes. Quaresma venía desanimado. ¿Cómo el pueblo no guardaba las tradiciones de treinta años atrás? ¡Con qué rapidez morían en su recuerdo sus alegrías y sus canciones! ¡Era claramente una señal de debilidad, una demostración de inferioridad frente a esos pueblos tenaces que los guardan durante siglos! Era necesario reaccionar, desarrollar el culto de las tradiciones, mantenerlas siempre vivaces en las memorias y en las costumbres...

Albernaz venía contrariado. Contaba conseguir un número bueno para la fiesta que iba a dar, y éste se le escapaba. Era casi la esperanza de casamiento de una de las cuatro hijas que seguían, porque una de ellas ya lo tenía garantizado, ¡gracias a Dios!

* "Ahí viene el coco / por detrás del montecito / para comer al señorito / como a bocado de puré."

¹ *Sinhô*: lo mismo que "señor" entre los esclavos.

El crepúsculo llegaba y entraron en la casa sumergidos en la melancolía de la hora.

La decepción, sin embargo, duró sólo unos días. Cavalcânti, el novio de Ismênia, informó que en las inmediaciones vivía un literato, obstinado cultivador de cuentos y canciones populares del Brasil. Fueron hasta él. Era un viejo poeta que tuvo su fama allá por los setenta y tantos, hombre dulce e ingenuo que se dejaba olvidar en vida, como poeta, y ahora se entretenía en publicar colecciones de cuentos, canciones, adagios y dichos populares que nadie leía.

Fue grande su alegría cuando supo el objeto de la visita de aquellos señores. Quaresma estaba animado y habló con calor; y Albernaz también, porque veía en su fiesta, con un número de folklore, un medio de llamar la atención sobre su casa, atraer gente y... casar a las hijas.

La sala en que fueron recibidos era amplia; pero estaba tan llena de mesas, estantes repletos de libros, carpetas y latas, que mal podía uno moverse en ella. En una lata leíase: Santa Ana dos Tocos; en una carpeta, São Bonifácio do Cabresto.

—Ustedes no saben, señores —dijo el viejo poeta—, ¡qué tesoro es nuestra poesía popular! ¡Qué sorpresas reserva!... Hace pocos días recibí una carta de Urubu-de-Baixo, con una linda canción. ¿Quieren verla?

El coleccionista revolvió carpetas y finalmente trajo un papel en el que leyó:

*Se Deus enxergasse pobre
Não me deixaria assim:
Dava no coração dela
Um lugarzinho pra mim.
O amor que tenho por ela
Já não cabe no meu peito;
Sai-me pelos olhos afora
Voa às nuvens direito.**

—¿No es hermoso?... ¡Mucho! Y si ustedes conocieran el ciclo del macaco, la colección de historias que el pueblo tiene sobre el simio... ¡Oh! ¡Una verdadera epopeya cómica!

Quaresma miraba al viejo poeta con el asombro satisfecho de alguien que encontró a un semejante en el desierto; y Albernaz, contagiado por un momento de la pasión del folklorista, tenía más inteligencia en la mirada con que lo encaraba.

El viejo poeta guardó la canción de Urubu-de-Baixo en una carpeta; y en seguida fue hasta otra, de la que extrajo varias hojas de papel. Volvió hacia donde estaban sus visitantes y les dijo:

* Si Dios mirara a los pobres / no me dejaría así: / Haría en el corazón de ella / un lugarcito para mí. / El amor que siento por ella/ ya no me cabe en el pecho; / me sale ojos afuera / vuela a las nubes derecho."

—Voy a leerles a ustedes una pequeña historia del macaco, de las muchas que nuestro pueblo cuenta... Yo mismo tengo cerca de cuarenta y pretendo publicarlas bajo el título de *Historias del Mestre Simão*.

Y sin preguntar si los molestaba o si estaban dispuestos a escuchar, comenzó:

"El macaco frente al juez letrado. Una banda de macacos andaba jugando, saltando de árbol en árbol, cerca de una gruta. He ahí que uno de ellos vio en el fondo a una onza que había caído allí. Los macacos se enternecieron y resolvieron salvarla. Para eso arrancaron yuyos, los trenzaron bien e hicieron una cuerda que ciñeron a la cintura de cada uno de ellos, arrojando una de las cuerdas a la onza. Con el esfuerzo reunido de todos, consiguieron izarla y en seguida se desataron y huyeron. Uno de ellos, sin embargo, no lo pudo hacer a tiempo y la onza de inmediato lo prendió:

"—Compadre Macaco —le dijo—, tenga paciencia. Estoy con hambre y usted va a hacerme el favor de dejarse comer.

"El macaco rogó, instó, lloró; pero la onza parecía inflexible. Simão entonces recordó que la demanda debía ser resuelta por el juez. Fueron a él, con el macaco siempre sujeto por la onza. Entre los animales, el juez es el *jabuti*,¹ cuyas audiencias tienen lugar a orillas de los ríos, colocándose él encima de una piedra. Llegaron los dos y el macaco expuso sus razones.

"El *jabuti* escuchó, y finalmente ordenó:

"—Aplauda.

"Aunque cogido por la onza el macaco pudo aplaudir. Llegó el turno de la onza, que también expuso sus razones y motivos. El juez, como anteriormente, intimó al felino.

"—Aplauda.

"La onza no tuvo más remedio que soltar al macaco que se escapó, lo mismo que el juez, que se arrojó al agua."

Terminada la lectura el viejo se dirigió a sus visitantes:

—¿No les parece interesante? Hay en nuestro pueblo mucha inventiva, mucha creación, verdadero material para *fabliaux* interesantes... El día que aparezca un literato de genio que lo fije en forma inmortal. ¡Ah! ¡Entonces!

Diciendo esto jugueteaba en sus mejillas una sonrisa de satisfacción y en sus ojos aparecían lágrimas furtivas.

—Ahora —continuó él, luego de pasada la emoción—, vamos a lo que debemos ir. El *Boi espácio* o el *Bumba-meu-boi*, es mucho para ustedes... Mejor es ir lentamente, comenzar por lo más fácil... Tenemos así el *Tangolo-mango*, ¿lo conocen?

—No —dijeron los dos.

—Es divertido. Consigan diez niños, una máscara de viejo, una ropa estrambótica para uno de ustedes, que yo los adiestro.

Llegó el día. La casa del general estaba llena. Cavalcânti había venido, y él y la novia, asomados a una ventana, parecían ser los únicos que no tenían interés por el espectáculo. El, hablando mucho, lleno de visajes en la mirada;

¹ *Jabuti*: especie de tortuga comestible que abunda en el Amazonas.

ella, medio fría, lanzando de vez en cuando al novio una mirada de gratitud.

Quaresma hizo de *Tangolomango*, esto es, vistió una vieja levita del general, se puso una inmensa máscara de anciano, se apoyó en un bastón curvo, con forma de báculo, y entró en la sala. Los diez niños cantaron a coro:

*Uma mãe teve dez filhos
Todos os dez dentro de um pote:
Deu o Tangolomango nêle
Não ficaram senão nove.**

Ahí avanzaba el mayor, golpeaba el suelo con el báculo y hacía: "¡hu! ¡hu! ¡hu!"; los niños huían; y finalmente él cogía a uno y lo llevaba para adentro. Así iba siguiendo la trama con gran alegría de la sala, cuando a la quinta vez le faltó el aire, se le oscureció la visión, y cayó. Le quitaron la máscara, le dieron algunas sacudidas y Quaresma volvió en sí.

El accidente, sin embargo, no le trajo ningún disgusto por el folklore. Compró libros, leyó todas las publicaciones al respecto, pero la decepción le llegó al final de algunas semanas de estudio.

Casi todas las tradiciones y canciones eran extranjeras; el propio *Tangolomango* también lo era. Por lo tanto tornábase preciso conseguir algo propio, original, una creación de nuestra tierra y de nuestros aires.

Esa idea lo llevó a estudiar las costumbres *tupinambás*,¹ y como una idea trae a las otras, en seguida amplió sus propósitos, y he ahí la razón por la que estaba organizando un código de relaciones, de saludos, de ceremonias domésticas y fiestas, calcado de los preceptos *tupís*.

Desde hacía diez años que se entregaba a esa ardua tarea cuando, un domingo, golpearon a su puerta, en medio de su trabajo. Abrió, pero no estrechó la mano de los que llegaban. Se lanzó a llorar, a gritar, a arrancarse los cabellos, como si hubiese perdido a la mujer o a un hijo. La hermana corrió desde adentro. Anastácio también, y el compadre y la hija, pues de ellos se trataba, se quedaron estupefactos en la puerta de entrada.

—Pero, ¿qué es eso, compadre?

—¿Qué pasa, Policarpo?

—Pero, padrino...

El aún lloró un poco. Enjugó las lágrimas y, después, explicó con la mayor naturalidad:

—¡Es eso! Ustedes no tienen la más mínima noción de las cosas de nuestra tierra. Querían que yo les estrechara la mano... Eso no es nuestro. Nuestra salutación es llorar cuando encontramos a los amigos, era así como hacían los *tupinambás*.

* "Una madre tuvo diez hijos / Todos ellos dentro de una vasija: / Golpeó el Tangolomango en ella / No quedaron sino nueve."

¹ *Tupinambás*: denominación genérica de varias tribus tupís del litoral brasileño en el siglo xvi.

Su compadre Vicente, la hija, y doña Adelaide se miraron sin saber qué decir. ¿Estaría loco el hombre? ¡Qué extravagancia!

—Pero, señor Policarpo —le dijo el compadre—, es posible que esto sea muy brasileño, pero es bastante triste, compadre.

—Seguramente, padrino —agregó la muchacha, con vivacidad—; hasta parece de mal agüero...

Su compadre era italiano de nacimiento. Vale la pena contar la historia de sus relaciones. Vendedor ambulante, había sido proveedor de la casa de Quaresma, hacía veintitantos años. El mayor ya tenía sus ideas patrióticas, pero no desdenaba conversar con su proveedor y hasta le gustaba verlo, transpirado, curvado bajo el peso de los cestos, con dos rosas rojas en las mejillas muy blancas de europeo recién llegado. Pero un buen día, iba Quaresma por el Largo do Paço, muy distraído, pensando en las maravillas arquitectónicas de la fuente pública del Maestro Valentim, cuando súbitamente se encontró con el vendedor ambulante. Le habló con esa simplicidad del alma que era bien suya, y notó que el joven tenía alguna preocupación seria. No solamente soltaba de vez en cuando exclamaciones sin ninguna vinculación con la conversación del momento, sino que también cerraba los labios, hacía rechinar los dientes y crispaba furiosamente los puños. Lo interrogó, y así vino a saber que tenía un asunto de dinero con un colega suyo, y estaba dispuesto a matarlo, pues había perdido el crédito y en breve estaría en la miseria. Había en su afirmación tal energía, y tan grande y extraño acento de ferocidad, que el mayor empleó toda su dulzura y persuasión para disuadirlo del propósito. Y no quedó en eso: también le prestó dinero. Vicente Coleoni puso una tienda de comestibles, ganó algunos *contos* de *réis*, se hizo luego contratista, enriqueció, se casó, y tuvo esa hija que fue llevada a la pila bautismal por su benefactor. Inútil es decir que Quaresma no observó la contradicción entre sus ideas patrióticas y su acto.

Es verdad que aún no las tenía muy firmes, pero ya fluctuaban en su cabeza y actuaban en su conciencia como tenues deseos, veleidades de hombre de poco más de veinte años, veleidades que no tardarían en tomar consistencia y que sólo esperaban los años para cuajar en actos.

Fue, pues, a su compadre Vicente y a su ahijada Olga, a quienes recibió con el más legítimo ceremonial *guaitacás*, y si no había vestido el traje de etiqueta de tan interesante pueblo, el motivo no fue carecer de él. Hasta lo tenía a mano, pero la faltó tiempo para cambiarse.

—¿Lee mucho, padrino? —preguntó la ahijada, posando sobre él sus luminosos ojos.

Había entre los dos un gran afecto. Quaresma era un tanto reservado y el pudor de mostrar sus sentimientos lo hacía económico en las demostraciones afectuosas. Sin embargo, se adivinaba que la joven ocupaba en su corazón el lugar de los hijos que no había tenido ni tendría jamás. La niña vivaz, habituada a hablar en voz alta y sin embarazo, no escondía su afecto, tanto más que sentía confusamente en él algo de superior, un ansia de ideal, la tenacidad en la persecución de un sueño, una idea, un vuelo en fin hacia las altas regiones del espíritu que ella no estaba habituada a ver en nadie en el mundo que frecuentaba. Esa admiración no le venía de la educación.

Había recibido la que era común a las muchachas de su clase. Venía de un don propio, quizá de las proximidades europeas de su nacimiento, que la habían hecho un poco diferente a las demás jóvenes.

Con una mirada luminosa y escrutadora preguntó a su padrino:

—Entonces, padrino, ¿lee mucho?

—Mucho, hija. Imagínate que estoy meditando grandes obras, una reforma, la emancipación de un pueblo.

Vicente había ido con doña Adelaide hacia el interior de la casa, y los dos conversaban a solas en la biblioteca. La ahijada notó que Quaresma tenía algo no común. Hablaba ahora con tanta seguridad, él que antiguamente era tan modesto, casi dudando al hablar ¡qué diablos! No, no era posible... Pero, ¿quién sabe? ¡Y qué singular alegría había en sus ojos, la alegría de un matemático que resolvió un problema, la de un inventor feliz!

—No vaya a meterse en ninguna conspiración —dijo la joven, bromeando.

—No te asustes por eso. La cosa va naturalmente, no es necesario usar la violencia...

En esto entró Ricardo Coração dos Outros, con su largo y coludo frac de sarga y su violón envuelto en gamuza. El mayor hizo las presentaciones.

—Ya lo conocía de nombre, señor Ricardo —dijo Olga.

Coração dos Outros se llenó de un auspicioso contento. Su fisonomía disminuida se dilató al brillo de su mirada satisfecha; y su cutis reseco y de un tono de mármol viejo, quedó como suave y joven. Aquella muchacha parecía rica, era fina y bonita, y lo conocía, ¡qué satisfacción! El, que siempre era un tanto parco y tímido cuando se encontraba ante muchachas, fueran de la condición que fuesen, se animaba, soltaba la lengua, suavizaba la voz y se volvía elocuente.

—¿Entonces leyó mis versos, señora?

—No tuve ese placer, pero hace algunos meses leí un juicio sobre un trabajo suyo.

—¿En *Tempo*, verdad?

—Así es.

—¡Muy injusto! —agregó Ricardo—. Todos los críticos se atienen a ese asunto de la métrica. Dicen que mis versos no son versos... Lo son, sí; pero son versos para violón. Usted sabe que los versos para música tienen algo diferente a los comunes, ¿no es verdad? Por lo tanto, no es de extrañar que mis versos, hechos para violón, sigan otra métrica y otro sistema, ¿no le parece?

—Seguramente —dijo la joven—. Pero me parece que usted hace versos para la música, y no música para los versos.

Y ella sonrió lenta, enigmáticamente, deteniendo su mirada luminosa, mientras Ricardo, desconfiado, sondeaba su intención con sus ojitos vivos y menudos de ratón.

Quaresma, que hasta entonces se había mantenido callado, intervino:

—Ricardo es un artista, Olga... Intenta elevar al violón y trabaja para eso.

—Lo sé, padrino. Yo sé...

—Entre nosotros, señora mía —dijo Coração dos Outros—, estas ten-

tativas nacionales no son tomadas en serio, pero en Europa todos las respetan y las auxilian... ¿Cómo se llama, mayor, aquel poeta que escribió en francés popular?

—Mistral —acudió Quaresma—, pero no es francés popular, es provenzal, una verdadera lengua.

—Sí, eso es —confirmó Ricardo—. ¿Acaso Mistral no es considerado, respetado? Yo, en lo que respecta al violón, estoy haciendo lo mismo.

Miró triunfalmente a un lado y otro, a sus interlocutores; Olga, dirigiéndose a él, dijo:

—Continúe en su intento, señor Ricardo, que es digno de alabar.

—Muchas gracias. Esté segura, señora mía, que el violón es un bello instrumento y tiene grandes dificultades. Por ejemplo...

—¡Qué va! —interrumpió Quaresma abruptamente—. Hay otros más difíciles.

—¿El piano? —preguntó Ricardo.

—¡Nada de piano! La maraca, la *inúbia*.¹

—No los conozco.

—¿No los conoces? ¡Eso sí que está bueno! Los instrumentos más nacionales posibles, los únicos que lo son verdaderamente; instrumentos de nuestros antepasados, de aquella valiente gente que se batió por nosotros y aún se bate por la posesión de esta tierra. ¡Los *caboclos*!²

—¡Instrumentos de *caboclo*, vaya!

—¡De *caboclo*! ¿Y eso qué tiene? Léry dice que son muy sonoros y agradables de escuchar... Si es por ser de *caboclo*, el violón tampoco vale nada; es un instrumento de simples.

—¡De simples, mayor! No diga eso...

Y los dos aún discutieron acaloradamente frente a la joven, sorprendida, escandalizada, sin atinar a nada, que no se explicaba aquella inopinada transformación del genio de su padrino, hasta allí tan sosegado y tan calmo.

¹ *Inúbia*: trompeta de guerra de los indios tupís-guaraníes.

² *Caboclo*: mestizo de blanco con indio.

III

LA NOTICIA DE GENELICIO

—ENTONCES, ¿cuándo se casa, doña Ismênia?

—En marzo. Cavalcânti ya se graduó y...

Finalmente la hija del general podía responder con seguridad a la pregunta que se le venía haciendo desde hacía cuatro años. Finalmente el novio había llegado a la finalización del curso de dentista y había fijado el casamiento para dentro de tres meses. La alegría de la familia fue grande; y como en tal caso una alegría no podía pasar sin un baile, se anunció una fiesta para el sábado que seguía al pedido de práctica.

Las hermanas de la novia, Quinota, Zizi, Lalá y Vivi, estaban más contentas que la interesada. Les parecía que les iba a dejar el camino desembarazado, como si ella hubiese sido la que hasta ese momento les había impedido que se casaran.

Novia desde hacía cinco años, Ismênia ya se sentía medio casada. Ese sentimiento junto a su naturaleza pobre no le hizo sentir más alegría. Estuvo como siempre. Casarse, para ella, no era un asunto de pasión, ni se relacionaba con los sentimientos o los sentidos: era una idea, simplemente una idea. Aquella inteligencia rudimentaria había separado la idea del casamiento de las del amor, o el placer de los sentidos, tal o cual libertad, la maternidad, hasta del novio. Desde niña escuchaba a la madre decir: "Aprende a hacer esto, porque cuando te cases...", o si no: "Debes aprender a pegar botones, porque cuando te cases..."

A todo instante y a toda hora, veía aquel, "porque cuando te cases...", y la muchacha se fue convenciendo de que toda la existencia tendía al casamiento. La instrucción, las satisfacciones íntimas, la alegría, todo eso era inútil; la vida se resumía en una cosa: casarse.

Por otra parte, no era solamente dentro de la familia que encontraba

aquella preocupación. En el colegio, en la calle, en casa de las familias conocidas, sólo se hablaba de casamiento. "Sabe, doña Maricota, se casó Lili; no hizo gran negocio, pues parece que el novio no vale mucho"; o "Zezé está loca por casarse, pero es tan fea, ¡Dios mío!".

La vida, el mundo, la variedad intensa de los sentimientos, de las ideas, nuestro propio derecho a la felicidad, fueron pareciendo nifierías para aquel pequeño cerebro; de tal manera que casarse representó para ella lo más importante, una especie de deber: no casarse, quedar soltera, ser "tía", le parecía un crimen, una vergüenza.

De naturaleza muy pobre, sin capacidad para sentir nada profunda e intensamente, sin cantidad emocional para la pasión o para un gran afecto, en su inteligencia la idea de "casarse" se incrustó obstinadamente como una obsesión.

No era fea; morena, con trazos tímidos, una naricita mal hecha pero graciosa, no muy baja ni muy delgada y con su apariencia de bondad pasiva, de indolencia de cuerpo, de ideas y de sentidos; hasta era un buen modelo de lo que los festejantes llaman "bonitilla". El rasgo dominante de su belleza eran sus cabellos; espesos cabellos castaños, con tonalidades doradas, sedosos hasta a la mirada.

A los diecinueve años consiguió un novio, Cavalcânti, y no fue extraña a la debilidad de su voluntad y al temor de no encontrar marido la facilidad con que el futuro dentista la conquistó.

El padre puso mala cara. El siempre estaba enterado de los amores de las hijas: "Cuéntamelo todo, Maricota —decía—, quiero saber quiénes son. ¡Mucho ojo!... Es mejor prevenir que curar... Puede ser un holgazán y...". Sabiendo que el pretendiente de Ismênia era un dentista, no quedó muy satisfecho. Qué es un dentista, se preguntaba. Un ciudadano graduado a medias, una especie de barbero. Prefería un oficial, que tenía derechos para dejar a su viuda; pero la mujer lo convenció de que los dentistas ganan mucho, y él accedió.

Comenzó entonces Cavalcânti a frecuentar la casa en calidad de novio "paisano", es decir el que no ha hecho aún el pedido oficial.

Al final del primer año, teniendo noticias de las dificultades con que el futuro yerno luchaba para terminar los estudios, el general fue generosamente en su socorro. Le pagó derechos de matrícula, libros y otras cosas. No era raro que luego de una larga conversación con la hija, doña Maricota le dijera al marido: "consíguele veinte mil réis que Cavalcânti necesita una Anatomía".

El general era leal, bueno y generoso; a no ser por su pretensión marcial, en su carácter no había la más mínima falla. Además, esa necesidad de casar a las hijas lo hacía aún mejor cuando se trataba de los intereses de ellas.

Escuchaba a su mujer, se rascaba la cabeza y le daba el dinero; y para evitar gastos al futuro yerno lo invitaba a cenar en su casa todos los días; así el noviazgo fue corriendo hasta allí.

"En fin —decía Albernaz a la mujer, la noche del pedido de mano, cuan-

do ya se habían recogido— la cosa va a acabar.” “Felizmente —le respondía doña Maricota— vamos a descontar este pagaré.”

Sin embargo, la satisfacción resignada del general era falsa; por el contrario estaba radiante. En la calle si se encontraba con un camarada de armas, en el primer momento posible ya le decía:

—¡Es un infierno esta vida! ¡Imagínate, Castro, que encima de todo tengo el casamiento de mi hija!

A lo que Castro interrogaba:

—¿Cuál de ellas?

—Ismênia, la segunda —respondía Albernaz, y en seguida agregaba—; tú sí que eres feliz, sólo tuviste hijos.

—¡Ah, mi amigo! —decía el otro, lleno de malicia—. Aprendí la receta. ¿Por qué no hiciste lo mismo?

Despidiéndose, el viejo Albernaz corría a los almacenes, a las tiendas de loza, compraba más platos, más compoteras, un centro de mesa, porque la fiesta debía ser imponente y tener un aire de abundancia y de riqueza que tradujera su gran alegría.

La mañana del día en que se festejaba el pedido de mano, doña Maricota amaneció cantando. Era raro que lo hiciera; pero en los días de grandes alegrías, canturreaba una vieja aria, algo del tiempo de su juventud, y las hijas, que sentían en eso una señal cierta de alegría, corrían a ella, pidiéndole esto o aquello.

Muy activa, muy diligente, no había ama de casa más económica y que hiciera rendir más el dinero del marido y el servicio de las criadas. En cuanto despertó, puso todo en actividad, a las criadas y a las hijas. Vivi y Quinota a los dulces; Lalá y Zizi a auxiliar a las mucamas en el arreglo de las salas y los cuartos, mientras ella e Ismênia iban a arreglar la mesa, a disponerla con mucho gusto y esplendor. Todo quedaría así de elegante desde las primeras horas del día. La alegría de doña Maricota era grande; ella no comprendía que una mujer pudiese vivir sin estar casada. No eran sólo los peligros a que se encontraba expuesta, la falta de compañía; le parecía feo y deshonesto para la familia. Su satisfacción no venía del simple hecho de haber descontado un pagaré, como decía. Venía más profundamente, de sus sentimientos maternos y familiares.

Ella arreglaba la mesa, nerviosa y alegre; y la hija fría e indiferente.

—Pero hija —decía ella—, ¡parece que no fueras tú quien se casa! ¡Qué cara! Pareces una mosca moribunda.

—Mamá, ¿qué quieres que haga?

—No es lindo reírse mucho, andar como una alocada, ¡pero tampoco lo es estar así como tú! Nunca vi una novia igual.

Durante una hora la joven se esforzó por parecer muy alegre, pero luego le volvía toda la pobreza de su naturaleza, incapaz de vibración sentimental, y lo natural de su temperamento la vencía, no tardando en caer en aquella enfermiza indiferencia que le era propia.

Vino mucha gente. Además de las muchachas y las respetables madres, acudieron a la invitación del general, el contraalmirante Caldas, el doctor Florencio, ingeniero de aguas, el mayor honorario Inocêncio Bustamante, el

señor Bastos, tenedor de libros y pariente de doña Maricota, y otras personas importantes. Ricardo no había sido invitado porque el general temía la opinión pública sobre la presencia de él en una fiesta seria; Quaresma sí estaba invitado, pero no fue; y Cavalcânti cenó con los futuros suegros.

A las seis de la tarde, la casa estaba llena. Las jóvenes cercaban a Ismênia, felicitándola no sin cierta envidia en la mirada.

Irene, una rubia alta, aconsejaba:

—Yo, si fuese tú, compraba todo en el Parque.

Se hablaba del ajuar. Todas ellas, aunque solteras, daban consejos, sabían cuáles eran las casas baratas, las piezas más importantes y las que podían ser dejadas de lado. Estaban enteradas de todo.

Armanda indicaba con un requiebro hechicero en los ojos:

—Anteayer vi en la calle de Constituição, un dormitorio matrimonial muy bonito, ¿por qué no lo vas a ver Ismênia? Parece barato.

Ismênia era la menos entusiasmada, casi no respondía a las preguntas; y si las respondía era con monosílabos. Hubo un momento en que sonrió casi con alegría y abandono. Estefânia, la doctora, normalista, que tenía un anillo con tantas piedras que parecía una joyería, en un momento dado llevó la boca carnosa hasta los oídos de la novia y le hizo una confidencia. Cuando dejó de secretar, así como si quisiera confirmar lo dicho, dilató mucho los ojos maliciosos y ardientes, y dijo en voz alta:

—Quiero ver eso... Todas dicen que no... Yo sé...

Ella aludía a la respuesta que Ismênia había dado parsimoniosamente a su confidencia: ¿qué cosa?

Todas ellas, conversando, tenían los ojos puestos en el piano. Los jóvenes y una parte de los viejos rodeaban a Cavalcânti, muy solemne dentro de un frac negro.

—Entonces, doctor, terminó ¿eh? —decía éste, a manera de cumplido.

—Es verdad. Trabajé. Ustedes no se imaginan los tropiezos, los esfuerzos, ¡fui verdaderamente heroico!

—¿Conoce a Chavantes? —preguntaba otro.

—Lo conozco. Un estudiante crónico, un farrista...

—¿Fue compañero suyo?

—Sí, es decir, él es del curso de medicina. Nos inscribimos el mismo año.

Cavalcânti aún no había tenido tiempo de atender a éste cuando ya era obligado a escuchar la observación de otro.

—Es muy hermoso graduarse. Si yo hubiera escuchado a mi padre, ahora no estaría quebrándome la cabeza con el "debe" y el "haber". Hoy, me tuerzo la oreja y no sale sangre.

—Actualmente no vale nada, querido señor —decía modestamente Cavalcânti—. Con esas academias libres... ¡Imaginen que ya se habla de una Academia Libre de Odontología! ¡Es el colmo! Un curso difícil y caro, que exige cadáveres, aparatos, buenos profesores, ¿cómo podrán mantenerlo los particulares? Si el gobierno lo mantiene mal...

—Pues doctor —intervino otro— lo felicito. Le digo lo que le dije a mi sobrino cuando se graduó: ¡adelante!

—Ah, ¿su sobrino se recibió ya? —inquiría delicadamente Cavalcânti.

—En ingeniería. Está en Maranhão, en el camino de Caxias.

—Buena carrera.

En los intervalos de la conversación, todos miraban al joven dentista como si fuese un ser sobrenatural.

Para toda aquella gente, Cavalcânti no era ya un simple hombre, era un hombre y algo más, algo sagrado y de esencia superior; y no unían la imagen que tenían de él actualmente a las cosas que por ventura pudiese saber o haber aprendido. Esto no entraba de ningún modo en ella; aquel individuo, para algunos, continuaba siendo vulgar, común en apariencia, pero su sustancia había cambiado, era diferente de la de ellos y estaba ungido por no se sabe qué cosa vagamente fuera de la naturaleza terrestre, casi divina.

Hacia el lado de Cavalcânti, que se encontraba en la sala de visitas, vinieron los menos importantes. El general se había quedado en el comedor, fumando, rodeado de los de mayor jerarquía y de los más viejos. Estaban con él el contraalmirante Caldas, el mayor Inocêncio, el doctor Florêncio y el capitán de bomberos Segismundo.

Inocêncio aprovechó la ocasión para consultar a Caldas sobre un asunto de legislación militar. El contraalmirante era interesantísimo. En la Marina, por poco no hacía *pendant* con Albernaz en el Ejército. Nunca se había embarcado, a no ser en la guerra del Paraguay, y aun así por muy poco tiempo. La culpa, sin embargo, no era de él. En seguida que se vio teniente primero, Caldas fue aislándose, abandonando la rueda de los camaradas, de modo que, sin empeños y sin amigos en las altas posiciones, se olvidaban de él y no le daban comisiones de embarque. Es curioso ese asunto de las administraciones militares: las comisiones se basan en merecimientos, pero sólo se dan a los protegidos.

Cierta vez, cuando ya era capitán, le dieron un embarque en el Mato Grosso. Lo designaron comandante del acorazado "Lima Barros". Partió para allí, pero cuando se presentó al comandante de la flotilla, tuvo noticia de que no existía en el río Paraguay semejante barco. Preguntó aquí y allá, y hubo quien aventuró que podía ser que el tal "Lima Barros" formara parte de la escuadrilla del alto Uruguay. Consultó al comandante.

—Yo, en su caso —le dijo el superior—, partiría inmediatamente hacia la flotilla de Río Grande.

Hizo las valijas, y cuando por fin llegó al alto Uruguay, después de un penoso y fatigante viaje, tampoco allí estaba el tal "Lima Barros". ¿Dónde estaría, entonces? Quiso telegrafiar a Río de Janeiro, pero tuvo miedo de ser censurado, tanto más cuanto no andaba en olor de santidad. Estuvo así un mes en Itaqui, dudando, sin recibir sueldo y sin saber qué destino tomar. Un día le vino la idea de que el navío bien pudiera estar en el Amazonas. Embarcó con la intención de ir al extremo norte y cuando pasó por Río, conforme es de práctica, se presentó a las altas autoridades de la Marina. Lo pusieron preso y lo sometieron a consejo de guerra.

El "Lima Barros" se había ido a pique durante la guerra del Paraguay.

Aunque absuelto, nunca más entró en gracia de los ministros y de sus generales. Todos lo tenían por tonto, por un comandante de opereta que

andaba a la caza de su barco por los cuatro puntos cardinales. Lo dejaron "arrinconado", como se dice en la jerga militar, y tardó casi cuarenta años para llegar de guardiamarina a capitán de fragata. Jubilado en la situación inmediata, con el grado siguiente, toda su acidez contra la Marina se concentró en un largo trabajo de estudiar leyes, decretos, edictos, avisos, consultas, que se refiriesen a la promoción de oficiales. Compraba verdaderos repertorios de legislación, almacenaba colecciones de leyes e informes, y llenó la casa con toda esa molesta y fatigante literatura administrativa. Los requerimientos, pidiendo la modificación de su jubilación, llovían sobre los ministros de Marina. Corrían meses por el infinito rosario de reparticiones, y siempre eran prorrogados para consultas del Consejo Naval o del Supremo Tribunal Militar. Ultimamente había puesto abogado ante la justicia federal y allá andaba de notariado en notariado, acodándose con escribientes, escribanos, jueces y abogados, esa escoria del foro que parece haber contraído todas las miserias que le pasan por las manos y por los ojos.

Inocência Bustamante también tenía la misma manía demandadora. Era terco, obstinado, pero servil y humilde. Antiguo voluntario de la patria, poseyendo honras de mayor, no había día en que no fuera al cuartel general para ver cómo andaba su solicitud y las de otros. En una pedía se lo incluyera en el Asilo de Inválidos, en otra honores de teniente-coronel, en otra tal o cual medalla; y cuando no tenía ninguna, iba a ver las de los otros.

No se privó siquiera de tratar el pedido de un maniático que, por ser teniente-honorario y también de la Guardia Nacional, requería el grado de mayor, ya que dos galones más otros dos hacen cuatro: lo que quiere decir, ¡mayor!

Conocedor de los estudios meticulosos del almirante, Bustamante hizo su consulta.

—Así, de pronto, no sé. El Ejército no es mi especialidad, pero voy a ver. ¡Esto también anda bastante confuso!

Acabando de responder empujaba uno de sus bigotes blancos, que le daban un aire de "comodoro" o de chacarero portugués, pues en él era fuerte el tipo lusitano.

—¡Ah, mis tiempos! —observó Albernaz—. ¡Cuánto orden, cuánta disciplina!

—Ya no hay gente que sirva —dijo Bustamante.

Segismundo aventuró también su opinión, diciendo:

—Yo no soy militar, pero...

—¿Cómo que no es militar? —dijo Albernaz, con ímpetu—. Ustedes son los verdaderos; están siempre con el enemigo al frente, ¿no le parece, Caldas?

—Seguramente, seguramente —dijo el almirante, atusándose los bigotes.

—Como iba diciendo —continuó Segismundo—, a pesar de no ser militar, yo me animo a decir que nuestra fuerza está muy por debajo. ¿Dónde hay un Pôrto Alegre, un Caxias?

—Ya no hay más, querido amigo —confirmó con voz muy fina el doctor Florêncio.

—No sé por qué, ¿acaso hoy no va todo por los caminos de la ciencia?

Era Caldas quien había hablado, intentando la ironía. Albernaz se indignó y le retrucó con calor:

—Yo querría ver a esos niños bonitos, llenos de "xx" y "yy", en Curupaití, ¿eh Caldas? ¿Eh, Inocêncio?

El doctor Florêncio era el único civil de la rueda. Ingeniero y empleado público, los años y el sosiego de la vida le habían hecho perder todo el saber que por ventura pudiera haber tenido al salir de la escuela. Era más un guardián de canalizaciones que un ingeniero. Viviendo cerca de Albernaz, era raro que no viniera por las tardes a jugar al *solo*¹ con el general. El doctor Florêncio preguntó:

—Usted estuvo allí, ¿no, general?

El general no se detuvo, no se confundió, no tartamudeó, y dijo con la mayor naturalidad:

—No estuve. Me enfermé y vine al Brasil en las vísperas. Pero tuve muchos amigos allá: Camisão, Venâncio...

Todos callaron y miraron la noche que llegaba. Desde la ventana de la sala donde estaban, no se veía ni un monte. El horizonte estaba circunscrito a los fondos de las chacras, de las casas vecinas con sus cuerdas de ropa lavada, sus chimeneas y el piar de los pájaros. Un tamarindo sin hojas recordaba tristemente el aire libre, las distancias sin fin. El sol ya había desaparecido del horizonte y las tenues luces de los picos de gas y de los faroles familiares comenzaban a encenderse por detrás de los vidrios.

Bustamante quebró el silencio:

—Este país ya no vale nada. Imaginen que mi solicitud, pidiendo honores de teniente-coronel está en el ministerio desde hace seis meses.

—Un desorden —exclamaron todos.

Ya era de noche. Doña Maricota llegó hasta donde ellos estaban, muy activa, muy diligente y con el rostro abierto de alegría.

—¿Están rezando? —y añadió—: ¿Me dan permiso para que le diga una cosa a Chico?

Albernaz salió de la rueda de los amigos y fue hasta un rincón de la sala, donde la mujer le dijo algo en voz baja. La escuchó, después volvió a los amigos y, en mitad del camino, dijo en voz alta:

—Si no bailan es porque no quieren. ¿Estoy impidiéndoselo a alguien?

Doña Maricota se acercó a los amigos del marido y explicó:

—Ustedes saben: si uno no los anima, nadie saca a su pareja, nadie comienza. ¡Y hay tantas muchachas, tantos jóvenes, que es una pena!

—Bien, allá voy —dijo Albernaz.

Dejó a los amigos y fue a la sala de visitas para dar comienzo al baile.

—¡Vamos, niñas! Entonces, ¿qué es eso? ¡Zizi, un vals!

Y él mismo, en persona, iba juntando a las parejas: "No, general, ya tengo compañero", decía una joven. "No importa —retrucaba él—, baile con Raimundinho; el otro espera."

Después de haber iniciado el baile, regresó a la rueda de los amigos, transpirado pero contento.

¹ Solo: juego de cartas.

— ¡Esto de la familia! ¡Uno hasta parece volverse bobo! Usted sí que hizo bien, Caldas; no se quiso casar.

— Pero tengo más hijos que usted. Solamente sobrinos, son ocho; ¿y los primos?

— Vamos a jugar al *solo* —invitó Albernaz.

— Somos cinco, ¿cómo vamos a hacer? —observó Florêncio.

— No, yo no juego —dijo Bustamante.

— ¿Entonces jugamos los cuatro de *garrancho*?¹ —recordó Albernaz.

Las cartas vinieron, y también vino una pequeña mesa de tres patas. Los jugadores sentáronse y tiraron la suerte para ver quién daba cartas. Correspondió a Florêncio darlas. Comenzaron. Albernaz tenía un aire atento cuando jugaba: la cabeza le caía sobre la espalda y los ojos tomaban una expresión de profunda reflexión. Caldas levantaba el busto en la silla y jugaba con la serenidad de un lord del Almirantazgo en una partida de *whist*. Segismundo jugaba con todo cuidado, con el cigarrillo en un costado de la boca y la cabeza ladeada para escapar del humo. Bustamante había ido a la sala para ver los bailes.

Habían comenzado la partida cuando doña Quinota, una de las hijas del general, cruzó la sala y fue a beber agua. Caldas, rascándose los bigotes, le preguntó:

— ¿Y, doña Quinota, qué es de la vida de Genelício?

La joven volvió el rostro con picardía, hizo una pequeña mueca y respondió con falso mal humor:

— ¡Caramba! ¡Qué sé yo! ¿Acaso ando detrás de él?

— No precisa enojarse, doña Quinota; es una simple pregunta —advirtió Caldas.

El general, que observaba atentamente los naipes recibidos, interrumpió la conversación con voz grave.

— Yo paso.

Doña Quinota se retiró. Este Genelício era su festejante. Pariente de Caldas, dábale por descontado el casamiento en la familia. Su candidatura era favorecida por todos. Doña Maricota y el marido lo llenaban de fiestas. Empleado en el Tesoro, ya en mitad de la carrera, joven de menos de treinta años, amenazaba con tener un gran futuro. No había nadie más obsecuente y sumiso que él. No tenía ningún pudor, ¡ninguna vergüenza! Llenaba a los jefes y superiores con todo el incienso que podía. Cuando salía, holgazaneaba, se lavaba tres o cuatro veces las manos, hasta poder encontrar al director en la puerta. Lo acompañaba, conversaba con él sobre el trabajo, daba sus opiniones, criticaba a este o aquel compañero, y lo dejaba en el tranvía si el hombre iba para su casa. Cuando entraba un ministro, se hacía escoger como intérprete de los compañeros y echaba su discurso; en los cumpleaños era recitador de un soneto que siempre comenzaba con un: "Salve", y que también acababa por un "¡Salve! ¡Tres veces Salve!".

El modelo era siempre el mismo; cambiaba solamente el nombre del ministro y ponía la fecha.

¹ *Garrancho*: jugador que en el juego de *solo* distribuye las cartas y queda sin jugar.

Al día siguiente los diarios publicaban su nombre y el soneto.

En cuatro años había tenido dos ascensos y ahora trabajaba para ser empleado en el Tribunal de Cuentas y, si era posible, con una categoría superior.

En las obsecuencias y en las maniobras para ascender, tenía verdaderamente genio. No se limitaba al soneto, al discurso; buscaba otros medios, otros procesos. Uno de los que se servía era las publicaciones en los diarios. En su anhelo de anunciar a los ministros y directores que tenía una erudición superior, de cuando en cuando descargaba en los periódicos largos artículos sobre contabilidad pública. Eran simples compilaciones de mohosos decretos, salpicadas aquí y allá con citas de autores franceses o portugueses.

Lo interesante es que los compañeros lo respetaban, tenían en gran cuenta su saber, y él vivía en su sección rodeado del respeto debido a un genio, un genio del papeleo y las informaciones. Genelício agregaba a su segura posición administrativa un curso de derecho que aún estaba por terminar; y tantos títulos juntos no podían dejar de impresionar favorablemente a las preocupaciones casamenteras del matrimonio Albernaz.

Fuera de la repartición, tenía una soberbia que su pobre físico tornaba cómica, pero a la cual la convicción del alto servicio que prestaba al Estado, mantenía y sustentaba. ¡Un empleado modelo!...

El juego continuaba silenciosamente y la noche avanzaba. Al final de cada mano se hacía un breve comentario, y al comienzo se escuchaban únicamente las voces fundamentales del juego: "solo, *bolo*, mejoro, paso". Luego de ellas reinaba el silencio; de la sala, sin embargo, venía el ruido festivo de los bailes y de las conversaciones.

— ¡Miren quién está ahí!

— Genelício —dijo Caldas—. ¿Dónde estuviste, muchacho?

Dejó el sombrero y el bastón en una silla, y saludó. Pequeño, ya un tanto curvado, chupado de rostro, con lentes azulados, todo él traía estampada la profesión, sus gustos y hábitos. Era un escribiente.

— ¡Nada, amigos míos! Estoy ocupado en mis negocios.

— ¿Van bien? —preguntó Florêncio.

— Casi garantizados. El ministro prometió... ¡No pasa nada, estoy bien apadrinado!

— Me alegra mucho —dijo el general.

— Gracias. ¿Sabe una cosa, general?

— ¿Qué?

— Quaresma está loco.

— Pero... ¿qué? ¿Quién te lo dijo?

— Aquel hombre del violón. Ya está internado en una casa de salud...

— Ya bien lo había visto yo —dijo Albernaz—, aquella solicitud era de loco.

— Pero no es solamente eso, general —agregó Genelício—. Hizo una nota en lengua *tupí* y la mandó al ministro.

— ¡Que decía yo! —dijo Albernaz.

— ¿Quién es? —preguntó Florêncio.

—Aquel vecino, empleado del arsenal; ¿no lo conoce?
 —¿Uno bajo, de lentes?
 —Ese mismo —confirmó Caldas.
 —No se podía esperar otra cosa —dijo el doctor Florêncio—. Aquellos libros, aquella manía de lectura...
 —¿Para qué leía tanto? —preguntó Caldas.
 —Una manía —dijo Florêncio.
 Genelício atajó con autoridad:
 —El no era graduado en nada, ¿para qué meterse con libros?
 —Es verdad —dijo Florêncio.
 —Esas cosas de los libros son buenas para los sabios, y para los doctores —observó Segismundo.
 —Hasta debiera prohibirse tener libros —dijo Genelício— a quien no tuviera título académico. Así se evitarían estas desgracias. ¿No les parece?
 —Ciertamente —dijo Albernaz.
 —Por cierto —dijo Caldas.
 —Así es —dijo también Segismundo.
 Se callaron por un instante, y las atenciones convergieron en el juego.
 —¿Ya salieron todos los triunfos?
 —Hubiera contado, mi amigo.
 Albernaz perdió, y en la sala se hizo el silencio. Cavalcânti iba a recitar. Cruzó la sala triunfalmente, con una ancha sonrisa en el rostro, y se fue a apostar al lado del piano. Zizi lo acompañaba. Tosió, y con voz metálica, remarcando muy bien las "s" finales, comenzó:

*A vida é uma comédia sem sentido,
 Uma história de sangue e de poeira
 Um deserto sem luz...**

Y el piano gemía.

* "La vida es una comedia sin sentido, / Una historia de sangre y de polvo / Un desierto sin luz..."

IV

DESASTROSAS CONSECUENCIAS DE UNA SOLICITUD

LOS ACONTECIMIENTOS a que aludían los graves personajes reunidos en torno a la mesa de *solo* en la tarde memorable del festejo del compromiso matrimonial de Ismênia, se habían desarrollado con rapidez fulminante. La fuerza de ideas y sentimientos contenidos en Quaresma, se había revelado en actos imprevistos con una secuencia brusca y una velocidad de torbellino. El primer hecho sorprendió, pero vinieron otros más, en forma tal que lo que pareció al comienzo una extravagancia, una pequeña manía, se presentó en seguida como una insania declarada.

Justamente algunas semanas antes del pedido de mano, al abrirse la sesión de la Cámara, el secretario tuvo que proceder a la lectura de una singular solicitud que vino a tener la fortuna de la publicidad y el comentario poco usual en documentos de tal naturaleza.

El torbellino y el desorden que caracterizan el recogimiento indispensable al elevado trabajo de legislar, no permitían que los diputados lo escucharan; los periodistas, sin embargo, que estaban próximos a la mesa, al escucharlo, prorrumpieron en carcajadas, ciertamente inconvenientes a la majestad del lugar. La risa era contagiosa. El secretario, en medio de la lectura, se reía discretamente; por al final, ya se reía el presidente, se reía el secretario de actas, y reíase el ordenanza: en suma, toda aquella mesa y aquella gente que le rodeaba, se rieron de la petición, largamente, queriendo siempre contener la risa, pero habiendo algunos que de tan franca alegría llegaron a las lágrimas.

Quien supiera lo que tal hoja de papel representaba de esfuerzo, de trabajo, de sueño generoso y desinteresado, habría de sentir una penosa tristeza escuchando aquella risa inofensiva frente a ella. Merecía rabia, odio, el estallido de burla del enemigo quizá, aquel documento llegado a la Cámara,

pero no aquel recibimiento hilarante, de una hilaridad inocente, sin fondo alguno, así como si se estuviesen riendo de una payasada, de una suerte de circo, o de la careta de un *clown*.

Los que reían, sin embargo, no sabían la causa y sólo veían en eso un motivo para la risa franca y sin maldad. La sesión de aquel día había sido fría; y por serlo así, las secciones de los diarios referentes a la Cámara, al día siguiente publicaron la siguiente solicitud, comentándola en todos los tonos.

Así estaba concebida la petición:

"Policarpo Quaresma, ciudadano brasileño, funcionario público, seguro de que la lengua portuguesa está prestada al Brasil; seguro también de que por ese hecho, el hablar y el escribir en general, sobre todo en el campo de las letras, se ven en la humillante contingencia de sufrir continuamente censuras ásperas de los propietarios de la lengua; sabiendo, además, que dentro de nuestro país, los autores y los escritores, especialmente los gramáticos, no se entienden en lo referente a la corrección gramatical, viéndose diariamente surgir ásperas discusiones entre los más profundos estudiosos de nuestro idioma, usando del derecho que le confiere la Constitución, viene a solicitar que el Congreso Nacional decrete el *tupí-guaraní* como idioma oficial y nacional del pueblo brasileño.

El peticionante, dejando de lado los argumentos históricos que militan en favor de su idea, pide permiso para recordar que el idioma es la más alta manifestación de la inteligencia de un pueblo, es su creación más viva y original; y, por lo tanto, la emancipación política del país requiere como complemento y consecuencia su emancipación idiomática.

Por otra parte, señores congresistas, el *tupí-guaraní*, lengua originalísima, aglutinante, es verdad, mas a la que el polisintetismo da múltiples aspectos de riqueza, es la única capaz de traducir nuestras bellezas, de ponernos en relación con nuestra naturaleza y adaptarse perfectamente a nuestros órganos vocales y cerebrales, por ser creación de pueblos que aquí vivieron y aún viven, poseedores por lo tanto de la organización fisiológica y psicológica a la que tendemos, evitándose de esa forma las estériles controversias gramaticales, oriundas de una difícil adaptación de una lengua de otra región a nuestra organización cerebral y a nuestro aparato vocal; controversias que tanto dificultan el progreso de nuestra cultura literaria, científica y filosófica.

Seguro de que la sabiduría de los legisladores sabrá encontrar los medios para realizar semejante medida, y consciente de que la Cámara y el Senado pesarán su alcance y utilidad, saluda respetuosamente."

Firmado y debidamente estampillado, esta solicitud del mayor fue durante días motivo de todas las conversaciones. Publicada en todos los diarios, con sus correspondientes comentarios anexos, no había quien no hiciera una broma sobre ella, quien no ensayara algo gracioso a costa del recuerdo de Quaresma. No quedaron en eso; la curiosidad malsana quiso saber más. Indagó quién era, de qué vivía, si era casado o soltero. Una revista semanal publicó su caricatura, y el mayor comenzó a ser señalado en la calle.

Los pequeños diarios alegres, esos semanarios cómicos y de chistes, ¡qué decir! , se encarnizaban atrozmente con el pobre mayor. Con una abundancia que marcaba la felicidad de los redactores por haber encontrado un asunto fácil, el texto venía lleno de él: el mayor Quaresma dijo eso; el mayor Quaresma dijo aquello.

Uno de ellos, además de otras referencias, ocupó una página entera con el tema de la semana. Se titulaba: "El Matadero de Santa Cruz, según el mayor Quaresma", y el dibujo representaba una fila de hombres y mujeres marchando hacia el matadero que se veía a la izquierda. Otro, se refería al caso pintando una carnicería: "La Carnicería Quaresma", con una leyenda en la que la cocinera le preguntaba al carnicero: "—¿Tiene lengua de vaca?". Y el carnicero respondía: "—No, sólo tenemos lengua de muchacha, ¿quiere?".

Con más o menos espíritu, los comentarios no cesaban y la ausencia de relaciones de Quaresma en el medio en que salían, hacía que tuvieran una constancia poco habitual. Duraron dos meses usando el nombre y la figura del subsecretario.

Todo esto irritaba profundamente a Quaresma. Como desde hacía treinta años vivía casi solo, sin chocar con el mundo, había adquirido una sensibilidad muy viva y capaz de sufrir profundamente con la menor cosa. Nunca había sufrido críticas, nunca se había arrojado a la publicidad, vivía sumergido en su sueño, incubado y mantenido vivo por el calor de sus libros. Fuera de ellos, no conocía a nadie; y con las personas con las que hablaba, cambiaba pequeñas banalidades, cosas de todos los días, con las que su alma y su corazón no tenían nada que ver.

Ni siquiera la ahijada lo sacaba de esa reserva, aunque la estimase más que a todos.

Ese encierro en sí mismo le dio no sé qué aire extraño a todo, a las competencias, a las ambiciones, pues nada de esas cosas que hacen los odios y las luchas había entrado en su temperamento.

Desinteresado en el dinero, la gloria y la posición, viviendo en una reserva de sueño, había adquirido el candor y la pureza de alma que habitan a los hombres que tienen una idea fija, los grandes estudiosos, los sabios y los inventores, gente que permanece más tierna, más ingenua, más inocente que las doncellas de las poesías de otras épocas.

Es raro encontrar hombres así, pero los hay, y cuando se los encuentra, aun tocados por un grano de locura, se siente más simpatía por nuestra especie, más orgullo de ser hombre y más esperanza en la felicidad de la raza.

La continuidad de las bromas hechas en los diarios, la manera con que lo miraban en la calle, lo exasperaban, y con mayor fuerza se apegaba a su idea. A medida que engullía una broma, una picardía, meditaba sobre su recuerdo, pesaba todos sus aspectos, la examinaba detenidamente, comparándola a cosas semejantes, recordando a los autores y a las autoridades; y a medida que hacía eso, su propia convicción mostraba la insuficiencia de la crítica, la ligereza de la burla, y la idea lo tomaba por entero, lo avasallaba, lo absorbía cada vez más.

Si los diarios habían recibido la solicitud con bromas de fondo inofensivo y sin odio, la repartición a la que pertenecía se enfureció. En los medios burocráticos, una superioridad que nace fuera de ellos, que se hace y organiza con otros materiales distintos de los oficios, el conocimiento de textos de reglamentos y la buena caligrafía, es recibida con la hostilidad de una pequeña envidia.

Y es como si se viera en el portador de tal superioridad una traición a

la mediocridad, al anonimato papelero. No existe solamente una cuestión de publicidad ni de interés pecuniario; existe una cuestión de amor propio, de sentimientos heridos, viendo a aquel colega, a ese remero de galera como ellos, sujeto a los reglamentos, a los caprichos de los jefes, a las miradas superiores de los ministros, con más títulos para ser considerado, con algún derecho a infringir las reglas y los preceptos.

Se lo mira con odio mal disimulado, el mismo con el que el asesino plebeyo mira al asesino marqués que mató a la mujer y al amante. Ambos son asesinos pero, aun en la prisión, todavía el noble y el burgués traen el aire de su mundo, un resto de su delicadeza y una inadaptación que hieren a su humilde colega de desgracia.

Así, cuando en alguna secretaría surge alguien cuyo nombre no siempre recuerda el título de su nombramiento, aparecen las pequeñas perfidias, las maledicencias dichas al oído, las indirectas, todo el arsenal de celos envidiosos de una mujer que se convenció de que la vecina se viste mejor que ella.

Se aman, más bien, se soportan mejor los que se hacen célebres en las informaciones, en las redacciones, en la asiduidad al trabajo, aun los doctores, los bachilleres, que los que tienen nombramiento y fama. En general, la incompreensión de la obra o del mérito del colega es total, y ninguno de ellos puede aceptar que aquel hombre, aquel amanuense como ellos mismos, haga algo que interese a los extraños y dé que hablar a la ciudad entera.

La brusca popularidad de Quaresma, el suceso y su efímera nombradía, irritaron a sus colegas y a los superiores. ¡Se habrá visto cosa igual!, decía el secretario. ¡Este tonto atreverse a dirigirse al Congreso a proponer algo! ¡Pretencioso! El director, al pasar por la secretaría, lo miraba de soslayo y sentía que el reglamento no contemplara el caso para poder infligirle una censura. El colega de archivo era el menos terrible, pero en seguida lo llamó loco.

El mayor sentía aquel ambiente falso, aquellas alusiones, y eso aumentaba más su desesperación y la obstinación en su idea. No comprendía por qué su solicitud había suscitado tantas tempestades, esa mala voluntad general; era una cosa inocente, un recuerdo patriótico que merecía, y debía tener, el asentimiento de todo el mundo; meditaba, volvía a su idea, y la examinaba con mayor atención.

La extensa publicidad que el hecho adquirió, alcanzó el palacete de Real Grandeza, donde vivía su compadre Coleoni. Enriquecido con las ganancias derivadas de los contratos de construcción de edificios, viudo, el antiguo tendero se había retirado de los negocios y vivía sosegado en la amplia casa que él mismo edificara y que tenía todos los detalles arquitectónicos de su gusto predilecto: Fruteras de yeso en las cornisas, un inmenso monograma sobre la puerta de entrada, y otros detalles equivalentes.

La casa quedaba en el centro del terreno, erigiéndose sobre una elevación, tenía un razonable jardín al frente que avanzaba por los costados, puntillado por bolas multicolores; veranda, un vivero en el que los pájaros morían tristemente por el calor. Era una instalación burguesa, al gusto nacional, vistosa, cara, poco de acuerdo con el clima y la comodidad.

En el interior dominaba el capricho, obedeciendo todo a una fantasía barroca, a un eclecticismo desesperante. Los muebles se amontonaban, las alfombras, las cenefas, los *bibelots* y la fantasía de la hija, irregular e indisciplinada, aún traían más desorden a aquella colección de cosas caras.

Viudo desde ya hacía algunos años, una vieja cuñada dirigía la casa, y la hija era quien lo encaminaba en las distracciones y en las fiestas. Coleoni aceptaba de buen corazón esta dulce tiranía. Quería casar bien a su hija, y al gusto de ella, por lo tanto no ponía ningún obstáculo al programa de Olga.

Al comienzo, pensó en dársela a su ayudante o contraamaestre, una especie de arquitecto que no dibujaba pero que proyectaba casas y grandes edificios. Primero sondeó a la hija. No encontró resistencia, pero tampoco asentimiento. Se convenció de que la vaporosidad de la niña, su aire distante de heroína, su inteligencia y su fantasía, no irían bien con la rudeza y la simplicidad campesina de su ayudante.

Ella quiere un doctor —pensaba él—, ¡que lo consiga! Seguramente no tendrá mucho dinero, pero yo sí lo tengo, y así las cosas se acomodarán.

El se había habituado a ver en el doctor nacional, al marqués o al barón de su tierra natal. Cada tierra tiene su nobleza; allá es el vizconde; aquí, el doctor, el bachiller, o el dentista; y juzgó muy aceptable comprar la satisfacción de ennoblecer a la hija con una media docena de *contos* de réis.

Había momentos en que lo aburrían un tanto los propósitos de la niña. Gustándole dormir temprano tenía que perder noches enteras en el Lírico, en los bailes; amando estar sentado en silencio, en pantuflas y fumando su pipa, era obligado a caminar horas y horas por las calles, saltando de casa en casa de modas, detrás de la hija, para al final del día haber comprado apenas medio metro de cinta, unos broches y un frasco de perfume.

Era gracioso verlo en las tiendas de fantasías, con la complacencia de un padre que quiere ennoblecer al hijo, dando opinión sobre la tela, encontrar que ésta era más bonita, comparar una y otra, con una falta de sentimiento en ello que se adivinaba hasta en la manera de pagarlas. Pero él iba, se demoraba, esforzándose por entrar en el secreto, en el misterio, lleno de tenacidades y candor perfectamente paternales.

Hasta ahí iba bien y disimulaba la contrariedad. Lo que continuaba contrariándole mucho eran las visitas, las compañeras de su hija, con sus madres y sus hermanas, con sus modales de falsa nobleza, y su disimulado desdén, haciéndole notar al viejo comerciante qué distante estaba él de la sociedad de las amigas y las compañeras de Olga.

Sin embargo, no se aburría demasiado profundamente; él así lo había querido y así lo había hecho, entonces tenía que conformarse. Casi siempre, cuando llegaban tales visitas, Coleoni se alejaba, se iba al interior de la casa. Aunque no siempre esto le era posible; en las grandes fiestas y recepciones tenía que estar presente, y era cuando más sentía la velada indiferencia de la alta nobleza de la tierra que lo frecuentaba. El había quedado para siempre como el comerciante cuyas ideas no iban más allá de su oficio, sin saber fingir, y por lo tanto sin demostrar interesarse por aquellas charlatanerías sobre casamientos, bailes y fiestas y paseos caros.

Una que otra vez alguien, más delicado, le proponía jugar al *poker*, aceptaba y casi siempre perdía. Hasta llegó a formar una rueda en su casa, de la que formaba parte el conocido abogado Pacheco. Perdió, y mucho; pero no fue eso lo que le hizo suspender el juego. ¿Qué perdía? Unos *contos*, ¡una niñería! La cuestión es que Pacheco jugaba con seis cartas. La primera vez que Coleoni se dio cuenta de eso, le pareció una distracción del distinguido periodista y famoso abogado. ¡Un hombre honesto no iba a hacer eso! Y la segunda vez, ¿también sería distracción? ¿Y la tercera?

No era posible tanta distracción. Adquirió la certeza de la trampa, se calló, contuvo con una dignidad inesperada en un antiguo tendero, y esperó. Cuando vinieron a jugar la vez siguiente, el pase fue puesto en práctica, Vicente encendió su cigarro y observó con la mayor naturalidad del mundo:

—¿Saben ustedes, señores, que en Europa hay ahora una nueva forma de jugar al *poker*?

—¿Cuál? —preguntó alguien.

—La diferencia es pequeña: se juega con seis cartas, esto es, solamente uno de los jugadores.

Pacheco no se dio por advertido, continuó jugando y ganando, se despidió a medianoche lleno de delicadeza, hizo algunos comentarios sobre la partida, y no volvió nunca más.

Conforme a su viejo hábito, Coleoni leía por la mañana los diarios, con la tranquilidad y lentitud del hombre poco acostumbrado a la lectura, cuando de pronto reparó en la solicitud de su compadre del arsenal.

No la comprendió bien, pero los diarios hacían tantos chistes sobre ella y caían tan a fondo sobre la cosa, que imaginó a su antiguo benefactor enredado en un tejido criminal, habiendo cometido alguna falta grave quizá por inadvertencia.

Siempre lo había considerado el hombre más honesto de este mundo, aún lo consideraba así, pero ¿quién sabe? La última vez que lo visitó, acaso, ¿él no había salido con esas maneras extrañas? Podía ser algo malo...

A pesar de haberse enriquecido, Coleoni tenía en gran opinión a su oscuro compadre. Existía no solamente la gratitud del campesino en él, que había recibido un gran beneficio, sino el doble respeto por el mayor, originado en su calidad de funcionario y de sabio.

Europeo, de origen humilde y aldeano, guardaba en el fondo de sí aquel sagrado respeto de los campesinos por los hombres que reciben la investidura del Estado; y, como a pesar de los muchos años en el Brasil, aún no sabía juntar el saber a los títulos, tenía en gran consideración la erudición del compadre.

No hay que extrañarse entonces de que leyera con amargura el nombre de Quaresma envuelto en hechos que los diarios reprobaban. Leyó de nuevo la solicitud, pero no entendió lo que quería decir. Llamó a la hija.

—¡Olga!

Pronunciaba el nombre de su hija casi sin acento; pero cuando hablaba portugués, ponía en las palabras una ronquera singular, y salpicaba las frases con exclamaciones y pequeñas expresiones italianas.

—Olga, ¿qué quiere decir esto? *Non capisco...*

La joven sentóse en una silla próxima y leyó en el diario la solicitud, y sus comentarios.

—*¡Che!* ¿Entonces?

—Padrino quiere sustituir el portugués por el idioma *tupi*, ¿entiende?

—¿Cómo?

—Hoy, nosotros, ¿no hablamos portugués? Pues bien: él quiere que de aquí en adelante hablemos *tupi*.

—*¿Tutti?*

—Todos los brasileños; todos.

—*¡Ma che* cosa! ¿No es posible?

—Puede ser. Los checos tienen una lengua propia pero fueron obligados a hablar alemán, después de ser conquistados por los austríacos; los lorenenses, franceses...

—*¡Per la madonna!* El alemán es un idioma, pero esa jerga, *acujelê*, *ecco!*

—*Acujelê* es del Africa, papá; *tupi* es de aquí.

—*¡Per Bacco!* Es lo mismo... ¡Está loco!

—Pero si no hay ninguna locura, papá.

—¿Cómo? Entonces, ¿esa es cosa de un hombre de *bene*?

—Quizá no sea de buen juicio; pero de loco tampoco es.

—*Non capisco*.

—Es una idea, padre, es un plan que quizá a primera vista resulte absurdo, fuera de los moldes, pero, no es del todo loco. Es osado, tal vez, pero...

Por más que quisiera, ella no podía juzgar el acto del padrino con el mismo criterio que su padre. En él, hablaba el buen sentido, y en ella el amor a las grandes cosas, a los arrojos y empresas osadas. Recordó que Quaresma le había hablado de emancipación; y si tuvo en el fondo de sí misma un sentimiento que no fuera de admiración por el atrevimiento del mayor, ciertamente no fue de reprobación o de lástima; fue de piedad simpática por ver mal comprendido el acto de aquel hombre que ella conocía de hacía tantos años, siguiendo su sueño, aislado, oscuro y tenaz.

—Esto le va a causar trastornos —observó Coleoni.

Y él tenía razón. La sentencia del archivista venció en las discusiones de los corredores y la sospecha de que Quaresma estuviera loco fue tomando fueros de certeza. Al principio, el subsecretario soportó bien la tempestad; pero habiendo adivinado que lo suponían ignorante del *tupi*, se irritó, llenóse de una rabia sorda que difícilmente se contenía. ¡Qué ciegos eran! El, que desde hacía treinta años estudiaba el Brasil minuciosamente; él, que en virtud de esos estudios se había visto obligado a aprender el pesado alemán, no saber *tupi*, la lengua brasileña, la única que lo era, ¡qué sospecha miserable!

Que lo juzgasen loco, ¡vaya! Pero que desconfiasen de sus afirmaciones; ¡eso sí que no! Y él pensaba, buscaba medios de rehabilitarse, caía en distracciones, aun cuando escribía o hacía la tarea cotidiana. Vivía dividido en dos: por una parte las obligaciones de todos los días; por la otra, la preocupación de probar que sabía el *tupi*.

El secretario faltó un día y el mayor pasó a sustituirlo. El trabajo había sido grande y él mismo había redactado y copiado una parte del mismo. Había comenzado a pasar en limpio un informe sobre asuntos del Mato Grosso, en el que se hablaba de Aquidauana y Ponta Porã, cuando Carmo dijo desde el fondo de la sala, con tonito burlón:

—Homero, esto de saber es una cosa, y decirlo es otra.

Quaresma ni levantó los ojos del papel. Ya fuese por las palabras en *tupi* que se encontraban en el borrador del informe, o por la alusión del empleado Carmo, lo cierto es que él insensiblemente fue traduciendo la pieza oficial al idioma indígena.

Al terminar, se dio cuenta de la distracción pero en seguida vinieron otros empleados con el trabajo que habían hecho, para que él los examinara. Nuevas preocupaciones lo alejaron de la primera, olvidó el informe en *tupi* y continuó con los compañeros. El director no reparó y firmó, ¡y el *tupinambá* fue a parar al ministerio!

No se imaginan el escándalo que fue a causar allí. ¿Qué idioma era ése? Se consultó al doctor Rocha, el hombre más hábil de la secretaría, respecto al asunto. El funcionario se limpió los lentes, tomó el papel, lo volvió para atrás y para adelante, lo puso patas para arriba y concluyó que era griego, por causa del "yy".

El doctor Rocha tenía fama de sabio en la secretaría, porque era bachiller en derecho y porque nunca decía nada.

—Pero —indagó el jefe— oficialmente ¿las autoridades se pueden comunicar en idiomas extranjeros? Creo que hay una disposición del 84... Vea, doctor Rocha...

Se consultaron todos los reglamentos y edictos de legislación, anduvo de mesa en mesa pidiendo auxilio a la memoria de cada uno y no encontraron nada al respecto. Finalmente el doctor Rocha, después de tres días de meditación, se dirigió al jefe y le dijo, con seguridad y enfáticamente:

—La disposición del 84 trata de la ortografía.

El director miró a su subalterno con admiración, y se quedó considerando una vez más sus cualidades de empleado celoso, inteligente... y asiduo. Fue informado de que la legislación omitía todo lo tocante a la lengua en que debían ser escritos los documentos oficiales; sin embargo, no parecía regular el uso de una que no era la del país.

El ministro, teniendo en vista esta información y varias otras consultas, devolvió el informe y censuró al arsenal.

¡Qué mañana fue esa en el arsenal! Los tímpanos sonaban furiosamente, los ordenanzas andaban en terribles ajetreos y a cada momento preguntaban por el secretario, que tardaba en llegar.

¡Censurado!, monologaba el director. Su generalato se iba aguas abajo. ¡Vivir tantos años, soñando siempre con esas estrellas, y he ahí que las mismas se escapaban, quizá por la estupidez de un escribiente!

Todavía, si cambiara la situación... Pero, ¡qué!

El secretario llegó, fue al gabinete del director. Enterado del motivo, examinó el informe letra por letra, y reconoció que era Quaresma quien lo

había escrito. "Mándelo para acá" dijo el coronel. El mayor se encaminó hacia allí, pensando en unos versos *tupís* que había leído esa mañana.

—Entonces, usted continúa divirtiéndose conmigo, ¿no es así?

—¿Cómo? —preguntó Quaresma, asustado.

—¿Quién escribió esto?

El mayor ni quiso examinar el papel. Vio la letra, recordó la distracción, y confesó con firmeza:

—Fui yo.

—Entonces, ¿confiesa?

—Así es. Pero usted no sabe...

—¿No sé? ¿Qué es lo que dice?

El director se levantó de la silla con los labios blancos y la mano levantada a la altura de la cabeza. Había sido ofendido tres veces: en su honra individual, en la honra de su casta, y en la del establecimiento de enseñanza que había frecuentado, la escuela de Praia Vermelha, el primer establecimiento científico del mundo. Además de eso, había escrito en *Pritaneu*, la revista de la escuela, el cuento "La Nostalgia", producción que fue muy elogiada por los colegas. De esa manera, habiendo aprobado todos los exámenes plenamente y con "distinguidos" una doble corona de sabio y de artista le ceñía la frente. Tantos títulos valiosos y raros de encontrarse reunidos aun en Descartes o en Shakespeare, transformaban aquel "no sabe" de un amanuense en ofensa profunda, en injuria.

—¡No sabe! ¿Cómo osa usted decir semejante cosa? ¿Tiene usted, por ventura, el curso de Benjamín Constant hecho? ¿Sabe usted Matemáticas, Astronomía, Física, Química, Sociología y Moral? ¿Cómo se atreve, entonces? ¿Usted piensa que por haber leído unas novelas y saber un poco de francés puede compararse con quien sacó nueve en Cálculo, diez en Mecánica, ocho en Astronomía, diez en Hidráulica, nueve en Descriptiva? ¿Entonces?

Y el hombre sacudía furiosamente la mano y miraba ferozmente a Quaresma, que ya se juzgaba fusilado.

—Pero, señor coronel...

—¡No hay pero que valga! Considérese suspendido, hasta nueva orden.

Quaresma era dulce, bueno y modesto. Nunca había sido su propósito dudar de la sabiduría de su director. El no tenía ninguna pretensión de sabio y había pronunciado la frase sólo como comienzo de su disculpa; pero cuando vio aquella catarata de saber, de títulos, sobrenadando en aguas tan furiosas, perdió el hilo de su pensamiento, el habla, las ideas, y ya no supo más que decir.

Salió abatido, como un criminal, de la oficina del coronel, que no dejaba de mirarlo furiosamente, indignadamente, ferozmente, como quien ha sido herido en todas las fibras de su ser. Finalmente salió. Al llegar a la sala de trabajo no dijo nada: tomó su sombrero y el bastón, lanzándose puertas afuera, tambaleándose como un borracho. Dio unas vueltas, fue a ver al librero para buscar unos libros. Cuando iba a tomar el tranvía encontró a Ricardo Coração dos Outros.

—Tan temprano, ¿eh mayor?

Y se quedaron callados, uno frente al otro, en un mutismo incómodo. Ricardo intentó algunas palabras:

—Mayor, parece que usted tuviera una idea, un pensamiento muy fuerte.

—Lo tengo, hijo, y no desde hoy sino desde hace ya mucho tiempo.

—Es bueno pensar, y soñar consuela.

—Consuela, quizá; pero también nos hace diferentes de los otros, cava abismos entre los hombres...

Y los dos se separaron. El mayor tomó el tranvía y Ricardo descendió despreocupado la calle de Ouvidor, con su paso tímido y los pantalones doblados en las canillas, apretando el violón en su armadura de gamuza.

V

EL BIBELOT

NO ERA la primera vez que ella iba allí. Más de una docena de veces había subido aquella ancha escalinata de piedra, con grupos de mármoles de Lisboa de un lado y de otro, la Caridad, y Nuestra Señora de la Piedad; había penetrado por aquel pórtico de columnas dóricas, cruzado el atrio enladrillado dejando a la izquierda y a la derecha a Pinel y Esquirol, meditando sobre el angustioso misterio de la locura; subido otra escalera cuidadosamente encerada yendo a dar con el padrino allá arriba, triste y absorto en su sueño y en su manía. Su padre la traía a veces, los domingos, cuando iba a cumplir el piadoso deber de la amistad visitando a Quaresma. ¿Cuánto tiempo hacía que estaba allí? Ella no lo recordaba, por cierto; unos tres o cuatro meses, como máximo.

Solamente el nombre de la casa metía miedo. ¡El hospicio! Casi como una sepultura en vida, un semi-entierro que era el entierro del espíritu, de la razón conductora, de cuya ausencia los cuerpos raramente se resienten. La salud no depende de ella y hay muchos que hasta parecen adquirir más fuerza de vida, prolongar la existencia, cuando se evapora por no se sabe qué orificio del cuerpo, y hacia dónde.

¡Con qué terror, con qué especie de pavor de cosa sobrenatural, espanto de enemigo invisible y omnipresente, escuchaba a la gente pobre referirse al establecimiento de la Praia das Saudades! Antes, una buena muerte, decían.

A primera vista no se comprendía bien ese espanto, ese terror de la gente por aquella casa inmensa, severa y grave, a medias hospital y a medias prisión, con su alto paredón, sus ventanas enrejadas, extendiéndose por algunos cientos de metros frente al mar inmenso y verde, allá a la entrada de la bahía, en la Praia das Saudades. Se entraba, veíanse unos hombres calmos, pensativos, meditabundos, como monjes en recogimiento y oración.

Por lo demás, con aquella entrada silenciosa, clara y respetable, se perdía en seguida la idea popular de la locura; las riñas, las muecas, las furias, el entrechocar de tonterías dichas aquí y allá.

No había nada de eso; era la calma, el silencio, el orden, perfectamente naturales. Pero al final, sin embargo, cuando se examinaban bien en las salas de visitantes aquellos rostros trastornados, aquellos aires imbecilizados, algunos completamente idiotas y sin expresión, otros como alelados y sumergidos en un sueño íntimo sin fin, también se veía la excitación de unos, más viva frente a la atonía de otros, sentíase bien el horror de la locura, el angustioso misterio que ella encierra, hecho no sé de qué inexplicable fuga del espíritu de aquello que se supone lo real, para apoderarse y vivir de las apariencias de las cosas o de apariencias de las mismas.

Quien una vez estuvo frente a este enigma indescifrable de nuestra propia naturaleza, queda amedrentado, sintiendo que el germen de aquello está depositado en nosotros y que por cualquier cosa nos invade, nos coge, nos aplasta y nos sepulta en una desesperante comprensión inversa y absurda de nosotros mismos, de los otros y del mundo. Cada loco trae en sí su mundo y para él no hay nada semejante: lo que fue antes de la locura es algo muy distinto de lo que viene a ser después.

Y ese cambio no comienza, no se siente cuando comienza y casi nunca acaba. Con su padrino, ¿cómo había sido? Al principio, aquella solicitud... Pero ¿qué era eso? Un capricho, una fantasía, algo sin importancia, una idea de viejo sin consecuencias. Después, ¿aquel informe? No tenía importancia, una simple distracción, algo que sucede a cada paso... ¿Y finalmente? La locura declarada, la torva e irónica locura que nos arranca nuestra alma y pone otra que nos rebaja... Finalmente, la locura declarada, la exaltación del yo, la manía de no salir, de decirse perseguido, de imaginar como enemigos a los amigos, a los mejores. ¡Qué doloroso había sido aquello! ¡La primera fase de su delirio, aquella agitación desordenada, aquel hablar sin hilación, sin conexión con lo que sucedía fuera de él y con los actos pasados, un hablar que no se sabía de dónde venía, de dónde salía, en qué punto de su ser cobraba nacimiento! ¿Y el terror del dulce Quaresma? El terror de quien presencié un cataclismo que lo hacía temblar todo, desde los pies a la cabeza, y lo llenaba de indiferencia hacia todo lo que no fuese su propio delirio.

La casa, los libros y sus intereses de dinero andaban a los tumbos. Para él nada de eso tenía valor, nada tenía existencia e importancia. Eran sombras, apariencias; lo real eran los enemigos, los terribles enemigos cuyos nombres su delirio no alcanzaba a crear. La vieja hermana, atolondrada, entontecida, sin dirección, no sabía qué medidas tomar. Educada en su casa y siempre con un hombre a su lado, primero el padre, después el hermano, no sabía lidiar con el mundo, con los negocios, con las autoridades y las personas influyentes. Al mismo tiempo, en su inexperiencia y ternura de hermana, oscilaba entre la creencia de que aquello fuese verdad y la sospecha de que fuera pura y simple locura.

Si no hubiese sido por su padre (y Olga amaba más por eso a su rudo padre), que se preocupó tomando a su cargo los intereses de la familia y evitando la cesantía de que estaba amenazado, transformándola en cambio

en jubilación, ¿qué sería de él? ¡Qué fácil en la vida es el derrumbe! Aquel hombre organizado, ordenado, honesto, con empleo seguro, tenía una apariencia de ser indestructible; sin embargo, bastó un granito de tontería...

Su padrino hacía unos meses que estaba en el hospicio; y la hermana no podía visitarlo. Tal era su estallido de nervios, tal la emoción de verlo allí, en aquella prisión, tan separado de sí mismo, que un ataque seguía al otro, sin poder evitarse.

Venían ella y el padre, a veces el padre solo, algunas veces Ricardo; eran solamente ellos tres quienes lo visitaban.

Aquel domingo estaba particularmente bello, principalmente en Botafogo, en las proximidades del mar y de las altas montañas que se recortaban en un cielo de seda. El aire era suave y el sol dulcemente brillaba en las veredas.

El padre venía leyendo los diarios y ella, pensando, y hojeando de cuando en cuando las revistas ilustradas que traía para alegrar y distraer al padrino.

El estaba como pensionista; pero aun así, al comienzo ella tuvo cierto pudor en mezclarse con los visitantes.

Le parecía que su fortuna la ponía por encima de esa presencia de miserias y sin embargo enterró ese pensamiento egoísta, su orgullo de clase; ahora entraba allí naturalmente, destacando su elegancia natural. Amaba esos sacrificios, esas abnegaciones, cuya grandeza sentía, y quedó contenta consigo misma.

En el tranvía venían otros visitantes y no demoraron en descender todos ante el portal del manicomio. Como en todas las puertas de nuestros infiernos sociales, había toda clase de gente, de variada condición, nacimiento y fortuna. No es solamente la muerte la que nivela; la locura, el crimen y las incomodidades también pasan su rastrillo por las diferencias que inventamos.

Los bien vestidos y los mal vestidos, los elegantes y los pobres, los feos y los lindos, los inteligentes y los necios, entraban respetuosamente, concentrados, con algo de pavor en los ojos, como si penetrasen en otro mundo.

Llegaban los parientes y se deshacían los paquetes; eran golosinas, cigarrillos, medias, pantuflas, a veces libros y diarios. Algunos enfermos conversaban con los parientes; otros se mantenían callados, en un mutismo feroz e inexplicable; otros indiferentes; y era tal la variedad de aspectos de esas recepciones que llegábase a olvidar el imperio de la enfermedad sobre todos aquellos infelices, tanto variaban en éste o en aquél, como para pensar en caprichos personales, o en dictámenes de las voluntades libres de cada uno.

Y ella pensaba cómo es de variada y diversa esta vida nuestra. ¡Cómo es más rica en aspectos tristes que alegres! ¡Y cómo en la variedad de la vida la tristeza puede variar más que la alegría y casi marcar el propio movimiento de la vida!

Casi sintió satisfacción al verificar esto, pues su naturaleza inteligente y curiosa se complacía en los más simples descubrimientos que hacía su espíritu.

Quaresma estaba mejor. Había pasado la exaltación y el delirio parecía querer pasar completamente. En choque con aquel medio, en él hubo de

inmediato una reacción saludable y necesaria. Estaba loco, pues si lo ponían allí...

Cuando vino a conversar con el compadre y la ahijada traía una sonrisa de satisfacción por debajo del bigote ya grisáceo. Había adelgazado un poco, los cabellos negros estaban algo más blancos, pero el aspecto general era el mismo. No había perdido totalmente la mansedumbre y la ternura en el hablar, pero cuando la manía hincaba en él se ponía seco y desconfiado. Al verlos les dijo amablemente:

—Entonces vinieron, como siempre... Estaba esperándolos...

Se saludaron y él dio un largo abrazo a la ahijada:

—¿Cómo está Adelaide?

—Bien. Mandó muchos recuerdos, pero no vino porque... —adelantó Coleoni.

—¡Pobrecita! —dijo él, y dejó caer la cabeza como si quisiera alejar un recuerdo triste; en seguida preguntó—: ¿Y Ricardo?

La ahijada se apresuró a responderle al padrino, con alborozo y alegría. Ya lo veía libre de la semi-sepultura de la insania.

—Está bien, padrino. Buscó a papá hace algunos días y le dijo que su jubilación ya está casi terminada.

Coleoni se había sentado. Quaresma también, y la muchacha permanecía de pie para mirar mejor al padrino, con sus ojos muy luminosos y firmes al encararlo. Guardias, internos y médicos pasaban por las puertas con indiferencia profesional. Los visitantes no se miraban, parecía que no querían reconocerse en la calle. Allá afuera estaba el hermoso día, los aires suaves, el mar infinito y melancólico, las montañas recortándose en un cielo de seda, la belleza de la naturaleza imponente e indescifrable. Coleoni, aunque más asiduo en las visitas, notaba la mejoría del compadre con satisfacción que vagaba por su fisonomía, en una ligera sonrisa. En un momento dado aventuró:

—Usted ya está mucho mejor, mayor, ¿quiere salir?

Quaresma no respondió en seguida; pensó un poco y respondió firme y lentamente:

—Es mejor esperar un poco. Voy mejor... Siento molestar tanto, pero ustedes han sido tan buenos que deberán llevar todas estas incomodidades a la cuenta de su propia bondad. Quien tiene enemigos también debe tener buenos amigos...

El padre y la hija se miraron entre sí; el mayor levantó la cabeza y parecía que las lágrimas querían estallarle. La joven intervino de pronto:

—Sabe, padrino, voy a casarme.

—Es verdad —confirmó el padre—. Olga va a casarse y nosotros ve-níamos a decírselo.

—¿Quién es tu novio? —preguntó Quaresma.

—Es un muchacho...

—Seguramente —interrumpió el padrino, sonriendo.

Y los dos lo acompañaron con familiaridad y contento. Era una buena señal.

—Es Armando Borges, que se está por doctorar. ¿Está satisfecho, padrino? —dijo Olga gentilmente.

—Entonces es para después de fin de año.

—Esperamos que sea por esa fecha —dijo el italiano.

—¿Lo quieres mucho? —indagó el padrino.

Ella no sabía responder a aquella pregunta. Quería sentir que amaba a su novio, pero, no... ¿Y por qué se casaba? No lo sabía... Un impulso de su medio, algo que no venía de ella, no lo sabía... ¿Querría a otro? Tampoco. Todos los jóvenes que ella conocía carecían de un relieve que la golpeara, no tenían ese "qué" todavía indeterminado en su emoción y en su inteligencia, que la fascinara o subyugara. Ella no sabía bien qué era, no llegaba a internarse en la percepción de sus inclinaciones, ni en la cualidad que quería ver como dominante en el hombre. Era lo heroico, era lo fuera de lo común, era la fuerza de proyección para las grandes cosas; pero en esa confusión mental de nuestros primeros años, cuando las ideas y los deseos se entrelazan y se enredan, Olga no podía coger y registrar ese anhelo, ese modo de representar y de amar al individuo masculino.

Y tenía razón en casarse sin obedecer a su concepción. Era tan difícil ver nítidamente en un hombre de veinte o treinta años lo que ella había soñado, que era bien posible que tomara a la nube por Juno... Se casaba por cumplir una costumbre de la sociedad, un poco por curiosidad, y para ampliar el campo de su vida y aguzar la sensibilidad. Recordó todo eso rápidamente y respondió al padrino, sin convicción:

—Lo quiero.

La visita no demoró mucho más. Era conveniente que fuese rápida, ya que no convenía fatigar la atención del convaleciente. Los dos salieron sin esconder que iban esperanzados y satisfechos.

En la puerta ya había algunos visitantes a la espera del tranvía. Como no estaba el vehículo en la parada, fueron caminando a lo largo de la fachada del manicomio hasta allí. En medio del camino encontraron apoyada en las rejas a una negra vieja que lloraba. Coleoni, siempre bondadoso, se le acercó:

—¿Qué pasa, mi vieja?

La pobre mujer posó en él una mirada demorada, húmeda y dulce, llena de una irremediable tristeza, y respondió:

—¡Ay, mi señor!... Es muy triste... ¡Un hijo, tan bueno, pobrecito!

Y continuó llorando. Coleoni comenzó a conmovirse; la hija la miró con interés y al cabo de un instante preguntó:

—¿Murió?

—Ojalá fuera así, mi amita.

Y entre lágrimas y sollozos contó que el hijo ya no la reconocía, no respondía a sus preguntas; era como un extraño. Enjugó las lágrimas y concluyó:

—Fue brujería.

Los dos se alejaron tristemente, llevando en el alma un poco de aquel humilde dolor.

El día estaba fresco y la brisa que comenzaba a soplar arrugaba el rostro del mar en pequeñas olas blancas. El Pan de Azúcar se erguía negro, yerto,

solemne, de entre las olas espumeantes, como poniendo una sombra en el día muy claro.

En el Instituto de los Ciegos tocaban el violín; y la voz llorosa y lenta del instrumento parecía salir de todas aquellas cosas, de su tristeza y de su solemnidad.

El tranvía demoró un poco en llegar. Por fin llegó. Lo tomaron. Descendieron por el Largo da Carioca. Era lindo ver la ciudad en los días de descanso, con sus negocios cerrados, sus estrechas calles desiertas donde los pasos resuenan como en claustros silenciosos. La ciudad es como un esqueleto, le faltan las carnes, que son la agitación, el movimiento de vehículos, los carros y la gente. En la puerta de una u otra tienda, los hijos del negociante juegan en velocípedos, tiran la pelota, y se siente aún más la diferencia con la ciudad del día anterior.

Aún no existía el hábito de buscar los arrabales pintorescos y sólo se encontraban, a veces, parejas que iban apresuradamente de visita, como ellos ahora. El Largo de San Francisco estaba silencioso y la estatua, en el centro de aquel pequeño jardín que desapareció, semejava un simple adorno. Los tranvías llegaban perezosamente al Largo, con pocos pasajeros. Coleoni y su hija tomaron uno que los llevaba a la casa de Quaresma. Allá fueron. La tarde se aproximaba y las *toilettes* domingueras ya aparecían en las ventanas. Negros con ropas claras y grandes cigarros o cigarrillos; grupos de empleados con flores que parecían querer estallar; niñas en vestidos bien almidonados; galeras antediluvianas al lado de vestidos pesados de satén negro, cayendo sobre los cuerpos entrados en carnes de matronas sedentarias; el domingo parecía, así, decorado con la simplicidad de los humildes, con la riqueza de los pobres y la ostentación de los tontos.

Doña Adelaide no estaba sola. Ricardo había ido a visitarla, y conversaban. Cuando el compadre de su hermano golpeó el portón, él contaba a la vieja señora su último triunfo:

—No sé cómo será, doña Adelaide. Yo no memorizo mis músicas, no las escribo, ¡es un infierno!

El caso era para poner a un autor en dificultades. El señor Paysandón, de Córdoba (República Argentina), autor muy conocido en aquella ciudad, le había escrito pidiéndole ejemplares de sus músicas y canciones. Ricardo estaba confundido. Tenía escritos los versos, pero no la música. Es verdad que las sabía de memoria pero eso de escribirlas de un momento para otro, era un trabajo superior a sus fuerzas.

—¡Es el diablo! —continuó él—. No es por mí; la cuestión es que se pierde una ocasión de hacer más conocido al Brasil en el extranjero.

La vieja hermana de Quaresma no tenía gran interés por el violón. Su educación, durante la cual veía semejante instrumento entregado a esclavos y gente parecida, le impedía admitir que preocupara la atención de personas de cierta clase. Por delicadeza, sin embargo, soportaba la manía de Ricardo, inclusive porque ya había comenzado a sentir una punta de estima por el famoso trovador suburbano. Esa estima habíale nacido por la devoción con que él se dedicara a su drama familiar. Los pequeños servicios y trabajos, los

pasos para aquí y para allá, quedaron a cargo de Ricardo, que los desempeñaba con buena voluntad y diligencia.

Actualmente él era el encargado de ocuparse de la jubilación de su ex alumno. Era un trabajo arduo ese de "liquidar" una jubilación, como se dice en el lenguaje burocrático. Jubilado el sujeto solemnemente, por un decreto, el asunto corre por una decena de reparticiones y funcionarios para ser efectiva. Nada hay más grave que la gravedad con que el empleado nos dice: "todavía estoy haciendo el cálculo"; y la cosa demora un mes, hasta más aún, como si se tratara de mecánica celeste.

Coleoni era el apoderado del mayor, pero al no ser entendido en cosas oficiales, entregó a Ricardo Coração dos Outros esa parte de su mandato.

Gracias a la popularidad de Ricardo, y a su llaneza, había conseguido vencer la resistencia de la máquina burocrática, y la liquidación estaba anunciada para poco tiempo después.

Eso fue lo que le anunció a Coleoni, cuando éste entró seguido de la hija. Tanto él como doña Adelaide pidieron noticias al amigo del hermano.

La hermana nunca había entendido del todo al hermano, y con la crisis no consiguió entenderlo mejor; pero lo sentía profundamente, con sentimiento simple de hermano, y deseaba ardientemente su cura.

Ricardo Coração dos Outros quería bien al mayor, había encontrado en él cierto apoyo moral e intelectual que necesitaba. A los otros les gustaba oír su canto, lo apreciaban como simples *dilettantes*; pero el mayor era el único que iba al fondo de su intento y comprendía el alcance patriótico de su obra.

Por fin, ahora él sufría particularmente, sufría en su gloria, producto de un lento y continuado trabajo de años. Es que acababa de aparecer un criollo que cantaba *modinhas*, cuyo nombre comenzaba a tomar fuerza y ya era citado junto al suyo.

Se molestaba con el rival por dos hechos: primero, por ser negro; segundo, a causa de sus teorías.

No es que él tuviera especial ojeriza a los negros. Lo que él veía en el hecho de existir un negro famoso que tocara el violón, era que tal cosa iba a disminuir aún más el prestigio del instrumento. Si su rival hubiera tocado piano y por eso se hubiera vuelto célebre, no habría visto ningún mal en eso; por el contrario, el talento del joven elevaría su persona por intermedio del instrumento considerado; pero tocando violón, sucedía lo inverso: el prejuicio que rodeaba a su persona disminuiría al misterioso violón al que él tanto estimaba. Y por encima de esto, ¡esas teorías! ¡Caramba! ¡Querer que la *modinha* diga algo, y tenga versos ciertos! ¡Qué tontería!

Y Ricardo hacía tiempo que pensaba en ese rival inesperado que así se ponía frente a él, como un obstáculo imprevisto en el ascenso maravilloso para su gloria. Necesitaba alejarlo, destruirlo, mostrar su indiscutible superioridad; pero, ¿cómo?

La *réclame* ya no bastaba; el rival también la empleaba. Si él tuviera un hombre notable, un gran literato que escribiera un artículo sobre él y su obra, la victoria estaría asegurada. Pero era difícil encontrarlo. Esos lite-

ratos nuestros eran tan tontos, y vivían tan absortos por las cosas francesas... Pensó en un diario, *El Violón*, en el que desafiara al rival y lo destruyera en una polémica.

Eso era lo que necesitaba obtener, y la esperanza estaba en Quaresma, actualmente recluso en un hospicio, pero felizmente en vías de curación. Su alegría fue justamente grande cuando supo que el amigo estaba mejor.

—No pude ir hoy —dijo—, pero iré el domingo. ¿Está más gordo?

—Poca cosa —dijo la muchacha.

—Conversó bien —agregó Coleoni—. Hasta se puso contento cuando supo que Olga iba a casarse.

—¿Va a casarse, doña Olga? Felicitaciones.

—Gracias —dijo ella.

—¿Para cuándo es, Olga? —preguntó doña Adelaide.

—Allá para fin de año... Falta aún...

Y en seguida llovieron preguntas sobre el novio y afloraron las consideraciones sobre el casamiento.

Ella se sentía vejada; juzgaba imprudentes e irritantes tanto las preguntas cuanto las consideraciones; quería huir a la conversación, pero volvían al mismo tema, no solamente Ricardo, sino la anciana Adelaide, más locuaz y curiosa que de costumbre. Ese suplicio que se repetía en todas las visitas, casi la hacía arrepentirse de haber aceptado el pedido. Al final encontró un subterfugio preguntando:

—¿Cómo está el general?

—No lo he visto, pero la hija siempre viene aquí. El debe andar bien, Ismênia es quien anda triste, desolada, ¡pobrecita!

Doña Adelaide contó ahora el drama que agitaba la pequeña alma de la hija del general. Cavalcânti, aquel Jacob de cinco años, se había embarcado para el interior desde hacía tres o cuatro meses, y no había enviado ni siquiera una carta, ni una postal. La niña tomaba aquello como una ruptura; y ella, tan incapaz de un sentimiento profundo, de una aplicación más seria de energía mental y física, lo sentía mucho, como algo irremediable que absorbía toda su atención.

Para Ismênia era como si todos los jóvenes casaderos hubieran dejado de existir. Conseguir otro era un problema insoluble, era trabajo superior a sus fuerzas. ¡Cosa difícil! Cortejar, escribir cartitas, hacerse señas, bailar, hacer paseos, ella no podía ya con eso. Decididamente estaba condenada a no casarse, a ser tía, a soportar toda su existencia ese estado de soltería que la empavorecía. Casi no recordaba las facciones del novio, sus ojos desmayados, su nariz dura y fuertemente ósea; independientemente de la memoria de él, siempre venía a la conciencia, cuando por la mañana el cartero no le entregaba ninguna carta: no casarse. Era un castigo. Quinota iba a casarse, Genelício ya estaba ocupándose de los papeles; y ella, que había esperado tanto, que había sido la primera en ponerse de novia, iba a quedar maldita, rebajada ante las demás. Hasta parecía que ambos estaban contentos con aquella fuga inexplicable de Cavalcânti. ¡Cómo se reían durante el Carnaval! ¡Cómo le arrojaban a los ojos aquella viudez prematura, durante

los juegos carnalescos! Ponían tanta furia en el juego de pomos y papel picado, que parecían poner bien en claro la felicidad de ambos, aquella marcha gloriosa y envidiada hacia el casamiento, frente a su abandono.

Ella disfrazaba bien la impresión que le causaba la alegría de ellos que le parecía indecente y hostil; pero el escarnio de la hermana, que le decía constantemente: "¡Juega, Ismênia! El está lejos, aprovecha", le daba rabia, la terrible rabia de la gente débil, que corroe interiormente, porque no puede reventar de alguna manera.

Entonces, para golpear a sus malos pensamientos, ella se ponía a mirar el aspecto pueril de la calle, alfombrada de papeles multicolores, y las serpentinadas irisadas que pendían de los balcones; pero lo que le hacía bien a su naturaleza pobre, comprimida, eran las comparsas, aquel ruido de tambores, de timbales, de panderetas, de platillos. Zambulléndose en ese barullo, su pensamiento reposaba y la idea que la perseguía desde hacía tanto tiempo, se encontraba impedida de entrar en su cabeza.

Aquellas vestimentas extravagantes de indios, aquellos adornos de una mitología francamente salvaje, yacarés, serpientes, tortugas, vivos, bien vivos, traían a la pobreza de su imaginación las risueñas imágenes de ríos claros, de florestas inmensas, de lugares de sosiego y pureza que la recomfortaban.

También aquellas canciones gritadas, repetidas en un ritmo duro y de gran indigencia melódica, venían a reprimir la amargura que había en ella silenciada, comprimida, contenida, que pedía una explosión a gritos, pero para la que no le sobraba la fuerza bastante y suficiente.

El novio había partido un mes antes del carnaval y después del gran festejo carioca su tortura fue mayor. Sin hábitos de lectura ni de conversación, sin ninguna actividad doméstica, pasaba los días acostada, sentada, girando en torno de un mismo pensamiento: no casarse. Le era grato llorar.

En las horas de entrega de la correspondencia, aún tenía una alegre esperanza. ¿Quizá? Pero la carta no venía, y retornaba a su pensamiento: no casarse.

Doña Adelaide, al terminar de contar el desastre de la triste Ismênia, comentó:

—Eso merecería un castigo, ¿no les parece?

Coleoni intervino con blandura y buena voluntad:

—No hay motivo para desesperar. Hay mucha gente que tiene pereza de escribir...

—Pero, ¡qué! —dijo doña Adelaide—. ¡Hace tres meses, señor Vicente!

—No vuelve —dijo Ricardo, sentenciosamente.

—¿Y ella aún lo espera, doña Adelaide? —preguntó Olga.

—No sé, hija mía. Nadie entiende a esa muchacha. Habla poco, y cuando lo hace sólo dice medias palabras... Es una naturaleza que parece no tener sangre ni nervios. Siente su tristeza, pero no habla.

—¿Será orgullo? —preguntó aún Olga.

—No, no... Si fuese orgullo no se referiría de vez en cuando al novio.

Es languidez, pereza... Parece que ella tuviera miedo de hablar, para que así las cosas no sucedan.

—Y los padres, ¿qué dicen a todo esto? —preguntó Coleoni.

—No sé bien. Pero por lo que pude percibir, la molestia del general no es grande, y doña Maricota juzga que ella debe conseguir "otro".

—Sería lo mejor —dijo Ricardo.

—Yo creo que ella no tiene ya práctica —dijo riéndose doña Adelaide—. Llevó tanto tiempo de novia...

La conversación ya había cambiado hacia otros temas, cuando Ismênia vino a hacer su visita diaria a la hermana de Quaresma.

Saludó a todos y todos sintieron que sufría. El sufrimiento le daba más actividad a su fisonomía.

Los párpados estaban violáceos y hasta sus pequeños ojos pardos tenían más brillo y expansión. Preguntó por la salud de Quaresma, y después se callaron por un instante. Por fin, doña Adelaide le preguntó:

—¿Recibiste carta, Ismênia?

—Todavía no —respondió ella, con gran economía de voz.

Ricardo se movió en la silla. Golpeando con el brazo una consola, dio por tierra con una figurita de *biscuit*, que se rompió en innumerables fragmentos, casi sin ruido.

SEGUNDA PARTE

I

EN "EL SOSIEGO"

NO ERA FEO el lugar, pero tampoco bonito. Tenía, no obstante, el aspecto tranquilo y satisfecho de quien se juzga bien con su suerte.

La casa erguía sobre una elevación, una especie de escalón, formando la subida hacia una altura mayor de la pequeña colina que corría por el fondo. Al frente, por entre las cañas de la cerca, se veía morir una planicie en las montañas lejanas; un arroyo de aguas detenidas y sucias la cortaba paralelamente al sendero que servía de límite a la casa; más adelante, el tren pasaba cruzando la planicie con la cinta clara de su línea desbrozada; un camino estrecho, con casas a uno y otro lado, salía desde la izquierda e iba a dar a la estación, atravesando el riacho y serpenteando por la llanura. La habitación de Quaresma tenía, de esta manera, un amplio horizonte, mirando hacia el levante, hacia la *noruega*,¹ y era también risueña y graciosa en sus muros blanqueados a la cal. Edificada con la desoladora indigencia arquitectónica de nuestras casas de campo poseía, sin embargo, vastas salas, amplios cuartos, todos con ventanas, y una veranda con una columnata heterodoxa. Además de esta parte principal, la quinta "El Sosiego", como se la llamaba, tenía otras construcciones: la vieja casa de la harina con su horno todavía intacto, y la rueda desmontada, y un galpón cubierto de gramíneas.

Aún no hacía tres meses que había venido a habitar esa casa, en aquel lugar desierto, a dos horas de Río por ferrocarril, después de haber pasado seis meses en el hospicio de la Praia das Saudades. ¿Había salido curado? ¿Quién sabe? Por lo menos, lo parecía; no deliraba, y sus gestos y propósitos eran los de un hombre común, aunque bajo tal apariencia se pudiera siempre creer que no se le había despedido del todo, ya no diré la locura,

¹ *Noruega*: ladera meridional de una montaña que recibe poco sol.

pero sí el sueño cebado en él durante tantos años. Habían sido seis meses de reposo y útil secuestro, más que una terapéutica psiquiátrica.

Quaresma vivió allá, en el manicomio, resignadamente, conversando con sus compañeros, donde veía ricos que se decían pobres, pobres que se querían ricos, sabios que maldecían la sabiduría, ignorantes que se proclamaban sabios; pero de todos ellos, al que más admiró era un viejo y plácido negociante de la Rua dos Pescadores que se suponía Atila. Yo, decía el pacífico viejo, soy Atila, ¿sabe? Soy Atila. Tenía vagas nociones del personaje, sabía su nombre y nada más. Soy Atila, maté a mucha gente; eso era todo.

El mayor salió más triste aún de lo que había vivido siempre. De todas las cosas tristes de ver en el mundo, la locura es la más triste; es la más depresiva y dolorosa.

Esa continuación tal cual era de nuestra vida, con un desarreglo imperceptible, pero profundo y casi siempre insondable, que la inutiliza enteramente, hace pensar en algo más fuerte que nosotros, que nos guía, que nos impele y en cuyas manos somos simples juguetes. En varias épocas y lugares la locura fue considerada sagrada, y debe haber razón en eso por el sentimiento que se apodera de nosotros al ver a un loco disparatar, cuando de inmediato pensamos que no es él quien habla, sino alguien que ve por él, que interpreta las cosas por él, que está detrás de él, invisible...

Quaresma salió envuelto, penetrado por la tristeza del manicomio. Volvió a su casa, pero la vista de sus cosas familiares no le quitó la fuerte impresión de que venía impregnado. Aunque nunca hubiese sido alegre, su fisonomía mostraba más disgusto que antes, mucho abatimiento moral, y fue para levantar su ánimo que se recogió en aquella risueña casa campesina, donde se dedicaba a modestos cultivos.

No había sido él, sin embargo, quien lo sugirió; había sido la ahijada la que le trajo la idea de aquella dulce terminación para su vida. Viéndolo en aquel estado de abatimiento, triste y taciturno, sin coraje para salir, encaustrado en su casa de São Cristóvão, un día Olga se dirigió al padrino, amistosa, filialmente:

—Padrino, ¿por qué no compra una quinta? Sería muy bueno ocuparse en cultivos, tener sus frutales, su huerta... ¿no le parece?

Por taciturno que estuviera no pudo dejar de modificar inmediatamente su fisonomía, ante lo evocado por la muchacha. Era un viejo deseo suyo ese de arrebatarse a la tierra su alimento, la alegría y la fortuna; y fue recordando sus antiguos proyectos que le respondió:

—Es verdad, hija. ¡Qué magnífica idea has tenido! Hay por ahí tantas tierras fértiles sin empleo... Nuestra tierra tiene los terrenos más fértiles del mundo. El maíz puede dar hasta dos cosechas y cuatrocientos por uno...

La muchacha casi se arrepiñtó de su recuerdo. Le pareció que iba a atizar en el espíritu del padrino manías ya extintas.

—En todas partes existen tierras fértiles, ¿no cree, padrino?

—Pero —se apresuró él a replicar— hay pocos países que las tengan como el Brasil. Voy a hacer lo que tú dices: plantar, criar, cultivar el maíz, el poroto, la papa inglesa... Tú irás a ver mis cultivos, mi huerta, mis frutales ¡y entonces te convencerás de lo fecundas que son nuestras tierras!

La idea cayó en su cabeza y germinó en seguida. El terreno estaba preparado y sólo esperaba una buena simiente. No le volvió la alegría que nunca tuvo, pero la taciturnidad se le fue con el abatimiento moral, y le vino una actividad mental entusiasta que era, por así decirlo, la de otros tiempos. Preguntó los precios corrientes de las frutas, de las legumbres, de las papas, de los *aipins*:¹ calculó que cincuenta naranjos, treinta aguacateros, ochenta durazneros, otros árboles frutales además de las piñas (¡qué mina), de los zapallos y de otros productos menos importantes, podían dar el rendimiento anual de más de cuatro *contos*, restando los gastos. Sería ocioso traer aquí los detalles de sus cálculos, basados totalmente en lo que establecen los boletines de la Asociación de Agricultura Nacional. Tomó en cuenta la producción media de cada planta frutal, las pérdidas inevitables; y en cuanto a los precios, él mismo fue en persona a buscarlos en el mercado.

Planeó su vida agrícola con la exactitud y la meticulosidad que ponía en todos sus proyectos. La encaró desde todos los aspectos, pesó sus ventajas y sus inconvenientes; y quedó muy contento al verla monetariamente atractiva, no por ambición de hacer fortuna, sino por haber en eso una demostración más de las excelencias del Brasil.

Y fue obedeciendo a ese orden de ideas que compró aquella quinta, cuyo nombre, "El Sosiego", tan bien correspondía a la nueva vida adoptada, después de la tempestad que lo sacudiera durante casi un año. No quedaba lejos de Río y él la había escogido así, aún maltratada, abandonada, para demostrar mejor la fuerza y el poder de la tenacidad, del cariño en el trabajo agrícola. Esperaba grandes cosechas de frutales, de granos, de legumbres; y que de su ejemplo nacerían otros mil cultivadores, por lo que, en breve, la gran capital quedaría cercada por un verdadero granero, lozano y próspero, para dispensar sus productos a los argentinos y a los europeos.

¡Con qué alegría partió hacia allí! Casi no tuvo nostalgias de su vieja casa de São Januário, ahora propiedad de otras manos, quizá destinada al mercenario menester de hogar de alquiler... No lamentó que aquella amplia sala, abrigo tranquilo de sus libros durante tantos años, fuese a servir de salón de baile fútil, que quizá fuera testimonio de riñas entre matrimonios desavenidos, de odios de familia; ¡esa sala, que había sido tan buena, tan dócil, tan simpática, con su techo alto y sus paredes lisas, en las que se habían incrustado los deseos de su alma, toda ella penetrada de la exhalación de sus sueños!...

Se fue contento. ¡Qué simple era vivir en nuestra tierra! ¡Cuatro *contos* de *réis* por año, sacados de la tierra, fácil, dulce, alegremente! ¡Oh, tierra bendita! ¡Cómo es que todos querían ser empleados públicos, pudrirse en un banco, sufrir en su independencia y en su orgullo? ¿Cómo se prefería vivir en casas apretadas, alimentarse mal, cuando tan fácilmente se podía obtener una vida feliz, abundante, libre, alegre y saludable?

¡Y ahora llegaba a esa conclusión, después de haber sufrido la miseria de la ciudad y la castración de la administración pública durante tanto tiempo! Había llegado tarde, pero no al punto de que no pudiese antes de la

¹ *Aipins*: planta brasileña, especie de mandioca dulce.

muerte trabar conocimiento con la dulce vida campestre y la feracidad de las tierras brasileñas. Entonces pensó que habían sido vanos aquellos deseos suyos de reformas capitales en las instituciones y en las costumbres: lo que era principal a la grandeza de la patria estremecida, era una fuerte base agrícola, un culto para su suelo ubérrimo, para sostener fuertemente todos los otros destinos que tenía que cumplir.

Además, con tierras tan fértiles, con climas variados que permitían una agricultura fácil y rendidora, este camino estaba naturalmente indicado.

Entonces vio delante de sus ojos los naranjales en flor, fragantes, muy blancos, en filas subiendo las colinas, como conjeturas de novias; los aguacateros de troncos rugosos, sopesando con esfuerzo los grandes frutos verdes; las *jabuticabas* negras estallando en sus cabos rígidos; las piñas coronadas mejor que si fueran reyes, recibiendo la unción caliente del sol; los zapallos arrastrándose con sus flores carnosas llenas de polen; las sandías de un verde tan fijo que parecía pintado; los duraznos aterciopelados, las *jacas* monstruosas, los *jambos*, las mangas embriagadoras; y de entre todo eso surgía una linda mujer, con el regazo lleno de frutas y uno de sus hombros desnudo, sonriéndole agradecida, con una inmaterial sonrisa demorada de diosa; ¡era Pomona, la diosa de los vergeles y de los jardines!...

Las primeras semanas que pasó en "El Sosiego", Quaresma las empleó en una exploración en regla de su nueva propiedad. En ella había bastante tierra, viejos árboles frutales, un *capoeirão*¹ grueso con *camarás*, *bacarubus*, *tinguacibas*, *tibibuías*, *munjolos*, y otros especímenes. Anastácio, que lo había acompañado, apelaba a sus recuerdos de antiguo esclavo de *fazenda*, y era quien enseñaba los nombres de las especies del bosque a Quaresma, muy leído y enterado de cosas brasileñas.

El mayor organizó en seguida un museo de los productos naturales de "El Sosiego". Las especies del bosque y campesinas fueron etiquetadas con sus nombres vulgares y, cuando era posible, con los científicos. Los arbustos, en herbario, y las maderas, en pequeños trozos, seccionados longitudinal y transversalmente.

Los azares de la lectura lo habían llevado a estudiar las ciencias naturales y el furor autodidacta había dado a Quaresma sólidas nociones de Botánica, Zoología, Mineralogía y Geología.

No fueron solamente los vegetales los que merecieron las honras de un inventario; también los animales, pero como no tenía espacio suficiente y la conservación de los ejemplares exigía mayor cuidado, Quaresma se limitó a hacer su museo en el papel, por donde sabía que las tierras estaban pobladas por tatús, cutías, *preás*,² variadas serpientes, *saracuras*,³ *sañás*,⁴ *avinhadados*, *coleiros*,⁵ *tiés*.⁶ La parte mineral era pobre, arcillosa, con arena, y aquí y allá bloques de granito.

¹ *Capoeirão*: mata virgen.

² *Preá*: mamífero roedor.

³ *Saracura*: ave acuática brasileña, también conocida como *frango-de-agua* (pollo de agua).

⁴ *Sañás*: ave brasileña, similar a la *saracura*, pero más pequeña.

⁵ *Coleiro*: ave canora que parece tener una cinta negra en el cuello.

⁶ *Tiés*: nombre común de varios pájaros brasileños.

Finalizado ese inventario, pasó dos semanas organizando su biblioteca agrícola y una relación de instrumentos meteorológicos para auxiliar los trabajos de la agricultura.

Encargó libros nacionales, franceses, portugueses; compró termómetros, barómetros, pluviómetros, higrómetros, anemómetros. Cuando llegaron, fueron dispuestos y colocados convenientemente.

Anastácio asistía a todos esos preparativos con asombro. ¿Por qué tanta cosa, tanto libro, tantos vidrios? ¿Estaría su antiguo patrón por dedicarse a farmacéutico? La duda del viejo negro no duró mucho. Cierta vez que Quaresma estaba leyendo el pluviómetro con Anastácio a su lado, éste lo miró tan asustado como quien asiste a un acto de hechicería. El patrón notó su miedo, y dijo:

—¿Sabes lo qué estoy haciendo, Anastácio?

—No, señor.

—Estoy averiguando si llueve mucho.

—¿Para qué eso, patrón? Uno sabe en seguida, “de ojos” nomás, cuándo llueve mucho o poco... Eso de plantar es cosa de carpir, poner la semilla en la tierra, dejar crecer y cosechar...

El hablaba con su voz suave de africano, sin “erres” fuertes, con lentitud y convicción.

Quaresma, sin abandonar el instrumento, tomó en consideración el consejo de su empleado. Los hierbajos y los matorrales cubrían sus tierras. Los naranjales, los aguacateros, los árboles de mangas, estaban sucios, llenos de gajos muertos y cubiertos de una medusina cabellera de hierba-de-pajarrito; pero como no era época propicia para la poda y el corte de los gajos, Quaresma se limitó a desbrozar por entre las plantas frutales. Por la mañana en seguida de amanecer, él y Anastácio iban, azada al hombro, a trabajar el campo. El sol estaba fuerte e intenso; el verano en su apogeo, pero Quaresma era inflexible y tenía coraje. Allí iban los dos.

Era para verlo, cubierto con un sombrero de paja, apoyándose en un gran azadón de cabo nudoso, tan pequeño él, miope, dando golpe sobre golpe para arrancar un obstinado tronco de *guaximba*. Su azada más parecía una draga, un excavador, que un pequeño instrumento agrícola. Anastácio, junto al patrón, lo miraba con piedad y miedo. ¡Qué gusto ese de andar bajo aquel sol, carpiendo, sin saber!... ¡Hay cada ser en este mundo!

Y así continuaban los dos. El viejo negro, ligero, rápido, raspando los yuyos con la mano habituada, a cuyo impulso la azada resbalaba sin obstáculo por el suelo, destruyendo la mala hierba; Quaresma, furioso, arrancando terrones de tierra aquí y allá, demorándose mucho en cada arbusto y a veces, cuando el golpe fallaba y la lámina del instrumento rozaba la tierra, su fuerza era tanta que levantaba una polvareda infernal, haciendo suponer que por aquellos parajes había pasado un pelotón de caballería. Anastácio, entonces, intervenía humildemente pero en tono profesoral:

—No es así, señor mayor. No se mete la azada tierra adentro. Hay que hacerlo suavemente, así.

Y enseñaba al Cincinato inexperto la manera de servirse del viejo instrumento de trabajo.

Quaresma lo cogía, se ponía en posición y trataba con toda buena voluntad de usarlo de la manera que se le había enseñado. Era en vano... El *Flange*¹ golpeaba la hierba y luego saltaba, mientras se escuchaba a un pájaro, allá en lo alto, lanzar una risita irónica: ¡Bien-te-veo! El mayor se enfurecía, intentaba otra vez, se fatigaba, sudaba, hinchándose de rabia y golpeaba con toda su fuerza; hubo varias veces en que la azada, golpeando en falso, escapando del suelo, le hizo perder el equilibrio, caer, besar la tierra, madre de los frutos y de los hombres. El *pince-nez* saltaba, partíase al encuentro con algún guijarro.

El mayor se enfurecía y volvía con más rigor y energía a la tarea que se había impuesto; pero, de tal forma permanece firme en nuestros músculos la memoria ancestral de ese sagrado trabajo de sacar de la tierra el sustento de nuestra vida, que no le fue imposible a Quaresma despertar en los suyos el secreto, la manera de emplear bien la vetusta azada.

Al cabo de un mes, carpía razonablemente, no en forma continuada, de sol a sol, sino con grandes reposos de hora en hora, como su edad y la falta de costumbre requerían.

A veces, el fiel Anastácio lo seguía en el descanso y ambos, uno junto al otro, a la sombra de algún frondoso árbol frutal, se quedaban mirando pasar el aire pesado de aquellos días de verano que reseca las hojas de los árboles y ponía en las cosas un fuerte acento de mórbida resignación. Entonces, allá por el mediodía, cuando el calor parecía narcotizarlo todo y sumergir en el silencio la vida entera, el viejo mayor captaba bien el alma de los trópicos, hecha de desencuentros como aquel que ahora se veía, de un sol claro, olímpico, orillando sobre el sopor de muerte que él mismo provocaba.

Almorzaban en el lugar, comidas del día anterior rápidamente calentadas sobre un improvisado fogón de piedras, y el trabajo continuaba hasta la hora de la cena. Existía en Quaresma un entusiasmo sincero, entusiasmo de ideólogo que quiere poner en práctica su idea. No se agotó con las primeras ingratitudes de la tierra aquel mórbido amor por las hierbas dañinas y el incomprensible odio por la azada fecundadora. Carpía y carpía siempre hasta la hora de la cena.

Era una comida más lenta. Conversaba un poco con la hermana, le contaba la tarea del día, lo que consistía siempre en estimar el área ya limpia.

—Sabes, Adelaide, mañana ya estarán limpios los naranjos, no quedará ni rastro de matorrales.

La hermana, mayor que él, no compartía ese entusiasmo por las cosas de la plantación. Lo consideraba todo en silencio, y si había venido a vivir con él no había sido sino por el hábito de acompañarlo. Seguramente, ella lo estimaba, pero no lo comprendía. No llegaba a entender ni sus gestos ni su agitación interna. ¿Por qué no había seguido el camino de los otros? ¿Por qué no se había graduado, y convertido en diputado? Era tan lindo eso... Andar con libros, por años y años, para acabar siendo un nadie, ¡qué

¹ *Flange*: palabra inglesa que significa *reborde*.

tontería! Lo había seguido a "El Sosiego" y para entretenerse criaba gallinas, con gran alegría del hermano cultivador.

—Está bien —decía ella cuando el hermano le contaba las cosas de su trabajo—. Pero no vayas a enfermarte... Bajo ese sol, todos los días...

—¡Nada de enfermedad, Adelaide! No estás viendo la salud que tienen la gente de por aquí... Si enferman es porque no trabajan.

Acabada la cena, Quaresma llegaba hasta la ventana que daba al gallinero y arrojaba migas de pan a las aves.

A él le gustaba ese espectáculo, aquella lucha encarnizada entre patos, gansos, gallinas, pequeños y grandes. Le daba una imagen reducida de la vida y de los premios que otorga. Después, indagaba sobre la vida del gallinero:

—¿Ya nacieron los patos, Adelaide?

—Todavía no. Faltan ocho días aún.

Y luego agregaba la hermana:

—Tu ahijada se casa el sábado, ¿no vas a ir?

—No. No puedo... Me voy a sentir incómodo con tanto lujo... Mando un lechón y un pavo de regalo.

—Caramba, ¡vaya regalo!

—¿Qué tiene de malo? Es la tradición.

Justamente estaban conversando así ese día los dos hermanos en el comedor de la vieja casa campesina, cuando Anastácio vino a avisarles que un caballero estaba en la puerta.

Desde que se instalara allí, ninguna visita había ido a golpear la puerta de Quaresma, a no ser la gente pobre del lugar, pidiendo esto o aquello, disfrazando el pedido de limosna. El mismo no había trabado conocimiento con nadie, de modo que fue con gran sorpresa que recibió el aviso del viejo negro.

Se apresuró a ir a recibir al visitante en la sala principal, mientras éste ya subía la pequeña escalera del frente y penetraba por la veranda.

—Buenas tardes, mayor.

—Buenas tardes. Haga el favor de entrar.

El desconocido entró y se sentó. Era un tipo común, pero había en él algo extraño, quizá la gordura. No era desmedida ni grotesca, pero tenía cierto aspecto deshonesto. Parecía que la hubiera hecho de repente, comiendo a más no poder y con miedo de perder un día u otro. Era como la de un lagarto, que atesora vituallas para el invierno ingrato. A través de la gordura de sus mejillas se veía perfectamente su natural delgadez, normal, y si debiera estar gordo no sería a esa edad, con poco más de treinta años, sin darle tiempo a que todo él engordara; porque si sus mejillas eran gordas, sus manos continuaban delgadas, con largos dedos fusiformes y ágiles. El visitante habló:

—Soy el teniente Antonino Dutra, escribano de la oficina recaudadora de impuestos...

—¿Alguna formalidad? —indagó asustado Quaresma.

—Ninguna, mayor. Ya sabemos quién es usted; no hay novedades ni ninguna exigencia legal.

El escribano tosió, sacó un cigarrillo, ofreció otro a Quaresma, y continuó:

—Sabemos que usted viene a establecerse aquí, y tomé la iniciativa de venir a molestarle... No es nada de importancia... Creo que usted...

—¡Oh, por Dios, teniente!

—Vengo a pedirle una pequeña ayuda, un óbolo para la fiesta de la Concepción, nuestra patrona, de cuya hermandad soy tesorero.

—Perfectamente. Es muy justo. A pesar de no ser religioso, estoy...

—Una cosa nada tiene que ver con la otra. Es una tradición del lugar que debemos mantener.

—Es justo.

—Usted sabe —continuó el escribano—, la gente de aquí es muy pobre y la hermandad también, de manera que estamos obligados a apelar a la buena voluntad de los vecinos en mejores condiciones. Desde ya, por lo tanto, mayor...

—No. Espere un poco...

—¡Oh, mayor, no se incomode! No es para ahora.

Se enjugó la transpiración, guardó el pañuelo, miró un poco hacia afuera y agregó:

—¡Qué calor! Nunca vi un verano como éste aquí. ¿Lo está pasando bien, mayor?

—Muy bien.

—¿Pretende dedicarse a la agricultura?

—Así es, por eso mismo vine al campo.

—Hoy esto no sirve para nada, ¡pero en otros tiempos!... Esta quinta fue una belleza, mayor! ¡Cuánta fruta! ¡Cuánta harina! Las tierras hoy están cansadas y...

—¡Nada de eso, señor Antonino! No hay tierras cansadas... Europa es cultivada desde hace millares de años, sin embargo...

—Pero allá se trabaja.

—¿Por qué no se ha de trabajar aquí también?

—Eso es verdad; pero hay tantas contrariedades en esta tierra nuestra que...

—¡Nada de eso, querido teniente! No hay nada que no pueda vencerse.

—Ya lo verá usted con el tiempo, mayor. En nuestra tierra no se vive sino de política, fuera de eso, ¡tonterías! Ahora mismo todo está dando vueltas por ese asunto de la elección de diputados...

Al decir esto, el teniente bajó los ojos y por debajo de sus gordos párpados lanzó una mirada investigadora sobre la ingenua fisonomía de Quaresma.

—¿Qué asunto es ése? —indagó Quaresma.

El teniente parecía esperar la pregunta, y en seguida dijo alegremente:

—Entonces, ¿no lo sabe?

—No.

—Ya le explico: el candidato del gobierno es el doctor Castrioto, un muchacho honesto, buen orador; pero ciertos presidentes de las Cámaras

Municipales del Distrito entendieron que debían sobreponerse al gobierno, sólo porque el senador Guariba rompió con el gobernador; y, ¡zas!, presentaron a un tal Neves, que no ha prestado ningún servicio al partido, ni tiene ninguna influencia ¿Qué piensa usted?

—¿Yo?... ¡Nada!

El servidor del fisco quedó espantado. ¿Había en el mundo un hombre que, sabiendo y viviendo en el municipio de Curuzu, no se molestaba por la pelea del senador Guariba con el gobernador del Estado? ¡No era posible! Pensó y sonrió suavemente. Con seguridad, se dijo a sí mismo, este pícaro quiere quedar bien con los dos, para después arreglarse sin dificultades. Estaba sacando sardinas con mano de gato... Debía ser un pícaro malicioso; ¡era necesario cortarle las alas a ese "extranjero" que venía no se sabe de dónde!

—Usted es un filósofo, mayor —dijo con malicia.

—¡Ojalá! —exclamó con ingenuidad Quaresma.

Antonino todavía hizo rodar un poco más la conversación sobre el grave asunto pero, desanimado sobre la posibilidad de penetrar en las ocultas intenciones del mayor, apagó la fisonomía y dijo con aire de despedida:

—Entonces, mayor, no se niega a socorrer a nuestra fiesta, ¿no?

—Por cierto que no.

Los dos se despidieron. Apoyado en el balcón, Quaresma lo vio montar en su pequeño caballo castaño, brillante de sudor, gordo y vivaz. El escribano se alejó, desapareció en el camino, y el mayor se quedó pensando en el extraño interés que esa gente ponía en las luchas políticas, en esas trifulcas electorales, como si en ellas hubiera algo de vital e importante. No atinaba a comprender por qué una diferencia entre dos figurones importantes venía a poner desarmonía entre tanta gente, cuya vida estaba tan fuera de la esfera de aquéllos. ¿No estaba allí la buena tierra para cultivar y criar? ¿No exigía ella una ardua lucha diaria? ¿Por qué no se empleaba el esfuerzo que se ponía en esos ajeteos de votos, de actas, en el trabajo de fecundarla, de sacar de ella seres, vidas, un trabajo igual al de Dios y el de los artistas? Era tonto ponerse a pensar en gobernadores y senadores cuando nuestra vida pide todo a la tierra y ella quiere amor, lucha, trabajo...

El sufragio universal le pareció un flagelo...

El tren pitó, y él se demoró en verlo llegar. Es una emoción especial para quien vive lejos, la de ver llegar los medios de transporte que nos ponen en comunicación con el resto del mundo. Hay una mezcla de miedo y de alegría. Al mismo tiempo que se piensa en buenas nuevas, también se piensa en las malas. La alternativa angustia...

El tren o el vapor parecen venir de lo indeterminado, del Misterio, y traen además de noticias generales, buenas o malas, también el gesto, una sonrisa, la voz de las personas que amamos y que están lejos.

Quaresma esperó el tren, que llegó resoplando y estirándose como un reptil estación afuera, a la luz fuerte del sol poniente. No se demoró mucho. Pitó de nuevo y partió llevando noticias, amigos, riquezas, tristezas, hacia otras estaciones. El mayor pensó un poco más en lo estúpido y feo que era

aquello, y en cómo las invenciones de nuestro tiempo se alejan tanto de la línea imaginaria de la belleza que nuestros educadores de dos mil años atrás nos legaron. Miró el camino que llevaba a la estación. Venía un hombre... Se dirigía a su casa... ¿Quién podía ser? Se limpió los lentes y los dejó estar sobre el hombre que caminaba con prisa... ¿Quién era? Aquel sombrero doblado, como un morrión... Ese frac largo... El paso menudo... ¡Un violón! ¡Era él!

—Adelaide, ahí viene Ricardo.

II

ESPINAS Y FLORES

LOS SUBURBIOS de Río de Janeiro son la cosa más curiosa de la ciudad en materia de edificación. La topografía del lugar, caprichosamente salpicada de colinas, seguramente influye en este aspecto, pero también influyeron los azares de la construcción.

Nada más irregular, más caprichoso, más falto de cualquier plan, puede imaginarse. Las casas surgieron como si hubiesen sido sembradas al viento, y de acuerdo a las casas fueron hechas las calles. Hay algunas de ellas que comenzaron anchas como *boulevards* y acabaron estrechas como callejones; dan vueltas y circuitos inútiles, y parecen huir al alineamiento recto con un odio tenaz y sagrado.

A veces se suceden en la misma dirección con una frecuencia irritante, otras se apartan y dejan entre medio un largo intervalo cerrado de casas. En un trecho hay casas amontonadas unas sobre otras en una angustia de espacio desoladora, y en seguida un vasto campo abre a nuestra mirada una amplia perspectiva.

Así marchan, al acaso, las construcciones, y en consecuencia el trazado de las calles. Hay casas de todos los gustos y construidas de cualquier forma.

Se va por una calle viendo una serie de chalets, de puerta y ventana, pared con frontispicio, humildes y pequeños, y de repente se nos depara una casa burguesa, de esas con fruteras de yeso en las cornisas de arabescos, irguiéndose sobre un sótano con entrepisos escalonados. Pasada la sorpresa, se mira más allá y se tropieza con una choza cubierta de zinc o de paja, en torno a la cual hormiguea una población; más adelante, es una vieja casa campesina, con veranda y columnas de estilo poco clasificable, que parece humillada y deseosa de ocultarse frente a aquella ola de edificios disparatados y nuevos.

No hay en nuestros suburbios nada que nos recuerde los famosos de las grandes ciudades europeas, con sus villas de aire reposado y satisfecho, sus carreteras y calles asfaltadas y cuidadas, ni siquiera se encuentran esos jardines, ciudaditos, bien arreglados, peinados, porque los nuestros, si los hay, en general son pobres, feos y desprolijos.

Los cuidados municipales también son variables y caprichosos. A veces, en las calles, hay paseos en ciertas partes, y en otras no; algunas vías de comunicación son calzadas, y otras de igual importancia aún están en estado natural. Aquí se encuentra un pequeño puente bien cuidado sobre un río seco, y algunos pasos más allá tenemos que atravesar un riacho sobre un rústico paso de troncos mal amarrados.

Por las calles hay damas elegantes, con sedas y brocados, evitando con mucho trabajo que el barro o la tierra les empañen el brillo del vestido; hay obreros con chanclos; hay petimetres a la última moda; hay mujeres de vestidos ordinarios; y así, por la tarde, cuando esa gente regresa del trabajo o del paseo, la mezcla se hace en la misma calle, en una manzana, y casi siempre el de mejor atuendo no es el que entra en la mejor casa.

Además, los suburbios tienen otros aspectos interesantes, sin hablar de los cortejos epidémicos ni del espiritismo endémico; las pensiones (¿quién las supondría allí!) constituyen uno de ellos, bastante inédito. Casas que apenas alcanzarían para una pequeña familia, son divididas y subdivididas, y los minúsculos aposentos así obtenidos, alquilados a la población miserable de la ciudad. Allí, en esos cajoncitos humanos, se encuentra la fauna menos observada de nuestra vida, sobre la que la miseria sobrevuela con un rigor londinense.

No se pueden imaginar profesiones más tristes y más inopinadas que las de la gente que habita tales cajoncitos. Además de los sirvientes de dependencias, ordenanzas de oficinas, podemos encontrar viejas fabricantes de encajes y puntillas, compradores de botellas vacías, castradores de gatos, perros y gallos, brujos, catadores de hierbas medicinales, en fin, una variedad de profesiones miserables que nuestras burguesías pequeña y grande no pueden adivinar. A veces, en un cubículo de esos se apiña una familia, y hay ocasiones en que sus jefes van a pie hasta el centro por falta de monedas para el tren.

Ricardo Coração dos Outros vivía en una pobre casa de pensión de uno de los suburbios. No era de las sórdidas, pero era una casa de pensión sub-urbana.

Hacía años que habitaba y quería la casa, que estaba trepada sobre una colina, y la ventana de su cuarto miraba hacia una amplia extensión edificada que iba desde la Piedade hasta Todos os Santos. Vistos así, desde lo alto, los suburbios tienen su gracia. Las casas pequeñas, pintadas de azul, de blanco, de ocre, prendidas entre las ramas verdi-negras de los árboles de mango, teniendo entre medio, aquí y allá, un cocotero o una palmera, alta y soberbia, hacen un buen panorama y la falta de percepción del dibujo de las calles pone en el programa un sabor de confusión democrática, de solidaridad perfecta entre las gentes que las habitan; y el tren minúsculo, rápido, cruza todo aquello, doblando a la izquierda, inclinándose a la derecha,

muy flexible en sus grandes vértebras de vagones, como una cobra entre pedruscos.

Era desde aquella ventana que Ricardo explayaba sus alegrías, sus satisfacciones, sus triunfos y también sus sufrimientos y amarguras.

Ahí estaba ahora, reclinado en el antepecho, con la mano anidando el mentón, recogiendo con la vista una gran parte de esa ciudad grande, bella y original, capital de un gran país, cuya alma se sentía, consubstanciando sus tenues sueños y deseos en versos discutibles, pero a los cuales el llanto del violón, si bien no les daba sentido, les daba algo de balbuceo, de queja dolorida de la patria todavía niña, aún en formación...

¿En qué pensaba? No pensaba solamente, también sufría. Aquel negro continuaba con su manía de querer hacer que la *modinha* dijera algo, y tenía adeptos. Algunos ya lo citaban como rival de él, Ricardo; otros afirmaban que el tal joven había dejado lejos a Coração dos Outros, y algunos más — ¡ingratos! — ya olvidaban los trabajos, el tenaz trabajo de Ricardo Coração dos Outros en pro del ascenso de la *modinha* y el violón, y ni nombraban al abnegado obrero.

Con la mirada perdida, Ricardo recordaba su infancia, aquella su aldea *sertaneja*, la casita de sus padres, con su corral y el mugido de los terneros... ¿Y el queso? Aquel queso tan sustancioso, tan fuerte, feo como aquella tierra, pero feraz como ella, tanto que bastaba comer una pequeña rodaja de él para sentirse como después de un almuerzo... ¿Y las fiestas? Nostalgias... Y el violón, ¿cómo lo había aprendido? Su maestro, Maneco Borges, ¿acaso no le había predicho el futuro, al decirle: "Irás lejos, Ricardo. El violón quiere tu corazón"?

¿Por qué, entonces, aquel encarnizamiento, aquel odio contra él, él que había traído a esta tierra de extranjeros el alma, el jugo, la sustancia del país?

Y las lágrimas saltaron calientes de sus ojos. Miró un poco las montañas, observó el mar allá afuera, lejos... Era bella la tierra, era linda, era majestuosa, pero parecía ingrata y áspera en su granito omnipresente que se hacía negro y malo cuando no era suavizado por el verdor de los árboles.

Y él estaba allí, solo, solo con su gloria y su tormento, sin amor, sin confidente, sin amigo, solo como un dios o como un apóstol en tierra ingrata que no quería escuchar su buena nueva.

Sufría por no tener un pecho amado, amigo, sobre el cual derramar aquellas lágrimas que iban a caer en el suelo indiferente. Por ahí, recordó los famosos versos:

*Se choro... bebe o pranto a areia ardente...**

Con el recuerdo, bajó un poco la mirada a la tierra y vio que en el lavadero de la casa, un tanto escondida de su vista, una muchacha negra lavaba. Encorvaba el cuerpo sobre la ropa, cargaba todo su peso, la enjabonaba ligera, la golpeaba contra la piedra, y recommenzaba. Tuvo pena de aquella

* "Si lloro... bebe el llanto la arena ardiente..."

pobre mujer, dos veces triste en su condición y en su color. Lo invadió un flujo de ternura y, después, se puso a pensar en el mundo, en las desgracias, y se quedó un instante perdido en el enigma de nuestro miserable destino humano.

La muchacha no lo vio, distraída con el trabajo; y se puso a cantar:

*Da doçura dos teus olhos
A brisa inveja já tem.**

Era una canción suya. Ricardo sonrió satisfecho y tuvo deseos de ir a besar a aquella pobre mujer, abrazarla...

¿Y cómo eran las cosas? El recibía consuelo de aquella muchacha; ¡era su humilde y dolorida voz la que venía a acariciar su tormento! Entonces le vinieron a la memoria aquellos versos del Padre Caldas, ese su antecesor feliz que tuvo un auditorio de damas:

*Lereno alegrou os outros
e nunca teve alegria...***

En fin, ¿era una misión?... La muchacha acabó de cantar y Ricardo no se pudo contener:

—¡Va bien, doña Alice, muy bien! ¿Si no fuera así por qué le pediría un bis?

La muchacha extendió la cabeza, reconoció a quien hablaba, y dijo:

—No sabía que usted estaba ahí, si no no hubiese cantado.

—¿Por qué? Puedo garantizarle que lo hizo muy bien, muy bien. ¡Cante!

—¡Dios me libre! ¿Para que usted me "acritique"?...

A pesar de insistir mucho la muchacha no quiso continuar. Las amarguras parecían haberse apartado del pensamiento de Ricardo. Se dirigió al interior de su cuarto y se sentó a la mesa con intención de escribir.

Su cuarto tenía el mobiliario más reducido posible. Había una red con franjas de bordados, una mesa de pino y sobre ella objetos para escribir; una silla, un estante con libros, y colgado en una pared, el violón en su estuche de gamuza. También había una máquina para hacer café.

Sentóse y quiso comenzar una *modinha* sobre la Gloria, esa cosa fugaz, que se tiene y se piensa que no se tiene, algo impalpable, inaccesible como un soplo, que nos aguijonea, quema, inquieta y abrasa como el Amor.

Intentó comenzar, dispuso el papel, pero no pudo. La emoción había sido fuerte, toda su naturaleza había sido conmovida con la idea del hurto que se quería hacer a su mérito. No consiguió asentar el pensamiento, ir a buscar las palabras en el aire, sentir la música zumbir en los oídos.

La mañana estaba ya alta. Las cigarras de enfrente chirriaban en el tamarindo deshojado; comenzaba a caldear y el cielo cobraba un azul ligero,

* "De la dulzura de tus ojos / La brisa envidia ya tiene."

** "Lereno alegró a los otros / y nunca tuvo alegría..."

tenue, fino. Quiso salir, buscar un amigo, distraerse con él, pero ¿con quién? Todavía, si Quaresma... ¡Ah! ¡Quaresma! Ese sí, le traía consuelo y afecto.

Es verdad que el amigo últimamente estaba poco interesado en la *modinha*; pero asimismo comprendía su propósito, los fines y el alcance de la obra que él, Ricardo, se proponía. Si el mayor estuviera cerca, ¡pero estaba tan lejos! Consultó sus bolsillos. Su fortuna no llegaba a dos mil réis. ¿Cómo ir? Conseguiría un pase y partiría. Golpearon a la puerta. Le traían una carta. No reconoció la letra; rompió el sobre con emoción. ¿Qué sería? Leyó:

"Mi querido Ricardo. Salud. Mi hija Quinota se casa pasado mañana, jueves. Ella y el novio tendrán mucho gusto en que usted venga. Si no está comprometido con nadie, coja el violón y venga hasta acá a tomar una taza de té con nosotros. Su amigo Albernaz."

El trovador, a medida que leía iba mudando de fisonomía. Hasta entonces estaba cerrada y dura; cuando acabó de leer la carta, una sonrisa jugaba por toda ella, subía y bajaba, iba de una mejilla a otra. El general no lo había abandonado; para el respetable militar, Ricardo Coração dos Outros todavía era el rey del violón. Iría y conseguiría pasaje con el antiguo vecino de Quaresma. Contempló un poco el violón, demoradamente, tiernamente, con el agradecimiento que merece un ídolo benefactor.

Cuando Ricardo penetró en casa del general Albernaz, ya se había hecho el último brindis y todos se dirigían al salón en pequeños grupos. Doña Maricota vestía seda malva y su busto corto parecía aún más sofocado en aquel tejido caro que parece requerir cuerpos elegantes y flexibles. Quinota estaba radiante en su vestido de novia. Era alta, de facciones más regulares que su hermana Ismênia, pero menos interesante y más común de temperamento y de alma, aunque simpática. Lalá, la tercera hija del general, que ya estaba llegando a moza, usaba mucho polvo de arroz, siempre estaba acomodándose el peinado y sonriendo al teniente Fontes. Un casamiento bien apreciado y esperado. Genelício daba el brazo a la novia, encorsetado en una casaca mal cortada, que ponía en exhibición su gibosidad, y caminaba todo incómodo dentro de sus apretados zapatos de charol.

Ricardo no los vio pasar, pues al entrar la fila estaba centrada en el general, metido en un uniforme de los grandes días, que le iba tal mal como la librea de un guardia nacional endomingado; pero quien tenía un aire importante, marcial y de gran navegante, al mismo tiempo que palaciego, era el contraalmirante Caldas. Había sido el padrino y estaba irreprochable en la casaca de su uniforme. Las anclas relucían como metales de a bordo a la hora de la revista y sus bigotes, muy peinados, ensanchaban su rostro y parecían descar con ardor los grandes vientos del vasto océano sin fin. Ismênia estaba de color rosa y andaba por las salas con su aire doliente, con su vagar sin rumbo, con sus gestos lentos, tomando cuidado de todo. Lulu, el único hijo del general, se pavoneaba en su uniforme del Colegio Militar, lleno de dorados y rizos, tanto más cuanto que había pasado de año gracias a los empeños del padre.

El general no demoró en venir a conversar con Ricardo; y los novios, cuando el trovador los felicitó, le agradecieron mucho, y hasta Quinota dijo un, "soy muy feliz...", inclinando la cabeza hacia un lado y sonriendo al

piso, con una sonrisa que llenó de inmenso transporte la cándida alma del trovador.

Comenzaron los bailes y el general, el almirante, el mayor Inocêncio Bustamante, que también estaba de uniforme, con su banda violeta de honorario, el doctor Florêncio, Ricardo y otros dos invitados fueron hacia el comedor a charlar un poco.

El general estaba satisfecho. Hacía tantos años que soñaba con una ceremonia como esa en su casa, y finalmente por primera vez veía realizado ese anhelo.

Ismênia tuvo esa desgracia... ¡El ingrato! ... Pero, ¿para qué recordar? Las felicitaciones se repitieron.

—Es un gran muchacho su nuevo yerno —dijo uno de los invitados nuevos.

El general se quitó el *pince-nez* preso de una cadenita de oro, y mientras lo limpiaba respondió mirando como lo hacen los miopes:

—Estoy muy contento.

Se volvió a poner los lentes, enderezó la cadenita, y continuó:

—Creo que casé bien a mí hija: un joven graduado, bien encaminado e inteligente.

El almirante dijo:

—¡Y qué carrera! No es por ser pariente mío, pero con treinta y dos años ser primer tenedor de libros del Tesoro, es cosa nunca vista.

—Genelício no está en el Tribunal de Cuentas, ¿no pasó? —preguntó Florêncio.

—Pasó, pero es lo mismo —replicó el otro invitado, que era de la amistad del recién casado.

De hecho, Genelício había conseguido el traslado y no había sido sólo eso lo que lo decidió a casarse. Había escrito una *Síntesis de Contabilidad Pública Científica* y sin saber cómo se vio colmado de elogios por “la prensa de esta capital”. El ministro, atendiendo al mérito excepcional de la obra, le mandó dar dos *contos* de premio, haciendo la edición a costa del Estado, en la Imprenta Nacional. Era un grueso volumen de cuatrocientas páginas, cuerpo doce, escrito en estilo oficial, con una vasta documentación de decretos y ordenanzas, ocupando dos tercios del libro.

La primera frase de la primera parte, la esencia del libro verdaderamente sintética y científica, había sido muy notada y alabada por los críticos, no sólo por la novedad de la idea, sino también por la belleza de la expresión.

Decía así: “La Contabilidad Pública es el arte o la ciencia de escriturar convenientemente los ingresos y egresos del Estado”.

Además del premio y del traslado, él tenía ya la promesa de ser subdirector a la primera vacante que se produjera.

Escuchando cuanto habían dicho el almirante, el general y los nuevos invitados, el mayor no pudo dejar de observar:

—Después de la militar, la mejor carrera es la de Hacienda, ¿no les parece?

—Sí... Entendiéndolo bien —dijo el doctor Florêncio.

—Yo no quiero hablar de los graduados —se apresuró a decir el mayor—. Esos...

Ricardo sentíase en la obligación de decir algo y soltó la primera frase que le vino a los labios:

—Cuando se prospera, todas las profesiones son buenas.

—No es tanto así —atemperó el almirante, alisando sus bigotes—. No es por destruir a las otras, pero la nuestra, ¿eh Albernaz? ¿eh Inocêncio?

Albernaz levantó la cabeza como si quisiera recoger en el aire un recuerdo y después replicó:

—Sí, pero tiene lo suyo. Cuando se está en dificultades, es fuego de aquí, tiro de allá, muere uno, grita otro como en Curupaítí, entonces...

—¿Usted estuvo allá, general? —preguntó el invitado, que era amigo de Genelício.

—No estuve. Enfermé y regresé al Brasil. Pero Camisã me contó... No saben lo que fue, tú sabes, ¿no Inocêncio?

—Si estuve allí...

—Polidoro tenía orden de atacar Sauce, Flores a la izquierda y "nosotros" caímos sobre los paraguayos. Pero los malandrines estaban bien atrinchados, habían aprovechado el tiempo.

—Fue don Mitre —dijo Inocêncio.

—Sí. Atacamos con furia. Era un retumbar de cañones que lanzaban balas por todos los rincones, que metía miedo, los hombres morían como moscas... ¡Un infierno!

—¿Quién venció? —preguntó uno de los invitados nuevos.

Todos se miraron, sorprendidos, excepto el general que juzgaba excepcional la sabiduría sobre el Paraguay.

—Los paraguayos, es decir, ellos, repelieron nuestro ataque. Por eso yo digo que nuestra profesión es hermosa, pero tiene sus "cosas"...

—Eso no quiere decir nada. También en el paso de Humaitá... —comenzó a decir el almirante.

—¿Usted estaba a bordo?

—No, yo fui más tarde. Algunas persecuciones hicieron que yo no fuera designado, porque el embarque equivalía a un ascenso... Pero en el paso de Humaitá...

En el salón los bailes continuaban con animación. Era raro que alguien viniese desde allí adentro hacia donde ellos estaban. Las risas, la música y lo demás que se adivinaba, no distraían a aquellos hombres de sus preocupaciones belicosas.

El general, el almirante y el mayor llenaban de pasmo a esos burgueses pacíficos, contando batallas en las que no habían estado y pugnadas valerosas de las que no participaron.

No hay como un ciudadano tímido, bien comido, y con algunos buenos vinos generosos dentro, para apreciar las narraciones de guerra. El sólo ve la parte pintoresca, la parte por así decir espiritual de las batallas, de los encuentros; los tiros son los de salva y si matan es lo de menos. La muerte misma, en las narraciones así hechas, pierde su importancia trágica: ¡tres mil muertos solamente!

Además, contada por el general Albernaz que nunca había visto la guerra, la cosa quedaba endulzada, era una guerra *bibliothèque rose*, guerra de estampa popular, en la que no aparecen la carnicería, la brutalidad y la ferocidad normales.

Estaban Ricardo, el doctor Florêncio, el exacto empleado de ingeniero de aguas, aquellos dos recientes conocidos de Albernaz, embebidos, boquiabiertos y envidiosos frente a las proezas imaginarias de aquellos tres militares, uno de ellos honorario, quizá el menos pacífico de los tres, el único que siquiera había tomado parte en algo bélico, cuando llegó doña Maricota, siempre diligente, activa, dando movimiento y vida a la fiesta. Era más joven que su marido, tenía todavía enteramente negros los cabellos de su pequeña cabeza que tanto contrastaba con su cuerpo enorme. Venía jadeante, y se dirigió al marido:

—Entonces, Chico, ¿qué es esto? Se quedan ahí, dejando que yo haga sala, que anime a las muchachas... ¡Todos para la sala!

—Ya vamos, doña Maricota —dijo alguien.

—No —dijo con rapidez la dueña de casa—. ¡Ya mismo, don Caldas, don Ricardo, los señores!

Y fue empujando a uno y a otro por el hombro.

—Rápido, rápido, que la hija de Lemos va a cantar; y después, usted... ¿Está escuchando, don Ricardo?

—Cómo no, señora mía. Es una orden...

Y allá fueron. En el camino el general se detuvo un poco, se acercó a Coração dos Outros y preguntó:

—Dígame una cosa: ¿cómo está nuestro amigo Quaresma?

—Bien.

—¿Le ha escrito?

—Algunas veces. Yo quería, general...

El general levantó la cabeza, elevó el *pince-nez* que comenzaba a caerse, y preguntó:

—¿Qué?

Ricardo quedó intimidado por el aire marcial con que Albernaz le hizo la pregunta. Después de una ligera vacilación respondió de golpe, con miedo de perder las palabras:

—Quisiera que usted me consiguiera un pasaje, un pase, para ir a verlo.

El general mantuvo por unos instantes la cabeza baja, se rascó el cabello, y dijo:

—Eso es difícil, pero aparezca mañana por mi oficina.

Y continuaron caminando. Todavía andando, Coração dos Outros agregó:

—Tengo nostalgias de él; además, tengo ciertos disgustos... Usted sabe: cuando uno tiene un nombre...

—Venga por allí mañana.

Doña Maricota apareció frente a ellos y dijo enfadada:

—¿Ustedes no vienen?

—Ya vamos —dijo el general.

Y después, dirigiéndose a Ricardo, agregó.

—Ese Quaresma podía estar bien, pero fue a meterse con los libros... ¡Es eso! Yo, hace buenos cuarenta años que no tomo un libro...

Llegaron a la sala. Era amplia. Tenía dos grandes retratos en pesados marcos dorados, furiosos retratos al óleo de Albernaz y su mujer; un espejo ovalado y algunos cuadros, completaban la decoración. Del mobiliario no se podía juzgar, había sido retirado para dar mayor espacio a los bailarines. La novia y el novio estaban en el sofá sentados, presidiendo la fiesta. Había alguno que otro escote, pocas casacas, algunas levitas y muchos fracs. Por entre las cortinas de una ventana, Ricardo pudo ver la calle. La acera de enfrente estaba llena. La casa era alta y tenía jardín; sólo desde allí los curiosos, los "serenos", podían ver algo de la fiesta. Lalá, en el vano de un balcón, conversaba con el teniente Fontes. El general los contempló, bendiciéndolos con una mirada aprobadora...

Una muchacha, la famosa hija de Lemos, se dispuso a cantar. Fue al piano, colocó la partitura y comenzó. Era una romanza italiana que cantó con la perfección y el mal gusto de una joven bien educada. Terminó. Aplausos generales, pero más bien fríos, la acompañaron.

El doctor Florêncio, que había quedado detrás del general, comentó:

—Tiene una hermosa voz esta joven. ¿Quién es?

—Es la hija de Lemos, el doctor Lemos, de Higiene —respondió el general.

—Canta muy bien.

—Está en el último año del conservatorio —observó Albernaz.

Llegó la oportunidad de Ricardo. Ocupó un rincón de la sala, tomó el violón y lo afinó, recorriendo la escala; en seguida, tomó el aire trágico de quien va a representar el Edipo Rey, y dijo con voz gruesa: "Señoritas, señores y señoras". Se detuvo. Compuso la voz y continuó: "Voy a cantar *Tus brazos, modinha* de mi autoría, en música y versos. Es una composición tierna, honesta y de una exaltada poesía". Allí, los ojos casi se le salían de las órbitas. Y añadió: "Espero que ningún ruido se escuche, porque si no la inspiración se evapora. El violón es un instrumento muy... muy... delicado. Bien".

La atención era general. Comenzó. Al principio blandamente, gimiente, suave y largo como un sollozo en olas; después, hubo una parte rápida, saltarina, en que el violón parecía estallar. Alternando un movimiento con otro, la *modinha* terminó.

Aquello había llegado al fondo de todos, había sacudido el sueño de las jóvenes y los deseos de los hombres. Los aplausos fueron ininterrumpidos. El general lo abrazó, Genelício se levantó y le dio la mano; Quinota, en su immaculado vestido de novia, también.

Para huir de las felicitaciones, Ricardo corrió al comedor. En el corredor lo llamaron: "¡Señor Ricardo, señor Ricardo!". Se volvió. "¿Qué ordena, mi señora?" Era una muchacha que le pedía copia de la *modinha*.

—No se olvide —dijo ella con coquetería—, no se olvide. Me gustan tanto sus *modinhas*... Son tan tiernas, tan delicadas... Mire, désela a Ismênia para que me la entregue.

La novia de Cavalcânti se aproximaba y oyendo decir su nombre, preguntó:

—¿Qué pasa, Dulce?

La otra le explicó. Ella aceptó el pedido y a su vez le preguntó a Ricardo con su voz doliente:

—Don Ricardo, ¿cuándo piensa estar usted con doña Adelaide?

—Pasado mañana, según espero.

—¿Va para allí?

—Sí, voy.

—Entonces dígame que me escriba. Me gustaría tanto recibir una carta...

Y se limpió los ojos furtivamente, con su pequeño pañuelo de encaje.

III

GOLIAT

EL SÁBADO de la semana siguiente a aquella en que la hija del general recibió como marido al grave y giboso Genelicio, gloria y orgullo de nuestro funcionariado público, Olga se casó. La ceremonia había corrido con la pompa y la riqueza acostumbrada en personas de su nivel. Hubo unos remedos parisienses de *corbeille* de novia y otros pequeños detalles *chics*, que no la molestaron, pero que no la llenaron de satisfacción mayor a la que tendría una novia común. Tal vez ni siquiera esa tuviera ella.

No fue a la iglesia en virtud de una determinación segura de su voluntad. Continuaba sin encontrar dentro de sí motivo para ese acto, pero aparentemente ninguna voluntad extraña influía para eso. El marido sí estaba contento. No tanto por la novia, sino por el giro que su vida iba a tomar. Enriquecido y siendo médico, lleno de talento en las notas y recompensas escolares, veía delante de sí un ancho camino de triunfos en los puestos y en la industria clínica. No tenía fortuna alguna, pero juzgaba su banal título como fuero de nobleza equivalente a aquellos con que los auténticos hidalgos de Europa bruñen el nacimiento de las hijas de los salchicheros *yanquis*. A pesar de ser su padre un importante hacendado en algún lugar de este Brasil, el suegro le había dado de todo, y él aceptó todo sin escrúpulos, con el desprecio de un duque, un duque de títulos y medallas, recibiendo el homenaje de un villano que no había rozado los bancos de una "academia".

Juzgaba que la novia lo había aceptado por su maravilloso título, el pergamino; es verdad que fue, no tanto por el título, sino por su simulación de inteligencia, de amor a la ciencia, de desmedidos sueños de sabio. Tal imagen que de él se hiciera había durado apenas unos momentos en Olga; después fue la inercia de la sociedad, su tiranía y la timidez natural de la

muchacha para romper, lo que la llevó al casamiento. Tanto más cuanto que ella, de sí para sí, pensaba que si no era éste, sería otro igual a él, y lo mejor era no postergar las cosas.

Era por eso que no iba a la iglesia, en virtud de una determinación segura de su voluntad, aunque sin percibir el apremio de una orden ajena a ella.

A pesar de la pompa, estuvo lejos de ser una novia majestuosa. No obstante sus orígenes puramente europeos, era pequeña, muy pequeña, al lado de su novio alto, erguido, con una fisonomía radiante de felicidad; y de ese modo, ella desaparecía dentro del vestido, de los velos y de aquellos atavíos obsoletos con que se adornan las muchachas que van a casarse. Por otra parte, su belleza no era la gran belleza, la que exigimos de las novias ricas, según el modelo de las estampas clásicas.

En su rostro nada había de griego, de ese griego auténtico o de paco-tilla, ni tampoco esa majestad de ópera lírica. Había en sus trazos mucha irregularidad, pero su fisonomía era profunda y personal. No solamente la luz de sus grandes ojos negros, que casi cubrían toda la cavidad orbital, hacía fulgurar su rostro movedizo sino también su boca pequeña, finamente dibujada, que expresaba bondad, malicia, y su aire general era de reflexión y curiosidad.

Al contrario de lo que era la costumbre, no salieron de la ciudad y fueron a vivir en la casa del ex contratista.

Quaresma no había ido a la fiesta, pero mandó el lechón y el pavo de la tradición, y escribió una larga carta. La quinta lo tenía entusiasmado, el calor iba a pasar, venía la época de las lluvias, de los sembrados, y no quería alejarse de sus tierras. El viaje sería breve, pero asimismo, perdiendo un día o dos, era como si comenzara a desertar de la batalla.

El pomar estaba todo limpio y ya estaban preparados los canteros de la huerta. La visita de Ricardo vino a distraerle un poco, sin embargo, de sus quehaceres agrícolas.

Pasó un mes con el mayor, y fue un triunfo. La fama de su nombre lo precedía de manera que todo el municipio se lo disputaba y festejaba.

Su primer trabajo fue ir al pueblo. Quedaba cuatro kilómetros de la casa de Quaresma y el ferrocarril poseía allí una estación. Ricardo desdenó el ferrocarril y fue a pie, por la carretera, si así puede llamarse al sendero lleno de obstáculos que subía y bajaba colinas, cortaba planicies y ríos a través de toscos puentes... ¡El pueblo! Tenía dos calles principales: la antigua, determinada por el viejo camino de tropas, y la nueva, cuyo origen venía de la unión de la vieja con el ferrocarril. Se encontraban en una T, siendo el brazo vertical el camino de la estación. Las otras partían de ellas, las casas se juntaban urbanamente en el comienzo, después se iban espaciando, espaciando, hasta acabar en bosque, en campo. La antigua se llamaba Marechal Deodoro, ex-Emperador; y la nueva, Marechal Floriano, ex-Emperatriz. De una de las extremidades de la calle Marechal Deodoro partía la de la Matriz, que iba a dar en la iglesia, en lo alto de una colina, fea y pobre en su estilo jesuítico. A la izquierda de la estación, en un campo, la Plaza

de la República, que iba a dar a una calle mal esbozada por casas espaciadas, quedaba la Cámara Municipal.

Era un gran paralelepípedo de ladrillo, aleros, ventanas con balcones enrejados, puro estilo maestro mayor de obras. Dolía esa pobreza de gusto a quien recordara los edificios de igual naturaleza de las pequeñas comunas francesas y belgas de la Edad Media.

Ricardo entró en una peluquería de la calle Marechal Deodoro, el "Salón Río de Janeiro", y se afeitó. El figaro lo informó sobre el pueblo y él se dio a conocer. Había algunos parroquianos, y uno de ellos tomó a su cargo al trovador, que de ahí en adelante ya estaba relacionado.

Cuando volvió a la casa del mayor ya tenía invitación para el baile del doctor Campos, presidente de la Cámara, fiesta que tendría lugar el próximo miércoles.

Llegó el sábado, y el domingo se fue a pasear al pueblo.

Había habido misa y el trovador asistió a la salida. La concurrencia nunca es grande en el campo, pero Ricardo pudo ver algunas de esas muchachas del interior, linfáticas y tristes, bien vestiditas, llenas de lazos, bajando silenciosas la colina en la que se erguía la iglesia, derramándose por la calle y entrando en seguida en las casas, donde pasarían una semana de reclusión y tedio. Fue a la salida de la misa que le presentaron al doctor Campos.

Era el médico del lugar, sin embargo vivía afuera, en su *fazenda*, y había venido medio desorientado con su hija Nair, para asistir al oficio religioso.

El trovador y el médico estuvieron conversando algunos momentos mientras la hija, muy delgada, pálida, con unos largos brazos descarnados, miraba con fingida humillación el suelo polvoriento de la calle. Cuando ellos partieron, Ricardo consideró por algunos momentos a ese producto de los aires libres del Brasil.

La fiesta del doctor Campos fue seguida por otras a las que Ricardo honró con su presencia y la alegría de su voz. Quaresma no lo acompañaba, pero gozaba con su triunfo. Aunque el mayor hubiera abandonado el violón, aún continuaba apreciando ese instrumento esencialmente nacional. Las consecuencias desastrosas de su solicitud en nada habían conmovido sus convicciones patrióticas. Continuaban sus ideas profundamente arraigadas, solamente que ahora las escondía, para no sufrir con la incomprensión y maldad de los hombres.

Gozaba, por lo tanto, con el fulminante triunfo de Ricardo, que indicaba claramente en aquella población la existencia de un fuerte residuo de nuestra nacionalidad, resistiendo las invasiones de las modas y gustos extranjeros.

Ricardo recibía todos los honores, todos los favores, por parte de todos los partidos. El doctor Campos, presidente de la Cámara, era quien más lo colmaba de homenajes. Esa mañana, esperaba a uno de los caballos del edil, para dar un paseo al Carico; y mientras lo esperaba iba diciendo a Quaresma, que aún no había partido para sus trabajos:

—Mayor, fue una buena idea venirse a vivir al campo. Se vive bien, se puede progresar...

—No tengo ningún deseo de ello. Tú sabes qué extrañas me son esas cosas.

—Lo sé... Pero... no digo que se pida, pero cuando nos ofrecen, no debemos rechazar, ¿no le parece?

—De acuerdo, mi querido Ricardo. Yo yo no podría aceptar el encargo de comandar una escuadra.

—Hasta ahí no llego. Mire, mayor, yo quiero mucho al violón, dedico mi vida a su elevación moral e intelectual, sin embargo, si mañana el presidente me dijera: "Señor Ricardo, usted va a ser diputado", ¿piensa usted que yo no aceptaría, sabiendo perfectamente que no podría seguir practicando con mi instrumento? Bueno, ¡no sé! No se deben perder oportunidades, mayor.

—Cada uno tiene sus teorías.

—Seguramente. Otra cosa, mayor: ¿conoce al doctor Campos?

—De nombre.

—¿Sabe que él es presidente de la Cámara?

Quaresma lo miró un instante, con ligera desconfianza. El trovador no notó el gesto del amigo, y añadió:

—Vive a una legua de aquí. Yo toqué en su casa, y hoy voy a salir a andar a caballo con él.

—Haces bien.

—El quiere conocerlo. ¿Puedo traerlo aquí?

—Puedes, cómo no.

Un compañero del doctor Campos, en ese instante, entraba por el portón trayendo el caballo prometido. Ricardo lo montó y Quaresma siguió hacia sus tierras, al encuentro de los dos empleados. Ahora eran dos, pues además de Anastácio, que más que un empleado era un agregado, había tomado a Felizardo.

Era una mañana de verano, pero las lluvias continuadas de los días anteriores habían atenuado la temperatura.

Había una gran profusión de luz y los aires estaban suaves. Quaresma fue caminando por entre aquel rumor de vida, un rumor que venía del murmullo del bosque y del pjar de las aves y los pájaros. Revoloteaban *tiês* rojos, bandadas de *coeiros*; *znuns* volaban y ponían pequeñas manchas negras en el verdor de los árboles. Hasta las flores, esas tristes flores de nuestros campos, parecía que en ese momento habían salido a la luz para la fecundación vegetal, pero también para la belleza.

Quaresma y sus empleados trabajaban ahora lejos, hacían un nuevo cultivo y para auxiliar en ese trabajo había sido contratado Felizardo. Este era un hombre flaco, alto, de largos brazos, largas piernas, como un simio. Tenía el rostro color de bronce, la barba rala y bajo una apariencia de debilidad muscular, no había nadie más valiente que él para su trabajo. Eso sí, era un conversador incansable. De mañana, cuando llegaba allí a eso de las seis, ya sabía todas las intriguillas del municipio.

Aquel cultivo tenía por finalidad ganar terreno al bosque, en el lado norte de la propiedad, que había sido ganado por la maleza. Obtenido ello, el mayor plantaría plantas de mayores posibilidades o un poco más de maíz, y en los intervalos, papa inglesa, un cultivo nuevo en el que depositaba grandes esperanzas. Ya se había limpiado el terreno y el espacio estaba libre; Quaresma, sin embargo, no quiso prender fuego al yuyaje. Evitaba así

calcinar el terreno, eliminando de él los principios volátiles por el fuego. Ahora su trabajo era separar los palos más grandes para aprovecharlos como leña; los gajos menudos y las hojas eran removidos más lejos, donde, entonces sí, serían quemados en pequeñas hogueras.

Eso llevaba tiempo, costaba golpes a su cuerpo mal habituado a los tallos sarmentosos y a los troncos; pero prometía dar mayor rendimiento a la plantación.

Durante el trabajo, Felizardo iba contando sus novedades para distraerse. Hay quien canta, él hablaba, y poco se incomodaba si le prestaban o no atención.

—Esa gente anda suelta por ahí —dijo Felizardo en seguida que llegó el mayor.

Ciertas veces Quaresma le hacía preguntas, atendía su conversación, pero raramente. Anastácio era silencioso y grave. No decía nada: trabajaba, y de cuando en cuando, se detenía, consideraba todo, en una postura hierática de pintura mural tebana. El mayor preguntó a Felizardo:

—¿Qué hay de nuevo, Felizardo?

Este descansó el grueso tronco de *camará* en el monte, se limpió el sudor con los dedos y respondió con su hablar blando y chirriante:

—Asunto de política... El teniente Antonino casi se pelea ayer con el doctor Campos.

—¿Dónde?

—En la estación.

—¿Por qué?

—Cosas de partido. Por lo que oí, el teniente Antonino está por el "gubernadío", y el doctor Campos por el "senadío"... ¡Una confusión, patrón!

—¿Y tú, a favor de quién estás?

Felizardo no respondió en seguida. Tomó la hoz y acabó de cortar un gajo que rodeaba al tronco que iba a derribar. Anastácio estaba de pie y consideró un momento la figura del compañero parlanchín. Finalmente respondió:

—¡Yo! Ni sé... Buitre pelado no se mete en medio de los coronados. Eso es bueno para usted.

—Yo soy como tú, Felizardo.

—Ojalá fuera así, mi señor. Todavía "antiér" oí decir que el patrón es amigo del "mariscá".

Se alejó con el palo y, cuando volvió Quaresma preguntó, asustado:

—¿Quién te dijo eso?

—No sé, señor. Lo oí decir en el almacén del español, tanto así que el doctor Campos está hinchado peor que un sapo con su amistad.

—Pero eso es falso, Felizardo. Yo no soy amigo ni nada... Lo conocí... Y nunca dije eso a nadie... ¡Qué voy a ser amigo!

—¡Ja! —rió Felizardo con una risa larga y dura—. Lo que el patrón está haciendo es escondiendo la jugada.

A pesar de todo el esfuerzo de Quaresma, no hubo medio de sacar de aquella cabeza infantil la idea de que él fuese amigo del Mariscal Floriano.

"Lo conocí en mi empleo", decía el mayor; Felizardo sonreía ampliamente y por una vez decía: "¡Qué va! El patrón es más fino que una cobra".

Tal obstinación no dejó de impresionar a Quaresma. Qué quería decir aquello. Además, las palabras de Ricardo, sus insinuaciones por la mañana... El tenía al trovador por hombre leal y amigo fiel, incapaz de estarle armando una celada para hacerle pasar malos momentos; los entusiasmos de él, sin embargo, junto al desco de ser buen amigo, podían ilusionarlo y hacerlo instrumento de algún perverso. Quaresma quedó un momento pensativo, dejando de remover los gajos cortados; en poco tiempo, sin embargo, se olvidó de su preocupación, que se disipó totalmente. Por la tarde, cuando fue a cenar, ya ni recordaba la conversación y la comida corrió natural, ni muy alegre ni muy triste, pero sin sombra alguna de dudas por parte de él.

Doña Adelaide, siempre con su *matinée* crema y su falda negra, sentábase a la cabecera; Quaresma a la derecha y a la izquierda Ricardo. Era la anciana quien siempre tiraba de la lengua al trovador.

—¿Le gustó mucho el paseo, señor Ricardo?

No había manera de que le dijera "don". Su educación de "señora" de otros tiempos, no le permitía usar esos plebeyismos generalizados. Había visto a sus padres, gente todavía fuertemente portuguesa, decir "señor" y continuaba diciéndolo, sin fingir, naturalmente.

—Mucho. ¡Qué lugar! Una cascada... ¡Qué maravilla! Aquí, en el campo, se encuentra inspiración.

Tomaba su actitud de arrobó: una fisonomía de máscara de trágico griego y una voz cavernosa que rodaba como un trueno silenciado.

—¿Has compuesto mucho, Ricardo? —preguntó Quaresma.

—Hoy acabé una *modinha*.

—¿Cómo se llama? —indagó doña Adelaide.

—*Los labios de Carola*.

—¡Muy lindo! ¿Ya hizo la música?

Aún era la hermana de Quaresma quien preguntaba. Ricardo llevaba ahora el tenedor a la boca; lo dejó suspendido entre los labios y el plato y respondió con toda convicción.

—La música, señora mía, es lo primero que hago.

—Nos la cantará luego.

—Cómo no, mayor.

Después de la cena, Quaresma y Coração salieron a pasear por la quinta. Esa era la única concesión que Policarpo hacía al amigo, en lo tocante al régimen de sus trabajos agrícolas. Llevaba siempre el pedazo de pan que esparcía en migajas en el gallinero, para ver la atroz disputa entre las aves. Acabado ello, se quedaba un instante considerando aquellas vidas, criadas, mantenidas y protegidas para sustento de la suya. Sonreía a los pollos, cogía a los pollitos más implumes, muy vivos y ávidos, y demorábase apreciando la estupidez del pavo, imponente, haciendo ronda, dando saltos presuntuosos. En seguida iba el chiquero; asistía a Anastácio dando la ración, arrojándola en los cuencos. El enorme cerdo de grandes orejas pendientes se levantaba con dificultad y solemnemente venía a sumergir la cabeza en los

cucucos; en otro compartimento los cerditos gruñían y gruñendo venían con la madre a atiborrarse de comida.

La avidez de aquellos animales era realmente repugnante, pero sus ojos tenían una ancha dulzura bastante humana que los tornaba simpáticos.

Ricardo apreciaba mucho a aquellas formas inferiores de vida, pero Quaresma quedaba minutos enteros olvidado, contemplándolos en una demorada interrogación muda. Sentábanse en un tronco de árbol, y Quaresma miraba el cielo alto, mientras Coração dos Outros contaba cualquier historia.

La tarde ya estaba avanzada. La tierra comenzaba a debilitarse después de aquel beso lerdo y ardiente del sol. Los bambúes suspiraban; las cigarras cantaban; las rôlas¹ gemían amorosamente. Escuchando pasos, el mayor se volvió: "¡Padrino!". "¡Olga!"

Apenas se vieron se abrazaron, y cuando se separaron, mirándose aún uno al otro, las manos continuaban unidas. Y vinieron aquellas estúpidas y tocantes frases de los encuentros satisfechos: "Cuándo llegaste". "No te esperaba..." "Es lejos..." Ricardo miraba conmovido la ternura de los dos; Anas-tácio se quitó el sombrero y miraba a la "señorita" con su tierno y vacío mirar de africano.

Pasada la emoción, la joven se inclinó sobre el chiquero, después paseó la mirada por los cuatro puntos y Quaresma preguntó:

—¿Y tu marido?

—¿El doctor?... Está allí adentro.

El marido se había resistido mucho a acompañarla hasta allí. No le parecía bien aquella intimidad con un hombre sin título, sin posición brillante y sin fortuna. El no comprendía cómo su suegro, a pesar de ser todo un hombre rico, de otra esfera, había podido mantener y estrechar relaciones con un pequeño empleado de una repartición secundaria, ¡y hasta hacerlo su compadre! Que lo contrario se diese, era justo; pero tal como estaba la cosa le parecía que derribaba toda la jerarquía de la sociedad nacional. Pero, en definitiva, cuando doña Adelaide lo recibió llena de inmenso respeto, de particular consideración, quedó desarmado y todas sus pequeñas vanidades fueron tocadas y satisfechas.

Doña Adelaide, mujer vieja, del tiempo en que el Imperio armaba esa nobleza escolar, poseía en sí una particular reverencia, un culto por los doctores; así, pues, no le fue difícil demostrarlo cuando se vio frente al doctor Armando Borges, de cuyas calificaciones y premios tenía exacta noticia.

Quaresma mismo lo recibió con las mayores muestras de admiración y el doctor, gozando aquel sobrehumano prestigio, iba conversando pausadamente, sentenciosa, dogmáticamente; y a medida que conversaba, quizá para que el efecto no se disipara, hacía girar la mano derecha con el gran anillo "simbólico" el talismán, que cubría la falange del dedo índice izquierdo, a la moda de *marquise*: el anillo de graduación.

Conversaron mucho. La joven pareja contó la agitación política de Río, la revuelta de la fortaleza de Santa Cruz; doña Adelaide, la epopeya de la

¹ Rôla: ave semejante a la paloma.

mudanza, los muebles rotos, los objetos quebrados. Por la medianoche, todos se fueron a dormir con una particular alegría, mientras los sapos levantaban en el riachuelo de enfrente su grave himno a la trascendente belleza del cielo negro, profundo y estrellado.

Despertaron temprano. Quaresma no fue en seguida al trabajo. Tomó café y estuvo conversando con el doctor. El correo llegó y le trajo un diario. Rasgó la faja y leyó el título. Era *El Municipio*, órgano local, hebdomadario, afiliado al partido oficial. El doctor se había alejado; él aprovechó la ocasión para leer el diariucho. Se puso los lentes, se recostó en la silla-hamaca y desdobló el diario. Estaba en la veranda; el viento soplabá entre los bambúes que se inclinaban perezosamente. Comenzó la lectura. El artículo de fondo se titulaba: "Intrusos", y consistía en un tremendo ataque a los no nativos del lugar que allí vivían, "verdaderos extranjeros que venían a entrometerse en la vida particular y política de la familia curuzuense, perturbando su paz y su tranquilidad".

¿Qué diablos quería decir aquello? Iba a dejar aparte el pasquín cuando le pareció leer su nombre entre versos. Buscó el lugar y dio con estas cuartetas:

Política de Curuzu

*Quaresma, meu bem, Quaresma!
Quaresma do coração!
Deixa as batatas em paz,
Deixa em paz o feijão.*

*Jeito não tens para eso
Quaresma, meu cocumbi!
Volta à mania antiga
De redigir em tupi.**

Olho vivo

El mayor quedó estupefacto. ¿Qué significaba eso? ¿Por qué? ¿Quién era? No atinaba, no encontraba el motivo y el fondo de semejante ataque. Su hermana se había aproximado acompañada de la ahijada. Quaresma le extendió el diario con brazo tembloroso: "Lee esto, Adelaide".

La vieja señora vio en seguida la perturbación del hermano y leyó con prisa y solicitud. Ella tenía amplia maternidad de solterona; pues parece que la falta de los hijos refuerza y ensancha el interés de la mujer por los dolores de los otros. Mientras leía. Quaresma decía: "Pero ¿qué hice yo?, ¿qué tengo que ver con la política?". Y se mesaba los cabellos ya bastante encanecidos.

Doña Adelaide entonces le dijo suavemente:

—Sosiégate, Policarpo. ¿Por esto solo?... ¡Caramba!

* "¡Quaresma, querido Quaresma! / ¡Quaresma de mi corazón! / Deja las papas en paz / deja en paz el poroto. / Habilidad no tienes para eso / ¡Quaresma, mi monigote! / Vuelve a la manía antigua / de redactar en tupi." *Ojo vivo.*

La ahijada también leyó los versos y preguntó al padrino:

—¿Usted no se metió, ninguna vez, en la política de aquí?

—¡Yo, nunca! ... Hasta voy a declarar que...

—¡Está loco! —exclamaron a un mismo tiempo las dos mujeres, agregando la hermana:

—Eso sería una cobardía... Una satisfacción... ¡Nunca!

El doctor y Ricardo llegaban de afuera y encontraron a los tres en esas consideraciones. Notaron la alteración de Quaresma. Estaba pálido, tenía los ojos húmedos y se rascaba sucesivamente la cabeza.

—¿Qué hay mayor? —indagó el trovero.

Las señoras explicaron el caso y le dieron a leer los versos. Después, Ricardo contó lo que había escuchado en el pueblo. Todos creían que el mayor había ido allí con la intención de hacer política, tanto es así que daba limosnas, dejaba que el pueblo recogiera leña en sus tierras, distribuía remedios homeopáticos... Antonino había afirmado que era necesario desenmascarar a semejante tartufo.

—¿Y no lo desmentiste? —preguntó Quaresma.

Ricardo afirmó que sí, pero que el escribano no había querido creerle, reiterando sus propósitos de ataque.

El mayor quedó profundamente impresionado con todo; pero, de acuerdo con su genio, incubó en los primeros tiempos la impresión, y en tanto estuvieron con él sus amigos, no demostró preocupación.

Olga y el marido pasaron en "El Sosiego" cerca de quince días. El marido, al finalizar la semana ya parecía estar cansado. Los paseos no eran muchos. En general, en nuestros lugarejos hay una gran pobreza de pintoresquismo; hay uno o dos lugares célebres, así como en Europa cada aldea tiene su curiosidad histórica.

En Curuzu, el paseo afamado era el Carico, una catarata distante dos leguas de la casa de Quaresma, hacia el lado de las montañas que le concedían el horizonte fronterizo. El doctor Campos ya había trabado relaciones con el mayor, y gracias a él hubo caballos y silla para permitir a la muchacha ir hasta la catarata.

Fueron de mañana, el presidente de la Cámara, el doctor, su mujer y la hija de Campos. El lugar no era feo. Una pequeña cascada, de unos quince metros de altura, despeñándose en tres partes por la ladera, montaña abajo. El agua se estremecía en la caída, como enredándose para luego pulverizarse en una gran cuenca de piedra, mugiendo y roncando. Había mucho verde, y la cascada vivía bajo una bóveda de árboles. El sol se filtraba difícilmente y venía a reflejarse sobre el agua o sobre las piedras en pequeñas manchas, redondas u oblongas. Los periquillos de un verde más claro, posados en los gajos, parecían incrustaciones de aquel salón fantástico.

Olga pudo ver todo eso bien a gusto, caminando de un lado para otro, porque la hija del presidente mantenía un silencio de sepulcro, y su padre se informaba con su marido de las novedades medicinales: ¿Cómo se cura la erisipela? ¿Aún se usa mucho el tártaro emético?

Lo que más la impresionó en el paseo fue la miseria general, la falta de cultivo, la pobreza de las casas, el aire triste y abatido de la gente pobre.

Educada en la ciudad, ella tenía de los campesinos la idea de que eran felices, saludables y alegres. Habiendo tanto barro, tanta agua, ¿por qué las casas no eran de ladrillos y no tenían tejas? Era siempre ese siniestro forraje usado como techo que dejaba ver la trama de cañas, como el esqueleto de un enfermo. ¿Por qué alrededor de esas casas no había cultivos, una huerta, un poco de frutales? ¿Acaso no era fácil, apenas trabajo de algunas horas? Y no había ganado, ni siquiera pequeño. Era raro ver una cabra, un carnero. ¿Por qué? Aun en las *fazendas* el espectáculo tampoco era más alentador. Todas melancólicas, bajas, casi desprovistas de la huerta olorosa y la quinta suculenta. A no ser por el café y un maizal aquí y allá, no se podía ver otro cultivo, otra industria agrícola. No podía ser solamente pereza o indolencia. Para su gasto, para su uso propio, el hombre siempre tiene energía para trabajar relativamente. En el África, en la India, en la Cochinchina, en todas partes, los matrimonios, las familias, las tribus, plantan un poco, algunas cosas para ellos. ¿Sería la tierra? ¿Qué sería? Y todos esos asuntos desafiaban su curiosidad, su deseo de saber, y también su piedad y simpatía por aquellos parias, mal vestidos, mal alojados, ¡quizá con hambre, atri- bulados!...

Pensó en ser hombre. Si lo fuese pasaría allí y en otras localidades meses y años, indagaría, observaría y con certeza habría de encontrar el motivo y el remedio. Aquella era la situación del campesino de la Edad Media comien- zos de la nuestra: era el famoso animal de La Bruyère que tenía rostro hu- mano y voz articulada...

Como al día siguiente fuera a pasear a las tierras del padrino, aprovechó la ocasión para interrogar al respecto al conversador Felizardo. La faena del cultivo estaba casi en el final; el gran espacio de tierra estaba casi enteramente limpio y subía un poco por la ladera de la colina que formaba la ele- vación del lugar.

Oíga encontró al hombre allí abajo, cortando con el machete las maderas más gruesas; Anastácio estaba en lo alto, a orillas del bosque, juntando las hojas caídas. Ella le habló:

—Buenos días, señora "doña".

—Entonces, ¿se trabaja mucho, Felizardo?

—Lo que se puede.

—Ayer estuve en el Carico, lindo lugar... ¿Dónde vives tú, Felizardo?

—Del otro lado, en el camino del pueblo.

—¿Es grande tu sitio?

—Un poco, sí señora "doña".

—¿Por qué no plantas para ti?

—¡Qué "doña"! ¿Y qué come uno?

—Lo que se haya plantado o lo que la plantación dé en dinero.

—No señora "doña", usted está pensando una cosa, y es otra. Mientras la planta crece, ¿qué entonces? No, señora "doña", la cosa no es así.

Dio un machetazo; el tronco escapó: lo colocó mejor en el picador y antes de lanzar el machetazo, aún dijo:

—La tierra no es nuestra... ¿Y las hormigas?... Nosotros no tenemos he-

rramientas... eso es bueno para el italiano o el "alemán" a los que el gobierno les da todo... El gobierno no nos quiere...

Dejó caer el machete, firme, seguro; y el rugoso tronco se abrió en dos partes, casi iguales, de un amarillo claro, donde comenzaba a aparecer la entraña oscura.

Ella regresó, queriendo alejar de su espíritu aquel desacuerdo que el compañero indicara, pero no pudo. Era cierto. Por primera vez notaba que el *self-help* del gobierno era solamente para los nacionales; para los otros eran todos los auxilios y facilidades, sin contar con su anterior educación y el apoyo de los patricios.

¿Y la tierra no era de ellos? Pero ¿de quién era, entonces, tanta tierra abandonada que se encontraba por ahí? Ella hasta había visto *fazendas* cerradas, con las casas en ruínas... ¿Por qué ese acaparamiento, esos latifundios inútiles e improductivos?

La debilidad de su atención no le permitió pensar más en el problema. Fue yendo para la casa, porque ya era la hora de la cena y el hambre llegaba.

Encontró al marido y al padrino conversando. Aquél había perdido un poco su aspecto de morgue, y hasta había ocasiones en que era natural. Cuando ella llegó, el padrino exclamaba:

—¡Abonos! ¿Es posible que un brasileño tenga tales ideas? ¡Si tenemos las tierras más fértiles del mundo!

—Pero se agotan, mayor —observó el doctor.

Dña Adelaide, en silencio, seguía con atención el *crochet* que estaba haciendo; Ricardo escuchaba con los ojos desorbitados; y Olga se entrometió en la conversación:

—¿Qué enojo es ese, padrino?

—Es tu marido que quiere convencerme que nuestras tierras necesitan abonos... ¡Esto hasta es una injuria!

—Pues esté seguro, mayor, que si yo fuese usted —adujo el doctor—, ensayaba unos fosfatos...

—Seguro, mayor —intercedió Ricardo—. Yo, cuando comencé a tocar el violón, no quería aprender música... ¡Nada de música! ¡Nada de nada! ¡La inspiración basta!... Hoy veo que es necesario... Así pasa con todo —resumió.

Todos se miraron, excepto Quaresma, que en seguida dijo con toda la fuerza de su alma:

—Señor doctor, el Brasil es el país más fértil del mundo, es el mejor dotado, y sus tierras no precisan "préstamos" para dar sustento al hombre. ¡Esté seguro!

—Las hay más fértiles, mayor —insinuó el doctor.

—¿Dónde?

—En Europa.

—¿En Europa?

—Sí, en Europa. Las tierras negras de Rusia, por ejemplo.

El mayor consideró al joven durante algún tiempo y exclamó triunfante:

—¡Usted no es un patriota! Estos jóvenes...

La cena transcurrió más calma. Ricardo hizo aún algunas consideraciones sobre el violón. A la noche, el trovador cantó su última producción, *Los labios de Carola*. Sospechábase que Carola fuera una criada del doctor Campos; pero nadie aludió a eso. Lo escucharon con interés y fue muy aclamado. Olga tocó en el viejo piano de doña Adelaide; y antes de las once ya se habían recogido todos.

Quaresma llegó a su cuarto, se desvistió, se puso su camisón de dormir y, acostado, comenzó a leer un viejo elogio de las riquezas y opulencias del Brasil.

La casa estaba en silencio; desde afuera no se escuchaba el menor ruido. Los sapos habían suspendido un instante su orquesta nocturna. Quaresma leía, y recordaba que Darwin escuchaba con placer ese concierto de los charcos. ¡Todo en nuestra tierra es extraordinario!, pensó. De la despensa, que quedaba junto a su aposento, venía un ruido extraño. Alertó el oído y prestó atención. Los sapos recomenzaron su himno. Había voces bajas, otras más altas y estridentes; una seguía a la otra, en un momento dado todas se juntaron en un unísono bien sustentado. Por un instante suspendieron la música. El mayor aguzó el oído; el ruido continuaba. ¿Qué era? Se oían como unos suaves estallidos, parecía que quebraban ramitas secas, que dejaban caer otras al suelo. Los sapos recomenzaron; el regente dio unas señales y en seguida vinieron los bajos y los tenores. Demoraron mucho; Quaresma pudo leer unas cinco páginas. Los batracios se detuvieron; el ruido continuaba. El mayor se levantó, tomó el candelabro y fue a la dependencia de la casa de donde partía el ruido, así como estaba, en camisa de dormir.

Abrió la puerta; no vio nada. Iba a buscar por los rincones, cuando sintió un aguijonazo en el empeine del pie. Casi gritó. Bajó la vela para ver mejor y dio con una *saúva*¹ agarrada con toda su furia a su delgada piel. Descubrió el origen de la bulla. Eran hormigas que por un agujero en el suelo le habían invadido la despensa, y cargaban sus reservas de maíz y *feijão*, cuyos recipientes habían sido dejados abiertos por descuido. El suelo estaba negro, y cargadas con sus granos, en pelotones cerrados, se sumergían en el suelo en busca de su ciudad subterránea.

Quiso ahuyentarlas. Mató a una, diez, veinte, cien; pero eran millares y el ejército aumentaba cada vez más. Vino una, lo mordió; después otra, y lo fueron mordiendo en las piernas, los pies, subiendo por su cuerpo. No pudo aguantar más, gritó, zapateó y dejó caer la vela.

Estaba en la oscuridad. Se debatía para encontrar la puerta; echó a correr huyendo de aquel ínfimo enemigo al que, tal vez, ni siquiera a la luz radiante del sol pudiera ver distintamente...

¹ *Saúva*: especie de hormiga muy depredadora y feroz.

IV

"PIDO ENERGIA, VOY PARA ALLI"

DOÑA ADELAIDE, la hermana de Quaresma, tenía unos cuatro años más que él. Era una hermosa anciana, con un cuerpo proporcionado, una tez que comenzaba a adquirir esa pátina de la gran vejez, una espesa cabellera ya enteramente amarillenta y una mirada tranquila, calma y dulce. Fría, sin imaginación, de inteligencia lúcida y positiva, en todo formaba un gran contraste con su hermano; sin embargo, nunca hubo entre ellos una separación profunda ni tampoco una compenetración perfecta. Ella no entendía ni procuraba entender la sustancia del hermano, y sobre éste en nada reaccionaba aquel ser metódico, ordenado y organizado, de ideas simples, medianas y claras.

Ella ya había alcanzado los cincuenta y él marchaba hacia allí; pero ambos tenían un aire saludable, pocos achaques, y prometían aún larga vida. La existencia calma, suave y organizada que ambos habían llevado hasta allí, había ayudado bastante a la buena salud de ambos. Quaresma no incubó sus manías hasta después de los cuarenta, y ella no había tenido ninguna.

Para doña Adelaide, la vida era cosa simple, era vivir, es decir, tener una casa, almuerzo y cena, vestimenta, todo modesto, mediano. No tenía ambiciones, pasiones, deseos. Joven, nunca había soñado con príncipes, bellezas, triunfos, ni siquiera un marido. Si no se casó, fue porque no sintió necesidad de eso; el sexo no le pesaba y de alma y de cuerpo siempre se sintió completa.

Su aspecto tranquilo y el sosiego de sus ojos verdes, de un brillo lunar de esmeralda, enmarcaban y realzaban en aquel interior familiar la agitación y la inquietud, el ímpetu de su hermano.

No se vaya a suponer que Quaresma anduviese trastornado como un loco. Felizmente, no. En apariencia, hasta se podría imaginar que nada con-

movía su alma; sin embargo, si se examinaban más lentamente sus hábitos, gestos y actitudes en seguida se veía que el sosiego y la placidez no habitaban en su pensamiento.

Había ocasiones en que se quedaba mirando durante minutos seguidos, allá a lo lejos, el horizonte, ensimismado; otras, eso cuando trabajaba en el campo, en que suspendía todos los movimientos, fijaba la mirada en el suelo, se quedaba así un instante, rozándose una mano con la otra, después daba un golpe, y continuaba el trabajo; y había momentos en que no reprimía una exclamación o una frase.

Anastácio, en tales instantes, miraba por debajo de los ojos al patrón. El ex esclavo no los sabía ya fijar, y no decía nada; Felizardo continuaba contando la fuga de la hija de Custódio con Manduca, el del almacén; y el trabajo marchaba.

Inútil es decir que la hermana no reparaba en eso, inclusive porque, a no ser en la cena y en las primeras horas del día, vivían separados. Quaresma en sus plantaciones, y ella supervisando el trabajo doméstico.

Las otras personas de sus relaciones tampoco podían notar las preocupaciones absorbentes del mayor, por el simple motivo de que estaban lejos.

Ricardo hacía seis meses que no lo visitaba, y de la ahijada y del compadre las últimas cartas que había recibido, databan de una semana, sin haber visto a aquélla hacía tanto tiempo como al trovador, y a aquél desde hacía casi un año, esto es, el tiempo que estaba en "El Sosiego".

Durante ese tiempo, Quaresma no cesó de interesarse por el aprovechamiento de sus tierras. Sus hábitos no habían cambiado y su actividad continuaba siempre la misma. Es verdad que había dejado de lado los instrumentos de meteorología.

El higrómetro, el barómetro y los otros compañeros, ya no eran consultados ni las observaciones registradas en un cuaderno. Le había ido mal con ellos. Fuese por inexperiencia e ignorancia de sus bases teóricas, fuese por lo que fuera, lo cierto es que todas las previsiones que Quaresma había basado en combinaciones de sus datos, salían erradas. Si esperaba buen tiempo, allá venía la lluvia; si esperaba lluvia, allá venía la sequía.

Así perdió muchas semillas y Felizardo sonreía de sus aparatos, con aquella gruesa y cavernosa sonrisa de troglodita:

— ¡Qué va, patrón! ¡Eso de la lluvia viene cuando Dios quiere!

El barómetro aneróide continuaba en su rincón, danzando siempre su puntero, sin ser percibido; el termómetro de máxima y mínima, legítimo Casella, yacía colgado en la veranda sin recibir ni una mirada amiga; el pluviómetro estaba en el gallinero y servía de bebedero a las aves; sólo el anemómetro continuaba girando, girando desde lo alto del mástil, ya sin hilo, como si protestara contra aquel desprecio por la ciencia que Quaresma representaba.

Así vivía Quaresma, sintiendo que la campaña que le habían iniciado, aunque dejara de ser pública, continuaba ocultamente. Había en su espíritu y en su carácter una voluntad de acabarla de una vez, pero ¿cómo? Si no lo acusaban, si no articulaban nada contra él, directamente. Era un combate con sombras, con apariencias, que sería ridículo aceptar.

Por lo demás, la situación general que lo cercaba, aquella miseria de la población campestre que nunca había sospechado, aquel abandono de tierras a la improductividad, encaminaban su alma de patriota meditativo a preocupaciones angustiosas.

El mayor veía con tristeza que no existían en aquella gente humilde sentimientos de solidaridad, de apoyo mutuo. No se asociaban para nada y vivían separados, aislados, en familias generalmente irregulares, sin sentir la necesidad de unión para el trabajo de la tierra. Sin embargo, bien cerca tenían el ejemplo de los portugueses que, unidos de a seis o más, conseguían en sociedad cultivar con el arado tierras de cierta importancia, obtener ganancias y vivir. Aun la vieja costumbre del *moitirão*¹ ya se había apagado.

¿Cómo remediar eso?

Quaresma se desesperaba...

La afirmación de falta de brazos le pareció una afirmación de mala fe o estúpida, y estúpido o de mala fe era el gobierno que los andaba importando por millares, sin preocuparse por los que ya existían. ¡Era como si en el campo en que mal pastaban media docena de cabezas de ganado, fuesen introducidas otras tres, para aumentar el abono!...

Por su caso, veía bien las dificultades, los óbices de toda suerte que había para hacer la tierra productiva y remunerativa. Un hecho vino a mostrarle con elocuencia uno de los aspectos de la cuestión. Venciendo los hierbajos, los malos tratos y el abandono de tantos años, los aguacateros de sus tierras habían conseguido fructificar, débilmente es verdad, pero de manera superior a las necesidades de su casa.

Su alegría fue grande. Por primera vez iba a pasarle por las manos dinero que le daba la tierra, siempre madre y siempre virgen. Trató de vender, pero ¿cómo? ¿A quién? En el lugar había uno u otro que los quería comprar por precios ínfimos. Con decisión fue a Río en busca de compradores. Anduvo de puerta en puerta. No querían, eran muchos. Le enseñaron que buscara a un tal señor Azevedo, en el Mercado, el rey de las frutas. Allá fue.

—¡Aguacates! ¡Caramba! Tengo muchos... ¡Están muy baratos!

—Sin embargo —dijo Quaresma—, aun hoy mismo pregunté en una confitería y me pidieron cinco *mil réis* por una docena.

—Al por menor, usted sabe... Es eso... En fin, si quiere mándelos...

Después tintineó la pesada cadena de oro, puso una de las manos en el chaleco y casi de espaldas dijo al mayor:

—Es preciso verlos... El tamaño influye...

Quaresma los mandó, y cuando vino el dinero, tuvo la orgullosa satisfacción de quien acaba de ganar una gran batalla inmortal. Acarició uno por uno a esos billetes arrugados, leyó bien el número y la imagen, ordenó todos uno junto a otro sobre una mesa y mucho tiempo pasó sin ánimo de cambiarlos.

Para evaluar la ganancia descontó el flete del ferrocarril y de carro, el costo de los cajones, el salario de los auxiliares, y después de ese cálculo que no era laborioso, tuvo la evidencia de que había ganado mil quinientos

¹ *Moitirão*: antiguo sistema de explotación rural.

réis, ni más ni menos. El señor Azevedo le había pagado por el ciento la cantidad con que se compra una docena.

Asimismo su orgullo no disminuyó y vio en aquel ridículo lucro objeto de mayor contento que si hubiera recibido un grueso sueldo.

Por lo tanto, fue con redoblada actividad que se puso al trabajo. Para ese año la ganancia sería mayor. Ahora tratábase de limpiar los frutales. Anastácio y Felizardo continuaban ocupados en las grandes plantaciones; contrató otro empleado para ayudarlo en el tratamiento de los viejos árboles frutales.

Fue, pues, con Mané Candeeiro que se puso a aserrar los troncos de los árboles, los gajos muertos y aquellos en que la hierba dañina prendía sus raíces. Era arduo y difícil el trabajo. A veces tenían que treparse para la extirpación del gajo alcanzado; los espinos rasgaban la ropa y herían las carnes; y en muchas ocasiones estuvieron en riesgo de caer al suelo la sierra y Quaresma o el compañero.

Mané Candeeiro hablaba poco, a no ser que se tratara de temas de caza; pero cantaba más que un pajarito. Mientras estaba aserrando cantaba trovas campesinas, ingenuas, donde con sorpresa el mayor veía que no entraban en ellas la fauna, la flora locales, las costumbres de las profesiones campesinas. Eran vaporosamente sensuales y muy tiernas, melosas; si por casualidad en alguna aparecía un pájaro local, el mayor escuchaba con más atención:

*Eu vou dar a despedida
como deu o bacurau,
uma perna no caminho
otra no galho de pau.**

Este *bacurau* que ahí entraba satisfacía particularmente las aspiraciones de Quaresma. La observación popular ya comenzaba a interesarse por el espectáculo ambiente, ya se emocionaba con él y por lo tanto nuestra raza echaba raíces en la gran tierra que habitaba. El la copió y la mandó al viejo poeta de São Cristóvão. Felizardo decía que Mané Candeeiro era un mentiroso, pues todas aquellas cacerías de *caietus*,¹ *jacus*,² onzas, eran patrañas; pero respetaban su talento poético, principalmente en el desafío: ¡el sujeto era bueno en eso!

Era de cutis claro y tenía unas facciones regulares, cesarianas, duras y fuertes, un tanto ablandadas por la sangre africana.

Quaresma trató de descubrir en él aquella odiosa catadura que Darwin encontró en los mestizos; pero, sinceramente, no la encontró.

Con auxilio de Mané Candeeiro, Quaresma consiguió terminar de limpiar los frutales de aquella quinta abandonada desde hacía casi diez años.

* "Yo voy a despedirme / como lo hizo el *bacurau*, / una pierna en el camino / otra en el gajo de palo."

¹ *Caietu*, o *caietu*: mamífero paquidermo del Brasil.

² *Jacú*: ave gallinácea del Brasil, de la que existen varias especies.

Cuando el trabajo estuvo listo, vio con tristeza aquellos viejos árboles amputados, mutilados, con hojas aquí y sin hojas allá... Parecían sufrir, y recordó las manos que los habían plantado hacía veinte o treinta años, esclavos quizá, poco agitados y sin esperanzas...

Pero no tardaron en reventar los botones y todo reverdeció, y el renacimiento de los árboles trajo el contento de las aves y del pajarero suelto. De mañana, volaban los *tiês* rojos, con su pío pobre, especie de ave tan inútil y tan bella de plumas que parece haber nacido para los sombreros de las damas; las *rôlas* pardas en bandada, picoteando el suelo carpido; con el correr del día, los *sanbaçus* cantaban en los gajos altos, lo mismo que los *papa-capins*, las nubes de *coleiros*; y por la tarde, todos ellos se reunían pianto, cantando, vocingleros, por los altos mangos, por los *cajueiros*,¹ por los aguacateros, entonando loas al trabajo tenaz y fecundo del viejo mayor Quaresma.

No duró mucho esa alegría. Un enemigo apareció inopinadamente, con la rapidez osadísima de un general consumado. Hasta allí se había mostrado tímido como si solamente mandara vigías.

Desde aquel ataque a las provisiones de Quaresma, en seguida ahuyentadas, las hormigas no habían reaparecido más; pero aquella mañana, cuando contempló su maizal, fue como si le quitaran el alma, y quedó sin acción, las lágrimas inundando sus ojos.

El maíz que ya había repuntado, muy verde, pequeñito, con una timidez de niño, había crecido cerca de medio palmo encima de la tierra; el mayor hasta había mandado buscar el sulfato de cobre para la solución con la que iba a lavar la papa inglesa que plantaría en los intervalos entre las plantas.

Todas las mañanas iba para allí y veía el maizal crecido con su penacho blanco y sus espigas color de vino, oscilando al viento; esa mañana no vio nada de eso. ¡Hasta los tiernos brotes habían sido cortados y llevados lejos! "Como si lo hubiera hecho una persona", dijo Felizardo; sin embargo, habían sido las *sauvas*, los terribles himenópteros, piratas ínfimos que le caían encima de su trabajo con una rapacidad turca... Era preciso combatirlos. Quaresma se puso en seguida en campaña, descubrió las aberturas principales del hormiguero y en cada una quemó el hormiguicida fatal. Pasaron los días; los enemigos parecían derrotados; pero cierta noche, yendo a la puerta para apreciar mejor la noche estrellada, Quaresma escuchó un extraño ruido, como si alguien aplastara las hojas muertas de los árboles... Un estallido... Y era cerca... Encendió un fósforo, y ¡qué vio, Dios mío! Casi todos los naranjos estaban negros de inmensas *sauvas*. Había de ellas por centenares, por los troncos y por las ramas superiores, y se agitaban, se movían, andaban como lo hace en sus transitadas y vigiladas calles la población de una gran ciudad; unas subían, otras bajaban; nada de atropellos, de confusión, de desorden. El trabajo parecía regulado a toques de corneta. Allá arriba unas cortaban las hojas por el pecíolo; allá abajo otras las serruchaban en pedazos y finalmente eran cargadas por terceras, levantándolas sobre la des-

¹ *Cajueiro*: árbol brasileño cuyo fruto es el cajú.

comunal cabeza en largas hileras por el camino limpio, abierto entre la hierba rastrera.

Hubo un instante de desánimo en el alma del mayor. No había contado con aquel obstáculo ni lo había supuesto tan fuerte. Ahora veía bien que era una sociedad inteligente, organizada, osada y tenaz con la que tenía que enfrentarse. Entonces le vino el recuerdo de aquella frase de Saint-Hilaire: "Si nosotros no expulsamos a las hormigas, ellas nos expulsarán a nosotros".

El mayor no recordaba con exactitud si ésas eran las palabras, pero ése era el sentido, y se admiró de que recién ahora se le ocurrieran.

Al día siguiente había recuperado el ánimo. Compró ingredientes, y helo ahí, junto a Mané Candeeiro abriendo picadas, haciendo esfuerzos de sagacidad para descubrir los reductos centrales, las "ollas" de los terribles insectos. Entonces era como si bombardearan; ¡el sulfato quemaba, estallaba en tiros seguidos, mortíferos, letales!

De ahí en adelante, fue una batalla sin tregua. Si aparecía una abertura, un "ojo", en seguida se le aplicaba el hormiguicida, pues de lo contrario ninguna plantación era posible, tanto más que aunque extinguidos los de sus tierras no tardarían los hormigueros de la vecindad, o los de las tierras comunes, en tender senderos hacia su terreno.

Era un suplicio, un castigo, una especie de vigilancia de dique holandés, y Quaresma percibió bien que sólo una autoridad central, un gobierno cualquiera, o un acuerdo entre los plantadores, podía llevar a cabo la extinción de ese flagelo, peor que el granizo, que la helada, que la sequía, siempre presente en invierno o en verano, otoño o primavera.

No obstante esa lucha diaria, el mayor no se desanimó y pudo recoger algunos productos de las plantaciones que había hecho. Si por las frutas su alegría fue grande, más expresiva y más profunda fue cuando vio partir a la estación, en sucesivas carretas, los zapallos, los apios, las batatas, los cestos cubiertos con bolsas cosidas. Las frutas, en parte, eran de otras manos; los árboles no habían sido plantados por él; pero aquello no, ¡eso venía de su sudor, de su iniciativa, de su trabajo!

Fue a ver aquellos cestos a la estación, con la ternura de un padre que ve partir a su hijo para la gloria y para la victoria. Recibió el dinero días después, lo contó, y estuvo deduciendo las ganancias.

No fue al campo ese día; el trabajo contable robó el tiempo del cultivador. Su atención, ya un tanto gastada, no le favorecía la tarea de las cifras, y sólo hacia el mediodía pudo decirle a la hermana:

—¿Sabes cuál fue la ganancia, Adelaide?

—No. ¿Menor que la de los aguacates?

—Un poco más.

—Entonces... ¿Cuanto?

—Dos mil quinientos setenta réis —respondió Quaresma, recalcando sílaba por sílaba.

—¿Qué?

—Éso. Solamente de flete pagué ciento cuarenta y dos mil quinientos.

Doña Adelaide mantuvo algunos minutos los ojos bajos, siguiendo con la costura que estaba haciendo; después, levantó la mirada:

—Hombre, Policarpo, lo mejor sería que dejaras eso... Has gastado mucho dinero... ¡Sólo con las hormigas!

—¡Caramba, Adelaide! ¿Piensas que quiero hacer fortuna? Hago esto para dar ejemplo, levantar la agricultura, aprovechar nuestras tierras tan feraces...

—Siempre eso... Siempre quieres ser la abeja-maestra... ¿Ya viste a los grandes hacer esos sacrificios?... ¡Mira si los hacen! Historias... Se meten en el negocio del café, que tiene todas las protecciones...

—Pero lo hago yo.

La hermana prestó más atención a la costura. Policarpo se levantó, fue a la ventana que daba al gallinero. Era un día hosco e irritante. Se acomodó el *pince-nez*, estuvo mirando y desde allí habló:

—¡Adelaide! ¿Aquello no es una gallina muerta?...

La anciana señora se irguió con la costura, fue hasta la ventana y verificó con la mirada:

—Sí... Y ya es la segunda que muere hoy.

Después de esta leve conversación, Quaresma volvió a su sala de estudios. Meditaba grandes reformas agrícolas. Había mandado a buscar catálogos e iba a examinarlos. Tenía ya en mente un arado doble, una podadora mecánica, una sembradora, un aparato para arrancar tocones, rejas, todo americano, de acero, lo que daría el rendimiento efectivo de veinte hombres. Hasta entonces, no había querido saber nada de esas innovaciones; las tierras más ricas del mundo no precisaban de esos procesos, que le parecían artificiales, para producir; sin embargo, ahora estaba dispuesto a emplearlos como experiencia. Sin embargo, su espíritu aún rehuía los abonos. Tierra dada vuelta, decía Felizardo, era tierra abonada; a Quaresma le parecía una profanación emplear nitratos, fosfatos o hasta abono común, en una tierra brasileña... ¡Una injuria!

Cuando se convenciera de que eran necesarios, le parecería que todo su sistema de ideas se iría por tierra y que los móviles de su vida desaparecerían. Así estaba, escogiendo arados y otros "Planets" "Bajacs" y "Brabants" de variadas formas, cuando su pequeño mandadero le anunció la visita del doctor Campos.

El edil entró con su jovialidad, su mansedumbre y su gran cuerpo. Era alto y gordo, un poco panzón, tenía los ojos castaños casi a flor del rostro, una frente mediana y recta; la nariz, mal hecha. Un tanto trigueño, cabellos ya escasos y grisáceos, era lo que por allí se llama un *caboclo*, aunque su bigote fuera crespo. No había nacido en Curuzu, era de Bahía o de Sergipe; habitaba, sin embargo, desde hacía más de veinte años el lugar, donde se había casado y prosperado, gracias a la dote de la mujer y a su actividad clínica. Con ésta, no gastaba gran energía mental: sabiendo de memoria una media docena de recetas, desde hacía mucho había conseguido encuadrar las molestias locales en su reducido formulario.

Presidente de la Cámara, era una de las personas más consideradas de

Curuzu, y Quaresma lo estimaba particularmente por su familiaridad, su afabilidad y simplicidad.

—¡Oh, viva mayor! ¿Cómo va esto, por aquí? ¿Mucha hormiga? Allá en casa ya no hay más.

Quaresma respondió con menos entusiasmo y jovialidad, pero contento con la alegría comunicativa del doctor, que continuaba hablando con desembarazo y naturalidad:

—¿Sabe lo que me trae por aquí, mayor? No lo sabe, ¿no? Necesito un pequeño obsequio suyo.

El mayor no se sorprendió; simpatizaba con el hombre y se abrió en ofrecimientos.

—Como usted sabe, mayor...

Ahora su voz era dulce, flexible, sutil; las palabras le caían de la boca dulcificada, se doblaban, coleaban:

—Como usted sabe, mayor, las elecciones deben realizarse por estos días. La victoria es "nuestra". Todas las mesas están con nosotros, excepto una... Ahí mismo, si usted quisiera...

—Pero, ¿cómo? Si yo no soy elector, no me meto, ni me quiero meter en política —preguntó Quaresma, ingenuamente.

—Exactamente por eso —dijo el doctor en voz alta; y en seguida, blandamente—; la sección funciona en su vecindad, es allí, en la escuela, si...

—¿Y de ahí?

—Tengo aquí una carta de Neves, dirigida a usted. Si el mayor quiere responder (es mejor, ya) que no hubo elección... ¿Quiere?

Quaresma miró al doctor con firmeza, se rascó un instante la barba y respondió claramente:

—Absolutamente no.

El doctor no se enojó. Puso más unción y dulzura en la voz, adujo argumentos: que era para el partido, el único que pugnaba por la elevación de la agricultura. Quaresma fue inflexible; dijo que no, que le eran absolutamente antipáticas tales disputas, que no tenía partido y que aunque lo tuviera no iría a afirmar una cosa que él no sabía si era verdad o mentira.

Campos no dio muestras de molestia, conversó un poco más sobre cosas banales y se despidió con aire amable, con la jovialidad más suya que le fue posible.

Eso pasó el miércoles, aquel día de luz hosca e irritante. A la tarde hubo truenos, llovió mucho. El tiempo sólo se aquietó el jueves, día en que el mayor fue sorprendido por la visita de un sujeto con un uniforme viejo y lamentable, portador de un papel oficial para él, propietario de "El Sosiego", conforme dijo el hombre uniformado.

En virtud de las reglamentaciones y leyes municipales, rezaba el papel, el señor Policarpo Quaresma, propietario de la quinta "El Sosiego", era intimado, bajo las penas de las mismas reglamentaciones y leyes, a cultivar y carpir los terrenos fronterizos de la quinta que confinaban con las vías públicas.

El mayor se quedó un momento pensando. Juzgaba imposible tal intimación. ¿Sería verdad? Una broma... Leyó de nuevo el papel, vio la firma

del doctor Campos. Era cierto. Pero qué absurda intimación ésa de carpir y limpiar caminos en una extensión de mil doscientos metros, pues su quinta daba por el frente a un camino y por uno de los lados acompañaba otro en la extensión de ochocientos metros. ¿Era eso posible?

¡La antigua corvea!... Un absurdo. Antes, que le confiscaran la quinta. Consultando a la hermana, ella le aconsejó que hablara con el doctor Campos. Entonces le contó Quaresma la conversación que había tenido con él días antes.

—Pero eres tonto, Policarpo. Fue él mismo...

La luz se hizo entonces en su pensamiento... Aquella red de leyes, de reglamentaciones, de códigos y de preceptos, en las manos de esos jefecitos dominantes, de tales caciques, se transformaban en potro, en poleas, en instrumentos de suplicio para torturar a los enemigos, oprimir a las poblaciones, cortarlas las iniciativas y la independencia, abatiéndolas y desmoralizándolas.

Por sus ojos pasaron, en un instante, esos rostros amarillentos y chupados que se apoyaban en los portales de los almacenes perezosamente; vio también esas criaturas mal vestidas y sucias, de ojos bajos, pidiendo limosna disimuladamente por los caminos; vio esas tierras abandonadas, improductivas, entregadas a las hierbas e insectos dañinos; vio, aún, la desesperación de Felizardo, hombre bueno, activo y trabajador, sin ánimo para plantar un grano de maíz en casa y bebiéndose todo el dinero que le pasaba por las manos. Todo ese cuadro le pasó por los ojos con la rapidez y el brillo siniestro del relámpago; y sólo se apagó del todo cuando tuvo que leer la carta que su ahijada le había enviado.

Venía viva y alegre. Contaba pequeñas historias de su vida, el viaje próximo del padre a Europa, la desesperación del marido el día en que salió sin anillo, pedía noticias del padrino, de doña Adelaide, y sin faltarle el respeto, recomendaba a la hermana de Quaresma que tuviese mucho cuidado con el manto de armiño de la "Duquesa".

La "Duquesa" era una gran pata blanca, de plumas albas y suaves a la mirada, que por la lentitud y majestad al andar, con el pescuezo alto y el paso firme, mereciera de Olga ese sobrenombre de nobleza. El animal había muerto hacía algunos días. ¡Y qué muerte! Una peste que le llevó dos docenas de patos, también se había llevado a la "Duquesa". Era una especie de parálisis que le tomaba las piernas, después el resto del cuerpo. Su agonía duró tres días. Acostaba sobre el pecho, con el pico pegado al suelo, atacada por las hormigas, el pobre animal sólo daba señales de vida por una lenta oscilación del pescuezo en torno al pico, espantando a las moscas que la importunaban en su última hora.

Era de ver cómo aquella vida tan extraña a la nuestra, en aquel instante penetraba en nosotros y sentíamos el sufrimiento, la agonía y el dolor.

El gallinero quedó como una aldea devastada; la peste atacó gallinas, pavos, patos; bajo una forma u otra, fue derribando, matando, hasta reducir a su población a menos de la mitad.

Y no había quien supiese curar. En una tierra cuyo gobierno tiene tantas

escuelas que producen tantos sabios, no había un solo hombre que pudiera reducir con sus drogas o recetas aquel considerable perjuicio.

Esos contratiempos, esas contrariedades abatieron mucho al cultivador entusiasta de los primeros meses; sin embargo, no había pasado por la mente de Quaresma abandonar sus propósitos. Adquirió compendios de veterinaria y hasta ya trataba de comprar las máquinas agrícolas descritas en los catálogos.

Una tarde, sin embargo, estaba esperando la yunta de bueyes encomendada para un trabajo de arado, cuando apareció en la puerta un soldado de policía con un papel oficial. Recordó la intimación municipal. Estaba dispuesto a resistir, y no se molestó mucho.

Recibió el papel y leyó. Ya no venía de la municipalidad sino de la dirección de rentas, cuyo escribano, Antonino Dutra, conforme estaba en el papel, intimaba al señor Policarpo Quaresma a pagar quinientos *mil réis* de multa, por haber enviado productos de su cultivo sin pagar los respectivos impuestos.

Vio claramente lo que había en eso de venganza mezquina; pero su pensamiento voló en seguida hacia las cosas generales, llevado por su profundo patriotismo.

¿A cuarenta kilómetros de Río se pagaban impuestos para mandar al mercado papas? Después de Turgot, de la Revolución, ¿aún había aduanas interiores?

¿Cómo era posible hacer prosperar la agricultura con tantas barreras e impuestos? Si al monopolio de los acaparadores de Río se juntaban los apremios del Estado, ¿cómo era posible sacar de la tierra la remuneración consoladora?

Y el cuadro que ya le había pasado por los ojos cuando recibiera la intimación de la municipalidad, volvió de nuevo, más tétrico, más sombrío, más lúgubre; y entrevió la época en que aquella gente tendría que comer sapos, cobras, animales muertos, como en Francia los campesinos, en tiempos de los grandes reyes.

Quaresma recordó su *tupi*, su folklore, las *modinhas*, sus intentos agrícolas, y todo eso le pareció insignificante, pueril, infantil.

Eran necesarios trabajos mayores; más profundos; se tornaba necesario rehacer la administración. Imaginaba un gobierno fuerte, respetado, inteligente, removiendo todos esos obstáculos, esas trampas, Sully y Enrique IV entregando sabias leyes agrarias, elevando al agricultor... ¡Entonces sí! Surgiría el granero y la patria sería feliz.

Felizardo le entregó el diario que todas las mañanas mandaba comprar en la estación, y le dijo:

—Señor patrón, mañana no vengo a trabajar.

—Por cierto; es día feriado... La Independencia.

—No es por eso.

—¿Por qué, entonces?

—Hay barullo en la Corte y dicen que van a reclutar. Me voy para el bosque... ¡Nada!

—¿Qué barullo?

—Está en los diarios, sí señor.

Abrió el diario y en seguida encontró la noticia de que los barcos de la escuadra se habían insubordinado e intimado al presidente a abandonar el poder. Recordó sus reflexiones de momentos antes; un gobierno fuerte, hasta la tiranía... Medidas agrarias... Sully y Enrique IV...

Sus ojos brillaban de esperanza. Despidió al empleado. Fue al interior de la casa, nada dijo a la hermana, tomó el sombrero y se dirigió a la estación.

Llegó al telégrafo y escribió:

"Mariscal Floriano, Río. Pido energía. Voy para allí. Quaresma."

V

EL TROVADOR

—CIERTAMENTE, Albernaz, no es posible continuar así... Entonces, se mete a un sujeto en un barco, se apuntan los cañones a tierra y se dice: "Sal de ahí, don presidente", ¿y el hombre se va?... ¡No! Es necesario dar un ejemplo...

—Yo pienso de la misma manera, Caldas. La República necesita quedar fortalecida, consolidada... Esta tierra precisa un gobierno que se haga respetar... ¡Es increíble! Un país como éste, tan rico, quizá el más rico del mundo, y sin embargo pobre, debe a todo el mundo... ¿Por qué? Por causa de los gobiernos que hemos tenido, carentes de prestigio, de fuerza... Es por eso.

Iban caminando a la sombra de los grandes y majestuosos árboles del parque abandonado; ambos uniformados y con espada. Albernaz, después de un corto intervalo, continuó.

—Usted ya vio al emperador, a Pedro II... No había diariucho, pasquín suelto por ahí, que no lo llamase "banana" y otras cosas... ¡Aparecía en el carnaval!... ¡Una falta de respeto sin nombre! ¿Qué sucedió? Se fue como un intruso.

—Y era un buen hombre —observó el almirante—. Amaba a su país... Deodoro nunca supo lo que hizo.

Continuaban caminando. El almirante se rascó uno de los favoritos y Albernaz miró un instante hacia todos lados, encendió el cigarro de paja y retornó la conversación:

—Murió arrepentido... ¡Ni quiso ir a la sepultura con el uniforme!... Aquí entre nosotros, donde nadie nos escucha: fue un ingrato; el emperador había hecho tanto por toda su familia, ¿no le parece?

—¡No hay ninguna duda!... Albernaz, ¿quiere saber una cosa? Estábamos mejor en aquella época, dígan lo que dijeren...

—¿Quién dice lo contrario? Había más moralidad... ¿Dónde hay un Caxias? ¿Un Rio Branco?

—Y hasta había más justicia —dijo con firmeza el almirante—. Lo que yo sufrí no fue por causa del "viejo", sino por la canalla... Además, todo barato...

—Yo no sé —dijo Albernaz con particular acento— cómo hay quien se case todavía... ¡Anda todo para la hora de la muerte!

Miraron por un instante los viejos árboles de la Quinta Imperial, por donde venían cruzando. Nunca los habían contemplado; y ahora les parecía que nunca habían posado los ojos sobre árboles tan soberbios, tan bellos, tan tranquilos y seguros de sí, como aquellos que derramaban bajo sus grandes ramas una vasta sombra, deliciosa y suave. Parecía que medraban sintiéndose en tierra propia de la cual nunca saldrían desalojados a machetazos para la edificación de rancheríos; y ese sentimiento les había dado mucha fuerza para vegetar y una amplia voluntad de expandirse. El suelo sobre el cual crecían, era de ellos y agradecían a la tierra extendiendo mucho sus ramas, cerrando y tejiendo el follaje para dar a la buena madre frescura y protección contra la inclemencia del sol.

Los mangos eran los más gratos; las largas ramas llenas de hojas, casi besaban el suelo. Las *jaqueiras* se desperezaban; los bambúes se inclinaban de un lado al otro de la tierra y la cubrían con una ojiva verde...

El viejo edificio imperial se erguía sobre una pequeña colina. Ellos veían su fondo, aquella parte de construcción más antigua, "estilo joanina", con la torre del reloj un poco alejada y separada del cuerpo del edificio.

No era bello el palacio, no tenía ningún rasgo de belleza, era hasta pobre y monótono. Las ventanas estrechas de aquella vieja fachada, los pisos de pequeña altura impresionaban mal; todo él, sin embargo, tenía una tal seguridad en sí, un aire de confianza poco común en nuestras viviendas, una cierta dignidad, algo de quien se siente vivir, no para un instante, sino para años, para siglos... Las palmeras lo cercaban, erectas, firmes, con sus grandes penachos verdes, muy altos, alargados hacia el cielo.

Eran como la guardia de la antigua morada imperial, guardia orgullosa de su menester y función.

Albernaz interrumpió el silencio:

—¿En qué irá a acabar todo esto, Caldas?

—No lo sé.

—El "hombre" debe estar entrampado... Ya tenía a Rio Grande, ahora Custódio... ¡Hum!

—El poder es el poder, Albernaz.

Venían caminando en dirección a la estación de São Cristóvão. Cruzaron el viejo parque imperial transversalmente desde el portón de la Cancela hasta la línea del ferrocarril. Era de mañana, y el día estaba límpido y fresco.

Caminaban con pequeños pasos seguros, pero sin prisa. Poco antes de salir de la quinta tropezaron con un soldado durmiendo en un matorral. Albernaz tuvo ganas de despertarlo: "¡Camarada! ¡Camarada!". El soldado se levantó inquieto, y dando con esos dos oficiales superiores se arregló

rápidamente, hizo la venia que les era debida, y se quedó con la mano en la gorra, un instante en posición de firme, pero en seguida se tambaleó.

—Baje la mano —dijo el general—. ¿Qué hace usted aquí?

Albernaz habló en tono ríspido y de orden. El soldado, hablando con miedo, explicó que había estado de ronda en el litoral toda la noche. Con esfuerzo se había recogido a los cuarteles; había obtenido permiso para ir a su casa, pero el sueño había sido mucho y estaba descansando allí un poco.

—¿Y cómo van las cosas? —preguntó el general.

—No sé, no señor.

—¿Los "hombres" desisten, sí o no?

El general estuvo examinando un instante al soldado. Era blanco y tenía los cabellos rubios, pero de un rubio sucio y degradado; las facciones eran feas; pómulos salientes, frente ósea, todo él anguloso y desajustado.

—¿De dónde es usted? —le preguntó aún Albernaz.

—De Piaví, sí señor.

—¿De la capital?

—Del *sertão*, de Paranaguá, sí señor.

Hasta entonces el almirante no había interrogado al soldado que continuaba amedrentado, respondiendo a los tropezones. Caldas, para calmarlo, resolvió hablarle con dulzura.

—Usted no sabe, camarada, ¿cuáles son los barcos que tienen "ellos"?

—El "Aquidabã"... La "Luci".

—La "Luci" no es un navío.

—Es verdad, sí señor. El "Aquidabã"... Uno lleno de bandas de ellos, sí señor.

El general intervino entonces. Habló blanda, casi paternalmente, cambiando el tratamiento hacia el tuteo, que parece ser más suave e íntimo cuando se habla con los inferiores.

—Bien, descansa, hijo. Es mejor que vayas para tu casa... Pueden robarte el sable y estás en "inacción".

Los dos generales continuaron su camino y al poco tiempo estaban en la plataforma de la estación. La pequeña estación tenía un razonable movimiento. Un gran número de oficiales, activos, jubilados, honorarios, vivía en las cercanías y se los llamaba a todos a presentarse a las autoridades competentes. Albernaz y Caldas cruzaron la plataforma en medio de venias. El general era más conocido, en virtud de su empleo; el almirante, no. Cuando pasaban oían preguntar: "¿Quién es ese almirante?". Caldas se ponía contento y se enorgullecía un poco de su puesto y de su incógnito.

Había una única mujer en la estación, una muchacha. Albernaz la miró y recordó por un instante a su hija Ismênia... ¡Pobrecita!... ¿Sanaría?

¿Esas manías? ¿Adónde iría a parar? Las lágrimas acudieron, pero él las retuvo con fuerza.

Ya la había llevado a una media docena de médicos y ninguno conseguía parar esa fuga del juicio que parecía huir de a poco del cerebro de la joven.

El ruido de un expreso, haciendo entrecrochar los hierros con estrépito, pitando con furia y dejando un humo pesado por los aires que rompía, alejó

su pensamiento de la hija. Pasó el monstruo, repleto de soldados de uniforme y los rieles, después de haber pasado, aún se estremecían.

Apareció Bustamante; vivía en los alrededores y venía a tomar el tren para presentarse. Traía su viejo uniforme del Paraguay, cortado según los moldes de los guerreros de Crimea. El birrete era un tronco de cono que avanzaba hacia la frente; y con aquella banda violácea y la casaca corta, parecía haber salido, huido, saltado de una tela de Vítor Meireles.

—¿Entonces por aquí?... ¡Qué es esto! —preguntó el honorario.

—Vinimos por la quinta —dijo el almirante.

—Nada, mis amigos, esos tranvías andan muy cerca del mar... No me importa morir, pero quiero morir combatiendo; eso de morir por ahí, tontamente, sin saber cómo, no va conmigo.

El general hablaba en voz un poco alta y los jóvenes oficiales que estaban próximos, lo miraron con mal disimulada censura. Albernaz se dio cuenta y agregó inmediatamente:

—Conozco bien esos asuntos de balas... Ya vi mucho fuego... Usted sabe Bustamante que, en Curuzu...

—La cosa fue terrible —agregó Bustamante.

El tren atracaba en la estación. Venía llegando manso, vagaroso; la locomotora, muy negra, bufando, sudando gruesamente, con su gran linterna en la frente, un ojo de cíclope, avanzaba como una aparición sobrenatural. Fue llegando; el convoy estremeció todo y finalmente se detuvo.

Estaba repleto, muchos uniformes de oficiales; calculando por ello Río debía tener una guarnición de cien mil hombres. Los militares hablaban alegres y los civiles venían callados y abatidos, hasta diríase asustados. Si hablaban, era cuchicheando, mirando con precaución hacia los bancos de atrás.

La ciudad estaba infestada de policías secretos, "familiares" del Santo Oficio Republicano, y las delaciones eran monedas con las que se obtenían puestos y recompensas.

Bastaba la menor crítica para perder el empleo, la libertad, ¿quién sabe? Quizá la vida. Aún estábamos en el comienzo de la revuelta, pero el régimen ya había publicado su prólogo y todos estaban avisados. El jefe de policía había organizado la lista de los sospechosos. No había distinción de posición ni talento. Merecían las mismas persecuciones del gobierno un pobre ordenanza y un influyente senador; un profesor y un simple empleado de oficina. Además, surgían las venganzas mezquinas, el desquite por pequeñas diferencias... Todos mandaban; la autoridad estaba en todas las manos.

En nombre del Mariscal Floriano cualquier oficial o ciudadano sin función pública alguna prendía, y ¡hay de quien cayera en la prisión!, allí quedaba olvidado, sufriendo angustiosos suplicios de una imaginación de dominico. Los funcionarios competían en servilismo, en obsecuencia... Era un terror sin brillo ni coraje, sangriento, a escondidas, sin grandeza, sin disculpa, sin razón y sin responsabilidades... Hubo ejecuciones; pero no hubo nunca un Fouquier-Tinville.

Los militares estaban contentos, especialmente los pequeños, los alféreces, los tenientes y los capitanes. Para la mayoría la satisfacción venía de la convicción de que iban a extender su autoridad sobre el pelotón y la com-

pañía, a todo ese rebaño de civiles; pero, en otros muchos había sentimientos más puros, desinterés y sinceridad. Eran los adeptos de ese nefasto e hipócrita positivismo, una pedantería tiránica, limitada y estrecha, que justificaba todas las violencias, todos los asesinatos, todas las ferocidades en nombre de la manutención del orden, condición necesaria, eso decía, para el progreso y también para el advenimiento del régimen normal, la religión de la humanidad, la adoración del gran fetiche, con gangosas músicas de cornetines y versos detestables, ¡el paraíso, en fin, con inscripciones en escritura fonética y elegidos calzados con zapatos de suela de goma!...

Los positivistas discutían y citaban teoremas de mecánica para justificar sus ideas de gobierno, en todo semejantes a los khanatos y emiratos orientales.

La matemática del positivismo fue siempre un puro palabrerío que, en aquellos tiempos amedrentaba a todos. Hasta había quien estaba convencido de que la matemática había sido hecha y creada para el positivismo, como si la Biblia hubiese sido creada únicamente para la Iglesia Católica y no también para la Anglicana. Su prestigio era, por lo tanto, enorme.

El tren corrió, se detuvo aún en una estación y fue a dar a la plaza de la República. El almirante, cosido a las paredes, siguió hacia el Arsenal de Marina; Albernaz y Bustamante entraron al Cuartel General. Penetraron en el gran caserón, en medio del retintinear de las espadas, de los toques de clarín; el gran patio estaba lleno de soldados, banderas, cañones, montones de armas amontonadas, bayonetas reluciendo al sol oblicuo...

En el edificio, en las proximidades del gabinete del ministro, había un vaivén de uniformes, dorados, géneros multicolores, uniformes de varias corporaciones y milicias, en medio de los cuales los trajes oscuros de los civiles importunaban como moscas. Se mezclaban oficiales de la guardia nacional, de la policía, de la armada, del ejército, de bomberos y de batallones patrióticos que comenzaban a surgir.

Se presentaron al ayudante general y al Ministro de Guerra a un mismo tiempo, y después de haberlo hecho, se quedaron conversando en los corredores, con bastante placer, pues habían encontrado al teniente Fontes y a ambos les gustaba escucharlo.

Al general, porque ya era novio de su hija Lalá, y a Bustamante porque aprendía con él algo de nomenclatura de los armamentos modernos.

Fontes estaba indignado, todo él era horror, maldición contra los insurrectos, y proponía los peores castigos.

—Ya verán el resultado... ¡Piratas! ¡Bandidos! Yo, en el caso del Mariscal, si los agarraba... ¡ay de ellos!

El teniente no era feroz ni malo, por el contrario, era bueno y generoso, pero era positivista y tenía de su República una idea religiosa y trascendente. Hacía reposar en ella toda la felicidad humana y no admitía que la quisiesen de otra forma que no fuera la que imaginaba buena. Fuera de ahí no había buena fe, sinceridad; era herético, interesado, y como un dominico bajo su gorro frigio, furioso por no poder quemarlos en autos de fe, congestionado, veía pasar ante sus ojos una enorme serie de reos confesos, relapsos, contumaces, falsos, simulados, fictos y mezclados, sin sotana, sueltos por ahí...

Albernaz no tenía tanta furia contra los adversarios. En el fondo del alma, hasta los quería, tenía amigos allí, y esas divergencias nada significaban para su edad y experiencia.

Sin embargo, depositaba una cierta esperanza en la acción del mariscal. Estaba en apuros financieros, su retiro y la gratificación como organizador del archivo del Largo do Moura no le bastaban, por lo que esperaba obtener otra comisión que le permitiera adquirir más holgadamente el ajuar de Lalá.

El almirante también tenía gran confianza en los talentos guerreros y de estadista de Floriano. Su causa no andaba muy bien. La había perdido en primera instancia, estaba gastando mucho dinero... El gobierno necesitaba oficiales de Marina, casi todos estaban en la rebelión; quizá le dieran una escuadra para comandar... Es verdad que... Pero, ¡qué diablos! Si fuese un barco, entonces sí: pero una escuadra no era cosa más difícil: bastaba coraje para combatir.

Bustamante creía fuertemente en la capacidad del general Peixoto, tanto así que para apoyarlo y defender su gobierno, imaginaba organizar un batallón patriótico, cuyo nombre ya tenía —"Cruz del Sur"— y cuyo comandante naturalmente sería con todas las ventajas del puesto de coronel.

Genelício, cuya actitud nada tenía de guerrera, esperaba mucho de la energía y de la decisión del gobierno de Floriano; esperaba ser subdirector y un gobierno serio, honesto y enérgico, no podía hacer otra cosa, siempre que quisiera poner orden en su sección.

Esas secretas esperanzas eran más generales de lo que se puede suponer. Vivimos del gobierno y la revuelta representaba una confusión en los empleos, en los honores y en las posiciones que el Estado dispensa. Los sospechosos dejarían vacantes y las devociones suplirían los títulos y habilitaciones para ocuparlas; además de eso, el gobierno, que necesitaba de simpatías y hombres, tenía que nombrar, esparcir, prodigar, inventar, crear y distribuir empleos, sueldos, ascensos y gratificaciones.

El propio doctor Armando Borges, el marido de Olga, sabio sereno y devoto cuando estudiante, ponía en la rebelión la realización de risueños anhelos.

Médico y rico por la fortuna de la mujer, no estaba satisfecho. La ambición de dinero y el deseo de nombradía lo espoleaban. Ya era médico en el Hospital Sirio, a donde iba tres veces por semana y, en media hora, veía a treinta o más enfermos. Llegaba, el enfermo lo informaba, el doctor iba de cama en cama preguntando: "¿Cómo está?". "Mejor, doctor", respondía el sirio con voz gutural. En la siguiente indagaba: "¿Ya está mejor?". Y así pasaba la visita; al llegar a su gabinete recetaba: "Enfermo núm. 1, repita la receta; enfermo 5... ¿quién es?". "Es aquel barbudo." "¡Ah!" Y recetaba.

Pero ser médico de un hospital particular no da fama a nadie; lo indispensable es ser del gobierno, si no, no se pasaba de ser un simple práctico. Quería tener un cargo oficial, médico, directo, o profesor de la facultad.

Y eso no era difícil, si conseguía buenas recomendaciones, pues ya tenía cierto nombre gracias a su actividad y fertilidad de recursos.

De cuando en cuando publicaba un folleto: *El cobreiro*,¹ *Etiología, Profilaxis y Tratamiento*, o *Contribución al Estudio de la Sarna en el Brasil*; y mandaba el folleto, cuarenta y sesenta páginas, a los diarios que se ocupaban de él dos o tres veces por año: "el activo doctor Armando Borges, el ilustre clínico, el hábil médico de nuestros hospitales", etc.

Obtenía eso gracias a la precaución que había tomado cuando estudiante, de relacionarse con la gente de prensa.

No contento con eso escribía artículos, largas compilaciones en las que no había nada propio, pero ricos en citas en francés, inglés y alemán.

El puesto de catedrático era el que más le tentaba; el concurso, sin embargo, le metía miedo. Tenía elementos, estaba bien relacionado y concepuado en la congregación, pero eso de la reprobación lo aterrorizaba.

No había día en que no comprara libros, en francés, en inglés e italiano; hasta había tomado un profesor de alemán, para entrar en la ciencia germánica; pero le faltaba energía para el estudio prolongado y su felicidad personal había hecho evaporar la pequeña que tuvo cuando estudiante.

La sala del frente del alto sótano había sido transformada en biblioteca. Las paredes estaban forradas de estantes que gemían bajo el peso de los grandes tratados. Por la noche, abría las ventanas de persianas, encendía todos los picos de gas y se sentaba a la mesa, todo de blanco, con un libro abierto bajo los ojos.

El sueño no tardaba en llegar al final de la quinta página... ¡Era el infierno! Le dio por buscar los libros de su mujer. Eran novelas francesas, Goncourt, Anatole France, Daudet, Maupassant, que lo hacían dormir de la misma manera que los tratados. El no comprendía la grandeza de esos análisis, de esas descripciones, su interés y valor, revelando a todos, a la sociedad, a la vida, los sentimientos, los dolores de esos personajes, ¡un mundo! Su pedantería, su falta de ciencia y la pobreza de su instrucción general le hacían ver en todo aquello, juego, pasatiempos, habladurías, tanto más cuanto que se dormía con la lectura de tales libros.

Sin embargo, necesitaba ilusionarse, a sí mismo y a su mujer. Por lo demás, desde la calle lo veían, ¿y si lo descubrieran durmiendo sobre los libros?... Trató de encargar algunas novelas de Paul de Kock en encuadernaciones con títulos cambiados y alejó el sueño.

Su clínica, mientras tanto, prosperaba. En sociedad con el tutor, llegó a ganar unos seis *contos*, tratando la fiebre de una huérfana rica.

Hacía mucho que la mujer había entrado en su simulación de inteligencia, pero aquella maniobra indecorosa, la indignó. ¿Qué necesidad tenía él de eso? ¿No era ya rico? ¿No era joven? ¿No tenía el privilegio de un título universitario? Ese acto le pareció a la joven más vil, más bajo, que la usura de un judío, que el alquiler de una pena...

No fue desprecio, repugnancia, lo que ella sintió por su marido; fue un sentimiento más calmo, menos activo; se desinteresó de él, se distanció de su persona. Sintió que se habían cortado todos los lazos de afecto, de simpatía, que prendían a ambos, todo lazo moral.

¹ *Cobreiro*: dermatosis, erupción cutánea atribuida al contacto con alguna ropa por la que se hubiera deslizado una cobra.

Aún de novia, había verificado que eso del amor al estudio, del interés por la ciencia, las ambiciones de descubrimientos, era superficial en él, estaba a flor de piel; pero lo disculpó. Muchas veces nos engañamos sobre nuestras propias fuerzas y capacidades; soñamos ser Shakespeare y salimos *Mal de las Viñas*. Era perdonable, pero ¿charlatán? ¡Era demasiado!

Tuvo un mal pensamiento, pero ¿de qué valdría esa casi indignidad?... Todos los hombres debían ser iguales; era inútil cambiar de éste para aquél...

Cuando llegó a esta conclusión, sintió un gran alivio, y su fisonomía se iluminó de nuevo como si ya estuviese pasada del todo la nube que empañaba el sol de sus ojos.

En aquella carrera atropellada hacia el nombre fácil, él no reparó en las modificaciones producidas en su mujer. Ella disimulaba sus sentimientos, más por dignidad y delicadeza que por algún otro motivo; y a él le faltaban la sagacidad y la fineza necesarias para descubrirlos bajo su escondrijo.

Continuaba viviendo como si nada pasara; pero ¡qué lejos estaban uno del otro! ...

La revuelta los encontró así; y el doctor desde hacía tres días, los transcurridos desde su estallido, meditaba sobre su ascenso social y monetario.

El suegro había suspendido el viaje a Europa, y esa mañana, después del almuerzo, conforme a su hábito, leía recostado en una silla de viaje los diarios del día. El yerno se vestía, y la hija se ocupaba de su correspondencia, escribiendo a la cabecera de la mesa del comedor. Ella tenía un gabinete muy lujoso, con libros, escritorio, estantes, pero por la mañana le gustaba más escribir allí, junto a su padre. La sala le parecía más clara, la vista hacia la montaña, fea y abrumadora, le daba más seriedad al pensamiento, así como la vastedad de la sala más libertad para escribir.

Ella escribía y el padre leía; en un momento dado él dijo:

—¿Sabes quién viene, hija?

—No, ¿quién?

—Tu padrino. Telegrafió a Floriano diciéndole que venía... Está aquí la noticia, en *O País*.

La muchacha adivinó en seguida el motivo, la manera de actuar y reaccionar, el hecho sobre las ideas y sentimientos de Quaresma. Quiso desaprobado, censurar; sin embargo, sintió eso tan coherente con él mismo, tan de acuerdo con la sustancia de la vida que él había fabricado, que se limitó a sonreír, complaciente:

—Este padrino...

—Está loco —dijo Coleoni—. *Per la madonna!* Un hombre que está quieto, sosegado, venir a meterse en esta barahúnda, este infierno...

El doctor volvía, ya enteramente vestido, con la levita fúnebre y la galera reluciente en la mano. Venía radiante, y su rostro redondo relucía, excepto donde el gran bigote ponía sombras. Alcanzó a escuchar las últimas palabras del suegro, pronunciadas con su portugués duro:

—¿Qué pasa? —preguntó.

Coleoni explicó y repitió los comentarios ya hechos:

—No hay nada de eso —dijo el doctor—. Es el deber de todo patriota...

¿Qué tiene que ver la edad? Cuarenta y pocos años no es ser viejo... Aún puede batirse por la República...

—Pero no tiene interés en eso —objetó el anciano.

—¿Y solamente los que tienen intereses serán los que deban batirse por la República? —interrogó el doctor.

La joven, que acababa de leer la carta que había escrito, sin levantar la cabeza dijo:

—Seguramente.

—Y ahora vienes tú con tus teorías, hijita. El patriotismo no está en la barriga...

Y sonrió con una falsa sonrisa a la que el brillo muerto de sus dientes postizos falsificaba todavía más.

—¿Pero ustedes hablan solamente de patriotismo? ¿Y los otros? ¿Es monopolio de ustedes el patriotismo? —dijo Olga.

—Seguramente. Si ellos fuesen patriotas no estarían desparramando balas hacia la ciudad, para entorpecer y desmoralizar la acción de la autoridad constituida.

—¿Deberían continuar, entonces, presenciando los encarcelamientos, las deportaciones, los fusilamientos, toda la serie de violencias que se vienen cometiendo aquí y en el Sur?

—Tú, en el fondo, eres una revoltosa —dijo el doctor, cerrando la discusión.

Ella no dejaba de serlo. La simpatía de los desinteresados, de la población entera, estaba con los insurgentes. No sólo porque eso sucede siempre en todas partes, sino que particularmente en el Brasil se debía a diversos factores por los que así ha de ser normalmente.

Los gobiernos, con sus inevitables procesos de violencia e hipocresías, quedaban separados de la simpatía de los que creían en ellos; además, olvidados de su vital importancia e inutilidad, llegan a prometer lo que no pueden hacer, y de esta forma crean desesperados, que piden siempre cambios y más cambios.

No era de admirar, pues, que la joven tendiera hacia los rebeldes; y Coleoni, extranjero, que conocía gracias a su vida a nuestras autoridades, callaba sus simpatías en un mutismo prudente.

—No vas a comprometerme, ¿eh Olga?

Ella se había levantado para acompañar al marido. Se detuvo un poco, fijó sobre él una gran mirada luminosa, y con los finos labios un poco fruncidos dijo:

—Tú sabes bien que yo no te prometo.

El doctor descendió la escalera de la veranda, cruzó el jardín y desde el portón dijo adiós a la mujer, que lo acompañó hasta la salida, apoyada en el balcón, conforme al ritual de los bien o mal casados.

Por esa época Coração dos Outros soñaba, desligado de las contingencias terrenas.

Ricardo aún vivía en su casa de pensión de los suburbios, cuya vista iba desde Todos os Santos hasta la Piedade, abarcando una gran área edificada, un panorama de casas y árboles.

Ya no se hablaba más de su rival y su aflicción se había calmado. Por esos días su triunfo desfilaba sin oposición. Toda la ciudad lo tenía en consideración y él casi se juzgaba al término de su carrera. Le faltaba el asentimiento del barrio de Botafogo, pero estaba seguro de obtenerlo.

Ya había publicado otro volumen de canciones; y ahora pensaba publicar otro más.

Hacía días que vivía en la casa, saliendo poco, organizando su libro. Se lo pasaba confinado en su cuarto, almorzando café que él mismo se hacía, y pan, yendo a cenar a una tasca próxima a la estación.

Había notado que siempre que él llegaba, los carreros y trabajadores que comían en las sucias mesas, bajaban la voz y lo miraban con desconfianza; pero no le había dado importancia al hecho...

A pesar de ser popular en el lugar, no había encontrado ninguna persona conocida durante los tres últimos días; él mismo evitaba hablar, y en su casa se limitaba a los "buenos días" y "buenas tardes" cambiados con los vecinos.

Le gustaba pasar así los días, metido en sí mismo y escuchando a su corazón. Vivía pensando en sus *modinhas* y en su libro, que habría de ser otro éxito para él y para su violón estremecido.

Aquella tarde estaba sentado a la mesa, corrigiendo uno de sus trabajos, uno de los últimos, aquel que compusiera en la quinta de Quaresma, *Los labios de Carola*.

Primero leyó toda la producción, canturreándola; volvió a leerla, tomó el violón para ver mejor el efecto y se detuvo en estos versos:

*E mais bela que Helena e Margarida,
Quando sorri meneando a ventarola.
Só se encontra a ilusão que adoça a vida
Nos lábios de Carola.**

En eso escuchó un tiro, después otro, otro... ¿Qué diablos pasa?, pensó. Han de ser salvas de algún barco extranjero. Volvió al violón y continuó cantando a los labios de Carola, donde encontraba la ilusión que endulza la vida...

* "Es más bella que Helena y Margarita, / Cuando sonríe moviendo el abanico. / Sólo se encuentra la ilusión que endulza la vida / En los labios de Carola."

TERCERA PARTE

I

PATRIOTAS

HACÍA MÁS de una hora que estaba allí, en un gran salón del palacio, viendo al mariscal; pero sin poder hablarle. Casi no se encontraban dificultades para llegar a su presencia, pero hablarle ya no era tan fácil.

El palacio tenía un aire de intimidad, de casi relajación, que era representativo y elocuente. No era raro ver en los divanes, en otras salas, ujieres, ordenanzas, servidores, dormitando, medio recostados y con el traje desabrochado. Todo allí era desprolijidad y pereza. Los rincones de los techos tenían telas de araña; cuando las alfombras se pisaban con fuerza subía de ellas una polvareda de calle mal barrida.

Quaresma no había podido venir en seguida, como anunciara en el telegrama. Había sido necesario poner en orden sus negocios, conseguir quien le hiciera compañía a su hermana. Doña Adelaide había hecho mil objeciones a su partida; le había mostrado los riesgos de la lucha, de la guerra, incompatibles con su edad y superiores a su fuerza; él, sin embargo, no se había dejado abatir, haciendo pie firme, pues sentía que era indispensable, necesario, que toda su voluntad, que toda su inteligencia, que todo lo que él tenía de vida y actividad fuera puesto a disposición del gobierno, para entonces... ¡Oh!

Había aprovechado esos días para redactar un memorándum que iba a entregar a Floriano. En él se exponían las medidas necesarias para fomentar la agricultura y se mostraban todos los inconvenientes originados en la gran propiedad, las exacciones fiscales, la carestía de los fletes, la estrechez de los mercados y las violencias políticas.

El mayor apretaba su informe en la mano y recordaba su casa, allá lejos, en el rincón de aquella planicie fea, mirando al poniente hacia las montañas que se alargaban, se afilaban en los días claros y transparentes; recordaba a

su hermana, sus ojos verdes y plácidos que lo habían visto partir con una impasibilidad que no era natural; pero lo que más recordaba en ese momento, era a Anastácio, su viejo negro, su larga mirada, no con la ternura pasiva de un animal doméstico, sino llena de asombro, de miedo y piedad, haciendo girar mucho en sus órbitas las escleróticas muy blancas, cuando lo vio entrar en el vagón del ferrocarril. Parecía olfatear una desgracia... Tal actitud no le era común, y parecía haberla tomado al descubrir en las cosas señales de dolorosos acontecimientos por venir... ¡Vaya!...

Quaresma había quedado en un rincón, viendo entrar a uno y a otro, a la espera de que el presidente lo llamara. Era temprano, debía faltar poco para el mediodía, y Floriano aún tenía, como señal del almuerzo, el palillo entre los labios.

En primer lugar habló a una comisión de señoras que venían a ofrecer su brazo y su sangre en defensa de las instituciones y de la patria. La oradora era una mujer baja, de tórax corto, gorda, con grandes senos altos, que hablaba agitando el abanico cerrado en la mano derecha.

No se podía decir cuál era su color, su raza al menos: había tantas en ella que una escondía a la otra, hurtándola toda a una clasificación honesta.

Mientras hablaba, la mujercita dejaba correr sus ojos grandes que despedían chispas sobre el mariscal. Floriano parecía molesto con esas llamadas; era como si temiese derretirse al calor de esa mirada que quemaba más seducción que patriotismo. Escapaba al encararla, bajaba el rostro como un adolescente, golpeaba con los dedos en la mesa...

Cuando le llegó la oportunidad de hablar, levantó un poco el rostro, pero sin encarar a la mujer, y con una gruesa y difícil sonrisa de campesino, declinó la oferta, visto que la República aún disponía de bastante fuerza para vencer.

Dijo la última frase más lentamente, y casi con ironía. Las damas se despidieron; el mariscal giró la mirada en torno del salón y vio a Quaresma:

—¿Entonces, Quaresma? —le dijo familiarmente.

El mayor iba a aproximarse, pero se plantó en el lugar en que estaba. Una chusma de oficiales subalternos y cadetes cercó al dictador y su atención convergió hacia ellos. No se oía lo que decían. Hablaban al oído de Floriano, cuchicheaban, le golpeaban las espaldas. El mariscal casi no hablaba: movía la cabeza o pronunciaba un monosílabo, cosa que Quaresma percibía por la articulación de los labios.

Comenzaron a salir. Apretaban la mano del dictador y uno de ellos, más jovial, más familiar, al despedirse le apretó con fuerza la mano blanda, le golpeó el hombro con intimidad, y dijo en voz alta y con énfasis:

—¡Energía, mariscal!

Todo aquello parecía tan natural, tan normal, habiendo entrado en el nuevo ceremonial de la República, que nadie, ni el propio Floriano, sintió la menor sorpresa, al contrario, algunos hasta sonrieron alegres por ver al califa, al khan, al emir, transmitir un poco de lo que tenía de sagrado al subalterno confianzudo. No todos se fueron inmediatamente. Uno de ellos se retrasó secreteando cosas a la suprema autoridad del país. Era un cadete

de la Escuela Militar, con su uniforme azul turquesa, tahalí y sable de soldado raso.

Los cadetes de la Escuela Militar formaban la falange sagrada.

Tenían todos los privilegios y todos los derechos; precedían a los ministros en las entrevistas con el dictador y abusaban de esa situación de protección del Sila, para oprimir y vejar a la ciudad entera.

Unos andrajos de positivismo se habían colado en aquellas inteligencias y una religiosidad especial les había brotado en el sentimiento, transformando la autoridad, especialmente a Floriano y vagamente a la República, en artículo de fe, en hechizo, en ídolo mexicano, en cuyo altar todas las violencias y crímenes eran óbolos dignos y ofrendas útiles para su satisfacción y eternidad.

El cadete estaba allí...

Quaresma pudo ver entonces mejor la fisonomía del hombre que iba a aferrar en sus manos, durante casi un año, tan fuertes poderes, poderes de Emperador romano, dominándolo todo, limitando todo, sin encontrar obstáculo alguno a sus caprichos, a sus debilidades y deseos, ni en las leyes, ni en las costumbres, ni en la piedad universal y humana.

Era vulgar y desoladora. El bigote caído; el labio inferior pendiente y flojo al que se agarraba una gran "mosca"; los trazos flácidos y groseros; no tenía ni siquiera el dibujo del mentón o la mirada que le fueran propios, que revelasen alguna dote superior. Era una mirada mortecina, redonda, pobre de expresiones, a no ser la de tristeza que no le era peculiar, sino nativa, de raza; todo él era gelatinoso, parecía no tener nervios.

No quiso el mayor ver en tales señales nada que le denotase el carácter, la inteligencia y el temperamento. Esas cosas no se propalan sueltas por ahí, se dijo para sus adentros.

Su entusiasmo por aquel ídolo político era fuerte, sincero y desinteresado. Lo tenía por enérgico, fino y supervidente, tenaz y conocedor de las necesidades del país, quizá un poco mañoso, una especie de Luis XI forrado de Bismarck. Sin embargo, no era así. Con una ausencia total de cualidades intelectuales, había en el carácter del mariscal Floriano una condición predominante: tibieza de ánimo; y mucha pereza en su temperamento. No la pereza común, esa que nos es común a todos nosotros; era una pereza mórbida, algo así como una pobreza de irrigación nerviosa, proveniente de una cantidad insuficiente de fluido en su organismo. Por los lugares por donde pasó se hizo notable por la indolencia y el desamor a las obligaciones propias de sus cargos.

Cuando fue director del arsenal de Pernambuco, no tenía energía para firmar el despacho respectivo; y durante el tiempo en que fue ministro de Guerra, pasaba meses y meses sin ir por allá, dejando todo por firmar, por lo que "legó" a su sustituto un abultadísimo trabajo.

Quien conoce la actividad papelera de un Colbert, de un Napoleón, de un Felipe II, de un Guillermo I de Alemania, y en general de todos los grandes hombres de Estado, no comprende la falta de interés de Floriano por la expedición de órdenes, explicaciones a los subalternos, de sus deseos y sus puntos de vista. Ciertamente necesarias debían ser tales transmisiones

para que su sentido superior se hiciese sentir e influyera en la marcha de los asuntos gubernativos y administrativos.

De esa pereza suya para pensar y actuar, venía su mutismo, sus misteriosos monosílabos llevados a la altura de dichos sibilinos, las famosas "encrucijadas de los tal vez", que tanto actuaron sobre la inteligencia y la imaginación nacionales, mendigas de héroes y grandes hombres.

Esa pereza enfermiza lo hacía andar en pantuflas y le dio aquel aspecto de calma superior, calma de gran hombre de Estado o de guerrero extraordinario.

Toda la gente recuerda aún cómo fueron sus primeros meses de gobierno. Luchando a brazo partido con el levantamiento de presos, soldados y personal subalterno de la fortaleza de Santa Cruz, habiendo mandado hacer una investigación, sofocó todo por temor a que las personas indicadas como instigadoras intentaran otra sedición y, no contento con eso, dio a esas personas las mejores y más altas recompensas.

Por otra parte, nadie puede admitir que un hombre fuerte, un César, un Napoleón, permita a sus subalternos aquellas intimidaciones deprimentes y tenga con ellos las condescendencias que él tenía, consintiendo que su nombre sirviera de bandera para una vasta serie de crímenes de toda especie.

Una evocación basta. Se sabe bien bajo qué atmósfera de mala voluntad asumió Napoleón el mando del ejército de Italia. Augereau, que lo llamaba "general de la calle", dijo a alguien después de haber hablado con él: "El hombre me dio miedo"; y el corso pasó a ser señor del ejército, sin palmadita en el hombro, sin delegar tácita o explícitamente su autoridad en subalternos irresponsables.

Por lo demás, la lentitud con que sofocó la revuelta del 6 de septiembre muestra bien la incertidumbre, la vacilación de la voluntad de un hombre que disponía de los extraordinarios recursos que estaban a sus órdenes.

Hay otra faz del mariscal Floriano que explica muy bien sus movimientos, actos y gestos. Era su amor a la familia, un amor entrañable, algo de patriarcal, de antiguo, que ya se va desvaneciendo con la marcha de la civilización.

En virtud de fracasos en la explotación agrícola de dos de sus propiedades, su situación particular era precaria y no quería morir sin dejar a la familia sus propiedades agrícolas libres del peso de las deudas.

Honesto y probo como era, la única esperanza que le restaba reposaba en los ahorros sobre sus sueldos. De ahí le vino esa dualidad, ese juego a dos puntas, juego indispensable para conservar los provechosos puestos que tuvo y que lo hicieron aferrarse tenazmente a la presidencia de la República. La hipoteca del "Brejão" y del "Duarte", fue su nariz de Cleopatra...

Su pereza, su tibieza de ánimo y su amor fervoroso por el hogar dieron como resultado ese "hombre tal vez" que, desviado de las necesidades mentales y sociales de los hombres de su tiempo, fue transformado en estadista, en Richelieu, y pudo resistir a una seria rebelión con más obstinación que vigor, obteniendo vidas, dinero y hasta despertando entusiasmo y fanatismo.

Ese entusiasmo y ese fanatismo, que lo ampararon, que lo animaron, que lo sostuvieron, sólo habrían sido posibles después de haber sido secretario general del Imperio, senador, ministro, esto es, después de haberse "fabricado" a la vista de todos y cristalizado la leyenda en la mente de todos.

Su concepción de gobierno no era el despotismo, ni la democracia, ni la aristocracia; era la de una tiranía doméstica. El bebé se portó mal, se le castiga. Llevada la cosa a lo grande, el portarse mal era hacerle oposición, tener opiniones contrarias a las suyas y el castigo no eran las palmadas, sino la prisión y la muerte. No hay dinero en el Tesoro; pónganse los billetes recogidos en circulación, así como se hace en casa cuando llegan visitas y la sopa es poca: se le agrega más agua.

Además, su educación militar y su débil cultura dieron mayor realce a esa concepción infantil, marcándola de violencia, no tanto por él en sí, por su perversidad natural, por su desprecio por la vida humana, sino por la debilidad con que cobijó y no reprimió la ferocidad de sus auxiliares y secuaces.

Quaresma estaba lejos de pensar en todo eso; él, como muchos hombres honestos y sinceros de su tiempo, fueron llevados por el entusiasmo contagioso que Floriano había conseguido despertar. Pensaba en la gran obra que el Destino reservaba a aquella figura plácida y triste; en la reforma radical que iba a traer al organismo aniquilado de la patria, que el mayor se había habituado a creer la más rica del mundo aunque, de un tiempo a esta parte, ya tuviese dudas a ciertos respectos.

Ciertamente, él no negaría tales esperanzas y su acción poderosa habría de hacerse sentir por los ocho millones de kilómetros cuadrados del Brasil llevándoles carreteras, seguridad, protección a los débiles, asegurando el trabajo y promoviendo la riqueza.

No se demoró mucho en esa clase de pensamientos. Un compañero de espera, desde que el mariscal le habló familiarmente, comenzó a tener en cuenta a ese hombre pequeñito, taciturno, de *pince-nez*, y se le fue aproximando; cuando ya estuvo cerca de Quaresma, le dijo como si se tratara de un terrible secreto:

—Ellos van a ver al *caboclo*... ¿Usted hace mucho que lo conoce, mayor?

Le respondió el mayor, y el otro le hizo aún otra pregunta; sin embargo, el presidente había quedado solo y Quaresma avanzó hacia él.

—¿Entonces, Quaresma?

—Vengo a ofrecer a Vuestra Excelencia mis débiles servicios.

El presidente consideró por unos instantes a aquella pequeñez de hombre, sonrió con dificultad, pero con cierta satisfacción. Sentía ahí la fuerza de su popularidad, si no la razón justa de su causa.

—Te agradezco mucho... ¿Dónde has andado? Sé que dejaste el arsenal.

Floriano tenía esa capacidad para recordar fisonomías, nombres, empleos, situaciones de los subalternos con quienes lidiaba. Tenía algo de asiático; era cruel y paternal al mismo tiempo.

Quaresma le explicó su vida y aprovechó la ocasión para hablar de leyes agrarias, medidas tendientes a desahogar y dar nuevas bases a nuestra vida

agrícola. El mariscal lo escuchó distraído, con una arruga de disgusto en un rincón de los labios.

—Hasta le traía a Vuestra Excelencia este memorándum...

El presidente tuvo un gesto de mal humor, casi un "no te molestes", y dijo con aspereza:

—Déjalo ahí...

Depositó el manuscrito sobre la mesa y en seguida el dictador se dirigió al interlocutor que esperaba:

—¿Qué hay, Bustamante? ¿Va bien el batallón?

El hombre se aproximó más, un tanto asustado:

—Va bien, mariscal. ¡Precisamos un cuartel!... Si Vuestra Excelencia diera esa orden...

—Exacto. Habla a Rufino en mi nombre que él puede solucionarlo... O mejor, llévale esta nota.

Rasgó un pedazo de una de las primeras páginas del manuscrito de Quaresma, y sobre aquel papel escribió con lápiz azul algunas palabras a su ministro de Guerra. Al terminar se dio cuenta de su falta de consideración:

—¡Caramba, Quaresma! Rompí tu escrito... No importa... Era la parte de arriba, que no tenía nada escrito.

El mayor lo confirmó, y el presidente, en seguida, se volvió a Bustamante:

—Aprovecha a Quaresma en tu batallón. ¿Qué puesto quieres?

—¡Yo! —dijo Quaresma estúpidamente.

—Bien. Entiéndanse entre ustedes.

Los dos se despidieron del presidente y descendieron lentamente las escaleras del Palacio Itamarati. Hasta llegar a la calle, nada se dijeron. Quaresma estaba un poco frío. El día estaba claro y caliente; el movimiento de la ciudad parecía no haber sufrido alteración apreciable. Había la misma agitación de tranvías, automóviles y carros; pero en las fisonomías se observaba el terror, el espanto, como si algo tremendo amenazara a todos y pareciera estar suspendido en el aire.

Bustamante se dio a conocer. Era el mayor Bustamante, ahora teniente coronel, viejo amigo del mariscal, su compañero en el Paraguay.

—¡Pero nosotros nos conocemos! —exclamó.

Quaresma se quedó mirando a aquel viejo mulato oscuro, con una gran barba mosaica y ojos vivaces, pero no recordó haberlo encontrado ya alguna vez.

—No recuerdo... ¿De dónde?

—De la casa del general Albernaz... ¿No recuerda?

Polcarpo tuvo entonces un leve recuerdo y el otro le explicó la formación de su batallón patriótico "Cruz del Sur".

—¿Usted quiere formar parte de él?

—¡Cómo no! —dijo Quaresma.

—Estamos en dificultades... Uniformes, calzado para los soldados... En los primeros gastos debemos auxiliar al gobierno... No conviene sangrar al Tesoro, ¿no le parece?

—¡Por cierto! —dijo con entusiasmo Quaresma.

—Me alegra mucho que usted esté de acuerdo conmigo... Veo que es un patriota... Por eso resolví hacer un prorrato entre los oficiales, de acuerdo a su puesto: un alférez acude con cien *mil réis*, un teniente, con doscientos... Usted ¿qué grado desea tener? ¡Ah! ¡Es verdad! Usted es mayor, ¿no es así?

Entonces Quaresma explicó por qué le decían mayor. Un amigo, de influencia en el Ministerio del Interior, había puesto su nombre en una lista de guardias nacionales, con ese puesto. Sin haber recibido nunca los emolumentos siempre, sin embargo, fue tratado como mayor, y así la cosa siguió corriendo. Al principio protestó, pero como todos se obstinaron, acabó cediendo.

—Bien —dijo Bustamante—. Usted queda siendo mayor.

—¿Cuál es mi cuota?

—Cuatrocientos *mil réis*. Un poco fuerte, pero... Usted sabe: es un puesto importante... ¿Acepta?

—Sí, cómo no.

Bustamante sacó la billetera, tomó nota con una puntita de lápiz, y se despidió jovialmente:

—Entonces, mayor, a las seis, en el cuartel provisorio.

La conversación había sido en la esquina de la calle Larga con el Campo de Sant'Ana. Quaresma pretendía tomar un tranvía que lo llevara al centro de la ciudad. Intentaba visitar a su compadre, en Botafogo, haciendo tiempo para su iniciación militar.

La plaza estaba poco transitada; los tranvías pasaban al trote acompasado de las mulas; de cuando en cuando se escuchaba un toque de clarín, ecos de tambor y del portón central del cuartel general salía una fuerza con armas al hombro, bayonetas caladas bailando sobre los hombros de los reclutas, relumbrando con un brillo duro y maligno.

Iba a tomar el tranvía cuando se escucharon algunos disparos de artillería y el seco repiquetear de los fusiles. Esto no se prolongó mucho; antes de que el tranvía alcanzara la calle de Constituição, todos los rumores guerreros habían cesado, y quien no estuviera avisado habría de suponerse en tiempos normales.

Quaresma se corrió hasta el centro del banco e iba a leer el diario que había comprado. Lo desdobló lentamente, pero de inmediato fue interrumpido; le golpearon el hombro. Se volvió.

—¡Oh, general!

El encuentro fue cordial. El general Albernaz gustaba de esas ceremonias y sentía placer, una deliciosa emoción en rehacer relaciones que se habían debilitado por una separación cualquiera. Estaba uniformado, con aquel su maltratado uniforme; no llevaba espada y los lentes continuaban presos a la cadennilla de oro que le pasaba por detrás de la oreja izquierda.

—Entonces, ¿vino a ver la cosa?

—Vine, sí. Ya me presenté al mariscal.

—“Ellos” van a ver con quién se metieron. ¡Piensan que tratan con Deodoro, pero se engañan!... La República, gracias a Dios, tiene ahora a su frente a un hombre... El *caboclo* es de hierro... En el Paraguay...

—Usted lo conoció allí, ¿no general?

—Bueno... No llegamos a encontrarnos; pero Camisão... Es duro el hombre. Estoy como encargado de las municiones... Es fino el *caboclo*: no me quiso en el litoral. Sabe muy bien quién soy y que munición que salga de mis manos es munición de veras... Allí, en el depósito, no me sale un cajón sin que yo lo examine... Es necesario... En el Paraguay hubo mucho desorden y errores: se mandaba mucha cal por pólvora. ¿Sabía eso?

—No.

—Pues así fue. Mi deseo era ir a las playas, para el combate; pero el "hombre" quiere que yo quede a cargo de las municiones... Capitán manda, marinero ejecuta... El sabe bien lo que hace...

Se encogió de hombros, arregló la cadennilla que ya se le caía de la oreja y se mantuvo callado un instante. Quaresma preguntó:

—¿Cómo anda la familia?

—Bien. ¿Sabe que Quinota se casó?

—Sí, lo sabía, porque Ricardo me lo dijo. Y doña Ismênia, ¿cómo está? La fisonomía del general se nubló y respondió, casi a disgusto:

—Está igual.

El pudor del padre le había impedido decir toda la verdad. La hija había enloquecido, con una locura mansa e infantil. Pasaba días enteros callada, en un rincón, mirando todo estúpidamente, con una mirada muerta de estatua, en una atonía de inanimado, como quien ha caído imbecilizado; pero llegaba una hora en que se peinaba, se adornaba y corría hacia la madre, diciendo: "Apróntame, mamá. Mi novio no debe tardar... hoy es mi casamiento". Otras veces recortaba papel en forma de participaciones, y escribía: "Ismênia de Albernaz y Fulano (variaba el nombre) participan su casamiento".

El general ya había consultado a una docena de médicos, espiritistas, y ahora andaba con un hechicero milagroso; la hija, sin embargo, no sanaba, no perdía la manía y cada vez se enredaba más su espíritu en aquella obsesión de casamiento, lo que le hicieron ser el blanco de su vida, y en el que no llegó a dar, aniquilándose así su espíritu y su juventud en pleno verdor.

Su estado entristecía a esa casa antaño tan alegre, tan festiva. Los bailes habían disminuido y, cuando estaban obligados a ofrecer uno, en las fechas principales, la joven, con todos los cuidados, a costa de todas las promesas, era llevada a casa de la hermana casada, donde quedaba mientras las otras bailaban, olvidadas por algunos momentos de la hermana que sufría.

Albernaz no quiso revelar aquel dolor de su vejez; reprimió la emoción y continuó en un tono más natural, en aquel tono familiar e íntimo que usaba con todos:

—Esto es una infamia, señor Quaresma. ¡Qué atraso para el país! ¿Y los perjuicios? Un puerto de éstos, cerrado al comercio nacional, ¿cuántos años de retraso representa?

El mayor estuvo de acuerdo y mostró la necesidad de prestigiar al Gobierno, de manera de tornar imposible la reproducción de levantamientos e insurrecciones.

—Seguramente —adujo el general—. Así no progresamos, no adelantamos. Y en el extranjero, ¡qué mal efecto!

El tranvía había llegado al Largo de São Francisco, y los dos separáronse. Quaresma fue directamente al Largo da Carioca y Albernaz siguió hacia la Calle del Rosário.

Olga vio entrar a su padrino sin aquella alegría expansiva de siempre. No fue indiferencia lo que sintió, fue susto, asombro, casi miedo, aunque supiese perfectamente que él estaba por llegar. Sin embargo, no había cambios en la fisonomía de Quaresma, en su cuerpo, en todo él. Era el mismo hombre bajo, pálido, con aquella barbita señaladora y la mirada aguda por detrás de los lentes... Ni siquiera estaba más quemado y la manera de apretar los labios era la misma que ella conocía desde hacía tantos años. Pero en algo le parecía haber mudado, y como si hubiese entrado impelido, empujado por una fuerza extraña, por un torbellino; examinándolo bien, sin embargo, verificó que él había entrado naturalmente, con su paso menudo y firme. ¿De dónde le venía, entonces, una cosa que la turbaba, que le quitaba la alegría de ver a persona tan amada? No lo comprendió. Estaba leyendo en el comedor y Quaresma no se hacía anunciar; iba entrando conforme su viejo hábito. Respondió al padrino aún bajo la dolorosa impresión de su entrada:

—Papá salió; y Armando está allá abajo, escribiendo.

En verdad, estaba escribiendo, o, más particularmente: traducía al "clásico" un gran artículo sobre "Heridas por armas de fuego". Su último truco intelectual era éste del clásico. Buscaba en esto una distinción, una separación intelectual de esos muchachitos de por ahí, que escribían cuentos y novelas en los diarios. El, un sabio, y sobre todo un doctor, no podía escribir de la misma manera que ellos. Su sabiduría superior y su título "académico" no podían usar el mismo idioma, los mismos modismos, la misma sintaxis que esos poetastros y literateros. Entonces le vino la idea del clásico. El proceso era simple: escribía de manera común, con las palabras y la forma de hoy, en seguida invertía las oraciones, interrumpía el período con comas, y sustituía *incomodar* por *molestar*, *alrededor* por *en redor*, *esto* por *este*,* *cuán grande* o *tan grande* por *tamaño*, daba vuelta todo del revés complicándolo bastante, y así obtenía su estilo clásico que comenzaba a causar admiración a sus pares y al público en general.

Gustaba mucho de la expresión *as rebatinhas*; la usaba en todo momento y cuando la ponía en el blanco del papel, imaginaba que había dado a su estilo una fuerza y un brillo pascalianos, y a sus ideas una suficiencia trascendente. Por la noche, leía al padre Vieira pero de inmediato, a las primeras líneas le venía el sueño, y dormía soñándose "físico", tratado de maestro, en pleno seiscientos, prescribiendo sangrías y agua caliente, como el doctor Sangrado.

Su traducción estaba casi en el final, ya estaba bastante práctico pues con el tiempo había adquirido un vocabulario suficiente y la versión era hecha mentalmente casi en su primera mitad, y luego escrita. Recibió el recado de su mujer anunciándole la visita con cierto pequeño disgusto, pero como se obstinaba en encontrar un equivalente clásico para "orificio", juzgó útil la interrupción. Quería poner "agujero", pero le pareció plebeyo; "ori-

* Expresión intraducible, del portugués "isto" por "esto".

ficio" aunque muy usado, era, a pesar de eso, más digno. Al regreso quizá encontrara la palabra, pensó; y subió al comedor. Entró placenteramente, con su gran bigote desplegado, su rostro redondo, y encontró al padrino y a la ahijada empeñados en una discusión sobre la autoridad.

Decía ella:

—Yo no puedo comprender ese tono divino con que ustedes hablan de la autoridad. No se gobierna más en nombre de Dios, ¿por qué entonces esto, esa veneración de que quieren rodear a los gobernantes?

El doctor, que había escuchado toda la frase, no pudo dejar de objetar:

—Pero es necesario, indispensable... Nosotros sabemos bien que ellos son hombres como nosotros, pero si no fuese así todo iría aguas abajo.

Quaresma agregó:

—Y en virtud de las propias necesidades internas y externas de nuestra sociedad es que existe... En las hormigas, en las abejas...

—Lo admito. Pero hay rebeliones entre las abejas y hormigas, ¿y la autoridad se mantiene allí a costa de asesinatos, exacciones y violencias?

—No se sabe... ¿Quién puede saberlo? Quizá —dijo evasivamente Quaresma.

El doctor no dudó; y en seguida dijo:

—¿Qué tenemos nosotros que ver con las abejas? ¿Entonces nosotros, los hombres, en el pináculo de la escala zoológica, vamos a ir a buscar normas de vida entre los insectos?

—No es eso, mi querido doctor; buscamos en los ejemplos de ellos la certeza de la generalidad del fenómeno, de su inmanencia, por así decir —dijo Quaresma con suavidad.

No había acabado la explicación cuando ya Olga reflexionaba:

—Si todavía esa tal autoridad trajera felicidad, vaya y pase; pero no, ¿entonces de qué vale?

—Ha de traerla —afirmó categóricamente Quaresma—. La cuestión es consolidarla.

Aún conversaron mucho tiempo. El mayor contó su visita a Floriano, su próxima incorporación al batallón "Cruz del Sur". El doctor sintió una punzada de envidia, cuando se refirió al modo familiar con que Floriano lo trató. Tomaron un pequeño *lunch*, y Quaresma salió.

Sentía necesidad de volver a ver aquellas calles estrechas, con sus negocios profundos y oscuros, donde los empleados se movían como en un subterráneo. La tortuosa calle de los Ourives, la agujereada calle Assembléia, los cascotes de la calle de Ouvidor, le daban nostalgia.

La vida continuaba siendo la misma. Había grupos detenidos y muchachas paseando; en el Café do Rio, una multitud. Eran los avanzados, los "jacobinos" la guardia abnegada de la República, los intransigentes, a cuyos ojos la moderación, la tolerancia y el respeto por la libertad y la vida ajenas eran crímenes de lesa patria, síntomas de monarquismo criminal y abdicación deshonesto frente al extranjero. El extranjero era, sobre todo, el portugués, lo que no impedía que hubiese diarios "jacobinísimos" redactados por portugueses de la mejor cepa.

A no ser por ese grupo gesticulante y apasionado, la calle de Ouvidor era

la misma. Se hacían los romances y las muchachas iban y venían. Si una bala subía hasta la altura azul, luminosa, del cielo, daban grititos de gata, corrían hacia adentro de los negocios, esperaban un poco y en seguida volvían sonrientes, la sangre subiéndoles por las mejillas poco a poco, luego de la palidez del miedo.

Quaresma cenó en un restaurante y se dirigió al cuartel, que funcionaba provisoriamente en un viejo conventillo clausurado por la falta de higiene, allá por el lado de la Ciudad Nueva. El tal conventillo tenía primer piso y planta baja, ambos divididos en cubículos del tamaño de camarotes de barco. En los altos había una terraza con rejas de madera y una escalera de madera llevaba hasta allí, una tosca escalera oscilante, que quemía al menor paso. La parte administrativa funcionaba en el primer cuartito de los altos, y el patio, ya sin las cuerdas de secar al sol la ropa, pero con las piedras manchadas de las lejías y del agua jabonosa, servía para la instrucción de los reclutas. El instructor era un sargento retirado, un tanto cojo, admitido en el batallón con el puesto de alférez, que gritaba con una lentitud majestuosa: "hombro"... "¡armas!".

El mayor entregó su cuota al coronel y éste le mostró el modelo del uniforme.

Era muy singular esa fantasía de pasamanero; la casaca era verde botella con vivos azul turquesa, alamares dorados y cuatro estrellas plateadas, en cruz, en el cuello.

Una gritería los hizo ir hasta el balcón. Entre soldados entraba un hombre que se debatía llorando e implorando al mismo tiempo, recibiendo de vez en cuando un empujón.

—¡Es Ricardo! —exclamó Quaresma—. ¿Usted no lo conoce, coronel? —continuó con interés y piedad.

Bustamante estaba impasible en el balcón, y sólo respondió después de algún tiempo:

—Lo conozco... Es un voluntario recalcitrante, un patriota rebelde.

Los soldados subían con el "voluntario", y Ricardo, tan pronto vio al mayor, le suplicó:

—¡Sálveme, mayor!

Quaresma llamó aparte al coronel y le rogó, le suplicó, pero todo fue inútil... Había necesidad de gente... En fin, lo haría cabo.

Ricardo seguía desde lejos la conversación de los dos; adivinó el rechazo y exclamó:

—¡Yo sirvo, sí, sí, pero denme mi violón!

Bustamente se dejó ver y gritó a los soldados:

—¡Restitúyanle el violón al cabo Ricardo!

II

TU, QUARESMA, ERES UN VISIONARIO

OCHO DE LA MAÑANA. La cerrazón todavía lo envuelve todo. Del lado de la tierra, apenas se ven las partes bajas de los edificios próximos; hacia el lado del mar, la vista es impotente contra aquella tiniebla blanquecina y fluctuante, contra aquella muralla de copos y opaca, que se condensa aquí y allá en apariciones, en semejanzas de cosas. El mar está silencioso: hay grandes intervalos en su débil murmullo. Desde la playa se ve un trecho sucio, cubierto de algas, y el olor marino parece ser más fuerte por efecto de la neblina. Hacia la izquierda y hacia la derecha, es lo desconocido, el Misterio. Sin embargo aquella pasta espesa, de una claridad difusa, está poblada de ruidos. El rechinar de las sierras vecinas, los pitos de las fábricas y locomotoras, los guínches de las grúas de los barcos, llenan aquella mañana indescifrable y taciturna; y hasta se escucha el ruido acompasado de los remos que hieren el mar. Podría creerse, dentro de aquel decorado, que es Caronte trayendo su barca hacia una de las márgenes del Estigia...

¡Atención! Todos escrutan la cortina de niebla pastosa. Los rostros están alterados; parece como si, desde el seno de la bruma, fueran a surgir demonios...

Ya no se escucha el ruido: la pequeña embarcación se alejó. Las fisonomías respiran aliviadas...

No es de noche, no es de día; no es el amanecer ni es el crepúsculo; es la hora de la angustia, es la luz de la incertidumbre. En el mar, no existen estrellas ni sol que guíen; en la tierra las aves mueren al chocar contra las paredes blancas de las casas. Nuestra miseria es más completa y la falta de aquellos mudos marcos de nuestra actividad da una percepción mayor de nuestro aislamiento en el seno de la grandiosa naturaleza.

Los ruidos continúan, y como no se ve nada, parece que viene del fondo

de la tierra o que son alucinaciones auditivas. La realidad sólo nos viene del pedazo de mar que se avista, murmurando con grandes intervalos, débilmente, tenuemente, con miedo, al encontrarse con la arena de la playa, sucia de medusas, algas y sargazos.

En grupos, después del rumor de los remos, los soldados se han acostado en la hierba que continúa a la playa. Algunos ya dormitan; otros buscan con los ojos el cielo a través de la neblina que les humedece el rostro.

El cabo Ricardo Coração dos Outros, con trabuco a la cintura y gorro en la cabeza, sentado en una piedra, está aparte, solo, mirando aquella mañana angustiosa.

Era la primera vez que veía la cerrazón tan cerca del mar, donde hace sentir toda su fuerza desesperante. En general, sólo tenía ojos para las alboradas claras y purpurinas, suaves y fragantes; aquel amanecer brumoso y feo, era una novedad para él.

Bajo el uniforme de cabo, el trovador no se aburre. Aquella vida suelta del cuartel le hace bien al alma; el violón está allí adentro y en las horas libres lo ensaya canturreando en voz baja. Es necesario que los dedos no se endurezcan... Su pequeño disgusto es el de no poder, de vez en cuando, dar rienda suelta al pecho.

El comandante del destacamento es Quaresma que, a lo mejor, consentiría...

El mayor está en el interior de la casa que sirve de cuartel, leyendo. Ahora su estudio predilecto es la artillería. Compró algunos compendios; pero como su instrucción es insuficiente, de la artillería va a la balística, de la balística a la mecánica, de la mecánica al cálculo y a la geometría analítica; baja más en la escala y va a la trigonometría, la geometría, el álgebra y la aritmética. Recorre esa cadena de ciencias entrelazadas con una fe de inventor. Aprende una noción elementalísima después de un rosario de consultas, de compendio en compendio; y así lleva esos días de ocio guerrero enredado en la matemática, en esa matemática irritante y hostil a los cerebros que ya no son tan jóvenes.

En el destacamento hay un cañón Krupp, pero él nada tiene que ver con el mortífero aparato; sin embargo, estudia artillería. El encargado de la pieza es el teniente Fontes, que no presta ninguna obediencia al mayor, al patriota. Quaresma no se molesta con eso; va aprendiendo lentamente a servirse de la boca de fuego y se somete a la arrogancia del subalterno.

El comandante del "Cruz del Sur", Bustamante, el de la barba mosaica, continúa en el cuartel, supervisando la vida del batallón. La unidad tiene pocos oficiales y muy pocos soldados; pero el Estado paga el sueldo de cuatrocientos. Hacen falta capitanes, el número de alféreces es justo, el de tenientes casi, pero ya hay un mayor, que es Quaresma, y el comandante Bustamante, que por modestia se hace llamar simplemente teniente coronel.

El destacamento que Quaresma comanda tiene cuarenta reclutas, tres alféreces, dos tenientes; pero los oficiales aparecen poco. Están enfermos o licenciados y solamente el antiguo agricultor de "El Sosiego" y un alférez, Polidoro, y este mismo sólo por la noche, están en sus puestos. Un soldado entró:

—Señor comandante, ¿puedo ir a almorzar?

—Sí. Llámame al cabo Ricardo.

El soldado salió trotando sobre grandes botinas; el pobre hombre usaba aquella pieza protectora como un castigo. Así que se vio en el bosque que lo llevaba hasta su casa, se las quitó y sintió correrle por el rostro el soplo de la libertad.

El comandante llegó hasta la ventana. La cerrazón se iba disipando. Ya se veía el sol que brillaba como un disco de oro empañado.

Ricardo Coração dos Outros apareció. Estaba graciosísimo dentro de su uniforme de cabo. La camisa era cortísima y despareja; sus puños sobresalían enteramente; y los pantalones eran larguísimos y le arrastraban por el suelo.

—¿Cómo te va, Ricardo?

—Bien. ¿Y a usted, mayor?

—Así.

Quaresma echó sobre el inferior y amigo esa mirada suya aguda y demorada:

—Andas aburrido, ¿no es así?

El trovador se sintió alegre con el interés del comandante:

—No... Para qué decir, mayor, que sí... Si la cosa fuera así hasta el final no sería mala... Lo malo es cuando hay tiros... Una cosa, mayor: no se podría, así, en las horas en que no hay nada que hacer, ir hasta los mangos, a cantar un poco...

El mayor se rascó la cabeza, se alisó la barbilla y dijo:

—Yo, no sé... Es...

—Usted sabe que eso de cantar bajo es remar en seco... Dicen que en el Paraguay...

—Bueno. Canta por allí; pero no grites, ¿eh?

Se callaron por un rato; Ricardo iba a partir cuando el mayor le pidió:

—Mándame traer el almuerzo.

Quaresma almorzaba y cenaba allí mismo. Tampoco era raro que ahí durmiera. Las comidas le eran ofrecidas por un fondín próximo, y él dormía en una habitación de aquella edificación imperial. Porque la casa en que se acantonara el destacamento, era el pabellón del emperador, situado en la antigua Quinta de Ponta do Caju. En ella quedaban también la estación del ferrocarril del Río Douro y un gran aserradero ruidoso. Quaresma fue hasta la puerta, miró la playa sucia y se quedó admirado de que el emperador la hubiera querido para baños. La cerrazón iba disipándose por entero.

Las formas de las cosas salían modeladas del seno de aquella masa de niebla pesada; y satisfechas, como si la pesadilla hubiese terminado. Primero surgían lentamente las partes bajas; y por fin, casi de repente, las altas.

A la derecha estaban el "Saúde" y el "Gamboa", los barcos mercantes: galeras de tres mástiles, cargueros a vapor, altaneros barcos a vela, que iban saliendo de la bruma, y por instantes todo aquello tenía un aire de paisaje holandés; a la izquierda, era la bolsa de la Rapôsa, el Retiro nostálgico, la *Sapucaia* horrenda, la isla del Gobernador, los Organos azules, altos hasta tocar el cielo; enfrente, la isla dos Ferreiros, con sus depósitos de carbón; y

alargando la vista por el mar sosegado, Niterói, cuyas montañas acababan de recortarse en el azul del cielo, a la luz de aquella mañana que venía retrasada.

La neblina se fue y un gallo cantó. Era como si la alegría volviera a la tierra; era un aléluya. Aquellos chirridos, aquellos pitos, los ginchés con su acento festivo de contento.

Llegó el almuerzo y el sargento vino a decirle a Quaresma que había dos deserciones.

—¿Dos más? —preguntó admirado el mayor.

—Sí, señor. El ciento veinticinco y el trescientos veinte no respondieron hoy a la revista.

—Haga el parte.

Quaresma almorzaba. El teniente Fonte, el hombre del cañón, llegó. Casi nunca dormía allí; pernoctaba en su casa, y durante el día venía a ver cómo iban las cosas.

Una madrugada, él no estaba. Las sombras aún eran profundas. El soldado de vigía vio allá a lo lejos un bulto que se movía en la sombra, resbalando sobre las aguas del mar. No traía luz alguna: sólo el movimiento de aquella mancha oscura revelaba a una embarcación, y también la ligera fosforescencia de las aguas. El soldado dio el alto; el pequeño destacamento se puso en sus puestos y Quaresma apareció.

—¡El cañón! ¡Ya! ¡Adelante! —ordenó el comandante. Y en seguida, nervioso, recomendó:

—Esperen un poco.

Corrió a la casa y fue a consultar sus compendios y tablas. Se demoró, mientras la lancha continuaba avanzando, los soldados estaban atontados, y uno de ellos tomó la iniciativa: cargó la pieza y la disparó.

Quaresma reapareció corriendo, asustado, y dijo con el aliento entrecortado:

—Vieron bien... la distancia... el alza... el ángulo... Es necesario tener siempre en vista la eficiencia del fuego.

Fontes vino al día siguiente, y al conocer el caso se rió mucho:

—Caramba, mayor, usted piensa que está en un polígono, haciendo estudios prácticos... ¡Fuego adelante!

Y así era. Casi todas las tardes había bombardeo, desde el mar hacia las fortalezas, y de las fortalezas hacia el mar; y tanto los barcos como los fuertes, salían incólumes de tan terribles pruebas.

Pero por ahí llegaba una ocasión en que, por fin, acertaban, y entonces los diarios informaban: "Ayer, el Fuerte Académico hizo un maravilloso disparo, con el cañón tal, metió una bala en el *Guanabara*". Al día siguiente, el mismo diario rectificaba, a pedido de la batería del muelle Pharoux, que era él quien había hecho el certero disparo. Pasaban días y el asunto ya estaba olvidado, cuando aparecía una carta de Niterói, reclamando los honores del tiro para la fortaleza de Santa Cruz.

El teniente Fontes llegó y estuvo examinando el cañón con perspicacia de entendido. Había una trinchera de fardos de alfalfa y la boca de la pieza

salía por entre las hilachas de paja, como la garganta de un animal feroz oculto entre las hierbas.

Miraba el horizonte, después del examen atento del cañón, y consideraba la isla de las Cobras, cuando escuchó el gemir de un violón y una voz que decía:

*Prometo pelo Santíssimo Sacramento...**

Se dirigió hacia el lugar de donde partían los sonidos y encontró este lindísimo cuadro: a la sombra de un gran árbol, los soldados acostados o sentados en círculo alrededor de Ricardo Coração dos Outros, que entonaba endechas tristesísimas.

Los reclutas habían acabado de almorzar y tomar su aguardiente, y estaban tan embebidos en la canción de Ricardo que ni se dieron cuenta de la llegada del joven oficial.

—¿Qué es esto? —dijo severamente.

Todos los soldados se levantaron, haciendo la venia; y Ricardo, con la mano derecha en el gorro, en posición de firme, y a la izquierda, asegurando el violón que reposaba en el suelo, se disculpó:

—Señor teniente, el mayor lo permitió. Usted sabe que si nosotros no tuviéramos orden, no íbamos a distraernos.

—Bien. No quiero que esto se repita —dijo el oficial.

—Pero —objeto Ricardo— el señor mayor Quaresma...

—Aquí no hay mayor Quaresma. ¡No quiero más esto, ya lo dije!

Los soldados se desbandaron y el teniente Fontes siguió hacia la vieja casa imperial, al encuentro del mayor del escuadrón "Cruz del Sur". Quaresma continuaba sus estudios, un esfuerzo de Sísifo, pero voluntarios, y para la grandeza de la patria. Fontes fue entrando y diciendo:

—¿Qué es esto, "don" Quaresma? ¿Entonces usted permite cantos en el destacamento?

El mayor ya no recordaba nada y se quedó sorprendido por el aire severo y duro del joven que repitió:

—¿Entonces usted permite que los subalternos canten *modinhas* y toquen violón, en pleno servicio?

—¿Pero qué mal hacen? Oí decir que en campaña...

—¿Y la disciplina? ¿Y el respeto?

—Bien, voy a prohibirlo —dijo Quaresma.

—No es preciso. Ya lo he prohibido yo.

Quaresma no se dio por molestado, no percibió motivo para sentirse incomodado y dijo con dulzura:

—Hizo bien.

En seguida le preguntó al oficial sobre el modo de extraer la raíz cuadrada de una fracción decimal; el joven se lo enseñó y estuvieron conversando sobre cosas vulgares. Fontes era el novio de Lalá, la tercer hija del

* "Prometo por el Santísimo Sacramento..."

general Albarnaz, y esperaba que acabara la revuelta para casarse. Durante una hora la conversación entre los dos versó sobre este pequeño hecho familiar al que estaban ligados aquellos estruendos, aquellos tiros, aquella solemne disputa entre dos ambiciones. Súbitamente, el clarín hirió el aire con su voz metálica. Fontes aprestó el oído, y el mayor preguntó:

—¿Qué toque es ése?

—De atención.

Los dos salieron. Fontes perfectamente uniformado; y el mayor apretando el tahalí, sin encontrar la forma, tropezando en la espada venerable que se obstinaba en metérsele entre las cortas piernas. Los soldados ya estaban en las trincheras, armas en la mano; el cañón tenía al lado las municiones necesarias. Una lancha avanzaba lentamente, con la proa alta asestada hacia el puesto. De repente, salió de su borda una nube de humo espeso: "¡disparó!", gritó una voz. Todos se inclinaron, la bala pasó alto, zumbando, cantando, inofensiva. La lancha continuaba avanzando impávida. Además de los soldados había curiosos, chicos, asistiendo al tiroteo, y fue uno de éstos quien gritó: "¡disparó!".

Y así siempre. A veces ellos llegaban bastante cerca de la tropa, de las trincheras, complicando el trabajo; otras, un ciudadano cualquiera llegaba hasta el oficial y muy delicadamente pedía: "Señor, ¿me da permiso para disparar un tiro?". El oficial accedía, los servidores cargaban la pieza, el hombre hacía puntería, y salía un tiro.

Con el tiempo, la rebelión pasó a ser una fiesta, una diversión de la ciudad... Cuando se anunciaba un bombardeo, en un segundo la terraza del Paseo Público se llenaba. Era como si fuese una noche de luna, en los tiempos en que era de buen tono apreciarlas en el viejo jardín de don Luis de Vasconcelos, viendo al astro solitario platear el agua y llenar el cielo.

Se alquilaban largavistas, y tanto los viejos como las muchachas, los jóvenes como las viejas, seguían el bombardeo como una representación de teatro: "¡Disparó el 'Santa Cruz'! ¡Ahora es el 'Aquidabá'! ¡Allá va!". Y de esa manera la rebelión iba corriendo familiarmente, entrando en los hábitos y en las costumbres de la ciudad.

En el muelle Pharoux, los chiquilines, vendedores de diarios, lustradores de zapatos, vendedores ambulantes se paraban detrás de las portadas, de los mingitorios, de los árboles, para ver y esperar la caída de las balas; y cuando caía una, corrían todos apelotonados, a recogerla como si se tratara de una moneda o de una golosina.

Las balas se pusieron de moda. Había alfileres de corbata, adornos de reloj, lapiceras hechas con las pequeñas balas de fusil; también se hacían colecciones de las medianas, y con sus estuches de metal, aireados, pulidos, lijados, adornaban las consolas, los *dunkerque* de las casas medias; las grandes, los "melones" y los "zapallos", como se las llamaba, adornaban los jardines como vasos de loza o estatuas.

La lancha continuaba disparando; Fontes hizo un disparo. El cañón vomitó el proyectil, retrocedió un poco y en seguida fue puesto en posición. La embarcación respondió y el muchacho gritó: "¡disparó!".

Hubo uno en Niterói que tuvo su cuarto de hora de celebridad. Lo lla-

maban "Treinta-Réis": los diarios de la época se ocupaban de él, se hicieron suscripciones a su favor. ¡Un héroe! Pasó la rebelión y fue olvidado, tanto él como la "Luci", una bella lancha que llegó a tornarse una entidad en la imaginación de la *urbs*, a interesarla, a crear enemigos y admiradores.

La embarcación dejó de provocar la furia del puesto de Caju, y Fontes dio instrucciones a su jefe de pieza, y se marchó.

Quaresma se recogió a su cuarto y continuó sus estudios guerreros. Los demás días que pasó en aquel extremo de la ciudad no fueron diferentes de éstos. Los acontecimientos eran los mismos y la guerra caía en la banalidad de la repetición de los mismos episodios.

Por momentos, cuando le venía el aburrimiento, salía. Descendía a la ciudad y dejaba el puesto en manos de Polidoro o de Fontes, si estaba.

Raras veces lo hacía de día, porque Polidoro, el más asiduo de sus hombres, ebanista de profesión y en actividad en una fábrica de muebles, sólo llegaba de noche.

En el centro de la ciudad, la noche era alegre y jovial. Había mucho dinero, el gobierno pagaba sueldos dobles, y a veces daba gratificaciones, además de que también la muerte estaba siempre presente; y todo eso estimulaba a divertirse. Los teatros eran muy frecuentados y los *restaurantes* nocturnos también.

Quaresma, sin embargo, no se metía en aquel ruido de plaza semi-sitiada. A veces iba al teatro, de particular, y en seguida de finalizado el espectáculo volvía a su cuarto de la ciudad, o hacia el puesto.

Otras tardes, tan pronto llegaba Polidoro, salía a pie, por las calles de los alrededores, por las playas, y hasta el Campo de São Cristóvão.

Iba viendo aquella sucesión de cementerios, con sus sepulcros albos que suben montañas como carneros esquilados y limpios pastando; aquellos cipreses meditativos que las vigilaban; y entonces le parecía que aquella parte de la ciudad era feudo y señorío de la muerte.

Las casas tenían un aspecto fúnebre, recogidas y concentradas; el mar murmuraban lúgubrementemente en la ribera barrosa; las palmeras silbaban doloridas; y hasta el tintinear de la campanilla de los tranvías era triste y lúgubre.

El paisaje se había impregnado de la Muerte y el pensamiento de quien pasaba por allí, aún más, para hacer sentir en ella tan fuerte aspecto funerario.

Fue llegando hasta el campo; ahí le dieron deseos de volver a ver su antigua casa y al final entró en la residencia del general Albernaz. Le debía aquella visita y aprovechó la oportunidad.

Acababan de cenar y con el general, además del teniente Fontes y el almirante Caldas, habían cenado el comandante de Quaresma, el teniente coronel Inocêncio Bustamante.

Bustamante era un comandante activo, pero dentro del cuartel. No había quien, como él, se interesase por los libros, por la buena caligrafía con que eran escritos los libros maestros, las relaciones de muestras, los mapas de compañía y otros documentos. Con auxilio de ellos, la organización de su batallón era irreprochable; y para no dejar de vigilar la redacción aparecía de tarde en tarde en los destacamentos de su cuerpo.

Hacía diez días que Quaresma no lo veía. Después de las saluciones, en seguida le preguntó al mayor:

—¿Cuántas deserciones?

—Hasta hoy, nueve —dijo Quaresma.

Bustamante se rascó la cabeza desesperado, y reflexionó:

—Yo no sé qué tiene esta gente... Es un desertar que no tiene nombre... ¡Les falta patriotismo!

—Hacen muy bien... ¡Vaya con eso! —dijo el almirante.

Caldas andaba disgustado y pesimista. Su proceso iba mal y hasta ahora el gobierno no le había dado nada. Su patriotismo se debilitaba con el diluirse de la esperanza de ser algún día vicealmirante. Es verdad que el gobierno aún no había organizado su escuadra; sin embargo, por el rumor que corría, él no comandaría ni siquiera una división. ¡Una iniquidad! Era un poco viejo, es verdad, pero no por no haber comandado nunca en esa materia podía despilfarrar toda una energía joven.

—No debe hablar así, almirante... La patria está inmediatamente debajo de la humanidad.

—Mi querido teniente, usted es joven... Yo sé lo que son esas cosas...

—No hay que desesperar... No trabajamos para nosotros, sino para los demás y para los que vengan después —continuó Fontes persuasivo.

—¿Qué tengo yo que ver con ellos? —rechazó enfadado Caldas.

Bustamante, el general y Quaresma asistían a la pequeña discusión callados, y los dos primeros un tanto sonrientes con la furia de Caldas, que no se cansaba de hacer bailar una pierna y alisar sus largos bigotes blancos. El teniente respondió:

—Mucho, almirante. Todos nosotros debemos trabajar para que vengan épocas mejores, de orden, de felicidad, de elevación moral.

—¡Nunca la hubo ni nunca la habrá! —dijo Caldas de un tirón.

—Yo también pienso así —agregó Albernaz.

—Esto será siempre lo mismo —adujo escépticamente Bustamante.

El mayor no dijo nada; parecía desinteresado de la conversación. Fontes, frente a esas contestaciones, al contrario de sus congéneres de secta, no se disgustó. Era un individuo delgado y chupado, moreno oscuro, y el óvalo de su rostro estaba aplastado aquí y allá.

Con su voz arrastrada y nasal, agitando la mano derecha en el gesto favorito de los sermones, después de escuchar a todos, dijo con unción:

—Ya hubo un esbozo: la Edad Media.

Nadie le podía responder allí. Quaresma sólo conocía historia del Brasil, y los otros ninguna.

Su afirmación los silenció a todos, aunque íntimamente les quedara la duda. Era una curiosa Edad Media esa de elevación moral, que uno no sabe dónde queda ni en qué año. Si uno dice: "En tiempos de Clotario, él mismo, con sus propias manos, prendió fuego a la choza en que encerraba a su hijo Crame, más a la mujer de éste y sus hijos", el positivista objeta: "Aún no estaba perfectamente establecido el ascendiente de la Iglesia". "San Luis —diremos luego nosotros— quiso ejecutar a un señor feudal porque mandó ahorcar a tres niños que habían matado a un conejo en sus plantaciones."

Objeta el fiel: "¿Usted no sabe que nuestra Edad Media llega hasta la aparición de la Divina Comedia? San Luis ya era la decadencia...". Se citan las epidemias de enfermedades nerviosas, la miseria de los campesinos, los robos a mano armada de los barones, las alucinaciones del milenio, las crueles matanzas que Carlomagno infligió a los sajones; ellos responden: en un momento no estaba perfectamente establecido el ascendiente moral de la Iglesia; en otro ya había desaparecido.

Nada de eso fue objetado al positivista y la conversación resbaló hacia la rebelión. El almirante criticaba severamente al gobierno.

No tenía plan alguno, tiraba tiros a tontas y a locas; en su opinión, ya debía haber hecho todo el esfuerzo para ocupar la isla de las Cobras, aunque eso costase ríos de sangre. Bustamante no tenía opinión tomada; pero Quaresma y Fontes juzgaban que no: sería una aventura arriesgada y de una inutilidad patente. Albernaz, aún no había emitido su juicio; y lo hizo ahora así:

—¡Pero nosotros hicimos una batida en Humaitá, y por poco!

—Sin embargo, no la tomaron —dijo Fontes—. Las condiciones naturales eran otras y asimismo la batida fue perfectamente inútil... Usted lo sabe, ¡usted estuvo allí!

—Es decir... Enfermé y vine un poco antes al Brasil, pero Camisão me dijo que fue de mucho riesgo.

Quaresma había vuelto al silencio. Trataba de ver a Ismênia. Fontes lo había enterado de su estado y el mayor sentíase de alguna manera ligado a la enfermedad de la joven. Vio a todos: a doña Maricota, siempre activa y diligente; a Lalá, arrancando con la mirada al novio de la conversación interminable, y a las otras que venían de vez en cuando, del salón comedor donde él estaba. Por fin, no se contuvo y preguntó. Supo que estaba en casa de la hermana casada y que estaba peor, cada vez más abismada en su manía y su cuerpo enflaqueciendo. El general le contó todo a Quaresma, con la mayor franqueza, y cuando acabó de contar su desgracia íntima, dijo con un largo suspiro:

—No sé, Quaresma... No sé.

Eran las diez cuando el mayor se despidió. Volvió en tranvía hacia la Ponta de Caju. Descendió y de inmediato se recogió en su cuarto. Venía lleno de esa perturbación especial que pone en nosotros el claro de luna que estaba bello, tierno, lechoso, esa noche. Es una emoción de desahogo del cuerpo, de casi desmayo; parece que nos quitaran el envoltorio material y quedáramos solamente alma, envueltos en una blanda atmósfera de sueños y quimeras. El mayor no recogía bien esa sensación trascendente, pero sufría sin percibir el efecto de la luz pálida y fría de ese claro de luna. Se recostó un poco, vestido, no por tener sueño sino en virtud de aquella dulce embriaguez que el astro le había puesto en los sentidos.

A poco, Ricardo vino a llamarlo: el mariscal estaba allí. Era su costumbre salir por la noche, a veces de madrugada, e ir de puesto en puesto. El hecho se difundió entre el público que lo apreciaba extraordinariamente, y el presidente tuvo así una prueba más para afirmar su fama de estadista consumado.

Quaresma vino a su encuentro. Floriano vestía sombrero de fieltro blanco, de anchas alas, y una corta levita sucia. Tenía un aire de malhechor o de jefe de familia ejemplar metido en aventuras extraconyugales.

El mayor lo saludó y lo informó del ataque que se le hiciera a su puesto, días pasados. El mariscal respondía con monosílabos perezosos, y miraba en derredor. Casi al despedirse, habló un poco más, diciendo lentamente, muy lentamente:

—Mandaré poner aquí un faro.

Quaresma lo acompañó hasta el tranvía. Atravesaron el viejo lugar de recreo de los emperadores. Un poco alejada de la estación, una locomotora, semientendida, jadeaba. Parecía roncar, durmiendo; los vagones pequeños, bañados por el claro de luna, muy quietos, sosegados, semejaban dormidos. Los añosos mangos, con ramas ausentes aquí y allá, parecían preciosamente espolvoreados con plata. La luna estaba magnífica. Los dos caminaban, y el mariscal preguntó:

—¿Cuántos hombres tienes?

—Cuarenta.

El mariscal masticó un "no es mucho"; y volvió a su mutismo. En un momento dado, Quaresma vio su rostro inundado por la luz lunar. Le pareció más simpática la fisonomía del dictador. Si le hablase...

Preparó la pregunta, pero no tuvo coraje para hacerla. Continuaron caminando. El mayor pensó: ¿qué tiene de malo? No es una falta de respeto. Se aproximaban al portón. En un momento dado, hubo un ruido detrás. Quaresma se volvió, pero Floriano casi no lo hizo.

Los edificios del aserradero parecían cubiertos de nieve, tan intenso era el blanco del claro de luna. El mayor continuó masticando su pregunta; urgía, era indispensable; el portón estaba a dos pasos. Cobró coraje, osó hablar, y dijo:

—¿Vuestra Excelencia ya leyó mi memorial, mariscal?

Floriano respondió lentamente, casi sin mover los labios:

—Lo leí.

Quaresma se entusiasmó:

—¿Ha visto Vuestra Excelencia qué fácil es levantar este país? Una vez que se corten todos aquellos impedimentos que yo señalé en el informe que Vuestra Excelencia tuvo la bondad de leer; cuando se corrijan los errores de una legislación defectuosa e inadaptable a las condiciones del país, Vuestra Excelencia verá que todo esto cambia, que en vez de ser tributarios de otros, tendremos nuestra independencia solidificada... Si Vuestra Excelencia quisiera...

A medida que hablaba, Quaresma más se entusiasmaba. No podía ver bien la fisonomía del dictador, encubierto como tenía ahora el rostro por las alas del sombrero de fieltro; pero si la hubiera podido ver, habría sentido frío, porque en su máscara había señales del más mortal disgusto. Aquel palabrerío de Quaresma, aquella apelación a la legislación, a medidas gubernamentales, iban a mover su pensamiento, por mucho que no lo quisiera. El presidente se disgustaba. En un momento dado, dijo:

—¿Pero tú piensas, Quaresma, que yo he de poner la azada en la mano de cada uno de estos vagos? No habría ejército que alcanzara...

Quaresma se asustó, titubeó, pero retrucó:

—Pero, no es eso, mariscal. Vuestra Excelencia con su prestigio y poder, es capaz de favorecer con medidas enérgicas y adecuadas la aparición de iniciativas, de encaminar el trabajo, de favorecerlo y tornarlo remunerativo... Bastaría, por ejemplo...

Cruzaron el portón de la vieja quinta de Pedro I. El claro de luna continuaba bello, plástico y opalescente. Un gran edificio inconcluso que había en la calle, ahora sí parecía finalizado, con vidrieras y puertas hechas con la luz de la luna. Era un palacio de sueño.

Floriano ya escuchaba a Quaresma muy disgustado. El tranvía llegó y se despidió del mayor, diciendo con su plácida voz:

—Tú, Quaresma, eres un visionario...

El tranvía. La luna poblaba los espacios, le prestaba fisonomía a las cosas, hacía nacer sueños en nuestra alma, llenaba la vida, en fin, con su luz prestada...

III

...Y SE TORNARON EN SEGUIDA SILENCIOSOS...

—Yo YA LO he probado todo, Quaresma, pero no sé... ¡no hay medio!

—¿Ya la llevó al médico especialista?

—Sí. ¡He recorrido médicos, espiritistas y hasta hechiceros, Quaresma!

Y los ojos del anciano se humedecieron por debajo del *pince-nez*. Los dos se habían encontrado en la oficina de pagos del ministerio de Guerra y venían por el campo de Sant'Ana, a pie, caminando con pasos pequeños y conversando. El general era más alto que Quaresma, y mientras éste tenía la cabeza sobre un alto cuello, aquél la tenía metida entre los hombros prominentes, como dos alones. Albernaz continuó:

—¡Y remedios! Cada médico receta una cosa: los espiritistas son los mejores, indican homeopatía; los hechiceros tisanas, rezos y sahumerios... ¡Yo no sé, Quaresma!

Y levantó los ojos al cielo, que estaba un tanto ceniciento. No se mantuvo mucho en esa postura, sin embargo; el *pince-nez* no se lo permitía y ya comenzaba a caerse.

Quaresma bajó la cabeza y caminó así un poco, mirando el granulado del granito del paseo. Levantó la mirada al cabo de algún tiempo, y dijo:

—¿Por qué no la interna en una casa de salud, general?

—Mi médico ya me aconsejó eso... Mi mujer no quiere, y ahora mismo, en el estado en que la niña está, ni vale la pena...

Hablaba de su hija, de Isménia, que en aquellos últimos meses había empeorado sensiblemente, no tanto en su enfermedad mental, sino en su salud física; vivía en la cama, siempre febril, languideciente, agonizante, marchando a grandes pasos hacia el frío abrazo de la muerte.

Albernaz decía la verdad; para curarla, tanto de su locura cuanto de su actual enfermedad interminante, había echado mano a todos los recursos, a todos los consejos señalados por quien quiera que fuese.

Era para hacer reflexionar ver a ese hombre, general, señalado para una carrera gubernamental, buscando médiums y hechiceros para sanar a su hija.

A veces hasta los llevaba a la casa. Los médiums llegaban hasta la joven, sufrían un estremecimiento, lo miraban con los ojos desorbitados, fijos, y gritaban: "¡Sal, hermano!", se sacudían las manos, frotaban el pecho de la muchacha de aquí para allá, rápida, nerviosamente, con la intención de descargar sobre ella los fluidos mágicos.

Los hechiceros tenían otros pases y las ceremonias para entrar en conocimiento de las fuerzas ocultas que nos rodean, eran lentas y prolijas. En general, eran negros africanos. Llegaban, encendían un fuego en la habitación, sacaban de un cesto un sapo envuelto en paja o alguna otra cosa rara, golpeaban con haces de hierbas, ensayaban pasos de danza y pronunciaban palabras ininteligibles. El ritual era complicado y tenía su duración.

A la salida, doña Maricota, la pobre, ya un poco disminuida en su actividad y diligencia, mirando tiernamente aquel gran rostro negro del hechicero, donde la barba blanca inspiraba mayor veneración y cierta grandeza, preguntaba:

—¿Entonces, tío?

El negro pensaba unos instantes como si estuviese recibiendo las últimas comunicaciones de lo que no se ve ni se percibe, y decía con su majestad de africano:

—Voy a ver, doña... Estoy *crotando* diablo...

Ella y el general habían asistido a la ceremonia con amor de padres, como así también con ese fondo de superstición que hay en casi todos nosotros, que los llevaba a mirarla con respeto, casi con fe.

—Entonces, ¿fue un hechizo lo que le hicieron a mi hija? —preguntaba la señora.

—Sí, así fue, señora.

—¿Quién?

—El santo no decir quién.

Y el negro oscuro, viejo esclavo, arrancado hacía un medio siglo de los confines del Africa, salía arrastrando su vejez y dejando en aquellos dos corazones una esperanza fugaz.

Era una situación singular la de aquel negro africano, que seguramente no había olvidado del todo aún los dolores de su largo cautiverio, echando mano a los residuos de sus ingenuas creencias tribales, residuos que a tan alto costo habían resistido su forzado trasplante hacia tierras de otros dioses, empleándolos en el consuelo de sus señores de otrora. Era como si los dioses de su infancia y de su raza, los sanguinarios ídolos del Africa indescifrable, quisieran vengarlo a la legendaria manera del Cristo de los Evangelios...

La enferma asistía a todo eso sin comprender y sin interesarse por aquellos gestos y pases de tan poderosos hombres que se comunicaban con los seres inmateriales, a los que tenían a sus órdenes, con las existencias por fuera y encima de la nuestra.

Caminando al lado de Quaresma, el general recordaba todo eso y tuvo un pensamiento amargo contra la ciencia, contra los espíritus, contra los he-

chizos, contra Dios que le iba arrancando de a poco a su hija, sin piedad ni conmiseración.

El mayor no sabía qué decir frente a aquella inmensa pena del padre y le parecía que cualquier palabra de consuelo sonaría torpe e idiota. Finalmente dijo:

—General, ¿usted me permite que yo la haga ver por un médico?

—¿Quién es?

—El marido de mi ahijada... usted lo conoce... Es joven, ¿quién sabe-No le parece que, a lo mejor... Puede ser, ¿no?

El general consintió y la esperanza de ver curada a su hija le suavizó las mejillas arrugadas. Cada médico que consultaba, cada espiritista, cada hechicero lo reanimaba, pues de todos ellos esperaba el milagro. Ese mismo día, Quaresma fue a buscar al doctor Armando.

La revuelta ya tenía más de cuatro meses de vida y la ventaja del gobierno era problemática. En el sur, la insurrección llegaba a las puertas de Sao Paulo, y sólo Lapa resistía tenazmente, una de las pocas páginas dignas y limpias de todo aquel chaparrón de pasiones. La pequeña ciudad tenía, dentro de sus trincheras, al coronel Comes Carneiro, una energía, una voluntad, verdaderamente eso, porque era sereno, confiable y justo. No se deshizo en violencias enloquecidas y supo volver a hacer verdad la gastada frase grandilocuente: resistir hasta la muerte.

La isla del Gobernador había sido ocupada y Majé tomado; los rebeldes, sin embargo, contaban con la vasta bahía y la apretada barra por donde salían y entraban, sin temer al estorbo de las fortalezas.

Las violencias, los crímenes que habían signado esos dos marcos de la actividad guerrera del gobierno, llegaban a oídos de Quaresma, y él sufría.

De la isla del Gobernador se hizo una verdadera mudanza de muebles, ropas y otros bienes. Lo que no podía ser transportado, era destruido por el fuego y por el machete.

La ocupación dejó allí la más execrable memoria y hasta hoy sus habitantes recuerdan dolorosamente a un capitán, patriótico o de la guardia nacional, llamado Ortiz, por su ferocidad y por su insoportable gusto por el saqueo y otras vejaciones. Pasaba un pescador, con una ristra de pescados, y el capitán llamaba al pobre hombre:

—¡Venga para aquí!

El hombre se aproximaba, amedrentado, y Ortiz le preguntaba:

—¿Cuánto quieres por eso?

—Tres *mil réis*, capitán.

El sonreía diabólicamente, y en forma familiar regateaba:

—¿No lo dejaría por menos?... Está caro... Es un pescado ordinario... ¡Son *carapehas*!

—Bien, capitán, va todo por dos mil quinientos.

—Llévelo para adentro.

Estaba en la puerta de la casa. El pescador volvía y se quedaba un tiempo de pie, demostrando que esperaba el dinero. Ortiz balanceaba la cabeza y decía, burlonamente:

—¿Dinero, eh? Vaya a cobrarle a Floriano.

Sin embargo, Moreira César dejó buena memoria de sí y aún hoy hay quien lo recuerda, agradecido por este o aquel favor que el famoso coronel le prestó.

Las fuerzas rebeldes parecían no haberse debilitado; sin embargo, habían perdido dos barcos, uno de ellos el *Javari*, cuya reputación era una de las más altas y consideradas entre los rebeldes. Las fuerzas de tierra lo detestaban particularmente. Era un monitor, chato, liso sobre el agua, una especie de saurio o quelonio de hierro, de construcción francesa. Su artillería era temida; pero lo que especialmente hacía que los adversarios lo odiasen era que casi ni tenía borda por encima del agua, haciéndole quedar casi al nivel del mar y así huir de los inseguros tiros desde tierra. Sus máquinas no funcionaban y la gran tortuga llegaba a colocarse en posición de combate con el auxilio de un remolcador.

Un día en que estaba en las proximidades de Villegagnon se fue a pique. No se supo, y hasta hoy no se aclaró, cuál fue el motivo. Los legalistas afirmaron que fue una bala de Gragoatá; pero los rebeldes aseguraron que fue la apertura de una válvula o algún otro accidente cualquiera.

Como el caso de su hermano *Solimões*, que desapareció en las costas del cabo Polonio, el fin del *Javari* aún permanece envuelto en el misterio.

Quaresma permanecía de guarnición en el Caju, y había venido a recibir dinero. Había dejado allí a Polidoro, pues los otros oficiales estaban enfermos o licenciados, y a Fontes que, siendo una especie de inspector general, al contrario de lo que eran sus hábitos, había dormido aquella noche en el pequeño pabellón imperial, e iba a quedarse allí hasta la tarde.

Ricardo Coração dos Outros, desde el día de la prohibición de tocar el violón, andaba melancólico. Le habían quitado la sangre, el motivo de vivir, y pasaba los días taciturno, apoyado en el tronco de un árbol, maldiciendo en el fondo de sí mismo la incompreensión de los hombres y los caprichos del destino. Fontes había notado su tristeza; y para aminorar su disgusto, había obligado a Bustamante a hacerlo sargento. No fue sin esfuerzo, pues el ex veterano del Paraguay era muy celoso de esa graduación y sólo la concedía como recompensa excepcional, o cuando le era requerida por personas importantes.

La vida del pobre trovador era así la de un pájaro enjaulado; de cuando en cuando se alejaba un poco y probaba su voz, para ver si aún la tenía y si no había huido con el humo de los disparos.

Quaresma, sabiendo que de esa manera el puesto estaba bien custodiado, resolvió demorarse un poco más, y luego de despedirse de Albernaz se encaminó a la casa de su compadre, a fin de cumplir la promesa que había hecho al general.

Coleoni aún no había decidido su viaje a Europa. Dudaba, esperando el final de la rebelión que no le parecía estar próximo. El nada tenía que ver con ella; hasta ese momento, a nadie le había dicho su opinión; y cuando era muy instado a hacerlo, apelaba a su condición de extranjero y se refugiaba en una prudente reserva. Pero aquella exigencia de pasaporte, otorgado en la jefatura de policía, lo asustaba. En aquellos tiempos, todos tenían miedo de tratar con las autoridades. Había tanta mala voluntad con los ex-

tranjeros, tanta arrogancia en los funcionarios, que no se animaba a ir para obtener el documento, por temor de que una palabra, una mirada, un gesto, fueran interpretados por cualquier funcionario celoso y delicado, llevándolo a sufrir algunos malos momentos.

La verdad es que él era italiano y que Italia ya le había hecho ver al dictador que era una gran potencia, pero en el caso que recordaba, se trataba de un marinero, por cuya vida troncada por una descarga de las fuerzas leales Floriano debió pagar la cantidad de cien *contos*. El, Coleoni, no era marinero y no sabía si, en el caso de ir preso, los representantes diplomáticos de su país se interesarían por su libertad.

Por lo demás, no habiendo protestado el mantenimiento de su nacionalidad, cuando el gobierno provisorio expidió el famoso decreto de naturalización, era bien posible que por una u otra parte se atuviesen a eso, para desinteresarse por él o mantenerlo en el famoso pabellón núm. 7 de la Correccional, transformada por un plumazo mágico en prisión del Estado.

La época era de susto y temor, y los que él mismo sentía solamente se los comunicaba a su hija, porque el yerno cada vez se hacía más florianista y jacobino, y de su boca muchas veces oía duras invectivas contra los extranjeros.

Y el doctor tenía razón; ya había obtenido una gracia gubernamental. Había sido nombrado médico del Hospital de Santa Bárbara, cubriendo la vacante de un colega, exonerado por razones de bien público, como sospechoso de haber ido a visitar a un amigo en la prisión. Sin embargo, como el hospital quedaba en la isla del mismo nombre, dentro de la bahía, frente a la Saúde, y Guanabara aún estaba en manos de los revoltosos, él no tenía nada que hacer, pues hasta ahora el gobierno no había aceptado sus ofrecimientos de auxiliar en el tratamiento de los heridos.

El mayor encontró a padre e hija en casa; el doctor había salido a dar una vuelta por la ciudad, y dar pruebas de su dedicación a la causa legal conversando con los más exaltados jacobinos del Café do Rio, sin olvidar tampoco un paseo por los corredores de Itamarati, haciéndose ver por los ujieres, secretarios y otras personas influyentes en el ánimo de Floriano.

La joven vio entrar a Quaresma con ese sentimiento extraño que su padrino le causaba últimamente, y que se tornaba más agudo cuando lo veía contar los casos guerreros de su destacamento, el paso de las balas, las descargas de las lanchas, natural y simplemente, como si fuesen episodios de una fiesta, de una justa, de una diversión cualquiera en la que la muerte no estuviera presente.

Tanto más cuanto que lo veía aprensivo, dejando percibir en una frase o en otra su desánimo y desesperanza.

La verdad es que el mayor tenía una espina clavada en el alma. La recepción de Floriano a sus sugerencias de reformas no era la que esperaban ni su entusiasmo y sinceridad, ni tampoco la idea que él se hacía del dictador. Había salido al encuentro de Enrique IV y de Sully y venía a toparse con un presidente que lo tildaba de visionario, que no evaluaba el alcance de sus proyectos, que ni siquiera los examinaba, desinteresado de las altas cosas de gobierno ¡como si no lo fueran!... Entonces, ¿era para sostener a un hom-

bre así que había dejado el sosiego de su casa y se arriesgaba en las trincheras? ¿Era, pues, por ese hombre que tanta gente moría? ¿Qué derecho tenía él de vida y muerte sobre sus conciudadanos, si no se interesaba por la suerte de ellos, por su vida feliz y próspera, por el enriquecimiento del país, el progreso de su agricultura y el bienestar de su población rural?

Pensando así, había momentos en que le entraba una mortal desesperación, y mucha furia contra sí mismo; pero en seguida consideraba: el hombre está perturbado, ahora no puede hacer nada; más tarde, con seguridad lo hará...

Vivía en esa alternativa dolorosa y era ella quien le traía las aprensiones, el desánimo y la desesperanza que su ahijada notaba en su fisonomía ya un poco hosca.

No pasó mucho tiempo, sin embargo, hasta que, abandonando los episodios de su vida militar, Quaresma explicara el motivo de su visita.

—Pero, ¿cuál de ellas? —preguntó su ahijada.

—La segunda, Ismênia.

—¿Aquella que estaba por casarse con el dentista?

—Esa misma.

—¡Ah!...

Ella pronunció ese "ahh" muy larga y profundamente, como si pusiera en él todo lo que quería decir sobre el caso. Veía bien qué era lo que causaba la desesperación de la joven, pero mejor aún veía la causa en esa obligación que incrustan en el espíritu de las niñas: que deben casarse a toda costa, haciendo del casamiento el polo y el fin de su vida, al punto de que quedar soltera parecía una deshonra, una injuria.

El casamiento ya no es amor, ni tampoco maternidad, nada de eso: es simplemente casamiento; algo vacío, sin fundamento en nuestra naturaleza ni en nuestras necesidades.

Gracias a la flojera, a la pobreza intelectual y la debilidad de la energía vital de Ismênia, aquella fuga del novio ciertamente se había transformado en la seguridad de que nunca más se casaría, y toda ella se abismó en esa idea desesperada.

Coleoni se enterneció mucho y se interesó en el caso. Siendo de buen natural, cuando luchaba por la fortuna se había hecho duro y áspero, pero tan pronto se vio rico, perdió la dureza de que se revistiera, pues se daba cuenta de que sólo se puede ser bueno cuando de alguna manera se es fuerte.

Ultimamente el mayor había disminuido un poco su interés por la joven; andaba atormentado por su caso de conciencia, pero sin embargo, aunque no tenía un constante y particular pensamiento acerca de la desdicha de la hija de Albernaz, la envolvía aún en su bondad general, amplia y humana.

No se demoró mucho en la casa del compadre; quería, antes de volver a Cajú, pasar por el cuartel de su batallón. Iba a ver si conseguía una pequeña licencia para visitar a la hermana, a la que dejara allí, en "El Sosiego", y de quien tenía noticias por carta unas tres veces por semana. Las noticias eran satisfactorias, sin embargo él tenía necesidad de verla a ella tanto cuanto a Anastácio, rostros con los que se encontraba diariamente desde hacía

tantos años, y cuya contemplación le hacía falta, y quizá le restituyera la calma y la paz del espíritu.

La última carta recibida de doña Adelaide tenía una frase que, en ese momento, recordaba sonriendo: "No te expongas mucho, Policarpo. Sé muy cauteloso". ¡Pobre Adelaide! ¿Pensaría que eso de las balas es como lo de las lluvias?...

El cuartel todavía quedaba en el viejo inquilinato clausurado por higiene, allá por el lado de Cidade Nova. Así que Quaresma apareció en la esquina, el centinela dio un gran grito e hizo bastante bulla con el arma; el mayor entró, sacándose el sombrero de la cabeza baja, pues estaba vestido de civil y había abandonado la galera por miedo de que ese traje hiriera las susceptibilidades republicanas de los jacobinos.

En el patio, el instructor cojo adiestraba a nuevos voluntarios y sus majestuosos y demorados gritos: "¡hombroooo... armas! ¡mediaaa vuelta... volver!" subían hasta el cielo y resonaban largamente por las paredes del inquilinato.

Bustamante estaba en su cubículo, más conocido por gabinete, irreproachable en su uniforme verde botella, con alamares dorados y vivos azul turquesa. Con auxilio de un sargento examinaba lo escrito en un libro cuartelero.

—¡Tinta roja, sargento! Así lo ordenan las instrucciones de 1864.

Se trataba de una enmienda o de cosa semejante.

Tan pronto vio a Quaresma entrar, el comandante exclamó, radiante:

—¡El mayor adivinó!

Quaresma apoyó plácidamente el sombrero, bebió un poco de agua, y el coronel Inocêncio explicó su alegría:

—¿Sabe que tenemos que marchar?

—¿Adónde?

—No sé... Recibí órdenes de Itamarati.

El nunca decía "del cuartel general", ni siquiera "del ministro de Guerra"; sino de Itamarati, del presidente, del jefe supremo. Parecía que así daba más importancia a sí mismo y a su batallón, lo tornaba una especie de batallón de la custodia, favorito y amado del dictador.

Quaresma no se asustó ni se disgustó. Percibió que era imposible obtener la licencia y que también era necesario cambiar sus estudios: de la artillería tenía que pasar a la infantería.

—Usted, mayor, es quien va a comandar el cuerpo, ¿lo sabía?

—No, coronel. ¿Y usted no va?

—No —dijo Bustamante, alisándose la barbita mosaica y abriendo la boca hacia la izquierda—. Tengo que terminar la organización de la unidad y no puedo... No se asuste, más tarde iré por allá...

Comenzaba la tarde cuando Quaresma salió del cuartel. El instructor cojo continuaba, con fuerza, majestad y lentitud, gritando: "¡hom-broooo... armas!". El centinela no pudo hacer la misma bulla que a su entrada, porque sólo vio al mayor cuando ya iba lejos. El descendió hasta la ciudad y fue al correo. Había algunos tiros espaciados; en el Café do Rio, los levitas continuaban cambiando ideas para la consolidación definitiva de la República.

Antes de llegar al correo, Quaresma recordó su partida. Corrió a una librería y compró libros sobre infantería; también los precisaba sobre reglamentos: ¿los conseguiría en el cuartel general?

¿Hacia dónde iba? ¿Hacia el Sur, para Majé, para Niterói? No lo sabía... No lo sabía... ¡Ah! ¡Si eso sirviese para la realización de sus sueños y deseos! Pero ¿quién sabe?... Podría ser... tal vez... Más tarde...

Y pasó el día atormentado por la duda acerca del buen empleo de su vida y de sus energías.

El marido de Olga no puso inconvenientes en ir a ver a la hija del general. Llevaba la íntima convicción de que toda su ciencia nueva podría hacer algo; pero no sucedió así.

La joven continuaba muriéndose, y si bien la manía aparecía un poco atenuada, su organismo caía. Estaba delgada, débil, al punto de casi no poder sentarse en la cama. Era su madre quien más tiempo estaba junto a ella; las hermanas se desinteresaban un poco, pues las exigencias de su juventud las llevaban hacia otros lados.

Doña Maricota, habiendo perdido todo aquel antiguo fervor por las fiestas y bailes, estaba siempre en el cuarto de su hija, consolándola, animándola, y a veces, cuando la miraba mucho, se sentía un poco culpable de su infelicidad.

La enfermedad había dado más firmeza a los trazos de Ismênia, le había disminuido la lasitud, quitado el brillo mortecino de los ojos, y sus lindos cabellos castaños, con reflejos dorados, se hacían más bellos cuando rodeaban la palidez de su rostro.

Era raro que conversara mucho; y así fue que aquel día se asustó mucho doña Maricota con la locuacidad de su hija.

—Mamá, ¿cuándo se casa Lalá?

—Cuando se acabe la revolución.

—¿Todavía no terminó?

La madre le respondió y ella estuvo un instante callada, mirando el techo, y después de esa contemplación le dijo a la madre:

—Mamá... Me voy a morir...

Las palabras salieron de sus labios seguras, suaves y naturales.

—No digas eso, hija mía —adelantóse doña Maricota—. ¡Qué vas a morir! Vas a curarte; tu padre va a llevarte a Minas; allí engordarás, cobrarás fuerzas...

La madre decía todo eso lentamente, acariciándole el rostro con la mano, como si hablara con una criatura. Ella escuchaba todo pacientemente y a su vez volvió, serenamente:

—¡No mamá! Yo lo sé: voy a morir, y te pido una cosa...

La madre se asustó por la seriedad y firmeza de su hija. Miró alrededor, vio la puerta semiabierta y se levantó para cerrarla. Aún quiso ver si la disuadía de ese pensamiento; Ismênia, sin embargo, continuaba repitiendo paciente, suave, serenamente:

—Lo sé, mamá.

—Bien. Supongo que es verdad: ¿qué es lo que tú quieres?

—Mamá, quiero ir vestida de novia.

Doña Maricota aún quiso bromear, jugar, no obstante, la hija se volvió hacia el otro lado y se durmió, con una leve respiración espaciada. La madre salió del cuarto conmovida, con lágrimas en los ojos y la secreta certeza de que su hija decía la verdad.

No demoró mucho en verificarse esto. El doctor Armando la había visitado aquella mañana por cuarta vez; ella parecía mejor desde hacía algunos días, hablaba con discernimiento, sentábase en la cama y conversaba con placer.

Doña Maricota tuvo que hacer una visita y dejó a la enferma entregada a las hermanas. Fueron a su cuarto varias veces y parecía dormir. Se distrajeron.

Ismênia despertó; por entre la puerta de su guardarropas vio su vestido de novia. Tuvo deseos de verlo más de cerca. Se levantó descalza y lo extendió en la cama para contemplarlo. Tuvo el deseo de ponérselo. Se puso la falda; y ahí le vinieron recuerdos de su fallido casamiento. Recordó a su novio, su nariz tan huesuda y los ojos desorbitados de Cavalcanti; pero no lo recordó con odio, antes bien, como si se tratara de algo visto hacía ya mucho tiempo y que la hubiese impresionado.

A quien recordaba con rabia era a la cartomántica. Eludiendo a su madre, acompañada por una criada había conseguido consultar a Madame Sinhá. Con qué indiferencia le había respondido: "¡no vuelve!". Aquello le dolió... ¡Qué mujer mala! Desde ese día... ¡Ah!... Acabó de abotonarse la falda encima del corpiño, pues no había encontrado el corsé; y fue hasta el espejo. Vio sus hombros desnudos, su cuello muy blanco... Se sorprendió. ¿Todo eso era de ella? Se palpó un poco y después se colocó la corona. El velo le acarició cariñosamente la espalda, como un aleteo de mariposa. Sintió un desfallecimiento, algo, lanzó un ¡ay! y cayó de espaldas en la cama, con las piernas hacia afuera... Cuando la fueron a ver estaba muerta. Aún tenía la corona en la cabeza y un seno, muy blanco y redondo, saltaba fuera del corpiño.

El entierro fue al día siguiente y la casa de Albernaz estuvo dos días llena de gente, como en los días de sus mejores fiestas.

Quaresma fue al entierro; a él no le gustaban esas ceremonias; pero fue para ver a la pobre muchacha en el cajón, cubierta de flores, vestida de novia, con el aire inmaculado de una imagen. Sin embargo, poco había cambiado. Era ella misma; era la Ismênia doliente y pobre de nervios, con sus trazos menudos y sus lindos cabellos quien estaba dentro de aquellas cuatro tablas. La muerte había fijado su pequeña belleza y su aspecto pueril; y ella iba hacia el sepulcro con la insignificancia, la inocencia y la falta de acento propio que había tenido en vida.

Contemplando aquellos tristes restos, Quaresma vio el furgón de la carroza fúnebre parar en la puerta del cementerio, cruzar las calles de tumbas —una multitud que trepaba, se tocaba, luchaba por obtener espacio en la estrechez de la planicie y en las laderas de las colinas—. Algunas sepulturas se miraban con afecto y querían aproximarse; en otras, se transparentaba la repugnancia por estar cerca. Había allí, en aquel mudo laboratorio de descomposiciones, solicitudes incomprensibles, repulsiones, simpatías y antipatías; había tum-

bas arrogantes, vanidosas, orgullosas, humildes, alegres y tristes; y de muchas de ellas rezumaba el esfuerzo, un esfuerzo extraordinario para escapar al nivelamiento de la muerte, al apagón que trae a las condiciones y las fortunas.

Quaresma aún contemplaba el cadáver de la joven y el cementerio surgía ante sus ojos con las esculturas que se amontonaban, con vasos, cruces e inscripciones en algunos sepulcros; en otros, eran pirámides de piedras toscas, retratos, pérgolas extravagantes, complicados ornatos, cosas barrocas y delirantes, para huir al anonimato de la tumba, en el final de los finales.

Las inscripciones son excesivas: son largas, son breves; tienen nombres, fechas, apellidos, filiaciones, todas las certificaciones de la edad del muerto que, allá abajo, ya no se puede reconocer y es solamente barro podrido.

Y se siente la desesperación de no encontrar un nombre conocido, ni una celebridad, una notabilidad, uno de esos nombres que llenan décadas y, a veces, ya muertos, parecen continuar viviendo. Todo es desconocido; todos aquellos que quieren huir de la tumba hacia la memoria de los vivos, son felices anónimos y mediocres existencias que pasaron por el mundo sin ser notadas.

¡Y allá iba aquella joven hacia el agujero oscuro, hacia el fin, sin dejar en la vida una huella más honda de su persona, de sus sentimientos, de su alma!

Quaresma quiso alejar esa triste visión y se encaminó hacia el interior de la casa. El había estado en el salón, donde también estaba doña Maricota rodeada de otras señoras amigas que nada le decían. Lulu, con uniforme del colegio, luto en el brazo, dormitaba en una silla. Las hermanas iban y venían. En el comedor estaba el general, silencioso, a su lado Fontes y otros amigos.

Caldas y Bustamante conversaban en voz baja, alejados; y cuando Quaresma pasó, pudo escuchar al almirante decir:

—¡Qué va! Dentro de poco los hombres están aquí... El gobierno está exhausto.

El mayor se quedó en la ventana que daba hacia el patio. El tejido del cielo se había adelgazado: el azul estaba sedoso y fino; y todo tranquilo, sereno y calmo.

Estefânia, la doctora, la de ojos maliciosos y ardientes, pasó llevando a su lado a Lalá, que de cuando en cuando se llevaba el pañuelo a los ojos ya secos, y a quien le decía:

—Yo, si estuviera en tu lugar, no compraba allí... ¡Es caro! Ve al *Bonheur des Dames*... Dicen que tienen cosas buenas, verdaderas pichinchas.

El mayor volvió a contemplar de nuevo el cielo que cubría la pequeña quinta. Tenía una tranquilidad casi indiferente. Genelício apareció excesivamente fúnebre. Todo de negro, había pegado al rostro la más profunda máscara de tristeza. Hasta su *pince-nez* azulado parecía de luto.

No le había sido posible dejar de ir a trabajar; un trabajo urgente lo había hecho indispensable en la oficina.

—Es esto, general —dijo él—, no está el doctor Genelício y no se hace

nada... No hay manera de que la Marina mande los procesos en forma... Es un desorden...

El general no respondió; estaba realmente destruido. Bustamante y Caldas continuaban conversando en voz baja. Se escuchó el rodar de un carruaje en la calle. Quinota llegó al comedor:

—Papá, ahí está el coche.

El anciano se levantó con esfuerzo y fue hacia el salón. Habló con su mujer que se incorporó con el rostro contraído, expresando una gran contención. Sus cabellos ya tenían muchos hilos de plata. No dio un paso; estuvo un instante de pie y luego cayó en la silla, llorando. Todos miraban sin saber qué hacer; algunos lloraban; Genelicio tomó partido: fue retirando los cirios de alrededor del féretro. La madre se levantó, fue hasta el cajón, y besó el cadáver: "¡hija mía!".

Quaresma se adelantó y fue saliendo con el sombrero en la mano. En el corredor aún escuchó a Estefânia decirle a alguien: "Es bonito el coche".

Salió. En la calle parecía que había fiesta. Los niños de la vecindad rodeaban el coche fúnebre y hacían inocentes comentarios sobre los dorados y los adornos. Fueron apareciendo las coronas de flores, y las colgaban en las extremidades de las columnas del coche: "A mi querida hija", "A mi hermana". Las cintas violetas y negras, con letras doradas, se movían lentamente al leve viento que soplaba.

Apareció el féretro, todo violeta, con guarniciones de galones dorados, muy brillantes. Todo aquello iba a la tierra. Las ventanas se poblaron, de uno y otro lado de la calle; un niño de la casa próxima, gritó desde la calle hacia el interior: "¡Mamá, allá va el entierro de la señorita!".

Finalmente el cajón fue amarrado fuertemente en el coche fúnebre, cuyos caballos parduscos, cubiertos con una red negra, escarbaban el suelo llenos de impaciencia.

Aquellos que iban a acompañar el entierro hasta el cementerio, buscaban sus carruajes. Subieron todos, y el cortejo se puso en marcha.

En ese momento, en la vecindad, algunos palomos inmaculadamente blancos, las aves de Venus, levantaron vuelo, aleteando estrepitosamente; dieron una vuelta por encima del coche y volvieron luego silenciosos, casi sin batir las alas, hacia el palomar que se ocultaba entre las quintas burguesas...

IV

EL BOQUEIRÃO

LA QUINTA de Quaresma, en Curuzu, volvía de a poco al estado de abandono en que él la había encontrado. Sus plantaciones habían desaparecido por la invasión de hierbas, de ortigas y matorrales. Los alrededores de la casa ofrecían un aspecto desolador, a pesar de los esfuerzos de Anastácio, siempre vigoroso y trabajador en su fuerte vejez africana, pero falto de iniciativa, de método, de continuidad en el esfuerzo.

Un día carpía aquí, otro día otro pedazo allá, y así iba saltando de trecho en trecho, sin hacer trabajo que se notara, permitiendo que las tierras y los alrededores de la casa adquirieran un aspecto desprolijo que no estaba de acuerdo con su trabajo efectivo.

También volvieron las hormigas, más terribles y depredadoras, venciendo obstáculos, devastándolo todo, restos de sembrados, brotes de frutales, hasta desplumaban los *araçazeiros*, con una energía y bravura que se reían de los débiles artificios de la inteligencia chamuscada del ex esclavo, incapaz de encontrar medios eficaces para derrotarlas o ahuyentarlas.

Mientras tanto, él continuaba con los cultivos. Era su manía, su vicio, la obstinación del débil. Tenía una huerta que disputaba diariamente a las *saúvas*; y como los animales de la vecindad un día la invadieron, la protegió pacientemente con un cerco de los materiales más inconcebibles: latas de kerosene abiertas, vigas buenas, hojas de cocoteros, tablas de cajones, y eso a pesar de tener a mano los bambúes que quisiera.

En su inteligencia había una necesidad de lo tortuoso, de lo aparentemente fácil; en todo ponía ese aspecto de su psiquis, tanto en el hablar, con grandes rodeos, como en los canteros que trazaba, irregulares, mayores aquí, menores allá, huyendo a la regularidad, al paralelismo, a la simetría, con un horror por lo artístico.

La rebelión había tenido un efecto pacificador sobre la política local. Todos los partidos se hicieron devotamente oficialistas, de manera que entre los dos poderosos contendores, el doctor Campos y el teniente Antonino, hubo un lazo de unión que los reconcilió y los hizo entenderse. Al hueso que ambos disputaban encarnizadamente, llegó otro más fuerte y que puso en peligro la seguridad de ambos y ellos se pusieron a la expectativa, unidos por un instante.

El candidato fue impuesto por el gobierno central y las elecciones llegaron. Es un momento bien curioso ese de las elecciones en el campo. No se sabe bien de dónde salen tantos tipos exóticos. Son tan exquisitos, que se puede esperar que aparezcan calzones y volantes de encaje, espadines o jubón. Hay casacas hasta la cintura, hay pantalones de boca anchísima, hay sombreros de seda, todo un museo de la indumentaria que esos campesinos visten y hacen vivir por un instante entre las calles agujereadas y los caminos polvorientos de los pueblos y villorrios. Tampoco faltan los valentones con sus pantalones-bombacha y grandes bastones de madera de *pequiá*, a la espera de lo que se diera y viniera.

Para la monótona vida que llevaba doña Adelaide, ese desfile de maniqués de museo frente a su puerta, en dirección a la oficina electoral que quedaba en las proximidades, fue una diversión. Pasaba largos y tristes días en aquel aislamiento. Desde hacía mucho le hacía compañía la mujer de Felizardo, Sinhá Chica, una vieja *cafuza*,¹ especie de Medea esquelética, cuya fama de rezadora corría por todo el municipio. No había quien, como ella, supiese rezar para dolores, para cortar fiebres, para curar *cobreoros* y que conociera los efectos de las hierbas medicinales: la *lengua de vaca*, la *silvina*, el *copó-chumbo*, toda aquella droguería que crecía por los campos, por las *capoeiras*,² y por los troncos de los árboles.

Además de ese saber que la hacía estimada y respetable, también tenía la habilidad de asistir partos. En los alrededores, entre la gente pobre y aun entre la mejor provista, todos los nacimientos se hacían bajo los cuidados de sus luces.

Era de ver cómo cogía un cuchillo y agitaba el pequeño instrumento doméstico en cruz, repetidas veces, sobre el lugar del dolor o del trabajo, rezando en voz baja, balbuceando preces que ahuyentaran a los espíritus malignos que allí estaban. De ella se contaban milagros, triunfos extraordinarios, denotadores de su extraño poder casi mágico sobre las fuerzas ocultas que nos persiguen o nos auxilian.

Uno de los más curiosos, y que se contaba en todas partes y a toda hora, consistía en el alejamiento de las orugas. Los gusanos habían dado con una plantación de *feijão*, cubriendo las hojas y los tallos; ya desesperaba el propietario y daba todo por perdido, cuando recordó los maravillosos poderes de Sinhá Chica. Allí fue la vieja. Puso cruces de ramas secas por las orillas del sembrado, como quien hace una cerca de material invisible apoyado en

¹ *Cafuza*: hija de negro y mulata o mestizo de negra e indio.

² *Capoeira*: bosque virgen que se derriba para leña o simplemente para cultivar el terreno.

ellas: dejó una extremidad abierta y se colocó en la opuesta, rezando. No tardó en producirse el milagro. Los gusanos, como un rebaño lerdo y serpenteante, como si estuvieran tocados por la vara de un pastor, fueron saliendo ante ella, despacio, de a dos, de a cuatro, de a cinco, de a diez, de a veinte, hasta que ni uno solo quedó.

El doctor Campos no tenía absolutamente ninguna clase de celos por esta rival. Se armó de un pequeño desdén por el poder sobrehumano de la mujer, pero nunca apeló a su arsenal de leyes que vedaban el ejercicio de su trascendente medicina. Eso haría la impopularidad, y él era un político.

En el interior, y no es preciso alejarse mucho de Río de Janeiro, las dos medicinas coexisten sin odio, y ambas atienden a las necesidades mentales y económicas de la población.

La de Sinhá Chica, casi gratuita, iba al encuentro de la población pobre, aquella en cuyos cerebros, por contagio o herencia, aún viven los *manitus*¹ y *manipansos*,² sujetos que huyen a los exorcismos, bendiciones y sahumerios. Sin embargo, su clientela no se reducía solamente a la gente pobre de la tierra, allí nacida o criada; también había recién llegados de otros aires, italianos, portugueses y españoles, que se socorrían con su sobrenatural fuerza, no tanto por el precio o por el contagio de las creencias ambientales, sino también por aquella extraña superstición europea de que todo negro o gente de color penetra en las cosas malignas y es sagaz para descubrirlas y ejercer la hechicería.

En tanto la terapéutica fluídica o herbácea de Sinhá Chica atendía a los miserables, a los pobretones, la del doctor Campos era requerida por los más cultos y ricos, cuya evolución mental exigía la medicina regular y oficial.

A veces, uno de un grupo se pasaba para el otro; era en las enfermedades graves, en las complicadas, en las incurables, cuando las hierbas y los rezos de la milagrosa nada podían, o los jarabes y las píldoras del doctor eran impotentes.

Sinhá Chica no era una compañera muy agradable. Vivía siempre sumergida en su sueño divino, abismada en los misteriosos poderes de los hechizos, sentada sobre sus piernas cruzadas, con los ojos bajos, fijos, de brillo débil, que parecía esmalte de ojos de momia, tan seca y retorcida era. Tampoco olvidaba a los santos, la santa madre Iglesia, los mandamientos y las oraciones ortodoxas; aunque no supiera leer, era fuerte en catecismo y conocía la historia sagrada por fragmentos, agregándole interpretaciones suyas e interpolaciones pintorescas.

Junto a Apolinário, el famoso capellán de las letanías, ella era el fuerte poder espiritual de la tierra. El vicario quedaba relegado a un papel de funcionario, especie de oficial de registro civil, encargado de los bautismos y casamientos, pues toda la comunicación con Dios y lo Invisible se hacía por intermedio de Sinhá Chica, o de Apolinário. Es un deber hablar de casamientos, aunque bien podrían ser olvidados, porque nuestra gente pobre hace

¹ *Manitú*: nombre que los indígenas de América del Norte dan a las divinidades.

² *Manipanso*: ídolo africano; fetiche.

un reducido uso de tal sacramento y la simple mancebía sustituye en todas partes a la solemne institución católica.

Felizardo, su marido, aparecía poco en casa de Quaresma; y si aparecía era por la noche, pasando los días en los matorrales por miedo al reclutamiento, y en seguida que llegaba preguntaba a la mujer si el lío ya había terminado.

Vivía en constante terror; dormía vestido, saltando por la ventana y enredándose por la *capoeira* al menor ruido.

Tenían dos hijos, pero ¡qué tristeza de gente! Unían a la depresión moral de los padres una pobreza de vigor físico y una indolencia repugnante. Eran dos muchachos: el mayor, José, andaba por los veinte años; ambos inertes, blandos, sin fuerzas ni creencias, ni siquiera en la hechicería, en los rezos y bendiciones que hacían el encanto de la madre y el respeto del padre.

No hubo quien los hiciera aprender nada ni los sujetase a un trabajo continuo. De vez en cuando, algo así como cada quince días, cortaban leña y la vendían al primer tabernero por la mitad de su valor; volvían a casa alegres, satisfechos, con un pañuelo de colores vivos, un frasco de perfume, un espejo, adornos que denunciaban aún en ellos gustos bastante salvajes.

Entonces pasaban una semana en casa, durmiendo o deambulando por los caminos y bares; por la noche, casi siempre en los días de fiesta y domingos, salían con la armónica a tocar música, en lo que eran eximios, siendo su presencia muy solicitada en los bailes del vecindario.

Aunque sus padres vivían en casa de Quaresma, raramente aparecían por allí; y si lo hacían era porque no tenían nada para comer. Llevaban el descuido por la vida, la imprevisión, hasta el punto de no temer la leva. Sin embargo, eran capaces de dedicación, de lealtad y bondad, pero no del trabajo continuado, de todos los días, que repugnaba a su naturaleza tanto cuanto una pena o un castigo.

Esa atonía de nuestra población, esa especie de desánimo enfermizo, de indiferencia nirvanésca por todo y por todas las cosas, rodean de un clima de tristeza desesperada a nuestro campo y le arrancan el encanto, la poesía y la lozanía seductora de la naturaleza plena.

Parecería que ninguno de los grandes países oprimidos, Polonia, Irlanda o la India, presentara el aspecto cataléptico de nuestro interior. Todo ahí duerme, dormita, parece muerto; en aquéllos hay rebelión, hay fuga hacia el sueño; en el nuestro ¡oh!... se duerme...

La ausencia de Quaresma trajo a su quinta esa atmósfera general del campo. "El Sosiego" parecía dormir, dormir bajo un encantamiento, a la espera de que el príncipe lo viniera a despertar.

Máquinas agrícolas que aún no habían trabajado se herrumbraban con la etiqueta de la casa. Aquellos arados de punta de acero, que habían llegado con su reja reluciente, de un brillo azulado y suave, estaban estropeados y morían de tedio en el abandono en que yacían, levantándose angustiosamente hacia el cielo mudo. Por la mañana, ya no se escuchaba el cacarear de las aves en el gallinero, el revolotear de los palomos, todo ese himno matinal de vida, de trabajo, de abundancia, ya no se encontraba con las auroras rosadas y con el parloteo del pajarerío; y nadie sabía ver las *paineiras* en flor, con sus

lindas flores rosadas y blancas que, a intervalos, caían suavemente como aves heridas.

Dofia Adelaide no tenía ni gusto ni actividad para supervisar aquellos trabajos y disfrutar de la poesía campesina. Sufría con la separación del hermano y vivía como si estuviera en la ciudad. Compraba los artículos necesarios en el almacén y no se molestaba por las cosas de la quinta.

Ansiaba el regreso del hermano; le escribía cartas desesperadas, que él respondía aconsejando calma, haciendo promesas. La última que había recibido, sin embargo, súbitamente traía otro acento; ya no estaba confiado, entusiasmado, aparecía el desánimo, el desaliento, hasta la desesperación.

"Querida Adelaide. Sólo ahora puedo responderte la carta que recibí hace casi dos semanas. Justamente cuando ella llegó a mis manos acababa de ser herido, una herida ligera, es verdad, pero que me llevó a la cama y me trae una larga convalecencia. ¡Qué combate, hija mía! ¡Qué horror! Cuando me acuerdo de él, paso las manos por los ojos como para alejar una mala visión. He quedado con un horror a la guerra que nadie puede imaginar... Una confusión, un infernal zumbir de balas, claridades siniestras, imprecaciones, y todo esto en medio de las tinieblas profundas de la noche... Hubo momentos en que se abandonaron las armas de fuego; nos batíamos a bayoneta, a culatazos, a machetazos, a cuchilladas. Hija: un combate de trogloditas, una cosa prehistórica... Dudo, dudo, dudo de la justicia de todo esto, dudo de su razón de ser, dudo de que sea cierto y necesario ir a arrancar del fondo de todos nosotros la ferocidad adormecida, aquella ferocidad que se hizo y se depositó en nosotros en los milenarios combates con las fieras, cuando disputábamos la tierra con ellas... Yo no vi hombres de hoy; vi hombres de Cro-Magnon, de Neanderthal armados con machetes de sílex, sin piedad, sin amor, sin sueños generosos, dispuestos a matar, siempre a matar... Este hermano tuyo que estás viendo, también hizo de las suyas, también descubrió dentro de sí mismo mucha brutalidad, mucha ferocidad, mucha crueldad... Maté, hermana mía; ¡maté! Y no contento con matar; aun descargué un tiro cuando el enemigo jadeaba a mis pies... ¡Perdóname! Yo te pido perdón, porque necesito perdón y no sé a quién pedirselo, a qué Dios, a qué hombre, a cualquiera en fin... No imaginas cómo me hace sufrir esto... Cuando caí debajo de una carreta, lo que me dolía no era la herida, era el alma, era la conciencia; y Ricardo, que fue herido y cayó a mi lado, gimiendo y pidiendo, "¡capitán, mi gorra, mi gorra!" parecía que era mi propio pensamiento que ironizaba mi destino...

Esta vida es absurda e ilógica; yo ya tengo miedo de vivir, Adelaide. Tengo miedo porque no sabemos para dónde vamos, lo que haremos mañana, de qué manera habremos de contradecirnos de sol a sol...

Lo mejor es no actuar, Adelaide; y desde que mi deber me deje libre de estos trabajos, iré a vivir en la quietud, en la quietud más absoluta posible, para que desde el fondo de mí mismo o del misterio de las cosas, nada provoque mi acción o la aparición de energías extrañas a mi voluntad, que me hagan sufrir más y me quiten el dulce sabor de vivir...

Además, pienso que todo este sacrificio mío ha sido inútil. Todo lo que puse en él de pensamiento no se obtuvo; y la sangre que derramé, y el

sufrimiento que voy a sufrir toda la vida, fueron empleados, fueron gastados, fueron arruinados, fueron vilipendiados y desmoralizados en pro de una tontería política cualquiera...

Nadie comprende lo que quiero, nadie desea penetrar y sentir; paso por loco, tonto, maniático, y la vida se va haciendo, inexorablemente, con su brutalidad y su fealdad."

.....

Como Quaresma decía en su carta, su herida no era grave, pero sí delicada, y exigía tiempo para una cura completa y sin peligros. También Ricardo había sido herido, pero más gravemente. Y si el sufrimiento de Quaresma era profundamente moral, el de Coração dos Outros era físico y no se cansaba de gemir e imprecicar contra la suerte que lo había arrastrado a la posición de combatiente.

Los hospitales en que se trataban estaban separados por la bahía, ahora transitable, viaje que exigía de una orilla a la otra unas doce horas por ferrocarril.

Tanto a la ida como a la vuelta, herido como estaba, Quaresma había pasado por la estación en la que vivía. Sin embargo, el tren no se detenía, y él se limitó a echar por la portezuela una larga y nostálgica mirada hacia aquel su "Sosiego", de tierras pobres y árboles viejos, donde soñaba reposar calmamente para toda la vida; y que sin embargo lo había lanzado a la más terrible de las aventuras.

Se preguntaba dónde, en la tierra, estaba el verdadero sosiego, dónde se podría encontrar ese reposo de alma y cuerpo que tanto ansiaba, después de las sacudidas por las que venía pasando, ¿dónde? Y el mapa de los continentes, las cartas de los países, los planos de las ciudades, le pasaban por los ojos sin ver si un país, una provincia, una ciudad, o una calle donde lo hubiere.

Su sensación era de fatiga, no física, sino moral e intelectual. Tenía ganas de no pensar más, de no amar más; sin embargo, quería vivir por placer físico, por la sensación material pura y simple de vivir.

Así convaleció largamente, con lentitud, melancólicamente, sin una visita, sin ver un rostro amigo.

Coleoni y la familia se habían ido; el general, por pereza y desgano no había venido a verlo. Vivía solo, envuelto en la suavidad de la convalecencia, pensando en el Destino, en su vida, en sus ideas y más que todo en sus desilusiones.

No obstante, la rebelión llegaba a su fin; todos lo presentían y querían ese alivio.

El almirante y Albernaz, ambos por los mismos motivos, observaban ese final con tristeza. El primero veía huir su sueño de comandar una escuadra y la consiguiente vuelta a la actividad; y el general sentía perder su comisión, cuyos ingresos habían hecho mejorar la situación de la familia de manera tan notable.

Esa mañana, bien temprano, doña Maricota despertó a su marido:

—¡Chico, levántate! Mira que tienes que ir a la misa del senador Clarimundo...

Escuchando la recomendación de la mujer, Albernaz se levantó en seguida del lecho. Era necesario no faltar. Su presencia se imponía y significaba mucho. Clarimundo había sido un republicano histórico, agitador, tribuno, temido en tiempos del Imperio; después de la República, sin embargo, no había presentado a sus pares del Senado nada útil ni beneficioso. Aun así, su influencia había continuado siendo grande; y con varios otros era llamado patriarca de la República. Hay en los próceres republicanos una necesidad extraordinaria de ser gloriosos y no olvidados por el futuro, al que ellos se encomiendan con obstinado interés.

Clarimundo era uno de esos próceres, y durante la conmoción, no se sabía bien por qué, su prestigio creció y ya se hablaba de él para sustituir al mariscal. Albernaz lo había conocido vagamente, pero asistir a su misa era casi una afirmación política.

El dolor de la muerte de su hija ya se había diluido mucho en su memoria. Lo que lo hacía sufrir era aquella semivida de la joven, sumergida en la locura y en la enfermedad. La muerte tiene la virtud de ser brusca, de chocar, pero no corroe como esas enfermedades duraderas de las personas amadas; pasado el choque, va quedando en nosotros un suave recuerdo del ser querido, una buena imagen siempre presente a nuestros ojos.

Eso pasaba con Albernaz, y su satisfacción de vivir y su jovialidad natural fueron volviendo insensiblemente.

Obediente a su mujer, se preparó, se vistió y salió. En tanto continuaba la revolución, esos oficios fúnebres se hacían en las iglesias del centro de la ciudad. El general llegó a tiempo y a la hora. Había uniformes y galeras y todos se apretujaban para firmar las listas de asistencia. No tanto para atestiguar a la familia del muerto ese acto delicado, sino dominados, además, por la esperanza de ver sus nombres en los diarios.

Albernaz no dejó de arrojarle también sobre una de las listas que andaban por las mesas de la sacristía; y cuando iba a firmar, alguien le habló. Era el almirante. La misa estaba por comenzar, pero ambos evitaron entrar en la nave llena, y se quedaron junto a una ventana, en la sacristía, conversando.

—Entonces, todo se acaba pronto, ¿no?

—Dicen que la escuadra ya salió de Pernambuco.

Había sido Caldas quien habló primero y la respuesta del general lo hizo sonreír irónicamente, diciendo:

—En fin...

—La bahía está cercada de cañones —continuó el general, después de una pausa—, y el mariscal va a intimarlos a rendirse.

—Ya era tiempo —dijo Caldas—... Conmigo la cosa ya estaría terminada... ¡Llevar casi siete meses para ponerle fin a esos trastos viejos!...

—Usted exagera, Caldas; la cosa no era tan fácil... ¿Y el mar?

—¿Y qué hizo la escuadra tanto tiempo en Recife, me quieres decir? ¡Ah! Si el asunto hubiese sido con este servidor, en seguida hubiera partido y atacado... Yo estoy por las decisiones rápidas. .

El padre, en el interior de la iglesia, continuaba pidiendo a Dios reposo para el alma del senador Clarimundo. El místico olor del incienso llegaba hasta ellos y el votivo perfume, votivo al Dios de la paz y de la bondad, no los arrancaba de sus pensamientos guerreros.

—Entre nosotros —adujo Caldas—, ya no hay gente que sirva... Este es un país perdido, acabará siendo una colonia inglesa...

Se alisó nerviosamente sus bigotes y estuvo mirando un instante el ladrillo del piso. Albernaz avanzó, medio sarcástico:

—Ahora no; ahora la autoridad está prestigiada, consolidada, y una era de progreso va a abrirse para el Brasil.

—¿Qué? ¿Dónde vio usted que un gobierno?...

—¡Más bajo, Caldas!

—¿...dónde se ha visto a un gobierno que no aprovecha las aptitudes, las abandona, las deja vegetar por ahí?... Lo mismo pasa con nuestras riquezas naturales: ¡yacen ahí tontamente!

La campanilla sonó y miraron un poco la nave llena. Por la puerta veíase una porción de hombres, todos de negro, arrodillados, contritos, golpeándose el pecho, confesándose para sus adentros: *mea culpa, mea maxima culpa*...

Un rayo de sol se colaba por una de las aberturas de arriba y resplandecía sobre algunas cabezas.

Insensiblemente los dos, en la sacristía, llevaron la mano al pecho y también confesaron: *mea culpa, mea maxima culpa*...

La misa acabó y ambos entraron hacia el abrazo de la pragmática. La nave olía a incienso y tenía un tranquilo aspecto de inmortalidad.

Todos tenían un gran aire compungido: amigos, parientes, conocidos y desconocidos parecían sufrir por igual. Albernaz y Caldas, en seguida que penetraron en el cuerpo de la iglesia, sacaron del aire un sentimiento profundo y lo ajustaron a su rostro.

Genelício también había venido; él tenía el vicio de las misas de las personas importantes, de las tarjetas de pésame, de los saludos en los días de aniversario. Temiendo que la memoria no le ayudase, poseía un cuadernillo donde estaban asentadas las fechas de aniversarios y también las casas. El índice estaba organizado con mucho cuidado. No había suegra, prima, tía, cuñada de hombre importante, que en el día de su cumpleaños no recibiera sus felicitaciones y que, en caso de muerte, no lo llevara a la iglesia en misa de séptimo día.

Su traje de luto era de paño grueso, pesado; y mirándolo, recordaba en seguida un castigo dantesco.

En la calle, Genelício cepillaba la galera con la manga de la levita, mientras les decía a su suegro y al almirante:

—¡La cosa está por acabar...! Pronto...

—¿Y si resistieran? —preguntó el general.

—¡Qué van a resistir! Corre la noticia de que ya propusieron la rendición... Es necesario arreglar una manifestación a favor del mariscal...

—No creo —dijo el almirante—. Conozco muy bien a Saldanha, es orgulloso y no se entregará así nomás...

Genelício se quedó un poco asustado con la entonación de la voz de su

pariente; tuvo miedo de que hablara más alto, se hiciera ver, y lo comprometiera a él. Se calló; Albernaz, sin embargo, continuó:

—No hay orgullo que resista a una escuadra más fuerte.

—¡Fuerte! ¡Unos hierros viejos, hombre!

Caldas con mucho esfuerzo contenía la furia que le iba en el alma. El cielo estaba azul y calmo. Había en él nubes blancas, leves, deshilachadas, que se movían lentamente, como velas, en aquel mar infinito. Genelício lo miró un poco y aconsejó:

—Almirante, no hable así... Mire que...

—¡Nada! No tengo miedo... ¡Porquerías!...

—Bueno —dijo Genelício—, yo tengo que ir a la calle Primeiro de Março y...

Se despidió y salió con su traje color plomo encorvado mirando al suelo con su *pince-nez* azulado, recorriendo la calle con paso menudo y cauteloso.

Albernaz y Caldas estuvieron aún conversando un tiempo y se despidieron siempre amigos, cada uno con su disgusto y su decepción.

Tenían razón: unos días después acabó la rebelión. La escuadra legal entró; los oficiales revoltosos se refugiaron en los navíos de guerra portugueses y el mariscal Floriano quedó señor de la bahía.

El día de la entrada, creyendo que habría cañoneos, una gran parte de la población abandonó la ciudad, refugiándose en los suburbios, por debajo de los árboles, en casa de amigos o en los galpones construidos adrede por el Estado.

Era cosa de ver el terror que se estampaba en aquellas fisonomías, la ansiedad y también la angustia. Llevaban atados, canastas, pequeñas valijas; criaturas de pecho llorando, el papagayo querido, el perrito preferido, el pajarito que desde hacía mucho quebraba la tristeza de una casa pobre.

Lo que metía más miedo era el famoso cañón de dinamita del *Niterói*, una estrafalaria invención americana, instrumento terrible, capaz de causar terremotos y de destruir las bases de las montañas graníticas de Río.

Los niños y las mujeres, aunque fuera del alcance de su poder, temían oír su estruendo; sin embargo, ese fantasma *yanqui*, esa pesadilla, esa casi fuerza de la naturaleza, fue a morir abandonado en un muelle, despreciado e inofensivo.

El fin de la rebelión fue un alivio; la cosa ya estaba siendo monótona y el mariscal ganó perfiles sobrehumanos con la victoria.

Quaresma fue dado de alta por ese tiempo; y un ala de su batallón fue destacada para proteger la isla Das Enxadas. Inocêncio Bustamante continuaba supervisando el cuerpo con mucho celo, desde el interior de su gabinete, en el clausurado inquilinato que le servía de cuartel. Los partes estaban al día y hechos con la mejor letra.

Policarpo aceptó con repugnancia el papel de carcelero, pues en la isla Das Enxadas estaban depositados los marineros apresados. Sus tormentos del alma crecieron más con el ejercicio de tal función. Casi no los miraba; tenía vergüenza, piedad, y le parecía que de entre todos ellos, uno, conocía el secreto de su conciencia.

Todo el sistema de ideas que lo había llevado a meterse en la guerra

civil se había desmoronado. No había encontrado a Sully, y mucho menos a Enrique IV. También sentía que su pensamiento motriz no residía en ninguna de las personas que encontraba. Todos habían venido con pueriles pensamientos políticos, o por interés; nada superior los animaba. Aun entre los jóvenes, que eran muchos, si no existían bajos intereses, existía una adoración fetichista por la forma republicana, una exageración de sus virtudes, una tendencia al despotismo que sus estudios y meditaciones no podían hallar justos. Su desilusión era grande.

Los prisioneros se amontonaban en las antiguas aulas y alojamientos de los aspirantes. Había simples marineros; había subalternos; había escribientes y obreros de a bordo. Blancos, negros, mulatos, *caboclos*, gente de todos colores y de todos los sentimientos, gente que se había metido en tal aventura por el hábito de obedecer, gente enteramente extraña a la cuestión en debate, gente arrancada a la fuerza de sus hogares o a la holgazanería de las calles, pequeñitos, tiernos, o que se habían alistado por miseria; gente ignorante, simple, a veces cruel y perversa como criaturas inconscientes; a veces, buena y dócil como un cordero, pero de todas maneras gente sin responsabilidad, sin anhelos políticos, sin voluntad propia, simples autómatas en las manos de los jefes y superiores que los habían abandonado a merced del vencedor.

De tarde, se paseaba mirando el mar. El aire leve aún soplaba y las gaviotas continuaban pescando. Los barcos pasaban. Algunos eran lanchas que arrojaban humo e iban hasta el fondo de la bahía; otros, pequeños botes y canoas rozando cariñosamente la superficie de las aguas, pendiendo para aquí y para allá, como si sus blancas velas hinchadas quisieran acariciar la pulida superficie del abismo. Los Organos venían muriendo suavemente en una violeta suave; y el resto era azul, un azul inmaterial que emborrachaba, que mareaba como un licor embriagador.

Así se quedaba un tiempo largo, mirando, y cuando se volvía, veía la ciudad que entraba en la sombra, en los besos sangrantes del ocaso.

Llegaba la noche y Quaresma continuaba paseándose por el borde del mar, meditando, pensando, sufriendo con aquellos recuerdos de odios, de sangre y ferocidad.

La sociedad y la vida le parecieron cosas horrorosas e imaginó que del ejemplo de ésta venían los crímenes que aquella castigaba, penaba y trataba de restringir. Sus ideas eran negras y desesperadas; muchas veces juzgó que deliraba.

Y entonces se lamentaba por estar solo, por no tener un compañero con quien conversar, que le hiciera huir de esos tristes pensamientos que lo aledaban y se estaban transformando en obsesión.

Ricardo estaba en la guarnición de la isla de las Cobras; y aunque estuviera allí, los rigores de la disciplina no le permitirían una conversación más amigable. Cuando la noche llegaba por completo, el silencio y las tinieblas lo envolvían todo.

Quaresma aún se quedaba horas al aire libre pensando, mirando el fondo de la bahía, donde casi no había luces que interrumpieran la continuidad de la negrura nocturna.

Fijaba bien los ojos allí, como si los quisiera habituar a penetrar en las cosas indescifrables y adivinar dentro de la sombra negra la forma de las montañas, el recortado de las islas que la noche había hecho desaparecer.

Cierta noche, en que estaba durmiendo mejor, un subalterno vino a despertarlo en la madrugada.

—Señor mayor, ahí está el "hombre" de Itamarati.

—¿Qué hombre?

—El oficial que viene a buscar al grupo del *Boqueirão*.

Sin entender bien de qué se trataba, se levantó y fue al encuentro del visitante. El hombre ya estaba en el interior de uno de los alojamientos. Una escolta estaba a la puerta. Lo seguían algunos reclutas, de los cuales uno llevaba una linterna que derramaba en el salón una débil lucecilla amarillenta. La amplia sala estaba llena de cuerpos acostados, semidesnudos, y se encontraba todo el arco iris de los colores humanos. Unos roncaban, otros dormían solamente; y cuando Quaresma entró, alguien, en sueños, gimió, "¡ay!". Quaresma y el emisario de Itamarati se saludaron, sin decirse nada. Ambos tuvieron miedo de hablar. El oficial despertó a uno de los prisioneros y les dijo a los soldados: "Lleven a éste".

Siguió adelante y despertó a otro: "¿Dónde estuvo usted?". El marinero respondió, "Yo, en la *Guanabara*..." "Ah, canalla —dijo el hombre de Itamarati—. A éste también... ¡Llévenlo!..."

Los encargados de conducirlos iban hasta la puerta, dejando al prisionero y regresaban.

El oficial pasó por una porción de ellos y no hizo ningún reparo; más adelante, tropezó con un muchacho claro, delgadito, que no dormía. Entonces gritó: "¡Levántese!". El joven se incorporó temblando. "¿Dónde estuvo usted?", preguntó. "Yo era enfermero", contestó el muchacho. "¡Qué enfermero!", dijo el emisario. "Llévense a éste también"...

—Pero, señor teniente, déjeme escribirle a mi madre —pidió el detenido, casi llorando.

—¡Qué madre! —respondió el hombre de Itamarati—. ¡Siga! ¡Adelante!

Y así llevó a una docena escogida al acaso, cercada por la escolta, para subirlos a una barcaza que luego una lancha remolcó hacia afuera de las aguas de la isla.

Quaresma no acertó de inmediato con el sentido de la escena y fue después, luego que la lancha se alejó, que encontró una explicación.

No dejó de pensar entonces por qué fuerza misteriosa, por qué mandamiento irónico él se había mezclado en tan tenebrosos acontecimientos, asistiendo al siniestro asentamiento del régimen.

La embarcación no iba lejos. El mar gemía lentamente al encuentro con las piedras del muelle. La estela de la embarcación se llenaba de la luz de las estrellas, fosforescente. En lo alto, en un cielo negro y profundo, las estrellas brillaban screnamente.

La lancha desapareció en las tinieblas del fondo de la bahía. ¿Para dónde iba? Para el *Boqueirão*...

V

LA AHIJADA

¡QUÉ ILÓGICO le parecía a él mismo estar allí metido en aquel estrecho calabozo! Pues él, el Quaresma plácido, el Quaresma de tan profundos pensamientos patrióticos, ¿acaso merecía ese triste fin? ¡De qué manera artera el Destino lo había arrastrado hasta allí, sin que pudiese presentir su extravagante propósito, tan sin relación aparente con el resto de su vida! ¿Habría sido él, con sus actos del pasado, con sus acciones encadenadas en el tiempo, quien hiciera que aquel viejo dios dócilmente lo trajera hasta la ejecución de tal designio? ¿O habrían sido los hechos externos que lo habían vencido a él, Quaresma, y lo habían hecho esclavo de la sentencia de tan omnipotente divinidad? El no lo sabía, y cuando se obstinaba en pensar, las dos cosas se barajaban, se enmarañaban y la conclusión cierta y exacta le huía.

No estaba allí desde hacía muchas horas. Había sido apresado por la mañana, en seguida de levantarse de la cama; y por el cálculo aproximado del tiempo, pues estaba sin reloj, y aunque lo tuviera no podría consultarlo a la débil luz de la mazmorra, imaginaba que podían ser las once.

¿Por qué estaba preso? Ciertamente no lo sabía; el oficial que lo condujera nada le había querido decir; y desde que salió de la isla Das Enxadas hacia la de las Cobras, no había cambiado palabra con nadie, no vio a ningún conocido en el camino, ni al propio Ricardo que podría, con una mirada, con un gesto, traer sosiego a sus dudas. No obstante, atribuía su prisión a la carta que había escrito al presidente, protestando contra la escena que presenciara la víspera.

No había podido contenerse. Aquella leva de desgraciados saliendo así, a deshora, escogidos al azar, para una carnicería distante, había hablado hondamente a todos sus sentimientos; había puesto ante sus ojos todos sus principios morales; había retado a su coraje moral y su solidaridad hu-

mana; y escribió la carta con vehemencia, con pasión, indignado. Nada omitió de su pensamiento; habló claro, franca y nítidamente.

Debía ser por eso que estaba allí, en aquella mazmorra, enjaulado, trancado, aislado de sus semejantes como una fiera, como un criminal, sepultado en las tinieblas, sufriendo la humedad, mezclado con sus detritus, casi sin comer ¿Cómo acabaré? ¿Cómo acabaré? Y la pregunta lo asaltaba en medio del revuelo de pensamientos que esa angustia generaba. No había base para ninguna hipótesis. Era de conducta tan irregular e incierta el Gobierno, que todo podía esperarse: la libertad o la muerte, más ésta que aquélla.

Los tiempos eran de muerte; de carnicería; todos tenían sed de matar para afirmar más la victoria y sentirla bien en la conciencia como cosa suya, propia, y altamente honrosa.

¿Iría a morir esa misma noche, a lo mejor? ¿Y qué había hecho él de su vida? Nada. Toda ella había estado detrás de la mirilla para estudiar a la patria, para amarla y quererla mucho, con la intención de contribuir a su felicidad y prosperidad. Había gastado toda su juventud en eso, y también su edad viril; y ahora que estaba en la vejez, ¿cómo lo recompensaba ella, cómo lo premiaba, cómo lo condecoraba? Matándolo. ¿Y cuánto no había dejado de ver, de gozar, de disfrutar en su vida? Todo. No se divirtió, no anduvo en farras, no amó; y todo ese lado de la existencia que parecía huir un poco de su tristeza necesaria, él no había sabido verlo, no lo probó, no lo experimentó.

Desde los dieciocho años el tal patriotismo lo absorbía, y por él cometió la tontería de estudiar inutilidades. ¿Qué le importaban los ríos? ¿Eran grandes? Pues que lo fueran... ¿En qué contribuiría a su felicidad saber el nombre de los héroes del Brasil? En nada... lo importante es que él hubiese sido feliz. ¿Lo fue? No. Recordó sus cosas del *tupí*, del folklore, de sus intentos agrícolas... De todo eso, ¿quedaba alguna satisfacción en su alma? ¡Ninguna! ¡Ninguna!

El *tupí* encontró la incredulidad general, la risa, la mofa, el escarnio; y lo llevó a la locura. Una decepción. ¿Y la agricultura? Nada. Las tierras no eran feraces y no era fácil como decían los libros. Otra decepción. Y cuando su patriotismo se hizo combatiente, ¿qué había encontrado? Decepciones. ¿Dónde estaba la dulzura de nuestra gente? ¿No la había visto combatir como fieras? Otra decepción. Su vida era una decepción, una serie, mejor dicho, un encadenamiento de decepciones.

La patria que había querido tener era un mito; era un fantasma creado por él en el silencio de su gabinete. Ni la física, ni la moral, ni la intelectual, ni la política que había juzgado existentes, existían en verdad. La que en realidad existía era la del teniente Antonino, la del doctor Campos, la del hombre de Itamarati.

Y pensándolo bien, en su pureza, ¿qué venía a ser la patria? ¿No habría llevado toda su vida guiado por una ilusión, por una idea al menos, sin base, sin apoyo, por un dios o una diosa cuyo imperio se desvanecía? ¿No sabía que esa idea había nacido de la amplificación de la credulidad de los pueblos greco-romanos de que los muertos ancestrales continuarían viviendo como sombras y que era preciso alimentarlos para que no persiguieran a sus des-

cientientes? Recordó su Fustel de Coulanges... Recordó que esa noción nada significaba para tanta gente... Le pareció que esa idea había sido explotada por los conquistadores por momentos sabedores de nuestras persistencias psicológicas, con la intención de servir a sus propias ambiciones...

Revió la historia; vio las mutilaciones, los agregados en todos los países históricos y se preguntó a sí mismo: ¿cómo un hombre que había vivido cuatro siglos, siendo francés, inglés, italiano, alemán, podía sentir la Patria?

En un momento, para el francés, el Franco-Condado era tierra de sus abuelos, en otro ya no lo era; en un momento dado la Alsacia no lo era, después sí lo era, y finalmente dejaba de serlo.

¿Nosotros mismos no tuvimos la Cisplatina y la perdimos? Y, por ventura, ¿sentimos que haya allá manes de nuestros abuelos y por eso sufrimos alguna afección?

Ciertamente era una noción sin consistencia racional y necesitaba ser revisada.

¿Pero cómo él, tan sereno, tan lúcido, había empleado su vida, gastado su tiempo, envejecido detrás de tal quimera? ¿Cómo es que no vio nítidamente la realidad, no la presintió en seguida, y se dejó engañar por un ídolo falaz, absorber por él, darle en holocausto toda su existencia? Fue su aislamiento y su olvido de sí mismo; ¡y por eso iba ahora hacia la sepultura sin dejar rastros suyos, sin un hijo, sin un amor, sin un beso más cálido, sin ninguno, y sin siquiera una tontería!

No dejaba nada que afirmara su pasaje y la tierra nada le había dado de sabroso.

Empero, quién sabe si otros que le siguieran los pasos no serían más felices. Y en seguida se respondió a sí mismo: ¿pero cómo? Si no había hecho comunicar, si nada dijo sobre su sueño que no había prendido, dándole cuerpo y sustancia.

Y ese seguimiento, ¿adelantaría algo? Esa continuidad, ¿traería por fin a la tierra alguna felicidad? ¿Desde hacía cuántos años vidas más valiosas que la de él se venían ofreciendo, sacrificando, y las cosas quedaron en las mismas, la tierra en igual miseria, en la misma opresión, en idéntica tristeza?

Y recordaba que hacía ya cien años allí, en aquel mismo lugar donde estaba, quizá en aquella misma prisión, hombres generosos e ilustres estuvieron presos por querer mejorar el estado de las cosas de su tiempo. Quizá sólo hubieran pensado, pero igualmente sufrieron por ese pensamiento. ¿Había habido ventajas? ¿Las condiciones generales habían mejorado? Aparentemente, sí; pero examinándolo mejor, no.

Aquellos hombres acusados de crimen tan nefasto para la legislación de la época, habían tardado dos años en ser juzgados; y él, que no tenía crimen alguno, ni era escuchado, ni era juzgado: ¡simplemente, sería ejecutado!

Había sido bueno, generoso, honesto, virtuoso, todo eso había sido; pero iba hacia la tumba sin el acompañamiento de un pariente, de un amigo, de un camarada...

¿Dónde estarían ellos? Sobre Ricardo Coração dos Outros, tan simple y tan inocente en su manía de tocador de violón, ¿nunca más pondría los ojos? ¡Qué bueno sería si pudiera hacerlo para enviarle a su hermana el

último recado, un adiós al negro Anastácio, un abrazo a su ahijada! ¡Nunca más los vería, nunca!

Y lloró un poco.

Sin embargo, Quaresma se engañaba en parte. Ricardo había sabido de su prisión y trataba de liberarlo. Supo el exacto motivo de la misma; pero no se intimidó. Sabía perfectamente que corría un grave riesgo, pues la indignación contra Quaresma era grande en el palacio, y había sido general. La victoria había tornado a los victoriosos inclementes y feroces, y aquella protesta sonó entre ellos como un deseo de disminuir el valor de las ventajas alcanzadas. No había más piedad, no había más simpatía, ni respeto por la vida humana; lo que se hacía necesario era dar el ejemplo de una manera a la turca, aunque clandestina, para que jamás fuera atacado ni siquiera discutido el poder constituido. Era la filosofía social de la época, con fuerzas de religión, con sus fanáticos, con sus sacerdotes y predicadores, y actuaba con la maldad de una creencia fuerte, sobre la cual se hiciera reposar la felicidad de muchos.

Ricardo, empero, no se amedrentó; buscó influencias de amigos. Al entrar en el Largo de São Francisco encontró a Genelício. Venía de la misa de la hermana de la suegra del diputado Castro. Como siempre, traecía una pesada levita negra que parecía de acero. Ya era subdirector, y su tarea ahora era imaginar medios y modos de ser director. La cosa era difícil; pero trabajaba en un libro, *Los tribunales de cuentas en los países asiáticos*, que, demostrando una erudición superior, quizá lo llevara al alto lugar codiciado.

Viéndolo, Ricardo no se detuvo. Corrió a su encuentro y le dijo:

—Doctor, ¿me permite una palabra?

Genelício se enderezó, y como tenía pésima memoria de las fisonomías humildes, preguntó con solemnidad y arrogancia:

—¿Qué desea, camarada?

Coração dos Outros estaba con su uniforme del "Cruz del Sur", y no le sentaba bien a Genelício darse como conocido de un soldado. El trovador lo juzgó olvidadizo, y preguntó ingenuamente:

—¿No me reconoce ya, doctor?

Genelício cerró un poco los ojos por detrás del *pince-nez* azulado, y le dijo secamente:

—No.

—Yo —dijo Ricardo humildemente— soy Ricardo Coração dos Outros, el que cantó el día de su casamiento.

Genelício no sonrió ni dio muestras de alegría, se limitó a decir:

—¡Ah, es usted! Bien, ¿qué desea?

—¿Usted no sabe que el mayor Quaresma está preso?

—¿Quién es?

—El que fue vecino de su suegro.

—Aquel loco... Ah, ¿y de ahí?

—Quería que usted se interesara...

—No me meto en esas cosas, mi amigo. El gobierno siempre tiene razón. Que siga usted bien.

Y Genelício siguió con su paso cauteloso de quien ahorra las suelas de

las botas, mientras Ricardo quedaba de pie mirando el lugar, la gente que pasaba, la estatua inmóvil, las casas feas, la iglesia... Todo le pareció hostil, malo o indiferente; aquellas caras de hombres tenían catadura de fieras, y por un momento quiso llorar de desesperación por no poder salvar al amigo.

De pronto recordó al general Albernaz, y corrió a buscarlo. No era lejos, pero el general aún no había llegado. Al cabo de una hora, llegó y encontrándose con Ricardo, le preguntó:

—¿Qué pasa?

El trovador, bastante emocionado, le explicó el hecho con voz dolorida. Albernaz se acomodó los lentes, ajustó bien la cadenilla de oro en la oreja, y dijo con dulzura:

—Hijo mío, yo no puedo... Tú sabes; soy oficialista y parecería, si fuera a pedir por un preso, que ya no lo soy lo suficiente... Lo siento mucho pero... ¿qué se va a hacer? Paciencia.

Y entró a su oficina placentera, muy seguro de sí dentro de su plácido uniforme de general.

Los oficiales continuaban entrando y saliendo; las campanillas sonaban; los ordenanzas iban y venían; y Ricardo buscaba entre todas esas caras una que le pudiera servir. No la había, y se desesperaba. Pero ¿quién habría de ser? ¿Quién? Se acordó del comandante; y fue a ver al coronel Bustamante, en el viejo inquilinato que servía de cuartel al garboso "Cruz del Sur".

El batallón aún continuaba en pie de guerra. Aunque terminada la rebelión en el puerto de Río de Janeiro era necesario mandar fuerzas al sur; de manera que los batallones no habían sido disueltos y uno de los señalados para partir era éste.

El alférez cojo, en el enjabonado patio del antiguo conventillo, continuaba en su faena de instructor de los nuevos reclutas: "¡Hom-brooo... armas! ¡Mediaaa vuelta!".

Ricardo entró, subió rápidamente por la oscilante escalera del viejo edificio y en seguida llegó al cubículo del comandante, gritando: "¡Con permiso, comandante!".

Bustamante andaba de mal humor. Aquel asunto de partir para el Paraná no le agradaba. ¿Cómo habría de supervisar los escritos del batallón, en el fervor de las batallas, en los desórdenes de marchas y contramarchas? Eso de que el comandante marchara era una tontería; el jefe debía quedar a resguardo, para tomar las providencias y dirigir el papeleo.

Pensaba en eso cuando Ricardo pidió permiso para pasar.

—Entre —dijo.

El bravo coronel se rascaba la gran barba mosaica, tenía la chaqueta desabotonada y acababa de calzarse con la botina uno de los pies, para recibir con más decencia al inferior.

Ricardo expuso su pedido y esperó con paciencia la respuesta, que demoró en venir. Por fin, Inocêncio dijo sacudiendo la cabeza y mirando al subalterno lleno de severidad:

—¡Vete inmediatamente, o te mando prender! ¡Ya!

Y con el dedo señaló la puerta de salida en un gesto marcial y enérgico. El cabo no se demoró más. En el patio, el instructor cojo, veterano del Pa-

raguay, continuaba solemnemente llenando el arruinado conventillo con sus voces de comando: "¡Hom-broo... armas! ¡Mediaaa-vuelta... volver!".

Ricardo echó a caminar triste y desalentado. El mundo le parecía vacío de afecto y de amor. El, que siempre había cantado en sus *modinhas* el amor, la devoción, las simpatías, ahora veía que tales sentimientos no existían. Había marchado tras de cosas fuera de la realidad, de quimeras. Miró hacia el cielo alto. Estaba tranquilo y calmo. Miró los árboles. Las palmeras crecían con orgullo y titánicamente pretendían alcanzar el cielo. Miró las casas, las iglesias, los palacios y recordó las guerras, la sangre, los dolores que todo aquello había costado. Y así se hacía la vida, la historia y el heroísmo: con violencias sobre otros, con opresiones y sufrimientos.

En seguida recordó que era preciso salvar al amigo y que era necesario dar algunos pasos. ¿Quién podría? Consultó su memoria. Vio a uno, vio a otro y por fin se acordó de la ahijada de Quaresma, y fue a buscarla en la Real Grandeza.

Llegó, le contó el hecho y sus siniestras aprensiones. Ella estaba sola, pues el marido cada vez trabajaba más para aprovechar los despojos de la victoria; no perdía un minuto, andando detrás de uno y de otro.

Olga recordó bien al padrino, su eterno soñar, su ternura, la tenacidad que ponía en seguir sus ideas, su candor de doncella romántica...

Durante un instante una gran pena se apoderó de ella y le quitó la voluntad de actuar. Le parecía que su piedad era bastante y que ella iba, de algún modo, a dar lenitivo al sufrimiento del padrino; pero bien pronto lo vio ensangrentado, él, tan generoso, tan bueno, y pensó en salvarlo.

—Pero ¿qué hacer, querido señor Ricardo, qué hacer? Yo no conozco a nadie... No tengo relaciones... Mis amigas... Alice, la mujer del doctor Brandão, está afuera... Cassilda, la hija de Castrioto, no puede... ¡No sé, Dios mío!

Y acentuó estas últimas palabras con gran y lancinante desesperación. Los dos quedaron en silencio. La joven, sentada, se tomó la cabeza entre las manos y sus uñas largas y aperladas se enredaron en sus cabellos negros. Ricardo estaba de pie, desalentado.

—¿Qué he de hacer, Dios mío? —repitió ella.

Por primera vez ella sentía que la vida tenía cosas desesperantes. Poseía la más fuerte disposición a salvar a su padrino; haría cualquier sacrificio, pero era imposible, ¡imposible! No había un medio; no había un camino. El tenía que ir hasta el lugar del suplicio, tenía que subir su calvario, sin esperanzas de resurrección.

—Tal vez su marido —dijo Ricardo.

Pensó un poco, se demoró más en el examen del carácter del esposo; pero en seguida vio bien que su egoísmo, su ambición y su ferocidad interesada no permitirían que él diera el más mínimo paso.

—¿Qué, ése?...

Ricardo no sabía qué aconsejarle y miraba sin pensar los muebles y la montaña negra y alta que se avistaba desde la sala donde estaban. Quería encontrar un medio, un consejo: ¡nada!

La joven continuaba clavándose los dedos en sus cabellos negros y mirando la mesa en que reposaban sus codos. El silencio era augusto.

En un momento dado, Ricardo tuvo una gran alegría en la mirada y dijo:

—Si usted fuese allí...

Ella levantó la cabeza; sus ojos se dilataron de miedo y el rostro se puso rígido. Pensó un poco, muy poco, y habló con firmeza:

—Iré.

Ricardo quedó solo y se sentó. Olga fue a vestirse.

Entonces él pensó con admiración en aquella joven que por simple amistad se daba a tan arriesgado sacrificio, que tenía el alma tan al alcance de ella misma, y se sintió bien lejos de este mundo nuestro, de este nuestro egoísmo, de esa bajeza nuestra, y cubrió su imagen con una gran mirada de reconocimiento.

Ella no demoró mucho en estar lista y todavía se abotonaba los guantes en el comedor, cuando entró el marido. Venía radiante, con sus grandes bigotes y su rostro lleno de satisfacción por sí mismo. Ni hizo mención de haber visto a Ricardo y fue inmediatamente al tema con su mujer:

—¿Vas a salir?

Ella, jadeante por la ansiedad desesperada de salvar a Quaresma, dijo con cierta vivacidad:

—Sí.

Armando se admiró de escucharla hablar de aquel modo. Se volvió un instante hacia Ricardo, quiso interrogarlo, pero en seguida, dirigiéndose a su mujer, preguntó con autoridad:

—¿Adónde vas?

La mujer no le respondió en seguida y, a su vez, el doctor interrogó al trovador:

—¿Qué hace usted aquí?

Coração dos Outros no tuvo ánimo para responder; adivinaba una escena violenta que habría querido evitar; pero Olga se adelantó:

—Va a acompañarme a Itamarati, para salvar de la muerte a mi padrino. ¿Lo sabías?

El marido pareció calmarse. Creyó que con métodos persuasivos podría evitar que la mujer diera ese paso tan peligroso para sus intereses y ambiciones. Dijo suavemente:

—Haces mal.

—¿Por qué? —preguntó ella con calor.

—Vas a comprometerme. Sabes que...

Ella no le respondió en seguida y lo miró un instante con sus grandes ojos llenos de escarnio; lo miró uno, dos minutos; después, rió un poco y dijo:

—¡Es eso! "Yo", porque "yo", porque "yo" y sólo "yo" para aquí, "yo" para allá... No piensas en otra cosa... La vida está hecha para ti, todos deben vivir solamente para ti... ¡Muy divertido! ¿De manera que yo (ahora digo "yo", también), no tengo derecho a sacrificarme, a probar mi amistad, de tener en mi vida un gesto superior? ¡Es interesante! ¡No soy nada, nada!

¿Soy una cosa, algo así como un mueble, un adorno, no tengo relaciones, no tengo amistades, no tengo carácter? ¡Caramba...!

Ella hablaba, ora lenta e irónicamente, ora rápida y apasionadamente; y marido, frente a sus palabras, sentía un gran susto. El había vivido siempre tan lejos de ella que no la había juzgado nunca capaz de tales arrestos. Entonces, ¿ésa era aquella niña? ¿Aquel *bibelot*? ¿Quién le habría enseñado tales cosas? Quiso desarmarla con una ironía y dijo risueño:

—¿Estás en el teatro?

Ella le respondió de inmediato:

—Si es solamente en el teatro donde hay grandes cosas, entonces sí, estoy en el teatro.

Y agregó con fuerza:

—Esto es lo que te digo: voy, y lo hago porque debo, porque quiero, y porque es mi derecho.

Tomó la sombrilla, se arregló el velo y salió solemne, firme, alta y noble. El marido no sabía qué hacer. Quedó asombrado, y asombrado y silencioso la vio salir por la puerta.

Muy pronto estuvo en el palacio de la calle Larga. Ricardo no entró: dejó que la joven lo hiciera, y fue a esperarla en el Campo de Sant'Ana.

Ella subió. Había un inmenso bullicio, una agitación de entradas y salidas. Todos querían mostrarse a Floriano, querían saludarlo, querían dar muestras de su dedicación, probar sus servicios, mostrándose copartícipes de su victoria. Echaban mano de todos los medios, de todos los planes, de todos los procedimientos. El dictador, tan accesible antes, ahora se esquivaba. Había quien le quería besar las manos, como al papa o al emperador; y él ya sentía repugnancia ante tanta obsecuencia. El califa no se suponía sagrado, y se disgustaba.

Olga habló con los ordenanzas, pidiendo ser recibida por el mariscal. Fue inútil. A mucho costo consiguió hablar a un secretario o ujier. Cuando ella le dijo a qué venía, la cara terrosa del hombre se tornó ocre, y bajo sus párpados corrió un firme y rápido brillo de espada.

—¿Quién, Quaresma? —dijo él—. ¡Un traidor! ¡Un bandido!

Después, arrepintiéndose de su vehemencia, dijo con cierta delicadeza:

—No es posible, señora mía. El mariscal no la atenderá.

Ella ni esperó el final de la frase. Se irguió orgullosamente, le volvió la espalda y tuvo vergüenza de haber ido a pedir, de haber descendido en su orgullo y haber manchado la grandeza moral del padrino con su pedido. Con tal gente, era mejor haberlo dejado morir solo y heroicamente en un islote cualquiera, pero llevando a la sepultura enteramente intacto su orgullo, su dulzura, su personalidad moral, sin la mácula de un empeño que disminuyese la injusticia de su muerte, que de algún modo hiciese creer a sus verdugos que tenían el derecho de matarlo.

Salió y caminó. Miró el cielo, los aires, los árboles de Santa Teresa, y recordó que, por estas tierras, ya habían errado tribus salvajes, uno de cuyos jefes se enorgullecía de tener en la sangre la de diez mil enemigos. Había sido hacía cuatro siglos. Miró de nuevo el cielo, los aires, los árboles de

Santa Teresa, las casas, las iglesias; vio pasar los tranvías, una locomotora pitó; un carro, empujado por una linda yunta, cruzó frente a ella, cuando ya iba a entrar en el campo... Había habido grandes e innumerables modificaciones. ¿Qué se había hecho de aquel parque? Quizá un charco. Habían sucedido grandes modificaciones en los aspectos, en la fisonomía de la tierra, quizá en el clima... Esperemos más, pensó; y siguió serenamente al encuentro de Ricardo Coração dos Outros.

Todos os Santos (Río de Janeiro), enero-marzo de 1911.